EL TIEMPO VIVIDO

JOSEPH PEARSON

El cuchillo de mi abuelo

HISTORIAS OCULTAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prefacio
1. El cuchillo de mi abuelo
2. Un diario en clave
3. Un libro de recetas
4. Un instrumento de cuerda
5. Una bolsita de algodón
6. Un camino sin palabras
Referencias
Créditos de las imágenes
Agradecimientos
Nota
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Un cuchillo adornado con una esvástica y la cabeza de un águila. Cuando era niño, Joseph Pearson estaba aterrorizado por el arma que colgaba de un gancho en el sótano de su abuelo, un trofeo arrebatado al enemigo en la batalla.

Cuando más tarde heredó el cuchillo, descubrió una historia mucho más inquietante de lo que jamás podría haber imaginado. Para entonces Joseph Pearson —que vivía en Berlín, convertido en escritor e historiador cultural— se sintió atraído por otros objetos de la era nazi: un diario de bolsillo, un libro de recetas, un instrumento de cuerda y una bolsita de algodón. Cada uno perteneció a un veinteañero durante la segunda guerra mundial —un chico del campo, un joven melancólico, una cocinera, un músico herido en el frente y un superviviente— y se embarcó en un viaje para iluminar sus historias antes de que desaparecieran de la memoria viva.

Una historia de detectives y un relato apasionante de la búsqueda de respuestas de un historiador, *El cuchillo de mi abuelo* es a la vez una conmovedora meditación sobre la memoria y una aportación única a nuestra comprensión de la Alemania nazi. A través de una investigación rigurosa y una hermosa prosa, Joseph Pearson ilumina la historia a menudo oscura del siglo XX al dar vida a lo que esconden objetos cotidianos en manos de gente común.

JOSEPH PEARSON

El cuchillo de mi abuelo

Historias ocultas de la segunda guerra mundial

Traducción castellana de
Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Para mis padres, Elizabeth y Ronald

Prefacio

Un cuchillo, un diario íntimo, un libro de recetas, un instrumento de cuerda y una bolsita de algodón. Los cinco objetos pertenecían a personas que estaban en la veintena durante la segunda guerra mundial: un chico del campo sin experiencia, un joven melancólico, una cocinera competente, un músico herido en el frente y una superviviente del Holocausto.

Intenta preguntar a tus amigos, mientras os tomáis un té o un café, qué objeto elegirían para representar sus vidas. El entusiasmo de las respuestas te permitirá hacerte una idea de lo bien que funcionan los objetos como asideros o anclas de historias personales muy amplias y complejas. Yo hablé con familiares, amigos, colegas y conocidos —todos ellos personas mayores sacadas de la vida cotidiana— y les hice la misma pregunta: ¿hay algún objeto personal que cuente tu historia durante la guerra? En muchos otros casos, lo que hice fue plantearme la pregunta inversa: ¿puedo descubrir la historia de la segunda guerra mundial de una persona fallecida a través de una de sus posesiones?

Me resultó difícil limitar el libro a solo cinco objetos, porque encontré que incluso el más normal y corriente de ellos podía contar una historia espectacular, que no era menos extraordinaria o significativa que otras más célebres.

Quienes se dedican a la «historia material» (el estudio de lo que los objetos pueden decirnos sobre el pasado) a menudo dividen su trabajo en «historias centradas en objetos» e

«historias impulsadas por objetos». En las primeras, los objetos constituyen el centro de las historias de sus propietarios. En las segundas, los objetos quizá no ocupen el centro del relato, pero sí contribuyen a revelar algo que de lo contrario permanecería oculto. En este libro hay un poco de las dos; hago, digamos, variaciones sobre un mismo tema. En última instancia, en ambos tipos de investigación las posesiones personales son básicamente herramientas —estrategias, incluso— para tirar de la lengua al testigo y conseguir que cuente su historia. Concibo esos objetos como una especie de atractores que, sumergidos en la solución de la historia, forman cristales de memoria.

Ahora bien, es posible que tus vecinos sean más o menos interesantes que los míos. No pretendo sostener que mis objetos «de al lado» sean una sencilla muestra extraída sin complicaciones del estanque de la historia. Soy un canadiense que se mudó a Berlín hace más de una década, un forastero que enseña este material en una universidad de la capital alemana. Pero estoy seguro de que casi cualquier lector de este libro que tenga vecinos y familiares que recuerden la segunda guerra mundial estará en condiciones de hacer descubrimientos notables sobre el pasado si comienza a hacer preguntas. Y también estoy convencido de que mis descubrimientos cotidianos tendrán eco en personas que no conocieron ni conocerán a mis vecinos.

El aspecto más emocionante de escribir este libro ha sido el trabajo detectivesco. Desempaquetar estas historias «de al lado» resulta en ocasiones inspirador y, en ocasiones, descorazonador (uno entra en el ámbito del corazón cuando comienza a conocer íntimamente a una persona). A pesar de todo, la excitación del descubrimiento paso a paso era algo que me apetecía compartir.

Siendo como soy una extraña combinación de historiador y escritor literario, a menudo me he preguntado por qué la

historia no emplea más a menudo las herramientas de la escritura creativa para contar relatos cautivadores, pero verdaderos; narraciones que sepan capturar la textura del pasado. Mi respuesta fue escribir estos capítulos como «breves relatos documentales» que versan sobre el encuentro con testigos de la segunda guerra mundial, el aprendizaje acerca de sus pertenencias e historias cotidianas y el descubrimiento de sus secretos. El resultado es un libro que, de forma deliberada, no se lee como un volumen de historia tradicional.

Me apresuro a tranquilizar al lector general y al especializado: el libro tiene cosas para ambos. El primero probablemente se concentre más en los relatos; el segundo, en el capítulo de análisis que hace las veces de conclusión y en las notas. Quien quiera disfrutar de mi versión más puntillosa, puede empezar el libro por el final, donde vinculo los problemas teóricos con una docena adicional de objetos para ofrecer cierto contexto en el ámbito de la historia material. Un argumento que recorre todo el libro es que, en ausencia de sus propietarios y de un cuidadoso trabajo detectivesco, los objetos de la era nazi son especialmente vulnerables a las narrativas oportunistas, a su uso como pantallas para nuestras fantasías y proyecciones.

Escribo esta «historia objetual de la memoria» en un punto de inflexión clave, que viene marcado por el cambio generacional. La emergencia de salud pública causada por la covid-19 ha afectado de manera desproporcionada a la generación que vivió la guerra. Considérese lo siguiente: los jóvenes que en el último año de la segunda guerra mundial tenían veintidós años cumplirían noventa y nueve en 2022. La mayoría de los protagonistas de este libro tenían esa edad cuando los entrevisté. Son los últimos testigos de ese período. Me preocupa lo que pase con sus pertenencias cuando hayan muerto, porque esos objetos no hablan por sí solos. Alinéalos en una mesa e

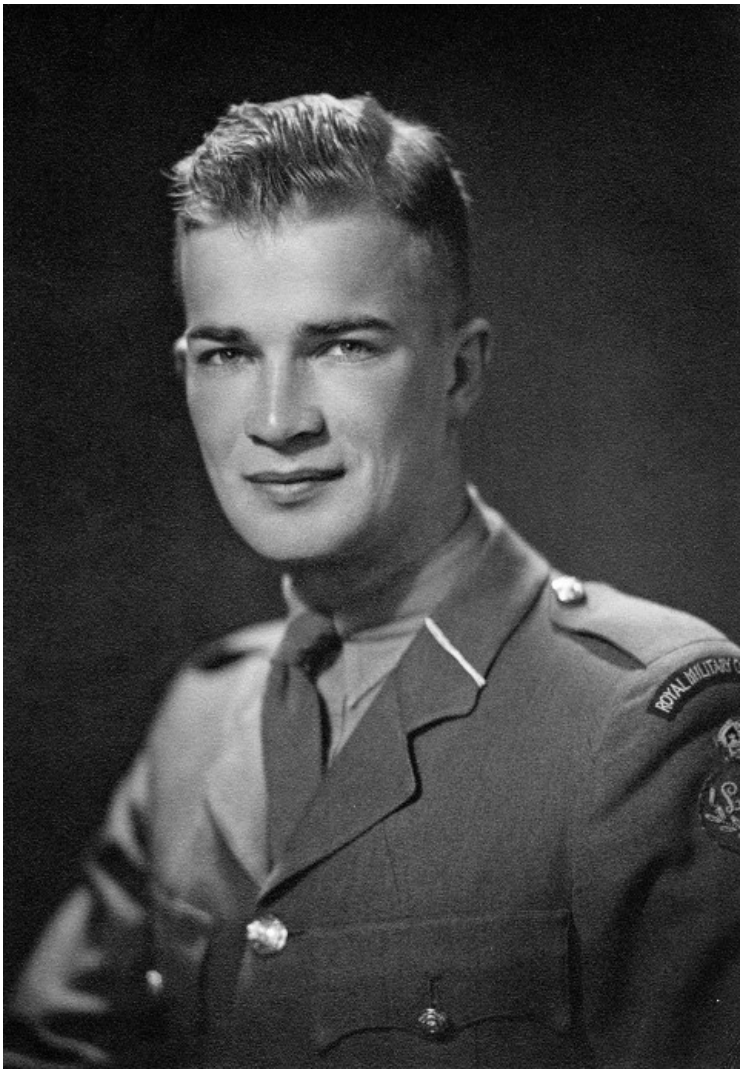
intenta hablar con ellos uno por uno; apuesto a que no conseguirás sacarles una sola palabra. Es como si estuvieran encantados y como si únicamente aquellas personas que experimentaron de manera directa ese período de tantísima violencia en la historia mundial pudieran hacerlos revelar las historias que guardan. Ese hechizo momentáneo da un gran valor a esos objetos.

La línea que separa el depósito de chatarra del museo es un buen relato. Desde que conozco sus historias (como el lector se dispone a hacer), me resulta difícil ver los objetos de los que aquí me ocupo como simples restos del naufragio. Me duele imaginarlos acumulando polvo en el estante de una tienda de segunda mano o abandonados en un trastero. Sin embargo, es muy fácil que una generación que no ha experimentado la guerra, y que no tiene la preparación necesaria para interpretar los desechos del pasado, descarte o malinterprete estas cosas. Piensa en un objeto que poseas que tenga un valor sentimental para ti: un anillo de compromiso, una entrada a un espectáculo, una piedra recogida en una playa... Todo eso dejará de tener sentido en el instante en que ya no estés allí para contar su historia.

No es casualidad que los nacionalismos y la xenofobia estén ganando terreno (y no solo en Alemania) a medida que perdemos a quienes conocieron de forma directa sus consecuencias extremas. A partir de esos objetos es posible tejer muchas historias, pero no todas son ciertas.

Berlín, diciembre de 2021

1
El cuchillo de mi abuelo



El cuchillo

Mi abuelo tenía un cuchillo con una esvástica en la pared del sótano. Cuando yo era pequeño, me llevó abajo para mostrármelo, y el cuchillo me asustó. Colgaba frío de un gancho, rodeado de otras armas que el veterano de guerra había coleccionado o heredado a lo largo de los años. Ahí estaban, por ejemplo, la fusta y el sable de mi tatarabuelo, que había sido coronel en la guerra de los bóeres. El sable del coronel estaba teñido de sentimientos positivos: el material era brillante, reluciente y plateado, y yo había leído suficientes cuentos de hadas para querer tener un sable como aquel.

Con el cuchillo, en cambio, las cosas eran muy distintas. Incluso a los seis o siete años, yo sabía que debía desconfiar de ese cuchillo guardado en su funda. Por aquel entonces era incapaz de encontrar las palabras con las que describir su negatividad, y en realidad sigo sin tenerlas. ¿Era por aquella cabeza de águila plateada, decorada con plumas talladas? ¿Por la capa de hueso, tal vez humano, insertada en la elaborada empuñadura, con su grabado de laureles? ¿O tal vez por la vaina de cuero desgastado con la que la feroz hoja había en otro tiempo rozado la pernera de quién sabe qué pantalón?

Cuando mi abuelo descolgó el cuchillo de la pared y lo desenvainó, el arma hizo un ruido que denotaba eficacia: un suave deslizamiento y un «clic». Sonaba muy diferente del elegante y rotundo tañido del sable del coronel. Y cuando tuve el cuchillo en mis manos, miré el ojo inexpresivo del águila... Examiné todas las cruces talladas en la plata de la empuñadura... Le di media vuelta, fascinado con la insignia del águila con las alas extendidas, rodeada de hojas de laurel... Y me fijé en la esvástica que coronaba todo el conjunto.

Mi abuelo me dijo que había «liberado» el cuchillo en 1944 o

1945 en los Países Bajos, siendo capitán en la fuerza expedicionaria canadiense. Mi padre, acaso queriendo protegerme, me contó una historia muy distinta: según él, el abuelo se había encontrado el cuchillo tirado «en el barro, en alguna parte». A esa edad, para mí la palabra «liberar» era necesariamente positiva. Ni por un instante se me ocurrió que pudiera ser un eufemismo para «capturar» o «matar» a un soldado enemigo.

Muchos años más tarde —cuando ya había terminado mis estudios y tras haber vivido en muchos lugares, con mis posesiones repartidas entre el almacén de la universidad, la casa de mis padres y diversos casilleros en Cambridge, Nueva York, Nottingham, Vancouver y Edmonton—, terminé estableciéndome en la capital de los que fueran los enemigos de mi abuelo. Llevo ya más de una década viviendo en Berlín, entre los derrotados de la segunda guerra mundial.

Mi abuelo murió en 2005. Nunca le presté mucha atención a su testamento, salvo por un par de detalles: me dejaba el sable de mi tatarabuelo y el cuchillo nazi. El sable quedaba fuera de lo permitido por las restricciones de equipaje habituales, y todavía se encuentra en el sótano de mis padres (me pregunto si algún día tendré que transportarlo escondido entre palos de golf), pero el cuchillo nazi desapareció sin dejar rastro. Llegado el momento, nadie sabía qué había pasado con él. «Gracias a Dios —me dijo mi tía—. Era tan horrible… Ese tipo de cosas deberían desaparecer sin más.»

Hace unos años, sin embargo, mi familia me envió buena parte de mis libros a Berlín. Rodeado de cajas en mi nuevo piso, había comenzado a revisar las pilas de títulos de historia cuando, de pronto, en el fondo de una caja, encontré un objeto largo envuelto en tela. Lo desenvolví y descubrí con horror que, de algún modo, el cuchillo nazi de mi abuelo había conseguido

pasar a través de la aduana alemana y volver a su patria.

Como es sabido, los símbolos nazis están prohibidos en Alemania, así que tuve mucha suerte de que el cuchillo no hubiera sido descubierto durante el registro aduanero. Según declaraba el remitente, aquella caja estaba llena de libros y documentos, y, al imaginármela pasando por el detector de metales de la aduana del mismo país del que había surgido, apenas pude contener un escalofrío. Me sentía indefenso y expuesto al sostener en la mano ese objeto perteneciente a un régimen malvado; un régimen que había acabado con la vida de muchos de sus ciudadanos. De hecho, si he de ser sincero, debo decir que prácticamente me desmoroné: no sabía qué hacer con él, si entregarlo a un museo o llamar a la policía, esconderlo en las entrañas del piso (debajo del entarimado, por ejemplo) o bien tratar de destruirlo de alguna forma. Porque aquel cuchillo, que en Canadá era sencillamente un objeto aterrador, poseía un conjunto de significados muy distinto en el país en el que había sido producido y utilizado.

No podía arriesgarme a enviar el cuchillo de regreso a Canadá por mensajería, pero al mismo tiempo me preguntaba si era correcto que se quedara en Alemania, un país perseguido por su pasado, donde prácticamente cualquier objeto adornado con una esvástica causaba pánico y rechazo. Recuerdo el escándalo que provocó que el Museo de Historia Alemana decidiera exponer en su colección objetos cotidianos relacionados con el régimen nacionalsocialista, como una casa de muñecas nazi o muñecos de la SS adornados con esvásticas diminutas. Se temía que, en lugar de los historiadores que habían investigado de forma cuidadosa la historia de cada uno de esos objetos, fueran los visitantes —incluidos, en el peor de los casos, neonazis en peregrinación— quienes contaran su propia versión acerca de ellos. Si entregaba el cuchillo a un museo, era más probable que

terminara guardado en un almacén del sótano que siendo utilizado como herramienta para estudiar la barbarie de los verdugos del régimen.

Con el cuchillo en las manos, me sentí entre la espada y la pared. ¿Me vería reducido a sacarlo de vez en cuando en las cenas para horrorizar a mis invitados alemanes? ¿O era posible que aquel siniestro objeto me hubiera seguido hasta Alemania con un propósito? ¿Me lo había legado mi abuelo para que pudiera encontrar el camino de regreso al continente en el que él había peleado? Tonterías, me dije: un buen historiador no debe dejarse llevar por semejantes supersticiones, y de hecho aquel cuchillo no solo me proporcionaba una oportunidad para contar su historia y justificar su presencia, sino que, de alguna forma, me obligaba a hacerlo.

Y en el proceso, quizá también yo, en cuanto descendiente de las potencias victoriosas, aprendería algo. En Berlín, el relato de la segunda guerra mundial se cuenta de un modo diferente de como lo hacemos en Canadá o en el Reino Unido, donde con frecuencia tendemos a ver con un patriotismo acrítico la pérdida de tantos y tantos soldados que eran demasiado jóvenes para morir. En ausencia del hombre que fue su último propietario, aquel horrible objeto tal vez me contaría una historia oscura acerca de un ser querido al que yo solo había conocido como una persona buena y amable.

El principal obstáculo era que carecía casi por completo de contexto para entender aquel cuchillo que había heredado. No sabía por qué se fabricó, a quién pertenecía, quién lo utilizó y contra quién. Todo lo que sabía era que se trataba de un cuchillo «alemán» y que, a mis ojos, encarnaba la maldad del régimen nazi, aunque solo fuera vagamente. Aquel objeto tenía que ser una llave, pero ¿qué puertas iba a abrirme?

En sí mismo, el cuchillo contenía algunas pistas: las cruces

que una mano había grabado en la plata, ¿un recuento de bajas, tal vez? Letras y números grabados: la inscripción «S. Sch. II. 421», tachada y reemplazada por «47»; el «W80» estampado en el delgado borde de la parte superior de la hoja; las iniciales «ACS», que adornaban la imagen de una balanza, y, en el anverso, el nombre de la persona que había diseñado la hoja, «Alexander Coppel», y el de la ciudad en la que tenía su fábrica, «Solingen». Asimismo, estaba el modelo del cuchillo, que, según imaginé en ese momento, debía de ser uno de muchos.

Además de esas pistas físicas en el cuchillo (pruebas arqueológicas), estaba la información que mi abuelo podría proporcionarme sobre la batalla en la que se lo arrebató a los nazis: era posible que encontrara detalles al respecto en su expediente militar, en el diario de guerra de su regimiento y en la grabación de veinte minutos que dejó con sus recuerdos.

Me imaginé desentrañando dos viajes, por un lado, el del cuchillo, por otro, el de un joven soldado, ambos avanzando de forma inexorable el uno hacia el otro, y empecé a anticipar lo fascinante que sería el trabajo detectivesco. La historia suele presentarse al gran público como un conjunto de conclusiones en el que no tienen cabida las hipótesis, los giros equivocados, las revisiones, los rodeos. El historiador muestra al lector la cara del tapiz, tejida con gran cuidado, no el reverso enredado, plagado de nudos y correcciones. El reverso del tapiz, sin embargo, suele ser lo más interesante.

Trazar el viaje del cuchillo implicaba visitar la empresa que lo fabricó en Solingen, comprender la historia de la iconografía que empleaba y explicar las marcas hechas en el objeto mismo. A partir de todo eso, confiaba en poder averiguar cómo llegó hasta los Países Bajos. Por su parte, el viaje de mi abuelo hacia el cuchillo sería un relato bélico centrado en el país donde terminaría encontrándolo y donde supuestamente había sido

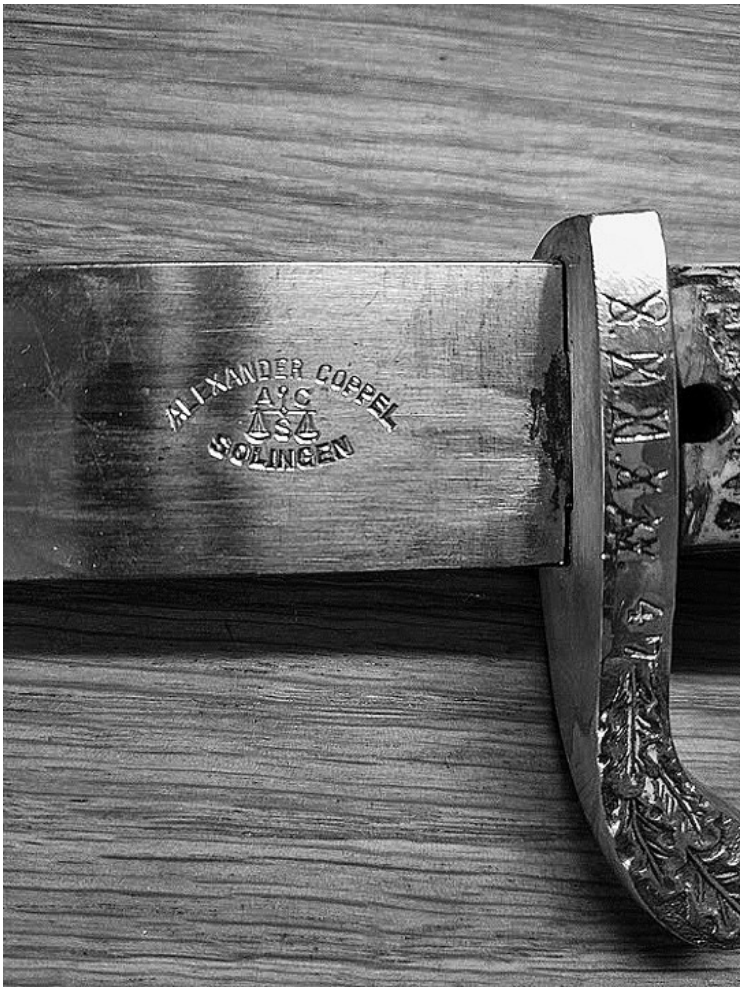
utilizado por su dueño. Ambas historias, por supuesto, acabarían entrelazándose, y yo esperaba que ambos viajes se hablaran e iluminaran entre sí, como hebras de colores distintos que se funden en un único tejido.

Tenía letras, números, códigos, documentos... pero ¿sería material suficiente? ¿Era posible contar toda una historia con tan poco? Habían pasado setenta y cinco años desde que mi abuelo había «liberado» el cuchillo. ¿Quedaría alguien que pudiera hacer hablar al objeto y conseguir que contara su historia?

¿O podía el cuchillo contarla por sí mismo?

Los fabricantes

La identidad del fabricante del cuchillo, Alexander Coppel, estaba grabada directamente en la hoja —según me parecía, con cierto orgullo—, al igual que la ciudad en la que tenía su sede la empresa, Solingen, y el emblema de la firma, una balanza equilibrada con las iniciales ACS. Además de la esvástica, aquella era la única insignia grabada en el cuchillo. Una rápida búsqueda en Internet me reveló que la empresa de Alexander Coppel todavía operaba en Solingen, que lo había estado haciendo desde 1821 e, incluso, que seguía usando el mismo emblema.


ALEXANDER COPPEL
A°C
SOLINGEN

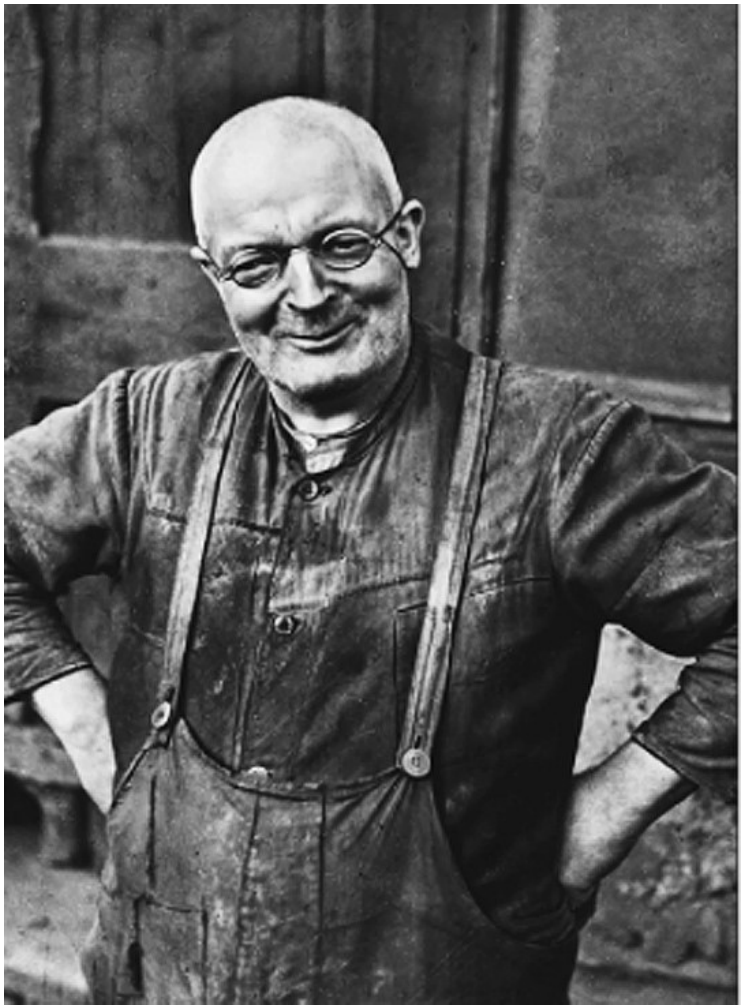
La perspectiva de viajar a Solingen me ponía un poco nervioso. ¿Qué iba a hacer allí? ¿Llevar el cuchillo, poner delante de esas personas la prueba de su complicidad con el régimen nazi y preguntarles si sabían dónde estaban sus abuelos durante la segunda guerra mundial? ¿Qué les diría? «Mirad, tengo este horrible objeto con el nombre de vuestra familia grabado en él...» Cabía suponer que la fábrica habría producido el cuchillo para los nazis en grandes cantidades, y señalar con el dedo a los perpetradores de ese hecho incuestionable resultaba

bastante incómodo (hablar de las víctimas resultaba más fácil: con frecuencia ya no estaban).

La ciudad de las espadas, o *Klingenstadt*, como se apoda a Solingen, está a unas cuatro horas de Berlín vía Wuppertal. En un folleto turístico que descargué de Internet me enteré del eslogan *Solingen macht scharf*, el fallido juego de palabras que los alemanes podían esperar de los residentes de Renania, a los que la imaginación popular considera una población obsesionada con el sexo. *Macht scharf* significa «me pone», pero literalmente debe traducirse como «me afila». En cualquier caso, esa no era la sensación que me embargaba a bordo del Intercity Express, el tren de alta velocidad que iba a llevarme al corazón industrial del oeste de Alemania.

Solingen tenía un cierto aire wagneriano. Pero no porque los artesanos de esta pequeña ciudad (la población actual es de 160.000 habitantes) fueran maestros del canto, sino porque se habían especializado en la fabricación de espadas. En la Edad Media, sus menestrales forjaban espadas y cuchillos entre casas de entramado de madera, en medio de las colinas boscosas, los acebos y los arroyos de la Bergisches Land. El castillo y la herrería, que datan del siglo XII, se beneficiaron de la energía hidráulica y de las minas de carbón de las inmediaciones. Las espadas de Solingen, grabadas con la insignia y los nombres de los fabricantes, se hicieron famosas más o menos por la misma época en que adquirieron renombre las hojas producidas en Sheffield, Inglaterra. Hacia 1571, se creó un sello de calidad con la inscripción latina *Me fecit Solingen* («Solingen me hizo»). Algunas de las marcas comerciales más antiguas del mundo nacieron en Solingen, como el fabricante de cubertería Zwilling J. A. Henckels, que se registró en el gremio de cuchilleros de Solingen en 1731. Hasta mediados del siglo XIX, todo el trabajo se hacía a mano. Luego llegaron las máquinas de vapor y

surgieron las fundiciones especializadas. Con la revolución industrial, la ciudad, que había formado parte del reino de Prusia, creció en prestigio y poder dentro de la Alemania unida. Para entonces, los talleres y las fábricas ya no solo fabricaban espadas, tenedores y cuchillos, sino también piezas de automóviles, bicicletas y la clase de herramientas que más tarde mi abuelo vendería desde un almacén en Canadá (como empresario de un negocio de distribución de suministros industriales). Para los nazis, Solingen era un escenario: un paradigma del trabajo manual y del prestigio industrial de los alemanes de bien, como se aprecia en las fotografías de la clase trabajadora de Solingen (*siguiente imagen*) realizadas para el Ministerio de Propaganda nazi en 1937.



Esa «fantasía wagneriana» —una localidad de casas de entramado de madera poblada por industriosos artesanos, la quintaesencia de la ciudad alemana— ya no existe. Solingen Hauptbahnhof, la estación principal, es una caja de color óxido desprovista por completo de encanto. El persuasivo folleto turístico me había hecho esperar una ciudad de techos de pizarra gris coronados por cúpulas y caminos sombreados que se adentraban en las colinas. No me detuve a pensar que Solingen

se encuentra en las entrañas de la región metropolitana del Rin-Ruhr, un área muy industrializada de casi ocho mil kilómetros cuadrados y más de diez millones de habitantes. Así que la ciudad, que había sido arrasada por las bombas en la segunda guerra mundial, ya no tenía nada de bucólica o distinguida desde un punto de vista arquitectónico. Pasé por delante de una serie de comercios de las décadas de 1950 y 1960 —escaparates de conocidas marcas alemanas: Rossmann, Lidl, Aldi...— para llegar a mi destino, la sede de la fundición Coppel, situada al este del centro de la ciudad, en la esquina de las calles Werwolf y Malteser.

Allí me topé con un *Stolperstein*, un obstáculo en forma de adoquín de bronce. En la actualidad, en toda Europa hay más de 75.000 de estas placas conmemorativas de bronce empotradas

en el suelo, que siempre están frente a la última residencia conocida de una víctima del Holocausto. Los transeúntes «tropiezan» (*stolpern*) con estos bloques del tamaño de un puño, que los sacan bruscamente de lo que sea que estén pensando para invitarlos a reflexionar sobre una persona que fue asesinada por los nazis. En este caso, la placa estaba dedicada al doctor Alexander Coppel, nacido en 1865 y deportado en 1942 al campo de concentración de Theresienstadt, donde murió el 5 de agosto del mismo año. Alexander Coppel, el hombre que fabricó aquel cuchillo que ahora me pertenecía, era judío y había sido víctima del régimen nazi.

La mayor parte de los judíos de Solingen, que habían llegado a la región procedentes de Europa central a principios del siglo XVIII, no estaban involucrados en la producción de cuchillos, sino en la industria textil. A fines del siglo XIX, de los ochocientos cuchilleros de la ciudad solo dieciséis eran judíos. Con todo, Alexander Coppel era uno de los mayores empresarios del sector y, asimismo, un destacado líder comunitario: filántropo y miembro activo de la sinagoga local, en la época de la República de Weimar había sido concejal de la ciudad por el Partido Democrático Alemán, una formación progresista de izquierdas. Coppel financiaba este activismo social con las ganancias que le reportaba su fábrica de cuchillos. En 1936, sin embargo, la empresa fue «arianizada». Después de que la persecución desatada por los nazis se intensificara y, en particular, tras el incendio de la sinagoga de Solingen durante la *Kristallnacht*, la «noche de los cristales rotos» (el 9 de noviembre de 1938), la mayor parte de su familia huyó a Suiza. Un hermano se suicidó. Alexander Coppel decidió quedarse.

En julio de 1942, al enterarse del traslado de los judíos al campo de concentración de Theresienstadt, Coppel escribió en una carta a su sobrino nieto:

> Nunca imaginé que, antes de morir, tendría que dejar el feliz hogar en el que vivieron mis padres desde que se casaron en 1856, y donde yo mismo nací. Este lugar es un santuario para mí [...]. He disfrutado de una vida rica y hermosa.

De hecho, muchos judíos de la época estaban aculturados, se consideraban alemanes y no podían sino ver con estupefacción que se los extirpara de semejante forma de la sociedad.

Según el testimonio de otro prisionero, un mes después de su llegada a Theresienstadt Coppel murió de hambre y agotamiento junto al pozo del campo de concentración al que había ido a asearse. El cadáver fue incinerado y las cenizas se echaron en una caja de cartón. Hoy, una calle y una escuela en Solingen llevan el nombre de Alexander Coppel.

El 23 de mayo de 1943, los Aliados arrojaron sobre la cercana Dortmund y la región circundante el doble de las bombas incendiarias que los alemanes habían lanzado sobre Gran Bretaña en los primeros seis meses de ese año. Fue un ejemplo temprano de la tormenta de fuego que dos meses después arrasaría ciudades alemanas como Hamburgo. Ladrillos derretidos a temperaturas que alcanzaban los mil grados, acero deformado... El primer gran bombardeo del «santuario» de Coppel tuvo lugar una semana después, el 30 de mayo, y en los siguientes meses la ciudad sufriría casi un centenar de bombardeos aéreos. El 12 de septiembre de 1944, casi dos mil personas perdieron la vida en Solingen debido a las incursiones de la aviación británica, lo que condujo a la decisión de evacuar a toda la población. La ciudad vieja fue arrasada por completo los días 4 y 5 de noviembre de 1944.

Después de la guerra, los miembros supervivientes de la familia Coppel fueron compensados por sus pérdidas (al menos en términos económicos). La fábrica de cuchillos pasó por una serie de nuevos propietarios y sufrió varias quiebras. En la actualidad, la empresa ya no produce hojas que puedan emplearse en seres humanos. En lugar de ello, se dedica por completo a la elaboración de artículos para animales: esquiladoras, rasuradoras, cortaúñas, tijeras...

Un cuchillo nazi hecho por un judío constituye una ironía espeluznante. Si la empresa de Alexander Coppel había producido el cuchillo de mi abuelo, resultaba trágico que hubiera forjado un águila militar para la empuñadura y puesto en ella una esvástica. Y si la responsable había sido la fábrica arianizada, resultaba espantoso que hubiera grabado en la hoja el nombre de un judío perseguido por los nazis. La ironía, sin embargo, no terminaba ahí: mientras que el cuchillo sobrevivió a la guerra, la ciudad en la que se fabricó ardió hasta quedar reducida a cenizas, y su fabricante murió a manos de los hombres que empuñaban las armas grabadas con su nombre.

La iconografía

Durante años, mi abuelo tuvo pesadillas que despertaban a toda la casa. Al preguntarles por el cuchillo y lo que les había contado de la guerra, sus tres hijos mencionaron que los gritos de su padre los despertaban de forma recurrente. Mi abuela no reconocía en él al joven soldado que le había propuesto matrimonio durante el conflicto. Era una mujer nerviosa y amable, y también un animal de costumbres: hacía que sus hijos decidieran por la noche qué tomarían de desayuno, y dejaba la mesa puesta antes de irse a la cama. Por la mañana, mientras desayunaban, no se decía una palabra acerca de los incidentes nocturnos. El veterano de guerra, en sintonía con su generación y la desconfianza que esta profesaba hacia la psiquiatría, trasladó a la vida civil su estoicismo de oficial. Los recuerdos de lo que había vivido en Francia y los Países Bajos durante la segunda guerra mundial resultaban difíciles de explicar entre los jardines bien cuidados y los chalés de una pequeña ciudad al norte de Alberta. Mi abuelo solía dar largos paseos con su labrador retriever y se mantenía ocupado con su empresa de

herramientas para escapar de la ratonera en que se había convertido su matrimonio.

Poco después de que el cuchillo llegara a mi apartamento de Berlín, yo también comencé a tener pesadillas. Traté de ser pragmático, como mi abuelo. Los sueños son un tamiz para los pensamientos diurnos; intentaba que mi mente se concentrara en la tarea de arreglar mi nuevo apartamento y en ponerlo todo en orden, pero el cuchillo seguía estando ahí y no tenía ninguna

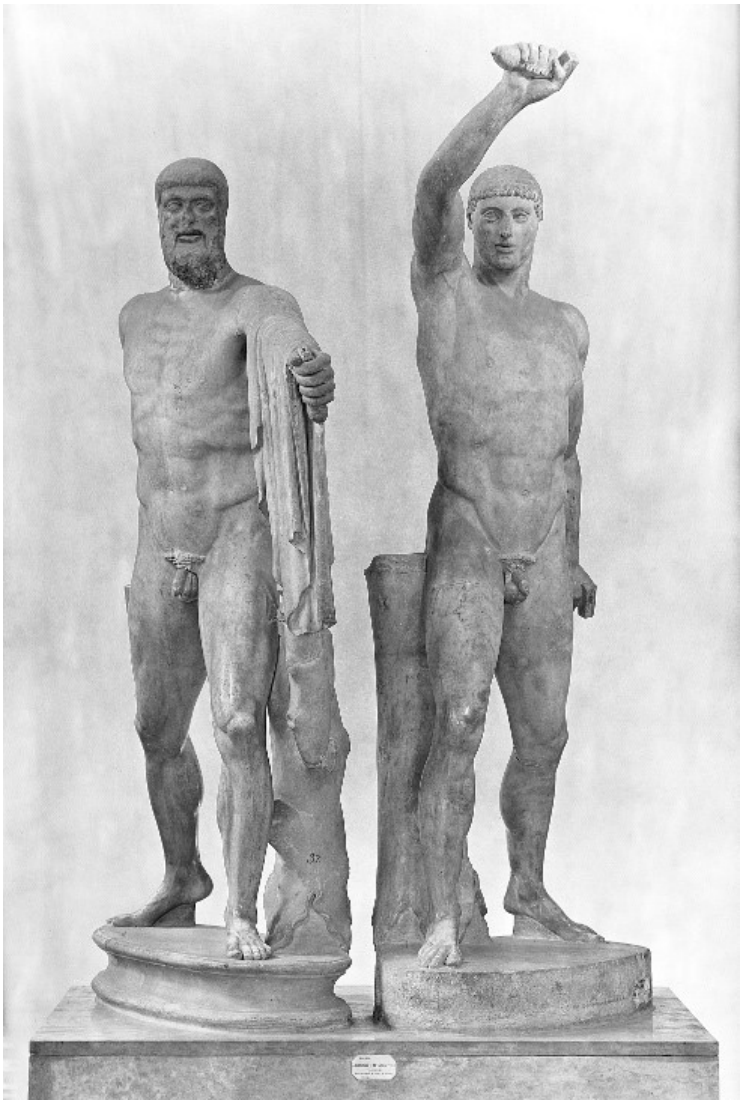
duda de que era él el que causaba mis pesadillas.

En esos sueños aparecían soldados ataviados con disfraces de animales; entidades feroces que salían sigilosamente de detrás de un árbol para esconderse detrás de otro, y que llevaban metralletas en bandolera. El hecho de que tuvieran caras de animales, pero cuerpos y armas humanos, hacía todavía más aterradora su cacería a través del bosque sumido en las tinieblas. El rostro inexpresivo de un tigre, el hocico silencioso de un lobo, los ojos hundidos de un león... En ellos no había miedo o vacilación, solo indiferencia.

Me desperté nervioso, me preparé una taza de té y me senté en uno de los sillones de la sala de estar, rodeado por esa particular atmósfera que adquieren las habitaciones cuando la ciudad duerme. Había escondido el cuchillo detrás de una fila de libros, y lo examiné bajo el reflejo de la débil luz que se colaba por las ventanas opacas. En el vulnerable estado en que me encontraba, logré identificar con rapidez el rasgo que lo hacía tan malévolo: la cabeza del águila. El cuchillo era medio animal.

Los antiguos entendían muy bien el poder que albergaban las armas zoomorfas. Estaban convencidos de que transformaban a quienes las portaban y les conferían cualidades animales. Un ejemplo clásico es un bronce ateniense del siglo VI a. C., obra de Antenor. Su grupo escultórico *Harmodio y Aristogitón* representa a los dos tiranicidas, o rebeldes, en el momento en que se disponen a asesinar al dictador Hiparco de Atenas, en el año 514 a. C. Cuatro años más tarde, cuando se instauró la democracia en la ciudad-estado, el heroísmo de los dos jóvenes fue objeto de celebración y se produjeron en masa imágenes para conmemorarlos; su recuerdo se conserva en monedas y en las numerosas copias de la estatua repartidas por todo el mundo mediterráneo. Cuando vi el conjunto escultórico de los dos

guerreros en el Museo Arqueológico de Nápoles, la sorpresa me hizo retroceder un par de pasos.



Los dos hombres se encuentran congelados en medio de la acción, como si se tratara de una película en pausa, ambos blandiendo armas en cada mano. Harmodio amenaza con un cuchillo que levanta por encima de la cabeza, mientras que su

amante, Aristogitón, ya está arremetiendo. El segundo cuchillo de este último (hoy desprovisto de hoja) se halla detrás de su espalda, listo para atacar.

Llama la atención la empuñadura en forma de cabeza de águila de ese segundo cuchillo: un pico similar, una corona redondeada, el mismo ojo que el del arma de mi abuelo... El diseño de un cuchillo había inspirado el del otro; no cabía duda de que la Antigüedad había proporcionado el modelo.

Posteriormente, los romanos fabricaron dagas o espadas cortas, conocidas como parazonios, que adornaban con empuñaduras de cabeza de águila para, según se esperaba, infundir valor a sus portadores. En una escultura en pórfido del siglo IV, instalada hoy en la fachada de la basílica de San Marcos, en Venecia, cuatro emperadores romanos, los tetrarcas, se abrazan, con las manos libres sobre las *spathae* (espadas largas) con empuñadura de cabeza de águila, que simbolizan su poder.

Resulta fácil explicar por qué el Tercer Reich y otros regímenes militares diseñaron su armamento a partir de modelos clásicos. Siendo unos advenedizos, a los nazis les preocupaba la cuestión de la legitimidad. Hitler empleó con avidez motivos de la Antigüedad (imitando la simplificada arquitectura neoclásica de Mussolini y su uso de los fasces romanos) para reafirmar su idea de que el Tercer Reich descendía del imperio romano y estaba destinado a la grandeza

(si bien el régimen no duró siquiera trece años en lugar de los mil que el dictador prometía). Lo que los antiguos proporcionaron a los nazis fue un *ethos*, una combinación de autoridad y credibilidad. Necesitaban, como diría un retórico clásico, proyectar un aura de poder.

Pero ¿cuál es el *ethos* del águila? Los griegos y los romanos «zoomorfizaron» el valor de sus héroes. Para los cristianos, el águila —el animal que podía mirar directamente al sol— era el símbolo de san Juan Evangelista. Los románticos celebraron la nobleza indiferente de la bestia. El águila de Tennyson «observa desde los riscos de la montaña y cae como un rayo». Según Nietzsche, las aves rapaces son consideradas malas por las criaturas serviles porque se llevan a los dulces corderitos; pero las propias águilas (imaginaba el filósofo alemán) tienen una opinión diferente y ven «con cierta ironía» la moral del rebaño: «No nos disgustan en absoluto estos buenos corderitos. ¡De hecho, nos encantan! ¡Nada es más sabroso que un cordero tierno!». El águila se eleva por encima de nuestras preocupaciones morales y luego se abalanza y mata: el modelo ideal para un soldado eficaz.

Fuerza, coraje, implacabilidad, indiferencia, nobleza: todas esas cualidades otorgaban al águila una resonancia particular en Alemania, donde su uso iconográfico tiene una larga historia, muy anterior al surgimiento del nazismo. En Europa central, el águila heráldica tiene con claridad un origen militar: el águila se consolidó como estandarte de las legiones del imperio romano en el siglo II a. C. El estandarte pasó al Sacro Imperio Romano Germánico y adornó el cetro de Otón III en el siglo X. A partir del siglo XIII, la utilización del águila como emblema del imperio se generaliza (tanto en su versión monocéfala como bicéfala). Cuando Alemania se unificó en 1871, la *Reichsadler* (el águila imperial) se convirtió en el escudo de armas del Estado

alemán y siguió siéndolo durante la República de Weimar. Los nazis adoptaron el símbolo romano como emblema tanto del Partido Nacionalsocialista como del Estado: la *Parteiadler*, o «águila del Partido», mira por encima del hombro izquierdo, mientras que la *Reichsadler* lo hace por encima del derecho (como en el cuchillo de mi abuelo). Neutralizada como *Bundesadler* («águila federal»), la bestia cuyos orígenes se remontan a los ejércitos romanos que en otro tiempo recorrían con paso firme la Europa de aquellos tiempos se estampa hoy en las monedas de euro y se alza sobre el hemiciclo del Bundestag.

Un águila puede evocar una multitud de imágenes y asociaciones, pero, habiendo sido producido en Alemania, el animal del cuchillo de mi abuelo remitía en particular a esta herencia impregnada de heráldica militar e imaginería clásica. Los historiadores discuten teleológicamente acerca del *Sonderweg*, el «camino especial» de la historia alemana, para sostener que las atrocidades del período nazi poseen una larga prehistoria que sirve para explicarlas. Mientras que otros países europeos tuvieron revoluciones liberales, Alemania siguió un rígido camino militar y autoritario. En esta forma determinista de contar la historia a grandes rasgos, Alemania habría seguido el modelo romano durante siglos, y el águila no sería un mero símbolo, sino que representaría la continuidad de la guerra.

En tiempos de paz, ser civilizado significa no actuar como los animales. En tiempos de guerra, esa lógica se invierte: se alienta a los jóvenes a adentrarse en territorios oscuros, a desarrollar no solo alas, sino también garras, y se los recompensa por ello.

El águila era un símbolo potente y aterrador cuya historia militar encajaba a la perfección con las teorías raciales nazis. El asesino indiferente separaría, para usar la frase de Primo Levi, a «los hundidos y los salvados». Me pareció tentador suponer que el cuchillo había pertenecido a un oficial de la SS y que había

sido usado con víctimas judías. Pero lo cierto era que aún desconocía el trabajo encomendado a su dueño y si este requería matar con indiferencia y de forma despiadada. Todavía no lograba imaginar el rostro borroso de quien llevaba ese cuchillo ajustado al cinturón, un personaje que —en un instante— se transformó en un animal, concentrado desde la distancia en la presa, arañando el precipicio con manos retorcidas.

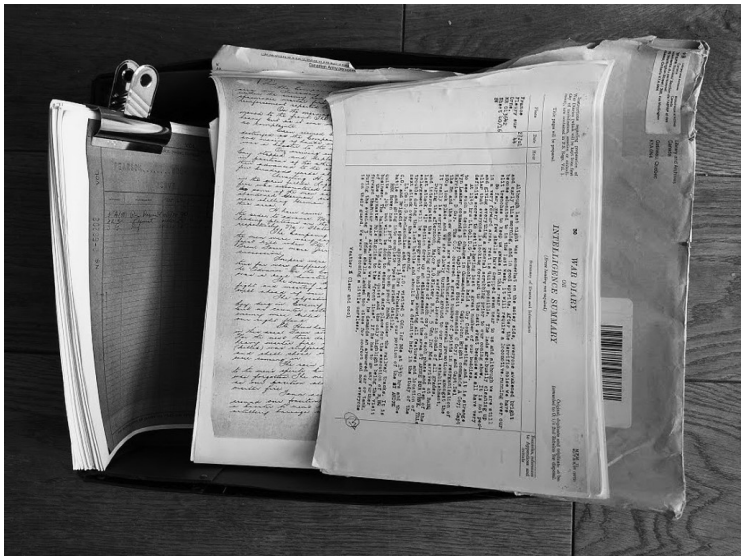
Quizá mi abuelo podría decirme en cuál de los lugares por los que pasó durante la guerra se había topado con él.

Las fuentes

El cuchillo viajó hacia mi abuelo y mi abuelo viajó hacia el cuchillo. Me senté ante el escritorio de mi apartamento de Berlín y me dispuse a trabajar con las distintas fuentes que había conseguido reunir para reconstruir el viaje de mi abuelo. En el correo de la mañana, había llegado un sobre con el emblema de Canadá (la hoja de arce) en una esquina; contenía el diario de guerra del regimiento del que formaba parte y también su expediente militar. El diario era el registro oficial de los Calgary Highlanders redactado por el cronista de la compañía, que se veía forzado a escribir sobre las tragedias de la confrontación en un lenguaje patriótico y animado. El expediente militar era una ordenada abstracción del reclutamiento, la salud, el historial disciplinario y el despliegue del soldado que había sido mi abuelo. La información había sido compilada por las autoridades militares, que habían censurado casi dos terceras partes del contenido incluido en esos documentos apelando a razones de privacidad. Además, contaba con una cinta de casete grabada por mi abuelo, con varias cartas familiares, algunas fotografías y algunos testimonios y recortes de periódico. A partir de todo ello, esperaba poder establecer

con exactitud dónde había estado mi abuelo y construir un catálogo de contactos directos con los alemanes (en especial, de aquellos en los que se había capturado a prisioneros de guerra y confiscado sus pertenencias), con el fin de reducir los posibles lugares en los que pudo producirse el hallazgo del cuchillo. Confiaba en la explicación de mi abuelo según la cual lo había «liberado» de un nazi en los Países Bajos, no en la versión de mi padre de que lo había encontrado por casualidad tirado en el barro en alguna parte.

La historia del capitán Hugh John Sanders, «Sandy» Pearson, nacido el 9 de septiembre de 1921, era la de su regimiento. Los Calgary Highlanders, parte de la 5.ª Brigada de Infantería y de la 2.ª División de Infantería canadiense, era un regimiento formado por soldados voluntarios de las provincias occidentales de Canadá. En el momento de su reclutamiento, los Highlanders todavía vestían faldas escocesas de la primera guerra mundial. No tenían uniformes de batalla, ni sombreros a juego, ni distintivos que colgarse del cuello. Para identificarse, llevaban brazaletes amarillos con las palabras «Calgary Highlanders». No estaban en absoluto listos para el combate.



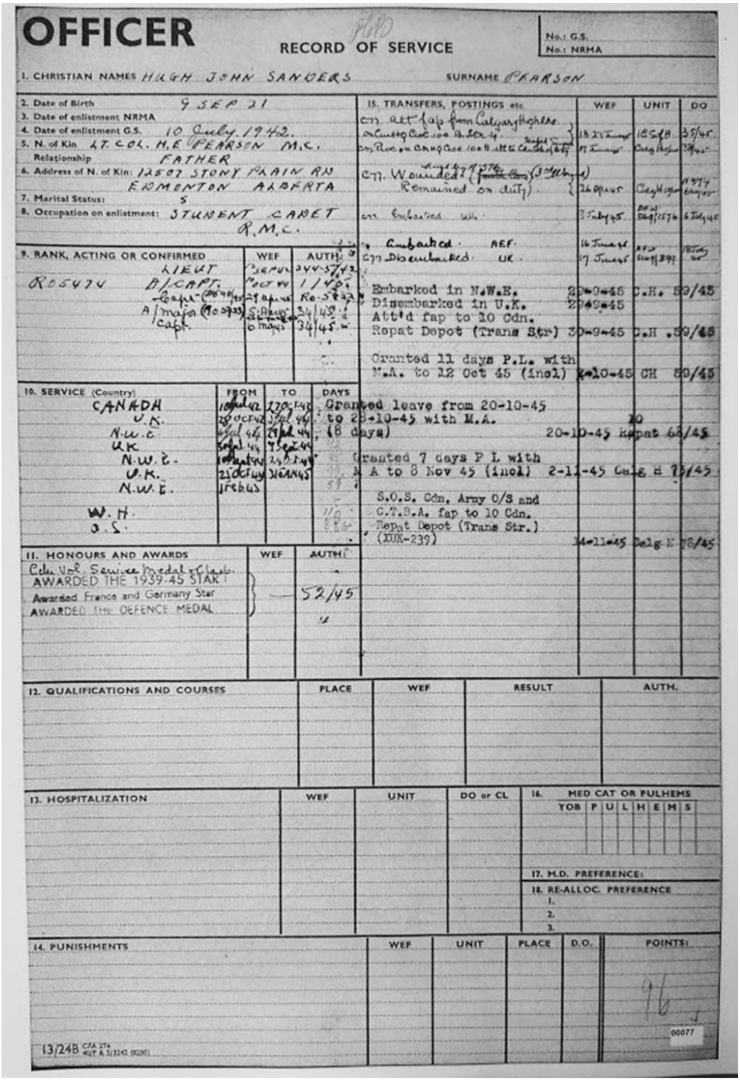
Mi abuelo viajó en tren a las provincias marítimas, y el 27 de octubre de 1942 se embarcó de Nueva Escocia a Escocia. Según los estándares de adiestramiento del ejército británico, se consideró que el regimiento estaba por debajo de la media. Los Calgary Highlanders esperaron dos años en Gran Bretaña antes de desembarcar en Normandía el 6 de julio de 1944, para luego avanzar en dirección noreste siguiendo la costa y dirigirse hacia Bélgica y los Países Bajos. Mi abuelo hablaba con frecuencia de la ciudad de Groninga, en el extremo norte de Holanda, en gran parte porque allí había sido ascendido y recibido el mando de la sección «B» como mayor interino, pero también por la intensidad y proximidad de la lucha.

Esperaba que la historia de mi abuelo durante la guerra estuviera resumida en su expediente militar, pero este incluía pocos detalles personales y muchísimas siglas y abreviaturas (TOS, MFM2 & 2A, CIRU, SOS a «B» Bn, AEF…), lo que tenía un efecto distanciador: reducía al individuo a un listado de pormenores, como si fuera una simple arma en un inventario. Yo buscaba «poesía» en aquel expediente —un destello de la

persona que había sido mi abuelo, un detalle revelador—, pero allí había muy poca información que valiera la pena. Encontré humanidad en su fotografía. «¡Era guapo!», pensé, con la incredulidad del nieto que comprueba que sus antepasados fueron alguna vez más jóvenes de lo que él lo es ahora. Ahí estaba mi abuelo con veintidós años: la cabeza levemente ovalada, la frente alta, las orejas pequeñas y redondeadas, las cejas pobladas y los labios gruesos. Miraba al frente, pero sus ojos no me decían absolutamente nada, salvo, quizá, que eran obedientes. Sin embargo, yo ya estaba enterado de su lealtad al imperio. En su informe de alistamiento, ciertas palabras llaman la atención: su complexión se describe como «lozana» (lozana para la batalla, se entiende). Se le evaluó como «inmaduro», pero se consideró que podía ser «un buen oficial». Sabía marchar. Más tarde, recibiría menciones elogiosas en los partes de guerra.

Con todo, el expediente militar me proporcionó un documento que necesitaba: su formulario de servicio y bajas, en el que se incluían las fechas en que había estado de servicio, de permiso o herido. Dado que el diario de guerra me permitía conocer la ubicación del regimiento, correlacionando los datos de ambos documentos pude saber dónde había estado mi abuelo día a día. Lo que esperaba, una vez más, era hallar una fecha en la que mi abuelo estuviera sirviendo en el frente y en la que el

batallón alemán que llevaba el cuchillo (tal vez un componente del equipo reglamentario) se hubiera cruzado en el camino de los Calgary Highlanders. O, con un poco de suerte, encontrar en el diario de guerra alguna mención del armamento confiscado al enemigo. Era una posibilidad remota, pero había que intentarlo.



OFFICER RECORD OF SERVICE

No. G.S.
No. NRMA

1. CHRISTIAN NAMES HUGH JOHN SANDERS SURNAME PEARSON

2. Date of Birth 9 SEP 21
3. Date of enlistment NRMA
4. Date of enlistment G.S. 10 July 1942.
5. N. of Kin LT. COL. H.E. PEARSON M.C.
Relationship FATHER
6. Address of N. of Kin: 12507 STONY PLAIN RD EDMONTON ALBERTA
7. Marital Status: S
8. Occupation on enlistment: STUDENT CADET R.M.C.

9. RANK, ACTING OR CONFIRMED — WEF — AUTH.
R05474 LIEUT — 244-57/42
B/CAPT. — 1/1/45
Capt — 29 Apr — Ro-5822
A/Major — 34/45
Capt. — 6 May — 34/45

10. SERVICE (Country) — FROM — TO — DAYS
CANADA
U.K.
N.W.E.
UK
N.W.E.
U.K.
N.W.E.
W.H.
O.S.

11. HONOURS AND AWARDS — WEF — AUTH.
Cdn. Vol. Service Medal & Clasp.
AWARDED THE 1939-45 STAR
Awarded France and Germany Star — 52/45
AWARDED THE DEFENCE MEDAL

12. QUALIFICATIONS AND COURSES — PLACE — WEF — RESULT — AUTH.

13. HOSPITALIZATION — WEF — UNIT — DO or CL

14. PUNISHMENTS — WEF — UNIT — PLACE — D.O. — POINTS:

15. TRANSFERS, POSTINGS etc — WEF — UNIT — DO
att fap from Calgary Highlanders
Wounded (Remained on duty)
Embarked UK
Embarked AEF
Disembarked UK
Embarked in N.W.E. 29-9-45 C.H. 59/45
Disembarked in U.K. 29-9-45
Att'd fap to 10 Cdn. Repat Depot (Trans Str) 30-9-45 C.H. 59/45
Granted 11 days P.L. with M.A. to 12 Oct 45 (incl) 1-10-45 CH 59/45
Granted leave from 20-10-45 to 28-10-45 with M.A. (8 days) 20-10-45 Repat 63/45
Granted 7 days P L with M A to 8 Nov 45 (incl) 2-11-45 Calg H 73/45
S.O.S. Cdn. Army O/S and C.T.B.A. fap to 10 Cdn. Repat Depot (Trans Str.) (XUK-239) 14-11-45 Calg H 78/45

16. MED CAT OR PULHEMS — YOB — P — U — L — H — E — M — S
17. M.D. PREFERENCE:
18. RE-ALLOC. PREFERENCE 1. 2. 3.

13/24B

A continuación, me concentré en la cinta de casete que mi

abuelo dejó a sus descendientes seis décadas después de terminada la guerra. Tuve la fortuna de que, siendo consciente de que la muerte se acercaba, decidiera que quería contar su historia: una historia franca, sin adornos.

Mi abuelo se sentó solo en una habitación y se grabó a sí mismo. Al empezar a oír la cinta, supe de algún modo en qué habitación lo había hecho: el estudio de su casa en Edmonton, con la ventana que daba al prado que desciende hasta la calle. No podía oír a los perros, que sin duda estaban encerrados en el patio trasero, listos para saltar contra la puerta cada vez que alguien llegaba o salía de casa. Aquel estudio, con sus sofás de cretona, el teléfono de disco en la repisa, las estanterías con las obras de Kipling encuadernadas en cuero, los paisajes al óleo de las montañas Rocosas y las acuarelas temblorosas que él mismo había pintado, era un espacio apretado en el que a veces tomábamos una copa antes de la comida o donde los hombres se reunían para beber whisky después de una cena elegante. Mi abuelo y mi abuela solían sentarse allí para comer delante de la tele en mesas auxiliares, sin hablar mucho entre ellos.

Solo, grabándose a sí mismo, mi abuelo contó lo que no habría sido capaz de contar si alguien más hubiera estado presente, y eso a pesar de que estaba grabando esa cinta precisamente para que la oyeran otras personas.

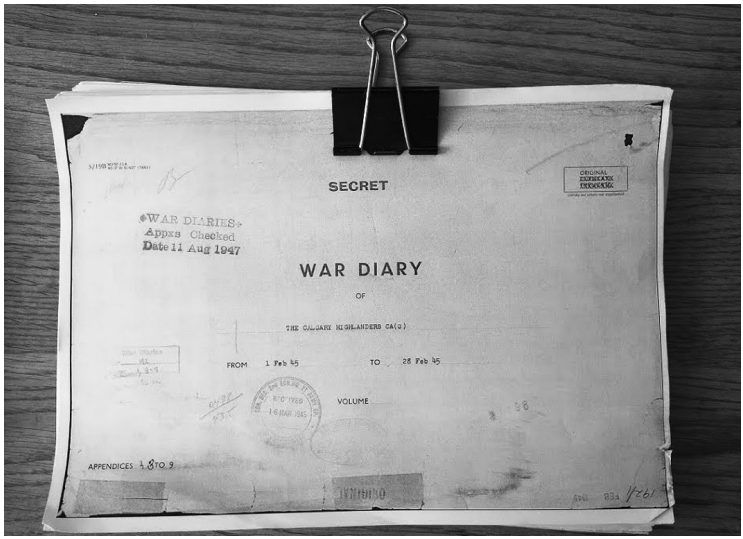
Presionó el botón de grabación y, acto seguido, dijo que había «aprendido acerca de la vida junto a otros hombres y liderando a otros hombres» y que sentía:

> admiración por los soldados rasos que tenían que lidiar con situaciones horribles, a diferencia de los oficiales. Para un oficial, era mucho más fácil ser valiente, porque todos esperan que seas valiente y lideres. Para un soldado raso, era mucho más difícil.

En las listas de fallecidos en la guerra, figuran 430 miembros de los Calgary Highlanders, más de la mitad del regimiento completo. La mayoría de esos muertos eran soldados rasos, y la mayoría de los soldados rasos tenían nombres no anglosajones. En cambio, todos y cada uno de los oficiales tenían nombres británicos: MacKenzie, Wilkes, McQueen, Robinson... Cuando te topabas con un nombre francés, italiano o eslavo —por ejemplo, Bissonnette, Campagnolo o Gorgichuk—, casi siempre correspondía a un hombre con el rango más bajo posible y se encontraba entre los muertos.

La voz de mi abuelo continuó brindándome un relato de sus movimientos a lo largo de la confrontación y algunos recuerdos clave, que más tarde podía comparar con la información del diario de guerra (una pila de papel intimidatoria) y luego cotejar con las fechas del formulario de servicio, permisos y bajas.

Cada vez que hablaba de un compañero que había muerto, la grabación se interrumpía de repente y luego continuaba. ¿Estaba mi abuelo conteniendo las lágrimas en esos momentos? Yo lo imagino sentado, guardando silencio. La familia cuenta que, a medida que fue haciéndose mayor, se volvió una persona más emotiva, y que los recuerdos brotaban con facilidad a la superficie. Al final de la cinta, alguien lo interrumpe. Supe de inmediato (por el hecho de que entrara sin avisar en aquella habitación y por el murmullo tímido que la acompañaba) que era mi abuela. «¿Qué estás haciendo?», pregunta ella. Y él detiene la grabación.



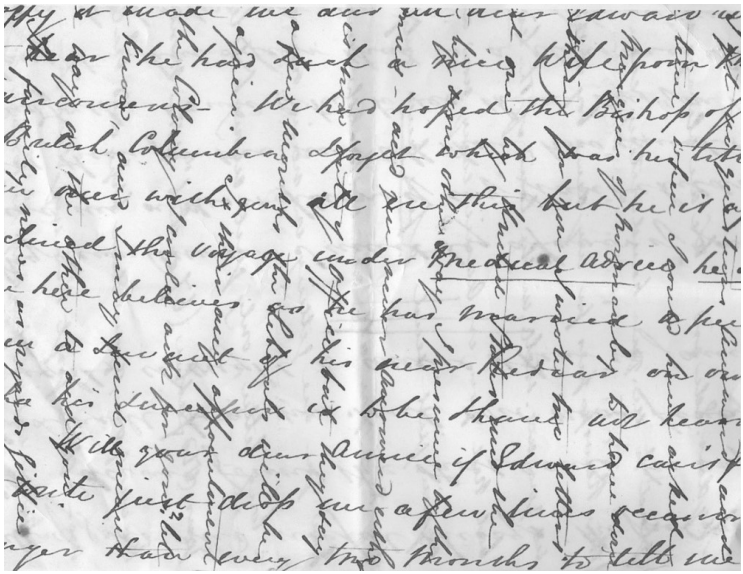
FAMILIA ALEMANA

Pasé las siguientes semanas leyendo el diario de guerra del regimiento. Siguiendo a los Calgary Highlanders desde el desembarco de Normandía el 6 de julio de 1944 (las bajas del regimiento en la región fueron del 50 %), averigüé que mi abuelo había recibido disparos en ambos muslos y que el 30 de julio había sido evacuado a un hospital en Uxbridge, Inglaterra, donde al cabo de dos semanas de convalecencia se le permitió visitar a unos familiares que tenía en Dorset antes de volver al continente, el 10 de septiembre. Con todo, mi atención se concentraba sobre todo en las entradas que hablaban del país en que mi abuelo había obtenido el cuchillo. Los Highlanders cruzaron la frontera de los Países Bajos el 7 de octubre de 1944. Mientras se acercaban al estuario del Escalda, un campo de batalla clave contra la 70.ª División de Infantería, parte del 89.º Cuerpo del ejército alemán, se me planteó una línea de investigación inusual (os ruego que tengáis paciencia con mi afán investigador), que resultó no ser tan disparatada como en algún momento llegué a pensar. «¿Es posible que el cuchillo perteneciera a uno de nuestros parientes alemanes?», me preguntó mi tía Kit, autora de novelas infantiles. La idea me pareció de entrada rocambolesca, pero pese a ello tiré del hilo encantado.

Mi tatarabuelo, el coronel Gilbert Edward Sanders, el dueño del «noble» sable del sótano y mentor de mi abuelo, tenía un tío británico que se estableció en Alemania. Howard Oakley Sanders había luchado en la guerra austro-prusiana de 1866 y fue condecorado con la Cruz de Hierro. Sus hijas se casaron con militares.

Así que, sentado a la mesa de la cocina de mi apartamento de Berlín, me dispuse a leer las cartas de los Sanders teutónicos que mi tía había encontrado en un sótano. Una de ellas resultaba difícil de descifrar porque, para ahorrar papel y reducir así los

elevados precios del franqueo a la costa oeste de la Norteamérica británica, estaba escrita en dos direcciones: de izquierda a derecha y de arriba abajo. Otra relataba el matrimonio en 1877 de una de las hijas, Amelie von Sanders, con el entonces teniente Otto Liman von Sanders (que adoptó el apellido de la esposa para favorecer su ascenso en el ejército alemán). Este último, un personaje importante en la historia europea porque constituye un raro ejemplo de general alemán de ascendencia judía, dirigiría la campaña otomana en la primera guerra mundial, incluidas las operaciones en Galípoli, donde serían masacrados innumerables soldados aliados, en especial procedentes de Australia y Nueva Zelanda.



El intercambio entre las familias Sanders también incluía algunas imágenes. Examiné con detenimiento un daguerrotipo amarillento de las tres hijas de Howard, sentadas en un gran sillón a principios de la década de 1860. Las niñas parecen muñecas. En primer plano, se distingue un perrito negro; en el fondo, los pliegues de una cortina. En el centro de la imagen,

sentada en el regazo de la hermana mayor, se encuentra la más pequeña de las tres, Bertha Karoline von Sanders, que entonces tendría unos cinco años, una niña de piernas y brazos rollizos que mira con delicadeza al fotógrafo. En 1879 se casaría con el *Freiherr* (barón) de Hessen, Felix Eitel von und zu Gilsa, un apellido que más tarde se haría famoso en el proyecto nazi.

Llegado el momento, la familia Sanders se dividiría en Alemania entre nazis y judíos. La relación transatlántica se rompería con la primera guerra mundial, cuando los soldados de las dos líneas terminaron combatiendo en bandos opuestos. Mi tatarabuelo, que volvió a alistarse, fue testigo de situaciones brutales en Francia, mientras que su hija, mi bisabuela, trabajó como enfermera en Inglaterra. Ambos perdieron familiares y amigos cercanos en la confrontación, y es muy posible que la animosidad derivada del conflicto pusiera fin a la correspondencia familiar.

A medida que avanzaba el siglo XX, la familia Von und zu Gilsa fue ascendiendo en el escalafón militar. Bajo el régimen nazi, Werner von Gilsa se convirtió en comandante de la Villa Olímpica en Berlín en 1936 y, más tarde, en la segunda guerra mundial, llegaría a ser general en la Wehrmacht. Nombrado jefe militar de Dresde en 1945, se quitaría la vida al término de la confrontación. Busqué a los descendientes de la familia Gilsa, y descubrí con sorpresa que había algunos viviendo también en Berlín. De hecho, el actual barón se dedica al negocio inmobiliario. Tal vez tenga a la venta el castillo familiar.

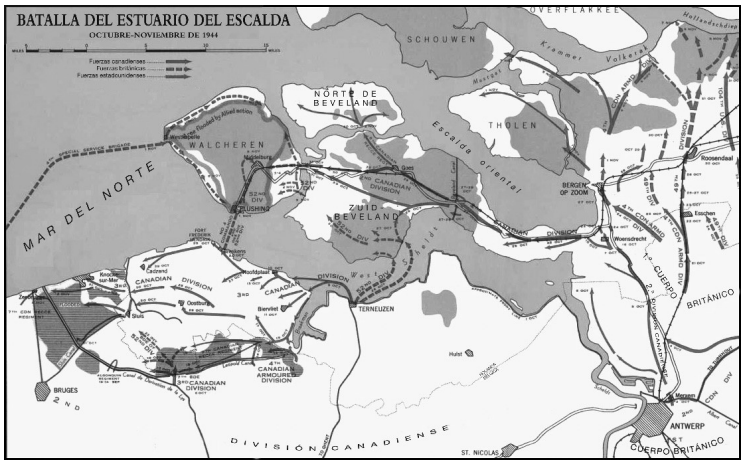
No me gustan para nada los títulos y los rangos, y agradezco mucho haber nacido en el Nuevo Mundo. Sin embargo, dado nuestro objetivo, la genealogía es importante, porque de alguna forma es un espejo del conflicto europeo. Tenemos aquí a una familia de militares repartida entre Gran Bretaña, la Commonwealth y Alemania. Los historiadores solemos hablar

del bando «alemán» o el bando «británico», pero los conflictos entre naciones con frecuencia se individualizan en los miembros de una misma familia que quedan atrapados en bandos contrarios, en especial cuando pertenecen al cuerpo de oficiales de sus respectivos países. Aunque había empezado mi indagación considerando que el cuchillo era sencillamente un cuchillo «alemán», pronto descubrí que lo había fabricado una familia judía alemana. ¿Tienen los objetos nacionalidad? De forma similar, me resultaba difícil hablar sin más de los «alemanes», los «británicos» o los «canadienses» al tratar de explicar a los Sanders enfrentados en la guerra. Y daba por sentado que el caso de mi familia estaba lejos de ser único. El ejemplo más famoso de ese fratricidio lo constituye, por supuesto, el enfrentamiento de las familias reales británica y alemana durante la primera guerra mundial. Comenzar a imaginar una historia del cuchillo desde esta perspectiva fue casi inevitable.

Con las que entonces eran las defensas costeras más fortificadas del mundo, la isla de Walcheren y, en términos generales, el estuario del Escalda fueron testigos de las batallas más importantes de 1944 en el noroeste de Europa después del Día D. Allí, en el apresurado avance de los Aliados hacia el norte, fue donde mi abuelo tuvo su primer gran enfrentamiento con las tropas alemanas en Holanda. Presenció combates brutales, en particular durante la lucha por la calzada que unía a la isla de Walcheren con el continente, entre el 31 de octubre y el 2 de noviembre de 1944. Hoy me parece asombroso que esa batalla se pase por alto con tanta frecuencia, en especial en Canadá.

En la cinta que grabó, mi abuelo cuenta que «había una isla llamada Walcheren, al otro lado de la bahía desde Amberes». La posición de la isla, explica, resultaba ideal para controlar el

acceso al puerto de la ciudad, y «los alemanes estaban resueltos a impedir el aprovisionamiento [aliado] a través de él». La isla se encontraba unida al continente por una calzada y por los diques que los alemanes habían inundado. Todos los campos estaban bajo el agua. «La toma de Walcheren supuso una lucha muy dura. No había ningún lugar adonde ir; solo se podía avanzar en línea recta, por los costados del dique, junto al agua, y los hombres recibían disparos en el pecho y la cabeza. El número de bajas fue terrible.»



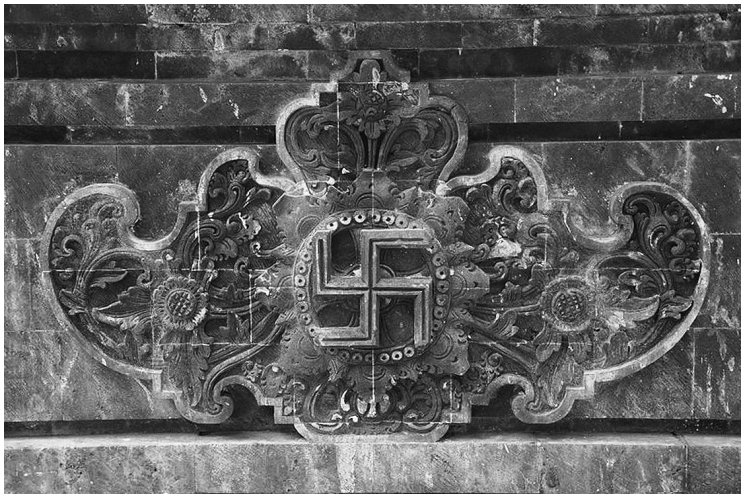
Imaginé a mi abuelo avanzando por aquella calzada, esa cuerda floja expuesta por completo al fuego enemigo, hacia la isla anegada por las aguas donde encontraría el cadáver de un oficial enemigo, un cuerpo acribillado tendido en el barro. Tras sacar el cuchillo con la cabeza de águila del cinturón del nazi, se detendría con gesto victorioso antes de alargar el brazo y girar la cabeza del general derrotado para verle la cara. Y luego, tal vez, retrocedería con sorpresa... Porque reconocería sus propios rasgos en la frente ancha, la cara ovalada y las orejas redondeadas del cadáver. Quizá la nariz y los ojos fueran diferentes, pero me lo imaginé mirando fijamente el rostro de

alguien que podría ser su hermano.

Me reí ante semejante fantasía, entretenido con la sugerencia de mi tía de que el cuchillo podía haber llegado a manos de mi abuelo a través de la rama alemana de la familia. Sin embargo, no tardé en regresar a mi caja de documentos procedentes de los archivos canadienses, a los libros y a los movimientos reales de los Calgary Highlanders a través de los traicioneros humedales que se extendían hasta el mar de Holanda Meridional, donde las distintas divisiones y regimientos enfrentados se señalaban con claridad. Y leí, por ejemplo, que cuando la 2.ª División de Infantería canadiense se enfrentó al enemigo en octubre de 1944, en la batalla del Escalda, luchó contra la 70.ª División de Infantería, comandada por el 89.º Cuerpo del ejército alemán. Leyendo un poco más, exploré la cadena de mando, y descubrí que el oficial al frente de las fuerzas alemanas estacionadas justo en las áreas donde mi abuelo estaba combatiendo (como la isla de Walcheren) era precisamente... el general Freiherr Werner von und zu Gilsa, su pariente por matrimonio.

Eso me hizo reconsiderar la propuesta de mi tía y la imagen del hombre herido en el suelo. Por un momento, me pareció claro que el cuchillo podría haberle pertenecido, después de todo.

La esvástica



El templo de Goa Lawah («cueva de los murciélagos»), en Bali, Indonesia.

Cuando el cuchillo de mi abuelo con la esvástica llegó de Canadá a través de un servicio de mensajería, se infringió brevemente la Sección 86a del Código Penal alemán, que establece que es ilegal «importar o exportar» símbolos de organizaciones inconstitucionales como el Partido Nazi. La violación de esa ley se castiga con penas de hasta tres años de cárcel.

La esvástica, o *Hakenkreuz* («cruz gamada»), es un símbolo con al menos doce mil años de historia, y en muchas religiones del sur de Asia se considera un buen auspicio. En Alemania, sin embargo, doce años de dominio nazi eclipsan milenios de uso. Las «banderas, insignias, uniformes, lemas y formalidades» nacionalsocialistas, lo que incluye realizar el saludo nazi y decir «Heil Hitler», constituyen un peligro tanto para el turista gracioso como para el fascista incondicional. Es posible tener guardada en una caja la deplorable fotografía del tío abuelo ataviado con su uniforme de la SS y la *Hakenkreuz*, pero es ilegal mostrarla en público. Para evitar terminar en prisión, la extrema derecha alemana utiliza símbolos modificados que se asemejan a

la esvástica sin serlo. Los críticos de estas medidas argumentan que la ilegalización de la esvástica le otorga misterio e importancia, lo que realza sus cualidades morbosas y pornográficas. No obstante, son muchos más los que creen que un símbolo puede ser en verdad muy peligroso.

Era consciente de que la importación involuntaria del cuchillo de mi abuelo me ponía en una situación difícil, pero también sabía que, de acuerdo con la llamada «cláusula de adecuación social», la ley no sería aplicable si lo empleaba «para fomentar la educación cívica» o «promover el arte o la ciencia, la investigación o la enseñanza» (esta es la razón por la que la esvástica puede aparecer en una escena de la película *Malditos bastardos*, pero no colgarse en la ventana de un piso en Múnich). Conferir al cuchillo un propósito histórico, literario o antifascista era una manera de protegerme. No obstante, la idea de moverme en el filo de la ley me producía cierta alarma, y lo que menos quería era llamar la atención.

En la era del fin de la privacidad, navegar por Internet haciendo búsquedas como «cuchillo nazi» o «empuñadura de águila con esvástica» era llamar la atención (un poco como el homosexual que busca pornografía a través de Google en Arabia Saudí). Imaginaba que, en cuanto hiciera clic en una página dedicada a la parafernalia nazi, se encendería una luz en un despacho de la Chausseestraße en Berlín, donde tiene su sede el Servicio Federal de Inteligencia alemán. El miedo, el instinto de

supervivencia y la autocensura me impidieron investigar incluso en sitios respetables, no digamos ya en las webs de coleccionistas frecuentadas por neonazis, especuladores e ingenuos. Sin embargo, estaba claro que necesitaba buscar cuchillos nazis que se parecieran al de mi abuelo. Había dos soluciones: podía viajar fuera del país o podía hablar con mis amigos en c-Base.

En la imaginación popular, c-Base es una estación espacial que se estrelló contra la Tierra y quedó completamente enterrada bajo la capital alemana, salvo por su antena, que todavía puede verse en la superficie: la icónica torre de televisión en Alexanderplatz. A través de una puerta de ventilación ubicada en lo que antes era Berlín Oriental, es posible visitar los restos de la nave. El ambiente resulta difícil de describir: club nocturno, bar tecno, espacio para eventos, c-Base es un ágora sin fines de lucro para programadores y transhumanistas, así como para frikis obsesionados con el hardware, el software, la privacidad y los datos, por lo que no resulta sorprendente que sea el lugar de reunión del Chaos Computer Club, la comunidad de hackers más grande de Europa. En resumen, un sitio en el que no sería raro toparte con Edward Snowden en la barra, en caso de que pudiera salir de Rusia, se entiende (quizá ya haya cavado un túnel hasta allí.) En c-Base me aconsejaron sobre software de encriptación y me dieron algunas indicaciones —que muchos lectores tal vez hubieran encontrado obvias, pero que dada mi condición de lego en la materia me fueron de gran ayuda— para hacerme con un arsenal de navegadores seguros, servicios de mensajería cifrados de extremo a extremo, redes privadas virtuales (VPN) y otras protecciones para mantener a salvo mi privacidad, todo ello sin explicarles a esos nobles izquierdistas alemanes que me proponía buscar esvásticas en Internet.

Aterrorizado y con un nudo en la garganta, abrí el navegador anónimo de código abierto y escribí las frases que quería buscar. Visitar la Internet de los artículos de colección nazis, que cuando vives en Alemania es como adentrarte en la red oscura, es una experiencia tan deprimente como quepa imaginar. Los recuerdos nazis (uniformes, armas, propaganda, bustos, juguetes, lo que sea) alcanzan precios elevados en las subastas en línea. En los foros, son innumerables las conversaciones pobladas por avatares y alias sombríos (ironeagle666, darkcross33, etc.), y también están los que compran ropa con fines fetichistas, para orgías y demás. La mayoría de las páginas usaban el modo oscuro con fondo negro. No sé si existe una razón para ello, pero se me ocurrió que quizá era una forma de subrayar el carácter ilícito del sitio en el que habías terminado. Envié mensajes encriptados y recibí respuestas sospechosas, pero también conseguí acercarme a la solución del misterio del uso del cuchillo y su viaje hasta los Países Bajos.

Las marcas

Mi búsqueda me llevó con rapidez a la subasta de un cuchillo que parecía casi idéntico al de mi abuelo: «750 dólares», «compra privada», «para atuendo informal», «poco o ningún uso», «excelente detalle», «único disponible», «ejemplar excepcional», «objeto muy raro»... El cuchillo se describía como una «bayoneta de policía corta, atuendo militar». ¡Una bayoneta de la policía nazi! La policía nazi, bajo el paraguas de Heinrich Himmler, el jefe de la SS, no era una fuerza policial ordinaria. Armados como soldados, sus efectivos fueron lanzados por toda Europa para implementar el programa ideológico del nacionalsocialismo.

Hasta entonces siempre había pensado en el arma como un

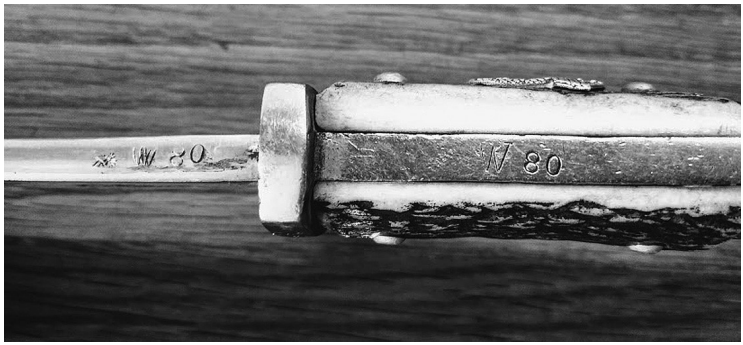
«cuchillo», pero una bayoneta es un arma ofensiva, concebida para ser empleada de cerca. Ajustada en el extremo del fusil, se usa a corta distancia en el combate cuerpo a cuerpo. La subasta mencionaba un «canal de sangre», y comprobé que la hoja del cuchillo de mi abuelo tenía una muesca larga. Algunos vendedores señalaban que el macabro detalle era funcional: evitaba que el cuchillo se atascara al reducir la succión y desviar el fluido.

Teniendo ya cierta claridad sobre qué tipo de bayoneta era, pasé a concentrarme en las marcas que tenía. Sin duda se trata de un código, pensé, y así pude comprobarlo más tarde. Debo mencionar que el lenguaje empleado en mis descripciones resultó no ser del todo preciso, y que los coleccionistas que formaban mi audiencia se apresuraron a corregirme. La cabeza del águila era el «pomo» de la bayoneta. Las letras y los

números aparecían en el «gavilán» y por debajo de la embocadura de la vaina.

Una serie de cruces (¿era posible que el propietario original del cuchillo llevara la cuenta, por decenas, de las muertes que había infligido?) tachaban las letras y números originales, que aún era posible leer en la hoja. Sin embargo, ¿por qué el S. D. II. 912 marcado en el arma no coincide con el S. Sch. II. 421 de la vaina? En un primer momento, pensé que «S. D.» podía significar *Sicherheitsdienst* (o «servicio de seguridad», una organización hermana de la policía secreta nazi, la Gestapo) y que «S. Sch.» era quizá una abreviatura de *Schutzstaffel*, la SS, pero esa hipótesis quedó descartada cuando me enteré de que el objeto pertenecía a la policía, otro de los cuerpos bajo el control de Himmler.

Un foro obsesionado con las marcas de clasificación de la policía (sí, existe uno dedicado a ellas) me condujo a un catálogo completo. Las letras tachadas indicaban la unidad —S. D. designa el distrito de Düsseldorf, y S. Sch. el de Schleswig, en el extremo norte del país— y las siguientes marcas identificaban el artículo: un sistema de inventario que permitía al armero de la policía realizar un seguimiento de estos bienes públicos.



¿Por qué razón se habían tachado esas marcas, tanto en el gavilán como en la vaina, para reemplazarlas con un «47» que no se ajustaba al sistema de clasificación original? No tenía ni idea. Los otros dos números grabados en el arma —W80, en el borde de la bayoneta, y W29 en la vaina— continuaban también siendo un misterio.

La mención de una fuente profesional, *History Writ in Steel: German Police Markings, 1900-1936*, me llevó (¡con alivio!) fuera de esas sombrías webs. El autor, L. Don Maus, vivía, como al parecer lo hacían muchos de los expertos y coleccionistas con los que me había topado, en la matriz de todo el conocimiento armamentístico, Texas. La idea de que alguien pudiera escribir libros enteros acerca de las marcas en las armas antiguas me intrigaba y alarmaba al mismo tiempo, y de algún modo me hizo preguntarme de nuevo qué era lo que estaba haciendo.

Don Maus fue muy amable. Aceptó que le enviara fotos encriptadas del cuchillo y me confirmó que había estado asignado a la «S. D. II», la unidad de la *Schutzpolizei* del distrito de Wuppertal, no lejos de Düsseldorf y a unos veinte minutos desde Solingen. Sin embargo, el «S. Sch. II» de la vaina indicaba que se destinó a Kiel, cerca de la frontera con Dinamarca, en Schleswig-Holstein.

«¿Qué significa ese “47”?», le pregunté a mi hombre en Texas. ¿Se refería quizá a los batallones de policía enviados a la Europa

ocupada, que habían sido numerados del 1 al 325? Maus me respondió que, durante la guerra, los batallones de policía ya no marcaban sus armas así, porque en 1937 se había puesto fin a ese tipo de clasificación. En lugar de ello, el número 47 designaba una especie de «segundo matrimonio».

Permitidme que lo explique con detalle. Después de que Himmler centralizara las fuerzas policiales en 1936, los nazis decidieron reutilizar las bayonetas con el diseño del águila empleadas por la policía prusiana de la época de la República de Weimar. Las viejas bayonetas y vainas se transformaron en armas del Tercer Reich en instalaciones especializadas. Las armas reensambladas recibieron nuevos números de serie, en este caso el 47. Las marcas W80 y W29 probablemente indicaban los *Werkstätten* (talleres) que habían realizado las modificaciones pertinentes. Por lo demás, era casi seguro que, antes de que los nazis lo reacondicionaran en un taller de este tipo, el cuchillo había pertenecido a la policía de Wuppertal en la época de la República de Weimar.

Las huellas de los cambios efectuados resultaban perceptibles en el cuchillo de mi abuelo. Se había quitado una concha decorativa que estaba sobre la hoja, y la estrella de níquel de Weimar fue sustituida por la esvástica, de ahí los agujeros visibles junto a la insignia. Después de 1938, las largas hojas de la era de Weimar se acortaron hasta los 33 centímetros de las bayonetas como la de mi abuelo, lo que las hacía más fáciles de llevar cuando se avanzaba a pie y más útiles para utilizarlas contra quienes ya habían sido alcanzados por los disparos. Un agujero de remache para llevar a cabo esta modificación también resultaba apreciable en la empuñadura.

Maus me aconsejó que me pusiera en contacto con George T. Wheeler, autor de *Seitengewehr: History of the German Bayonet, 1919-1945*, que quizá tuviera algo que agregar, y Wheeler me

confirmó que el cuchillo era una bayoneta de la policía prusiana que los nazis habían retirado del servicio, reacondicionado y distribuido de nuevo. Asimismo, me señaló que una vaina marrón por lo general señalaba que pertenecía a la *Gendarmerie* (la policía rural, una ramificación de la *Schutzpolizei*, la policía interfederal). Sin embargo, en el contexto de la ocupación de los países europeos durante la segunda guerra mundial, cabía también la posibilidad de que su portador formara parte de la *Ordnungspolizei* (la OrPo, denominada «policía del orden»), ya que este cuerpo estaba «autorizado a usar esa clase de bayonetas [...]. Por tanto, puede que los miembros de los batallones de policía recibieran bayonetas como esta».

Wheeler me propuso mirar imágenes de archivo de la OrPo y sus batallones de policía estacionados en la Europa ocupada, y confirmar así si se les proporcionaron bayonetas con pomos de águila. Después de ver cientos de fotografías borrosas, encontré un cartel de 1941 que celebraba el «Día de la policía alemana», de los batallones de la SS y la policía armada trabajando codo con codo *im Kriegseinsatz*, en el «esfuerzo bélico», con la insignia de la corona de laurel estampada en una esquina y un arma que me resultaba familiar debajo de un brazo izquierdo.

¿Qué hacían la OrPo y sus batallones de policía en la Europa ocupada junto a la SS? ¿Era posible que sus efectivos hubieran estado estacionados en escenarios bélicos en los Países Bajos, lo que implicaba enfrentarse a las tropas aliadas y correr el riesgo de ser capturados?

La OrPo desempeñó un papel clave en el Holocausto. Conocida como la «policía verde» debido al color de sus uniformes, formó batallones por primera vez en 1939 con la invasión de Polonia. Mientras que la Wehrmacht y la Waffen-SS se concentraban en la guerra militar contra los Aliados, la OrPo creó en el este los *Einsatzgruppen* para llevar a cabo la guerra

racial contra la población local. El estudio clásico de Christopher Browning *Aquellos hombres grises* describe cómo el Batallón de Reserva Policial 101 (una agrupación de funcionarios de mediana edad, muchos de ellos sin experiencia en combate) masacró a decenas de miles de judíos en el distrito de Lublin, en Polonia. Hubo solapamientos, como cuando efectivos de la OrPo se unieron a la SS para formar las divisiones de policía de la Waffen-SS, pero eso ocurrió rara vez en el oeste, donde en su mayoría cumplieron con su cometido como parte de los *Staatsschutzkorps*, o «cuerpos de protección del Estado», junto con la SS.

El jefe de la SS y la policía en los Países Bajos era un ingeniero y militar austríaco llamado Hanns Albin Rauter. Reclutó a neerlandeses para las unidades de la «SS neerlandesa» (también llamada «SS germánica») y desplegó a la OrPo con el fin de erradicar de los territorios bajo su control a judíos, testigos de Jehová, homosexuales, comunistas locales, miembros de la Resistencia y demás «indeseables». Los campos de trabajo y de tránsito (desde los que se trasladaba a los detenidos en los

Países Bajos a los campos de concentración y exterminio del este) estuvieron gestionados principalmente por nazis neerlandeses; y a partir de 1942 las víctimas de esta persecución fueron enviadas en su mayoría a Auschwitz y Sobibor. Alrededor del 80 % de los 140.000 judíos del país perecieron en los campos. Otros 300.000 neerlandeses fueron encarcelados y obligados a realizar trabajos forzados. En total, la guerra se cobró en los Países Bajos un cuarto de millón de vidas. Decidido a proteger el acervo genético ario del país, Rauter fue particularmente radical y su nombre quedó asociado de forma inextricable a su programa de arrestos sumarios, detenciones, represalias y a la construcción del campo de concentración de Herzogenbusch, en el que se encerró a 30.000 prisioneros.

Cuando las tropas aliadas empezaron a abrirse paso hacia el norte, Rauter, en lugar de retirarse, creó su propio cuerpo, el conocido como *Kampfgruppe Rauter*: una combinación de la 34.ª División de Granaderos de la SS, la llamada *Landstorm Nederland*, formada por voluntarios neerlandeses, y, algo inusual en los Países Bajos, un regimiento de la OrPo. La unidad se formó en septiembre de 1944, durante la campaña de Arnhem, en el área del Veluwe, entre Arnhem y Utrecht, el corredor septentrional hacia Groninga.

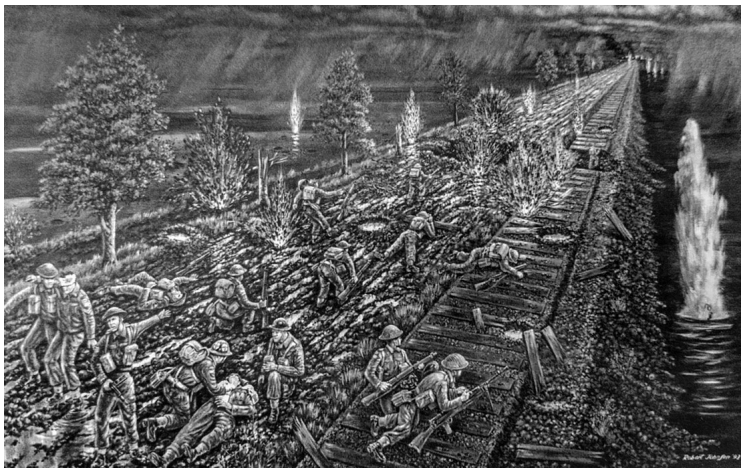
Rauter y sus hombres continuaron operando en la región hasta la primavera de 1945. En la noche del 6 al 7 de marzo de 1945, efectivos de la Resistencia neerlandesa vestidos con uniformes alemanes interceptaron un vehículo en Woeste Hoeve, un pueblo cerca de Apeldoorn, justo al norte de Arnhem. Con sorpresa, descubrieron que en él viajaba Hanns Albin Rauter, al que hirieron y dieron por muerto. Por desgracia para la Resistencia, Rauter sobrevivió. Dos días después, el 8 de marzo, la OrPo, con sus bayonetas de pomos de cabeza de águila, trasladó en autobuses a más de un centenar de

prisioneros para fusilarlos en Woeste Hoeve. En total, 263 neerlandeses fueron ejecutados como represalia por el atentado. Cuatro días más tarde, los Calgary Highlanders llegaron a Berg en Dal, a treinta kilómetros de Woeste Hoeve, donde la OrPo había ejecutado a sus víctimas.

UNA CAMPAÑA EN CLAROSCURO

Mi abuelo no logró cruzar la calzada de Walcheren, donde muchos de sus compañeros de armas murieron acribillados a balazos. Y por tanto, tampoco se topó en la isla con ningún

oficial de la Wehrmacht con el que estuviera emparentado por matrimonio. Además, los efectivos de la OrPo tampoco estaban integrados en las divisiones que combatieron en el estuario del Escalda; se encontraban al noreste de allí. En lugar de ello, mi abuelo resultó herido. Para los Calgary Highlanders, Walcheren fue una derrota total y un absurdo sacrificio de vidas. El teniente coronel Ross Ellis, el oficial al mando del regimiento, comentó más tarde: «Nuestro principal logro fue que sacamos con vida a cuantos pudimos». Al final, un asalto anfibio británico conseguiría tomar la isla a principios de noviembre.



La calzada de Walcheren (octubre de 1944), pintura de Robert Johnson.

Mi abuelo recibió un disparo en el costado. Un amigo suyo («de Banff no, sino de Cochrane, Alberta», se le oye decir en la cinta) apareció junto a él y lo ayudó a salir del dique. Después lo trasladaron a un hospital de Amberes y, finalmente, lo evacuaron a Inglaterra. El 7 de febrero, en Groesbeek, un pueblo a las afueras de Nimega, junto a la frontera alemana y cerca del Rin, se reincorporó a la Compañía «B».

«No quedaba nadie [de mi anterior período de servicio]. Y lo digo en serio. Tuvimos muchísimas bajas. Creo que los Calgary

Highlanders sufrieron más bajas que cualquier otro de los regimientos canadienses», cuenta en la grabación. El número de miembros de la unidad que padecieron «fatiga de combate» fue el segundo más alto de todos los regimientos canadienses en el frente occidental.

Los Calgary Highlanders se abrieron paso a través del «territorio del cuchillo»: primero por la carretera de Nimega a Doetinchem, y después hasta Groninga, precisamente la misma ruta que había hecho la división de la OrPo. Groninga era la ciudad más grande de la parte septentrional de los Países Bajos, y las fuerzas aliadas la atacaron desde el este.

Leí las entradas del diario de guerra correspondientes a esas semanas, entre febrero y abril de 1945, buscando enfrentamientos específicos con la OrPo y notas que refirieran la captura de policías enemigos, ya que el diario recogía y catalogaba con regularidad todo lo relativo a los prisioneros de guerra. No encontré lo que buscaba. En vez de eso, me topé con un juego de claroscuros: descripciones alternas de combates infernales y, quizá para compensar, momentos de disipación. Esas entradas del diario creaban para mí una especie de mitología del cuchillo, y me maravilló la facilidad con la que los soldados podían pasar de la violencia a la fiesta. ¿Se habían acostumbrado tanto a la guerra como para divertirse incluso llevando las botas salpicadas de sangre? ¿Se habían convertido en aves de presa indiferentes o, por el contrario, eran corderos asustados que experimentaban emociones extremas?

Al cruzar a territorio alemán, la infantería comenzó a emplear lanzallamas Wasp, que «hicieron un trabajo maravilloso envolviendo a todo el pelotón de *jerrys* [los alemanes] que se atrincheraban en la zona. Para los superhombres, eso era ya demasiado, y salían de sus agujeros tratando de quitarse la ropa en llamas». El diario habla de montones de cuerpos, de ganado

en descomposición, de enfrentamientos continuos con armas ligeras, de bombardeos intensos y edificios incendiados: «por todos lados, la devastación de la guerra nos demostraba que ahora los alemanes estaban conociendo por sí mismos lo que significa para un país sufrir una invasión». Los canadienses tuvieron que hacer frente a los francotiradores enemigos («el avance se convirtió en una cuestión de correr y rezar») y también al fuego amigo («uno de esos desafortunados incidentes que tan duros resultan para la moral de la tropa»), y luego, de repente, se encontraron de vuelta en Nimega para pasar diez días de juerga (entre el 14 y el 25 de marzo), viendo películas y números musicales y disfrutando del permiso.

Aunque estuvieran sucios, los soldados aliados eran, a ojos de los lugareños, los hombres más altos e imponentes que habían visto, y tenían dentaduras más blancas y una piel más lozana. Su llegada les recordó los lujos de los que se habían visto privados: el pan blanco, el tabaco de verdad, el café de verdad, el chocolate de verdad, la gasolina de verdad (en vez del combustible sin refinar). En el diario, varias entradas señalan que, en Bélgica y en los Países Bajos, a pesar de que los soldados estaban empapados de sudor y cubiertos de suciedad, las mujeres de todas las clases sociales se arrojaron sobre ellos con un entusiasmo que escandalizó a las autoridades morales; era tanta la emoción que les arrancaban los botones de los uniformes y algunos se vieron arrastrados debajo de los tanques.

Los salones de Nimega estaban decorados con antiguos candelabros holandeses, banderas y carteles de bienvenida. Las noches comenzaban con cócteles o ponche. Sonaban las gaitas, redoblaban los tambores, se hacían brindis. Había canciones y puros. La música estaba a cargo de la orquesta de Nimega. En las mejores noches, había mujeres: tanto enfermeras canadienses como muchachas locales (cuando no era así, los bailes corrían el

riesgo de convertirse en «algo parecido a una despedida de soltero», con los chicos haciendo rodar el «último barril de cerveza por la carretera»). En el diario de guerra se indica que los hombres padecían «fiebre primaveral». Hacia al final de su vida, cuando la demencia le había soltado la lengua, mi abuelo contaría entre risas que era una suerte que la falda escocesa del uniforme de gala fuera tan pesada, pues de lo contrario no habría podido ocultar sus erecciones.

El chiste decía así: no habría necesidad de enviar canadienses a una futura guerra en los Países Bajos; bastaría con enviar uniformes a todos los hijos ilegítimos que habían dejado allí. Alentados a equilibrar el deber con el placer —y bastante mejor alimentados que sus potenciales competidores, los restantes hombres locales—, los soldados también engendraron resentimientos. En 1946, hubo siete mil nacimientos ilegítimos en los Países Bajos, un récord en la historia neerlandesa. Muchos de esos hijos siguen aún buscando a sus padres, un recordatorio del carácter problemático de las relaciones entre los hombres de uniforme y las mujeres hambrientas.

Tras el ponche y el sexo, los soldados no tardaron en volver a zambullirse en la batalla: se volaron puentes «delante de sus narices» en Doetinchem, una ciudad en cuya plaza principal los alemanes se atrincheraron entre el 1 y el 2 de abril utilizando vagones de tren llenos de cemento. Los soldados aliados no consiguieron desalojar a sus adversarios hasta que llegaron los lanzallamas, que, una vez más, «resultaron demasiado para los *jerrys*». Desde allí, avanzaron con rapidez hacia el norte, a Groninga, una localidad famosa por sus canales, donde la campaña neerlandesa llegaría a su fin.

La batalla de Groninga

Groninga, entonces una ciudad de 110.000 habitantes, tenía acceso al puerto de Delfzijl (un punto clave para el acceso de los submarinos alemanes al mar del Norte), y como centro de comunicación y transporte de la Europa septentrional era de vital importancia desde un punto de vista estratégico. Los alemanes, por tanto, la habían fortificado con una serie de trincheras y búnkeres aprovechando ingeniosamente la red de canales hanseáticos y sus dieciséis puentes, al igual que las estrechas calles que conducían a la plaza del mercado, la catedral y la torre. Los espacios cerrados y claustrofóbicos de las viejas casas de los canales obligaban a combatir de cerca, a menudo cuerpo a cuerpo, precisamente el tipo de enfrentamiento para el que se fabrican las bayonetas, y siempre bajo la mirada atenta de los francotiradores apostados en los tejados. Los Aliados, además, habían decidido no bombardear la ciudad a gran escala para evitar una matanza de civiles.

La operación comenzó el 13 de abril. El diario de guerra da cuenta, en la entrada correspondiente al domingo 15 de abril, de la experiencia de mi abuelo y sus camaradas en la lucha casa

por casa: «El objetivo de la compañía [era] una serie de manzanas formadas por casas de tres pisos, cada una con unas cuatro habitaciones por planta, en las que vivían civiles y había muchos francotiradores [...]. Las compañías se abrieron paso a través de esas casas una por una». Mi abuelo recordaba haber entrado en el salón de una mujer neerlandesa armado con su ametralladora Bren, y emplear una sólida mesa de madera que había allí para apoyar el bípode y poder disparar a los alemanes que se encontraban en la calle. Su anfitriona, desconcertada, le preparó un sucedáneo de café y se lo sirvió en una taza de porcelana. La mujer le proporcionó también un cojín para que lo pusiera debajo de las patas de la ametralladora, evitando así que le rayara la mesa. Mi abuelo siguió apostado en la ventana, alternando los disparos con sorbos de café.

Una batalla como aquella en una ciudad llena de civiles se tradujo inevitablemente en un auténtico caos. Cientos de neerlandeses residentes en Groninga asaltaron un almacén en el que los alemanes guardaban licor y se emborracharon. «Grandes multitudes» se apiñaban para observar las operaciones. Mi abuelo atacó la vieja oficina de correos con el lanzallamas, y «los alemanes salieron a toda prisa y se rindieron». Entonces alinearon a los prisioneros en la calle, y los Calgary Highlanders se entregaron al saqueo de sus posesiones. En la grabación, mi abuelo cuenta lo siguiente: «Contraviniendo el reglamento, los chicos les quitaron los relojes de las muñecas; algunos de nuestros soldados llevaban ocho o diez relojes en cada brazo. Es probable que hacerlo no fuera muy ético, pero no nos importaba». En total, 2.400 alemanes fueron hechos prisioneros en Groninga; algunos de ellos habían formado parte de la *Landstorm Nederland*, la división capitaneada por Albin Rauter, que también incluía efectivos de la OrPo.

Cuando intento imaginarme las pesadillas que mi abuelo tenía

después de la guerra, pienso que lo que las animaba no era el recuerdo del cuchillo, sino el de los lanzallamas. Montado en un vehículo especialmente adaptado, el lanzallamas Wasp era mucho más preciso que las bombas incendiarias que cayeron sobre Solingen. Tenía un alcance de más de 35 metros, que aumentaba con el viento a favor. En la cinta, mi abuelo explica que en los Países Bajos «usamos lanzallamas portátiles, un arma condenadamente despiadada con la que podías quemar una casa y despejar el camino en un santiamén». Ese domingo por la tarde, mi abuelo solicitó que volvieran a traerlo. Los hombres barrieron las ventanas de los pisos cercanos con fuego de ametralladora para mantener a raya a los francotiradores mientras el lanzallamas se encontraba a su alcance, evitando así que dispararan al depósito. El material incendiario que utilizaba el Wasp era como «pegamento; allí donde caía, se quedaba ardiendo». En una entrevista, mi abuelo declaró que aquellos lanzallamas eran «en extremo eficaces y terroríficos [...]; en cuanto comenzabas a usarlos, los prisioneros salían a la calle a raudales». Envueltos en llamas, gritando aterrorizados, los alemanes corrían hacia los canales. Posteriormente, en la década de 1980, la ONU limitaría el uso de lanzallamas dentro del Protocolo sobre Prohibiciones o Restricciones del Empleo de Armas Incendiarias.

El recorrido de los Calgary Highlanders a través de los Países Bajos me pareció inicialmente el relato episódico de una búsqueda como las que se narran en las obras de Tolkien. No en pos de un anillo, sino hacia un cuchillo que transformaría a su portador, un chico del campo «lozano» e «inmaduro», en un homicida. Era consciente de que esa lectura providencialista carecía por completo de sentido: mi abuelo no había ido a Europa a buscar el cuchillo. No obstante, el avance canadiense tuvo que enfrentarse, sin duda alguna, a una serie de episodios

atroces llenos de horror: desde Walcheren y la masacre en los diques, hasta Groninga y la lucha casa por casa con lanzallamas. Y aun así, lo que transportaría a mi abuelo a un mundo de sombras paralelo no sería un cuchillo (con una carga negativa similar a la del anillo de Bilbo Bolsón y Frodo), sino el propio viaje. Bilbo también tenía problemas para dormir.

En Canadá, es frecuente considerar la historia como un relato edificante en lugar de admonitorio. Eso explica que yo pudiera sentir nostalgia y atribuir sentimientos positivos al sable de mi tatarabuelo (el que tenía un tañido hermoso) utilizado en la guerra de los bóeres. Incluso una guerra necesaria, como la campaña contra Hitler, requiere matar. Era una guerra «buena», sí, salvo que la guerra nunca es buena. Las historias patrióticas del avance canadiense en los Países Bajos, obras que a menudo son producto de una investigación rigurosa pero que reflejan la versión oficial, suelen llevar títulos como *Battalion of Heroes*, que no dan cuenta en absoluto del horror del conflicto. Es imposible explicar de manera convincente la guerra con un lenguaje eufemístico en el que el territorio se «despeja» o «limpia» de alemanes y las fuerzas aliadas «menguan», y mucho menos cuando se prefiere omitir cualquier imagen de los cadáveres canadienses o de los civiles neerlandeses que perdieron sus casas por la acción de la artillería de los Aliados. Eso era algo que mi abuelo, como tantos veteranos que conocieron la guerra de cerca, entendía muy bien, pero ¿por qué cogió entonces un cuchillo como aquel, adornado con el águila? Su testimonio evidencia que era sensible al horror. Él sabía con exactitud lo que aquella arma le hacía a la gente.

Después de la victoria, se envió al regimiento de regreso a los alrededores de Apeldoorn, el escenario de las represalias de la OrPo tras el atentado a Rauter: «Vivíamos en tiendas de campaña [...], que se convirtieron en el cuartel general de los

regimientos canadienses, a la espera de que nos llevaran de vuelta a Canadá [...]. La parte más dura de la guerra llegó cuando dejamos de ser soldados en tiempos de guerra para convertirnos en soldados en tiempos de paz», dijo mi abuelo.

En Apeldoorn, se cruzó con un profesor del internado en el que había estudiado, el Trinity College School de Ontario, y descubrió que tenía un rango inferior al suyo. Mi abuelo le dijo a su antiguo maestro que no era necesario que le llamara «señor», pero «a él no le hizo mucha gracia». Me pregunto cómo vería ese hombre al joven que había sido su alumno, qué cambios advirtió en él.

El 29 de septiembre de 1945, al dejar el continente, se informó a los hombres de que a cualquiera que fuera sorprendido llevando armas a Inglaterra se le enviaría de regreso con las fuerzas de ocupación. «El fondo del Canal [de la Mancha] debió de quedar lleno de pistolas y toda clase de cosas», dice en la cinta. Aun así, reconoce haber regresado con un par de armas de contrabando: «Dos pistolas pequeñas en la parte alta de cada bota». Y como sabemos, también llevaba consigo una tercera arma.

Pasó algunas semanas en Inglaterra, despidiéndose de los primos que tenía en Londres y Dorset, a los que había visitado antes de ser enviado al continente y también después, cuando resultó herido. Más tarde contaría con alegría muchas anécdotas de sus días en Gran Bretaña: cómo le había disparado a un faisán que estaba en un campo de críquet (plumas por todas partes) desde el alféizar de una ventana; cómo contrajo neumonía cuando iba de camino a un pub, lo que le permitió conocer a lady Astor cuando esta visitó el hospital (en el que aprendió a «mantenerse en posición de firmes echado» en la cama)... O cuánto les gustaban a las muchachas británicas sus visitantes norteamericanos (muchísimo). Mi abuelo dejó el

Reino Unido y se embarcó de nuevo en el *Queen Elizabeth* de regreso a Canadá. Llegó a casa el 19 de noviembre de 1945, tras un viaje de cinco días en tren a través de un país que no había sido invadido ni bombardeado durante la guerra y, por tanto, donde la devastación del conflicto era una cosa lejana. La población de Calgary al completo acudió a recibir a los Highlanders.

Poco más de dos semanas después, el 7 de diciembre de 1945,

se casó con su prometida, Kay Hastie, una canadiense de origen escocés (su familia era de las afueras de Glasgow), que entonces tenía veinticuatro años y a la que mi abuelo no había visto desde principios del otoño de 1942.

Esclavos de los objetos

He dejado de despertarme en mitad de la noche. El cuchillo está sobre una mesa en la que da el sol. Cuanto más lo estudio, menos me asusta. La luz brillante sugiere a la vez distancia y escrutinio. Quizá mi abuelo consiguió colgarlo en una pared, en lugar de guardarlo en un cajón, porque tenía un contexto para su historia. Después de todo lo que había visto, el cuchillo se había convertido... tal vez no en un objeto normal y corriente, pero sí en algo desprovisto de poder.

Aunque no era una herramienta intrínsecamente mala (salvo quizá en su función como bayoneta), su transformación en un objeto nazi y su uso posterior suponían una grave mácula. Trabajar a partir del artefacto, como lo haría un arqueólogo, me había llevado hasta los Coppel y luego hasta su clasificación en los inventarios de la policía y a las modificaciones que sufrió tras la llegada de los nazis al poder. Resulta irónico y trágico que el cuchillo fuera utilizado por algún miembro de la OrPo en los Países Bajos, donde la organización fue cómplice de una implementación particularmente radical de la ideología racial nazi y del asesinato en masa de víctimas como los miembros de la familia que fabricó el cuchillo.

Al contemplar su hoja, imagino a veces una voz que brota de ella: metálica, distorsionada por cables lejanos. Pese a la ausencia de testigos vivos, lo cierto es que el objeto ha hablado, aunque no sin mediación: fue necesario todo un abanico de prestidigitadores formado por coleccionistas, historiadores y

cronistas. Si bien las marcas nos condujeron a la historia de la familia judía que lo fabricó (y, por extensión, a muchas otras familias con historias similares), fue el viaje de mi abuelo hacia el cuchillo lo que nos proporcionó el contexto que nos permitió entender no solo qué uso se había dado a un arma como aquella, sino también su significado. No puedo saber con certeza si mi abuelo «liberó» el cuchillo en el norte de Arnhem, la región donde un regimiento de la OrPo se integró en el *Kampfgruppe Rauter* en 1944 y participó de forma activa en la masacre de represalia perpetrada en Woeste Hoeve en marzo de 1945. El cuchillo podría haber pertenecido a cualquiera de los prisioneros alemanes que los Calgary Highlanders capturaron a diario durante la campaña neerlandesa. Sin embargo, la presencia del regimiento canadiense en el lugar en que los miembros de la OrPo actuaban como fuerza militar (algo muy inusual en esta parte del teatro europeo) hace que esa explicación resulte al menos verosímil.

Un objeto inanimado invita a leerlo. Desde niño, pero no solo siendo niño, elaboré un relato romántico sobre la negatividad del cuchillo; un relato que aprovechaba su vínculo con actos atroces y con sus facetas más espeluznantes y cinematográficas. La iconografía nazi tiene una presencia muy poderosa en las películas de figuras tan diferentes como Leni Riefenstahl y Steven Spielberg, y eso se debe a que los símbolos consiguen transmitir el *ethos* con una potencia y eficacia tremendas. El cuchillo de mi abuelo es, sencillamente, un objeto de aspecto aterrador que, de inmediato, nos hace suponer que procede de un mitin del Partido Nazi en Núremberg o de un oficial de la SS destinado a un campo de exterminio... O de una escena cuasi shakespeariana en la que mi abuelo se topa por casualidad con su gemelo malvado en el campo de batalla. Revisar las suposiciones resulta saludable, como también lo es, en mi

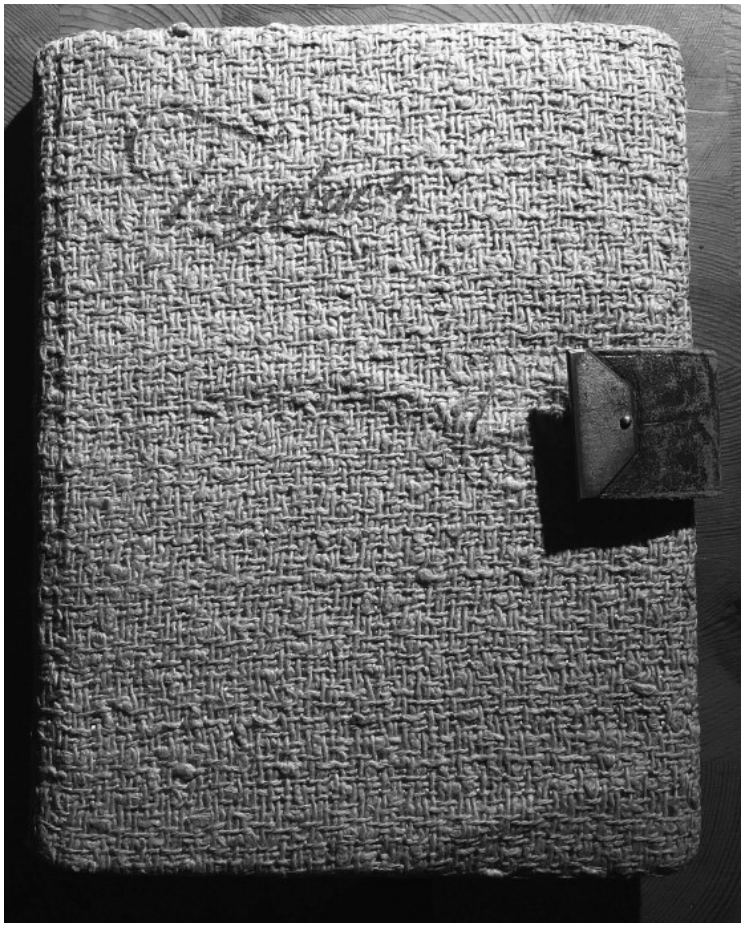
opinión, llevar al lector de la mano a través de un trabajo detectivesco que cuestionará tales hipótesis cinematográficas. Cuando presté más atención al reverso del tapiz (el método, los prejuicios, los callejones sin salida y, por supuesto, las suposiciones falsas), me encontré no solo con una historia con más matices, sino también con el sentido hermenéutico de la misma y con las claves para empezar a interpretarla.

La posibilidad de que las lecturas de la cultura popular estén reemplazando poco a poco una lectura documental de este tipo me parece inquietante. En la actualidad, el conocimiento que tienen las personas acerca de la segunda guerra mundial proviene sobre todo del cine. Los nazis están en *Indiana Jones*, en *Valkiria* o (que Dios nos ayude) en *Iron Sky* y en *Jojo Rabbit*. El Holocausto está en *El hijo de Saúl* o en *La lista de Schindler*, con su conmovedora banda sonora y sus escenas en blanco y negro de alto contraste. En un momento de cambio generacional y pérdida de la memoria viva, mantener al público informado sobre el Holocausto es vital. Sin embargo, los fascinantes testimonios de la época, desde las imágenes de archivo hasta las que pertenecen al día a día, ¿no corrigen esa versión cinematográfica y casi legendaria de la segunda guerra mundial y nos acercan a figuras más cotidianas y comprensibles? ¿No contribuyen acaso a desmantelar ese complejo escenario elaborado por la industria y por las versiones oficiales, similar en cierto sentido al que fabricó la propaganda nazi para oscurecer la brutalidad del régimen? El vínculo mundano del cuchillo con acontecimientos atroces nos ofrece una historia mucho más significativa que las que se cuentan en el cine.

La iconografía romántica de la bayoneta también debió de interpelar al oficial de policía de menor rango, el rostro más visible de la ocupación, ennobleciéndolo con la indiferencia implacable encarnada en los símbolos del cuchillo. Aun así, el

cuchillo ostenta cualidades mundanas: su catalogación y circulación, sus entradas y salidas del servicio... El arma en sí no es más que una amalgama de metales. El ojo del cuchillo es de níquel. El águila se produjo en un taller en el que también se hacían tenedores y cucharas. Pero es imposible separar por completo el cuchillo de los significados que inevitablemente generan sus símbolos, y aun así es la desromantización de los símbolos nazis lo que al final los priva de su poder: el poder que los militaristas han buscado en el águila desde los tiempos de los romanos, y el que los neonazis siguen esperando obtener de la esvástica en la actualidad. Como decía Epicteto, el filósofo estoico: cuando empezamos a dar a los objetos inanimados un aura especial y les conferimos importancia, nos convertimos en esclavos.

2
Un diario en clave



La secuencia comienza con una publicación en las redes sociales: «¿Alguien conoce a un historiador en Berlín? Tengo un diario de la segunda guerra mundial que no puedo leer porque está escrito en clave». Respondo en el foro a la creadora del hilo, una mujer de Marsella llamada Flora Giuliani: «Soy historiador, me interesan los objetos, veamos ese diario».

Durante un breve momento, en un arrebato de fantasía egoísta y excitación, me imagino como un detective de objetos al que han llamado para resolver un misterio. Un minuto después, mientras bajo las escaleras, pienso que ojalá Flora no se sienta decepcionada.

A juzgar por la foto de su perfil, no puede tener más de veintitrés años, la edad que tenía mi abuelo cuando combatió en Groninga. ¿Realmente les importa a los jóvenes de hoy lo que les sucedió a quienes tenían su edad hace ochenta años? Sospecho que la respuesta es sí.

Nos reunimos en una cafetería de Friedrichshain, un barrio estudiantil de Berlín. El nombre del establecimiento es μ. Me pregunto cómo se las arreglan los berlineses para buscar una letra griega en Google Maps. Para mí es todo un misterio, y por mucho que lo intento no consigo encontrarla con mi teléfono móvil. Pienso en las letras que desde hace unas décadas se asignan a las generaciones: X, Y, Z. Yo pertenezco a la generación X y Flora, calculo, entra ya en la Z.

Aun así, consigo encontrar el local, aunque una vez dentro no sé qué pedir. La cafetería sirve toda una variedad de cafés infusionados en frío y filtrados. Los jóvenes llevan gafas y camisetas estampadas con motivos psicodélicos (lo que interpreto como un retroceso a la moda de la década de 1970), y aquí estoy yo, con barba y vestido completamente de negro. Los altavoces reproducen una mezcla de música *ambient* de corte experimental combinada con Mahler. Siento que este último tira

de mí con simpatía. Estoy en el reino de la próxima generación. Pero incluso esa generación quiere hablar sobre la segunda guerra mundial.

Me sorprendo al ver a Flora, que, con un elegante vestido recto, camina desde una de las salas traseras hacia el espacio industrial, lleno de muebles de segunda mano. Ella me reconoce de inmediato —¿acaso llamo tanto la atención?— y me saluda con una gran sonrisa. Alta, desenvuelta y enérgica, se dirige hacia la barra y recupera un paquete que previamente ha dejado allí, lo que me hace suponer que trabaja en el local. El paquete está envuelto en seda, y ella lo sostiene contra el pecho con gesto protector. No puedo evitar pensar en una madre o un padre primerizos.

Me señala una mesa libre cerca de la ventana. Hay mucha luz. La mesa es una vieja mesilla de noche. Flora me trae una bebida caliente y un pastel, y empezamos a charlar. Todo fluye. Me cuenta que llegó a Berlín el año anterior para estar con su novio alemán, un médico al que conoció durante el año de Erasmus que él pasó en Francia.

—En Francia no entendían la decisión de mudarme aquí. Todos me preguntaban por qué me iba a un país con un idioma tan feo.

—¿Incluso los jóvenes? Creía que Berlín estaba de moda...

Ella suspira.

—No. Me pasa con muchos de mis amigos franceses... ¿Por qué te mudas con tu novio, *le boche* [el *kraut*, el *jerry*]? En fin, ya sabes, los franceses no saben mucho acerca de Alemania, solo la relacionan con la guerra. Siempre están volviendo a eso.

Flora toma asiento junto a la mesilla de noche, pone el paquete con cuidado entre nosotros y lo desenvuelve con suavidad. Entre los pliegues del papel de seda veo una especie de libreta. Tiene una cubierta encuadernada en tela: una fina

arpillera, áspera al tacto, lo bastante resistente para tener impresa la palabra *Tagebuch* (diario) en una caligrafía adornada. También tiene un pequeño broche a modo de cierre, que está roto.

—Aquí está, ábrelo —me indica Flora.

Y tras comprobar que no tengo restos de hojaldre o chocolate caliente en los dedos, lo abro.

Las páginas son delgadas, pero firmes. Con todo, lo que salta a la vista de inmediato es la cursiva fina que cubre cada página, la letra de una persona instruida que cuida su caligrafía. Me resulta casi por completo indescifrable, pero, al mismo tiempo, la reconozco: lo que Flora llama «clave» es la caligrafía Sütterlin, una forma de escritura que se enseñaba en las escuelas prusianas hace un siglo y que, en la actualidad, los alemanes encuentran ilegible, incluso cuando se emplea con afán de claridad. En este caso, además, la persona que llevaba el diario tiene una letra un tanto peculiar, temperamental y poética al mismo tiempo.

Me invade una sensación de zozobra: ni siquiera consigo descifrar la firma que aparece en la contraportada. Lo máximo que puedo distinguir es «Karl B...» en una rúbrica. Tenemos ante nosotros un auténtico escollo.

Flora me mira expectante.

¿Dónde está mi piedra de Rosetta? El diario es un objeto que utiliza un sistema olvidado para poner por escrito... ¡el mismo idioma que hablamos todos los días en Alemania! Es frustrante. La descripción de Flora no es del todo inexacta: a efectos prácticos, se trata realmente de un diario en clave.

—He descubierto algunas cosas —dice, y eso hace que me pregunte cuántas horas habrá dedicado al diario, del que ha examinado cada página. Las fechas se entienden: 1941, 1942... Flora me señala un topónimo recurrente: El Havre. Empiezo a

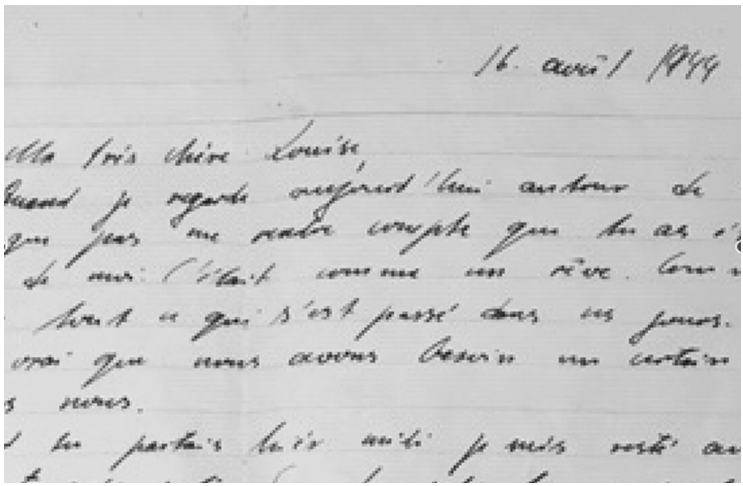
sospechar que el diario perteneció a un soldado alemán destinado a la Francia ocupada. En una página hay salpicaduras de agua, las gotas hicieron que se corriera la tinta. Me pregunto si ese día estaba lloviendo, pero Flora me mira y dice—: Estaba llorando, ¿no? Mira aquí —añade, al tiempo que avanza hasta el final del diario. Las últimas veintitantas páginas han sido arrancadas con tanta violencia que el daño es visible en el lomo —. ¿Quién hizo esto? —pregunta Flora casi como un ruego, con un gesto de incredulidad en el rostro.

Niego con la cabeza. No lo sé. No tengo respuestas, al menos todavía.

—¿Quería proteger a alguien? —dice.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Hay algo más que quiero mostrarte. Una carta de amor. Estaba en el diario.



De entre las páginas, saca una carta guardada en un sobre. Fechada el 16 de abril de 1944, está escrita con la misma letra angulosa que el diario, pero en francés y (lo que es un alivio) en una caligrafía que puedo leer:

Mi muy querida Louise:

Hoy, cuando miro a mi alrededor, apenas consigo imaginar que estuviste aquí, cerca de mí.

Es como un sueño. Y un sueño también todo lo que ha pasado estos últimos días.

Parece seguro que tardaremos un tiempo en volver a estar juntos de nuevo. Ayer a mediodía, cuando te fuiste, me quedé un buen rato viendo cómo te alejabas por la carretera. Parecías un chico en tu bicicleta, un camarada bueno y adorable. Porque te amo no solo como mujer, sino también como camarada. Eres tan buena y valiente. Los dos saldremos de esto juntos.

Poco después de que te fueras, empezó a llover, y pensé en ti, en que ojalá hubieras encontrado refugio. Dime que llegaste bien. ¿Monsieur Arnaud te encontró una habitación? Necesito saber que estás a salvo.

No te preocupes por mí. Cuando llegue el momento, sabré qué hacer. Todo será como dijimos.

Anoche dormí bien, me acosté a una buena hora y me desperté a las ocho de la mañana. Espero que hayas dormido tan bien como yo. Debes de estar cansada después del viaje, ¿no? Sobre todo, prométeme que cuidarás de tu salud. Sabes que ambos tenemos que ser fuertes. En este momento tengo mucho trabajo, pero con el tiempo será menos.

Mi amor, escríbeme mucho acerca de tu vida en tus cartas. Sé siempre fuerte y cuidadosa. Te abrazo con fuerza.

Con tanta fuerza como te amo,

Karl

P. D. Un cordial saludo de mi parte para monsieur Arnaud.

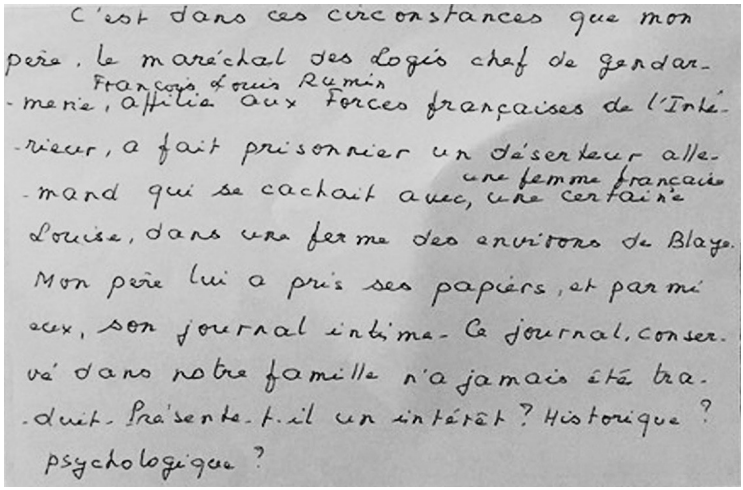
—Cuando leí esta carta, me puse a llorar —confiesa Flora, poniendo la hoja encima de la mesa—. Está escrita en muy buen francés: sencillo, breve, hermoso. Hay tanta ternura en ella... La historia de amor es tan conmovedora... Puedo imaginarme la escena cuando se separan. Quiero saber qué les pasa y qué les pasó antes. ¿Quién era este alemán? ¿Cómo pudo darse semejante relación entre enemigos? ¿Era un nazi? ¿Cómo llegó a enamorarse de una mujer francesa? ¿Lo mataron después de arrestarlo...?

En ese punto, la detengo:

—¿Lo mataron?

—De alguna manera, me siento responsable... —susurra Flora, pero al instante hace una pausa—. No personalmente responsable, claro... Pero sí «vinculada» a la responsabilidad... Al hecho de que esa relación acabara... Mi familia fue la causante.

Flora me cuenta el increíble viaje que realizó el diario para llegar a sus manos. Me enseña una segunda carta, en este caso de su abuela, que recibió el cuaderno de su padre, miembro de la Resistencia francesa. El texto se lee como el intrigante avance de una película:


C'est dans ces circonstances que mon père, le maréchal des logis chef de gendarmerie, François Louis Rumin affilié aux Forces françaises de l'Intérieur, a fait prisonnier un déserteur allemand qui se cachait avec, une femme française une certaine Louise, dans une ferme des environs de Blaye. Mon père lui a pris ses papiers, et parmi eux, son journal intime. Ce journal, conservé dans notre famille n'a jamais été traduit. Présente-t-il un intérêt? Historique? psychologique?

Fue en estas circunstancias en las que mi padre, el mariscal de alojamientos [un grado de suboficial], jefe de la Gendarmería [en Blaye, Burdeos], François Louis Rumin, afiliado a las Fuerzas Francesas del Interior [FFI], hizo prisionero a un desertor alemán que se había estado escondiendo con una mujer francesa, una tal Louise, en una granja en las inmediaciones de Blaye. Mi padre le quitó sus papeles, entre los cuales estaba su diario íntimo. Este diario, que nuestra familia conservó, jamás ha sido traducido. ¿Tiene algún interés? ¿Histórico? ¿Psicológico?

En la carta, la abuela de Flora también anota que su padre le había dicho que el desertor pertenecía a la *Kriegsmarine*, la marina alemana, y que se le arrestó en agosto de 1944, durante la liberación de Francia, cuatro meses después de que escribiera la carta de amor encontrada en el diario.

—Ya ves —me dice Flora—. Yo estaba a punto de irme a Alemania para estar con mi novio, así que visité a mi abuela en Bretaña. Estábamos en su cocina. A ella le encanta cocinar. Pero su cocina es también su despacho, el lugar donde tiene todos sus papeles, su silla. Es su espacio.

—¿Fue entonces cuando te entregó el diario?

—Sí. Había preparado un paquete para mí y lo puso a un lado. Me contó que su padre había arrestado a un joven alemán, y luego dijo: «Tengo algo que quiero darte».

La abuela de Flora había hecho todo lo que estuvo a su alcance para descifrar el diario, pero nunca lo consiguió. «Quizá en Alemania sepan qué hacer con él», le dijo.

Flora advirtió de inmediato el interés de la misión que se le estaba encomendando.

—Hasta entonces no sabía nada de la existencia del diario. El hecho de que pudiera haber una historia de amor así, incluso cuando dos países están en guerra, me produjo un gran impacto. Y también pensé que la historia de un desertor podía tener cierto valor histórico. Sin embargo, un diario es algo tan personal... Sentía que no tenía ningún derecho a poseerlo. Era como tener entre mis manos la intimidad de otra persona. Pero luego pensé: «No, esta es también la historia de mi familia. Mi abuelo arrestó a este joven. Yo ya estoy metida en la historia...». Así que envolví el diario en papel de seda y me hice cargo de él. Llegado el momento, se lo mostré a la familia de Simon, mi novio, aquí en Berlín, en Spandau. Pero ellos tampoco fueron capaces de leerlo. Aunque su madre tenía alguna noción de la caligrafía, apenas consiguió identificar una o dos palabras. Simon estaba estudiando en Heidelberg, así que cuando viajamos allí me dirigí a la universidad, al Departamento de Historia. Me enseñaron la puerta. Regresé a casa decepcionada, porque me parecía que el diario tenía un interés enorme. *Et voilà*, aquí estamos...

Consideré lo que teníamos entre manos: un diario que no podíamos leer, un objeto que había pasado setenta años en una estantería familiar; el bisabuelo de Flora, muerto ya, como testigo clave; muchísimas páginas arrancadas; la frustración de

no ser capaces de descifrar siquiera el nombre del propietario; una carta sin mucho contexto que insinúa una trágica historia de amor... ¿Se trataba de una causa perdida?

Con todo, durante tres generaciones la familia de Flora no se había rendido, y ahora ella vivía en el país del enemigo, lo que de algún modo agudizaba la culpa no resuelta de su familia. Era indudable que no iba a renunciar ahora.

¿A dónde ir con esta historia de amor en tiempos de guerra? ¿Resultaba tan particularmente trágica solo por el hecho de que sabíamos muy poco de ella? ¿Podríamos, a partir del objeto en sí y del puñado de pistas que nos ofrecía, profundizar y descubrir algo más? Comprendí que las pistas con las que contábamos me habían cautivado por la misma razón que habían cautivado a Flora: el sincero anhelo y la esperanza de un hombre decidido a ver de nuevo a su amada.

—Veamos qué podemos averiguar —le dije.

La «clave»

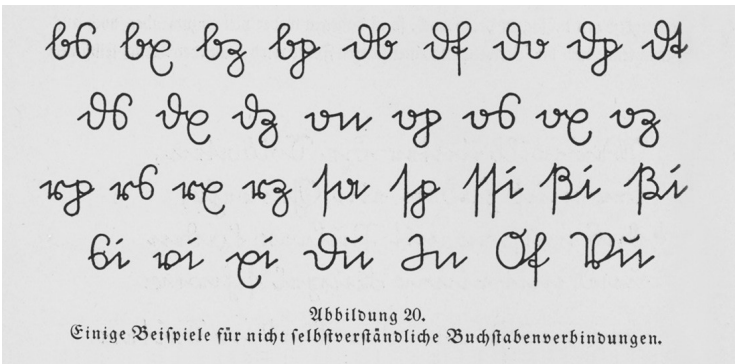


Abbildung 20.
Einige Beiſpiele für nicht ſelbſtverſtändliche Buchſtabenverbindungen.

La caligrafía Sütterlin fue inventada en 1911 por Ludwig Sütterlin, se introdujo en las escuelas prusianas en la década de 1920 y se impuso en el resto de Alemania entre 1935 y 1941. La Sütterlin es una forma modificada de la caligrafía Kurrent, que a

su vez se basaba en la cursiva alemana de la Baja Edad Media. Esta «escritura moderna» resultaría efímera: en 1941, los nazis, que querían que el alemán fuera más legible en la Europa ocupada, la abolieron de la enseñanza. Solo una generación de alemanes aprendió el sistema, precisamente aquella que hoy muere con esta preciada habilidad.

La Sütterlin se enseñó de forma generalizada durante apenas seis años. En la actualidad, solo un puñado de archivistas y especialistas tienen algún dominio de ella. Cuando le explico mi dilema, un amigo de Cambridge (destacado historiador de la Alemania moderna) me dice que la Sütterlin le produce «escalofríos»: aunque él tuvo que aprenderla en el posgrado, anota, la mayoría de los estudiosos tiene problemas para entender la letra de individuos particulares y «con frecuencia se dan por vencidos». La caligrafía de los funcionarios públicos suele ser menos exigente, pero la letra de la gente de a pie es otro cantar. Por lo general, solo los doctorandos que trabajan en períodos anteriores en el que está especializado mi colega dedican algo de tiempo a aprender la vieja caligrafía, y en tal caso optan por la Kurrent. Siguiendo su consejo, envío algunas muestras del diario a un experto de los comienzos del período moderno, un exprofesor de alemán de la Universidad de Princeton, quien me responde con cuatro posibles variaciones del apellido de Karl. «La letra es demasiado idiosincrásica», comenta. Genial. Le pido a una amiga alemana que le reenvíe las muestras a su madre, que nació en Silesia antes de la guerra. Una vez más, no tengo suerte. Ni los historiadores profesionales ni los alemanes normales y corrientes parecen estar en condiciones de ayudarnos.

Luego, sin embargo, descubro la existencia de los *Sütterlinstuben*, o «Salones Sütterlin», en un puñado de residencias de ancianos repartidas por toda Alemania. Son

lugares a los que aquellas personas que no consiguen leer la correspondencia de sus abuelos y otros parientes pueden enviar sus cartas para que sean descifradas. Los miércoles, un grupo de centenarios se reúne una o dos horas para tomar café y pastel y decodificar algunas cartas a cambio de algún donativo para las meriendas.

Consigo contactar con los insospechados criptógrafos que residen en un hogar para la tercera edad a las afueras de Hamburgo, no muy lejos del aeropuerto. Su coordinadora, Frau Sommerschuh, se ofrece a traducirnos todo el diario a cambio de una donación. Si este ejército de ancianos resulta ser la clave para resolver el misterio, les deberé muchísimos pasteles. Le digo a la mujer: «si puede descifrar la letra, entonces, por favor, antes de ponerse manos a la obra, díganos el nombre del autor que aparece escrito en la contraportada». Entretanto, le pido a Flora que vuelva a entrevistar a su abuela con el fin de recabar más pistas acerca de la historia.

Pero he aquí el problema. No solo estamos lidiando con un sistema caligráfico caduco, sino con una capa adicional de ilegibilidad: la letra de «Karl». Frau Sommerschuh me advierte que no puede garantizarnos nada; es posible que su equipo no entienda el diario.

Papiro

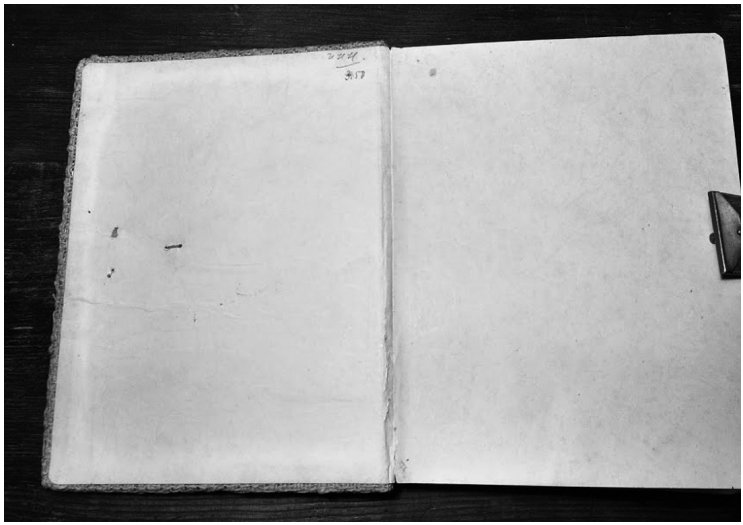
¿Cuál es la diferencia entre un objeto y un documento? La legibilidad: un objeto es algo que puedes interpretar, pero un documento es algo que también puedes leer. Cuando Flora me pidió que examinara un diario escrito durante la guerra, yo no esperaba un objeto; esperaba un documento que estuviera en condiciones de leer. Sin embargo, teniendo delante un objeto casi ilegible, doy los mismos pasos que seguí con el cuchillo de

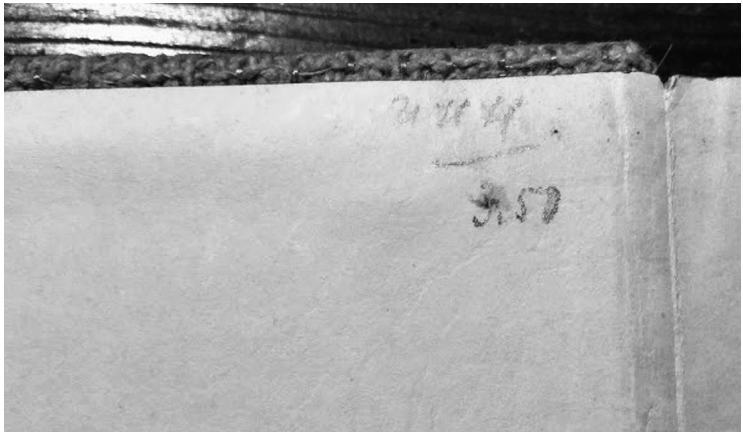
mi abuelo. Examino la superficie del diario en busca de pistas (tela, papel, el metal del cierre, el pegamento usado…), porque en el interior, al menos por el momento, solo hay garabatos indescifrables.

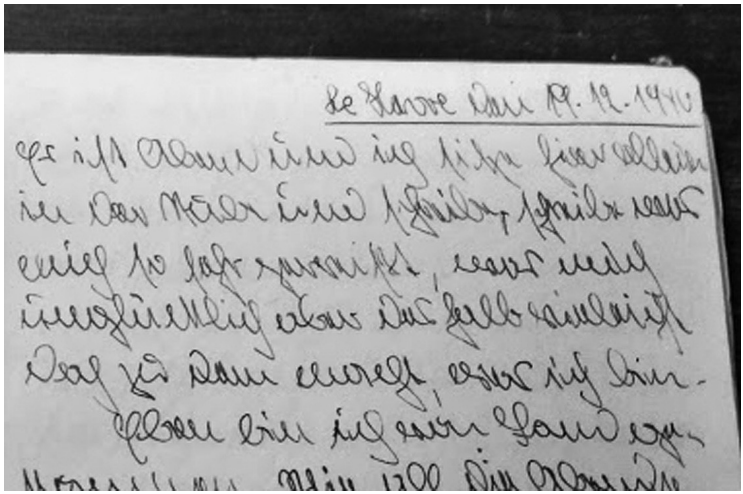
Toco la cubierta de arpillera. El material es rústico: evoca corrales, paja, carreras de sacos… El rótulo estampado, *Tagebuch*, es romántico: los remates de la «t» y la «g» parecen volar en el aire, son vuelos de fantasía. La tipografía contradice los prejuicios que me suscita el curtido soldado teutón. De formar parte de una pintura, este objeto se encontraría en una

obra del romanticismo alemán, un cuadro bucólico de Ludwig Richter, por ejemplo. El fino cierre, un broche diseñado para semejar un pequeño sobre, está roto: una señal de una invasión o una traición.

Abro el objeto. El papel pesa el doble que el papel de fotocopias actual, quizá 150 gramos por metro cuadrado. En la guarda aparece el precio: 3,50 Reichsmarks. En 1939, 1 Reichsmark tenía un valor aproximado de 4,10 euros, así que en la actualidad el diario costaría unos 14,35 euros, una compra no precisamente despreciable para la mayoría de las personas. En su momento, supuso una pequeña inversión: es como si hoy compráramos un cuaderno Moleskine en vez de una libreta de espiral. Sin embargo, este objeto en particular da la impresión de ser artesanal, en lugar de un producto fabricado en masa. Quizá Karl podía permitírselo. O quizá daba mucho valor a sus pensamientos. Además, deja muchas páginas en blanco con intención decorativa, y concluye la mayoría de las entradas con un remolino ornamental, ¿el signo del infinito, tal vez?







Paso a la página siguiente, en la que aparece el nombre del propietario del diario en esa letra casi indescifrable: «Karl B...». Enfrente, está la primera entrada. ¿Hasta qué punto me resulta legible la caligrafía Sütterlin? Con sumo cuidado, examino las dos primeras páginas en busca de alguna palabra que pueda reconocer:

El Havre 19 de diciembre de 1940

yo solo
Yo
infeliz pero
que yo soy.
soy yo
las noches
previas siempre
traer y
prostíbulo

Pero siempre voy
allí

[página 2]
está ahí mujer
que yo Yo
carta enamorarme
precisamente de esa mujer; pero
sentimientos

pero yo amor
amor
un
yo
que
Yo
de

A mis ojos, las frases están plagadas de agujeros, y eso me hace recordar el método de la poeta Anne Carson para traducir unos fragmentos de Safo conservados en unos rollos de papiro bastante dañados. Carson se deleita en el drama de la resolución

del rompecabezas sorteando los vacíos en la superficie destruida: «Como actos de disuasión, estas historias llevan consigo su propio tipo de emoción». La intención de Karl nunca fue escribir en clave, pero para el lector contemporáneo su letra resulta disuasoria. No deja de ser sorprendente que una caligrafía del siglo XX pueda ser tan difícil de descifrar apenas tres generaciones después, como si se tratara de unos poemas del siglo VII a. C. Es el tiempo, que devora todas las cosas. *Tempus edax rerum*.

¿Qué leo yo aquí? ¿Qué puedo deducir de lo que veo en estas páginas? Imagino a un joven romántico, aferrado a su diario en la cubierta de un buque de la armada alemana, henchido de soledad. La palabra *Bordelle*, «prostíbulo», quizá no fuera el lugar más obvio para empezar, sobre todo teniendo en cuenta la intimidad que transmite la carta de amor. Sin embargo, he leído suficiente teoría feminista de la cuarta ola para tener una perspectiva matizada de la cuestión. Estoy casi seguro de que es de noche y muy tarde. Karl evoca los placeres fugaces y culpables del burdel, que solo potencian su aislamiento. Recabamos sus pensamientos más íntimos a partir de un lenguaje fragmentado. Este es el comienzo de nuestra historia de amor; gracias a la carta, conocemos el trágico final. Ya en este inicio podemos vislumbrar la pasión desesperada con la que Karl ansía amar de verdad; una pasión que, llegado el momento, encontrará en los brazos de Louise. Unas pocas palabras dispersas delatan el anhelo de un hombre sensible. E incluso presagian la tragedia que se avecina. Todo esto, me digo para convencerme, suena bastante verosímil.

Sin embargo, a medida que continúo con la segunda mitad del texto, me pregunto cuánto he aprendido en realidad de estos retazos. Me detengo en la repetición de esa palabra: «amor», «amor», «amor»... Más llamativas son las elipses, los vacíos.

¿Quién es este Karl? Podría ser un mujeriego. O un criminal. Ahora bien, ¿llevaría alguien así un diario como este, escribiría con una letra tan fina y usaría el punto y coma de forma correcta? Quizá los vacíos ocultan su pragmatismo acerca del sexo y del intercambio. Al final, vacilo indeciso: en un primer instante, pensé que había empezado a resolver el rompecabezas —vi el rostro de Karl en los fragmentos—, pero ahora creo que todavía soy incapaz de reconocerlo en ellos.

El Havre

Flora leyó en este diario una historia romántica, y las pocas palabras que descifré confirmaron su sospecha. El relato transmitido entre los miembros de la familia de Flora según el cual el autor era un marinero probablemente también sea correcto. El Havre es un puerto marítimo de Normandía que, durante la ocupación, se convirtió en la principal base naval de la *Kriegsmarine*, la armada alemana. Cuando hojeo el diario, concluyo que pasó dos años allí. Solo saltan a la vista otros tres topónimos: dos que no consigo leer y Kristiansand, un puerto en el extremo sur de Noruega.

El Havre sufrió lo suyo a lo largo de la segunda guerra mundial. El 10 de mayo de 1940, los alemanes lanzaron su ofensiva en el frente occidental. El 13 de junio, el mismo día que las tropas francesas abandonaron París, el puerto fue ocupado por las fuerzas alemanas. El armisticio se firmó el 22 de junio, y el 10 de julio se formó el gobierno de Vichy. Todo el norte de Francia, incluida la estratégica costa atlántica y los lugares relevantes para esta historia —El Havre y Blaye, cerca de Burdeos—, se encontraba bajo ocupación alemana. Cuatro divisiones se reunieron en El Havre, donde se construyeron enormes fortificaciones militares. El puerto iba a ser uno de los

puntos de partida más importantes de la operación León Marino, el plan para la invasión de Gran Bretaña. Unos 40.000 soldados y marinos alemanes ocuparon una ciudad que, con una población de apenas 120.000 habitantes, se vio de repente repleta de jóvenes uniformados.

Los lugareños, *les Havrais*, se adaptaron a la censura y a unas condiciones de vida espartanas bajo las autoridades nazis: el estricto racionamiento de los alimentos; la escasez de artículos de primera necesidad; la utilización de paracaídas para confeccionar ropa... Incluso se obligó a los civiles a desactivar las bombas aliadas que no estallaban. En total, los nazis deportaron de Normandía a novecientos judíos, incluido el alcalde de El Havre, Léon Meyer, que sobreviviría a Bergen-Belsen y luego a Theresienstadt.

Las autoridades desaconsejaron las relaciones entre los soldados alemanes y los franceses. En enero de 1942, el mariscal de campo a cargo de El Havre propuso que se prohibiera a los soldados tratar con la población local. Los burdeles, sin embargo, fueron una válvula de escape para la energía sexual que contó con la aprobación oficial. La Wehrmacht requisó los

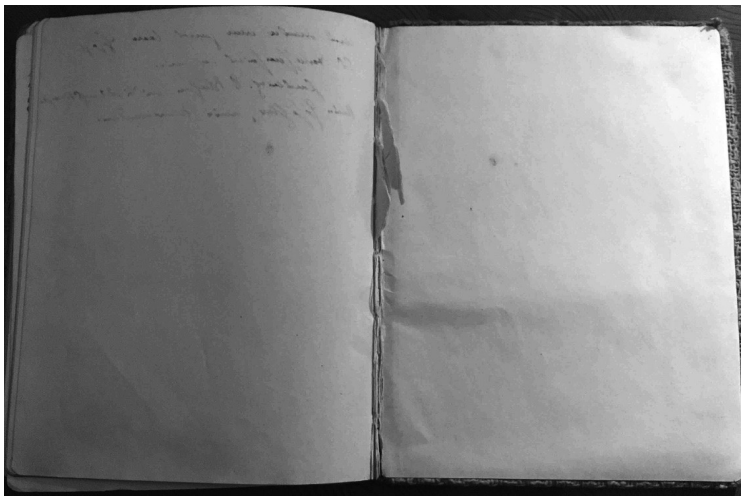
prostíbulos existentes y, además, creó otros nuevos; en 1942, había unos quinientos locales de este tipo en toda la Europa ocupada. La subyugación de muchas mujeres locales debido a esas políticas es un aspecto de la ocupación que con frecuencia se pasa por alto.

Con el fin de expulsar a los alemanes, la Real Fuerza Aérea británica (la RAF, por sus siglas en inglés) lanzó casi cincuenta mil bombas incendiarias sobre El Havre entre el 5 y el 6 de septiembre de 1944. El bombardeó destruyó más del 80 % de la ciudad, que prácticamente quedó borrada del mapa. Seis días después, El Havre se convirtió en la última ciudad en Normandía en ser liberada.

Cuando Karl comenzó a escribir su diario, en la Navidad de 1940, El Havre llevaba tan solo seis meses de ocupación. ¿Cómo fue para un joven, incluso siendo un soldado enemigo, vivir durante años en una ciudad extranjera, a salvo del frente y con demasiado tiempo libre? ¿Resulta sorprendente que se hubiera enamorado?

Me desplazo hasta las últimas páginas del diario y me enfrento de nuevo a su rasgo más dramático: las últimas hojas, casi una tercera parte del volumen, fueron arrancadas con una violencia que aún puede distinguirse en los trozos de papel que

quedaron en él. Un arrebato de furia quebró el lomo del libro. ¿Qué pudo empujar a Karl a dañar aquel preciado objeto de esa forma? ¿Se vio la historia de amor frustrada por las circunstancias? El diario me proporciona un gran lienzo sobre el que puedo imaginar, igual que Flora, una emocionante historia de amor, una que incluso podría ser cierta. Vuelvo a examinar las palabras de las primeras páginas: amor, amor, amor... ¿Cuentan la historia de Karl? ¿O lo que yo llamo «su historia» proviene en realidad de «mí», y los vacíos se alimentan de mis anhelos para imponerlos a un sujeto que tal vez no merece esa atención, un soldado alemán que participaba en una ocupación brutal y en la subyugación de las mujeres locales? ¿Hasta qué punto es posible resolver un rompecabezas como este con tan poco?



La historia de la abuela

Karl Biedassek. O tal vez Biedaseck. O, incluso, Biedasek. Frau Sommerschuh nos envía esas posibilidades para el apellido escrito en la contraportada. Al menos las ha reducido bastante

más que el especialista al que recurrí a través de mi colega de Cambridge. Ahora contactaré con el Archivo Federal de Alemania y preguntaré si tienen el expediente de un marinero llamado «Karl» más todas las variaciones de su apellido. En cualquier caso, si solo el nombre le ha planteado tantos problemas al *Sütterlinstube* de Hamburgo, ¿debo esperar que puedan traducir las cerca de 120 páginas que tiene el diario?

Unos días después, Flora regresa de unas vacaciones en Francia con un archivo de audio. Es una larga entrevista con su abuela, Jeannette Thomé, en la que cuenta los hechos de los que fue testigo cuando era niña. Madame Thomé nació en París (y su padre en Finistère, en el extremo occidental de Bretaña), pero pasó los años de la segunda guerra mundial en Blaye, donde creció.

Blaye es un pequeño puerto de cuatro mil habitantes situado en el largo estuario del Gironda, a unos cincuenta kilómetros de Burdeos y muy cerca del Atlántico. La población es famosa por su gran ciudadela, declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, que domina el río desde las murallas. Alrededor de Blaye se encuentra la región vinícola de Burdeos, que produce tintos de uvas de Medoc con cabernet franc y sauvignon, cultivadas en colinas de suelo arcilloso. Sol, un gran río, un paisaje exuberante y un vino excelente: no se me ocurre un lugar mejor para esperar a que termine una guerra. Salvo por el hecho de que Blaye se encontraba en la zona de Francia ocupada por los alemanes.

—¿Cómo conseguiste el diario? —le pregunta Flora a su abuela.

Ella responde que encontró el diario en una estantería. Su padre llevaba muerto ya algunos años. Solo su madre seguía viva.

—No puedo decirte cuántas veces lo abrí y busqué palabras

que pudiera entender. Mi hermano, que estudió alemán en secundaria, también lo intentó, pero no logró traducirlo. Aun así, yo quería saber qué se contaba en esas páginas, de modo que, en la década de 1960, tomé el diario de la estantería y lo guardé como era debido. Recuerdo que pensé: «Si no me ocupo de cuidarlo, el recuerdo de esta historia puede desaparecer». Durante años, pregunté al respecto a colegas profesores. Incluso se lo mostré también a un alemán, que me dijo que el diario carecía de interés... En fin, no todo el mundo sabe cómo enfrentarse a un documento como ese, ¿no? En cualquier caso, había algo que en aquellos días estaba en mi contra: los franceses odiaban a los alemanes.

Finalmente, en los años noventa, después de intentarlo durante décadas, madame Thomé se dio por vencida en su empeño de traducir el diario, aunque estaba «segura de que tenía un gran interés». Nadie había podido leerlo, y eso le rompía el corazón porque estaba convencida de que, entre aquellas páginas, encerrada en su interior, había una historia que valía la pena contar.

—¿Por qué te importaba tanto esa historia? —le pregunta Flora.

—Fue la carta lo que me conmovió. Estaba escrita en un francés excelente, así que di por hecho que ese hombre debía de ser forzosamente alguien culto, una persona sensible. Sentía curiosidad. ¿Qué pensaría un alemán como él de la Francia de 1940? Aunque también sentía cierto recelo... ¿Habría participado en alguna de las atrocidades que cometieron los soldados alemanes en nuestro país?

Madame Thomé refiere los detalles que le contó su padre, que había sido gendarme en la Francia ocupada y odiaba la ocupación.

—Estaba en la Resistencia... ¡Tenía 1.200 kilos de explosivos

plásticos en el jardín! —exclama.

En el momento del arresto de Karl, en agosto de 1944, su padre llevaba mucho tiempo de baja médica debido a la tuberculosis.

—Aun así, se puso el uniforme y arrestó a ese joven en una granja.

—¿Por qué lo hizo? —pregunta Flora.

—Porque era su misión: hacer redadas, arrestar alemanes, quitarles sus pertenencias... Mi padre lo encontró por casualidad en una granja al norte de Blaye. Creo que la granja estaba en Saint-Ciers... Es un lugar donde solíamos ir a nadar, rodeado de bosques. Esta tal Louise no estaba allí en ese momento. No había nadie más excepto un granjero, el dueño de la casa en la que el joven estaba viviendo. Allí vivía una pareja. No sé quién era el granjero. Tal vez el monsieur Arnaud que se menciona en la carta.

Localizo Saint-Ciers-sur-Gironde en el mapa, se halla a unos veinte kilómetros al norte de Blaye. Descubro que Arnaud es un nombre común allí. Hay un Arnaud que es productor de vino. En la carretera, justo saliendo del pueblo, localizo un taller mecánico propiedad de otro Arnaud. Les escribo a ambos para preguntarles si tienen alguna información que proporcionarnos. Las cartas son una especie de cartel de «SE BUSCA», lo que, asumo, puede parecerle un tanto extraño a mis destinatarios: ¿vio usted a este hombre en la década de 1940? Ni siquiera sabemos su nombre completo. Como era de esperar, no recibimos respuesta alguna.

—¿Y por qué dabas por hecho que se trataba de un desertor? —le pregunta ahora Flora.

—Bueno, Karl no llevaba uniforme. Mi padre lo sacó de la granja y lo interrogó.

—¿Crees que fue el propio Karl quien arrancó las páginas de

la parte posterior del cuaderno?

—No sé nada al respecto —responde la anciana.

—¿Y qué crees que le pasó a Louise?

—Identifiqué el nombre de Louise en el diario, justo en la época en que estaban en El Havre. Asumí que ella sería de Normandía. Probablemente los amantes tenían un plan para encontrarse. Ella también estaba arriesgando mucho... Ya sabes, como colaboracionista... Sé de muchas personas que se casaron con alemanes durante ese período: nuestra vecina de enfrente, por ejemplo. Estoy segura de que Karl estaba muy preocupado por ella. Él era alemán, y sin duda eso saltaba a la vista. Al final de la guerra, muchos miembros de la Resistencia se vengaron de las mujeres que habían estado con los alemanes. Mi padre se negó a hacerlo: estaba estupefacto. Recuerdo lo terrible que me pareció. Pero también entiendo que ocurriera: muchos jóvenes de la Resistencia padecieron torturas mientras esas mujeres salían con los alemanes. No me parece correcto, pero entiendo por qué se vengaron.

—¿Y a Karl? ¿Qué crees que le pasó a Karl después de su detención? —le pregunta Flora.

—A los alemanes se los llevaban a la ciudadela de Blaye y luego a Burdeos. Supuse que Karl era marinero no solo por el hecho de que hubiera estado en El Havre, sino también porque (esto fue algo que descubrí más tarde, leyendo sobre la Resistencia en Blaye) los últimos prisioneros encerrados en la ciudadela fueron marineros alemanes. Allí fue donde lo llevaron.

—¿Recuerdas qué pasó cuando tu padre regresó a casa ese día?

—Bueno, en aquella época yo era una niña, tenía doce años, de modo que en realidad no sé qué ocurrió exactamente... Lo único que recuerdo es que contó que había encontrado a un

alemán y que estaba muy contento de haberlo arrestado. Eso me sorprendió. No recuerdo si llevaba el diario en la mano; pero estoy segura de que no habló de eso en ese momento. No supe de la existencia de ese diario hasta un par de años después. Por entonces, yo ya había cumplido los catorce.

—¿Qué hay de la historia de amor? ¿Le importó a la familia que Karl fuera un desertor?

—¿Importarnos que fuera un desertor? No, no nos interesaba. La familia no tenía ningún sentimiento al respecto. Una relación entre una mujer francesa y un alemán estaba mal vista. En aquellos tiempos solíamos decir: ¡las chicas pobres se casan por dinero, las chicas feas colaboran! No estoy diciendo que Louise denunciara a nadie ni que colaborara... Tal vez estaba con él solo por amor.

—Entonces, ¿por qué me diste el diario? —pregunta Flora.

—Porque te ibas a Alemania. Porque te ibas con un alemán. Pensé que tal vez conseguirías traducirlo: me pareció que era una oportunidad para el diario.

—Si hoy conocieras a algún miembro de la familia de Karl, ¿qué le dirías? ¿Has pensado en ello?

—¿Te refieres a que podrían estar enojados con mi padre? Entendería que lo estuvieran. Pero intentaría ayudarlos a comprender que él no era antialemán. Era antinazi. En mi familia no somos racistas o xenófobos: es una tradición bretona. Para mí sería un alivio hablar con ellos.

—¿Qué crees que le ocurrió a Karl?

—Desconozco el final de esta historia, Flora. Pero es intrigante, ¿no crees? Y quizá tenga interés histórico. Incluso lo cotidiano es interesante. La Historia tiene cierta tendencia a centrarse en los personajes extraordinarios, no en las personas normales y corrientes, incluso cuando son estas las que nos tocan. Mucho más que las hazañas de Napoleón... En mi

opinión, no es sorprendente que un alemán se enamorara de una francesa. Las bretonas siempre han coqueteado con marineros portugueses e ingleses. Siempre es así con los jóvenes que se aman.

–

¿Había un hombre llamado Karl Biedassek —o quizá Biedaseck, o Biedasek— entre los prisioneros llevados a la ciudadela? La ciudadela de Blaye tenía una larga historia como lugar de internamiento de combatientes enemigos. Allí ya se encerró a prisioneros alemanes durante la primera guerra mundial, pero en la segunda guerra mundial también se utilizó para encerrar a miembros de la Resistencia francesa. La abuela de Flora promete encargarse de esta tarea: buscará el nombre en las listas de prisioneros de guerra y nos mantendrá informados. Por mi parte, investigo si hubo marineros alemanes encerrados en la ciudadela en agosto de 1944, en los días de la liberación, y descubro que entra dentro de lo probable, ya que la armada alemana operaba en el Gironda desde 1940.

¿Qué hay del destino de Karl a manos de la Resistencia francesa? «¿Qué resistencia francesa?», ironizó en su momento Albert Speer, el principal arquitecto de Hitler y, más tarde, ministro de Armamento del Reich. La mayoría de los franceses mantuvieron la cabeza gacha durante la ocupación. Sin embargo, en el último año de la guerra la Francia ocupada conoció un marcado aumento de la actividad de la Resistencia. Es sabido que las acciones de sabotaje desempeñaron un papel importante en el desenlace de la ocupación, y muchos civiles pagaron un precio por ello. Los alemanes implantaron brutales medidas de represalia contra civiles franceses para disuadir a la Resistencia (o al maquis, como se llamaba a los grupos

guerrilleros que operaban en las zonas rurales). Incluso en una fecha tan avanzada como el 25 de agosto de 1944, en Maillé, una población en la carretera entre París y Blaye, la SS masacró a 124 de los 500 residentes (incluidos 48 niños) como venganza por una emboscada del maquis. Después de semanas de violencia, el 28 de agosto de 1944 la ciudad de Burdeos fue liberada, y las calles de la ciudad se llenaron de festejos y de miembros de la Resistencia, algunos de ellos procedentes de Blaye.

Madame Thomé tiene razón al preocuparse por Louise. Karl no era el único que corría peligro. Para describir las relaciones de las mujeres francesas con los soldados enemigos durante los cuatro años de la ocupación se acuñó el término «colaboración horizontal». Tras la liberación, el castigo más visual que se les infligió a esas mujeres fue afeitarles la cabeza en las plazas, como si se tratara de un espectáculo, y hacerlas desfilar luego por las calles. Prostitutas y madres jóvenes por igual fueron rapadas, desnudadas, embreadas y humilladas públicamente en un frenesí de liberación, celebración, sexismo, venganza y búsqueda de chivos expiatorios. Al menos veinte mil de estas mujeres (que bajo la protección de sus soldados a menudo vivían mejor que otros franceses) sufrieron ataques, y unas seis mil fueron asesinadas. Un tercio de las mujeres identificadas como colaboradoras en Bretaña murieron a manos de la turba formada por quienes apenas unos meses antes eran, como ellas, personas que se habían adaptado a la ocupación.

¿Y en el caso de Karl? Si en verdad era un desertor, había corrido un riesgo extraordinario. La deserción era un delito castigado con la pena de muerte, algo por lo que Hitler había abogado ya en *Mi lucha*. Durante el conflicto, se juzgó y condenó en consejo de guerra a cerca de treinta mil soldados alemanes, y más de dos tercios de ellos fueron ejecutados.

Aunque cien mil soldados alemanes abandonaron sus puestos en el transcurso de la derrota de Alemania, su desobediencia no se celebró. Después de la guerra, no hubo amnistía legal para los desertores. Un estigma de cobardía siguió a esos hombres de regreso a casa, a ciudades y pueblos donde otros hombres habían continuado prestando servicio pese a lo cuestionable de la causa. Pasarían más de sesenta años antes de que el parlamento alemán revocara, en 2009, las condenas que pesaban sobre los «traidores de guerra».

Un desertor en la Francia ocupada tampoco habría escapado del estigma. Es posible incluso que sus captores de la Resistencia, que actuaban como unidades militares, lo consideraran un traidor a su rango. Los convenios y tratados internacionales ofrecían a los soldados protección oficial. En 1945, Francia encerró a un millón de militares alemanes en campos de prisioneros de guerra. Sin embargo, cuando Karl fue arrestado no llevaba uniforme. Ni siquiera en los protocolos del Convenio de Ginebra de 1949 los desertores tienen algo más que una posibilidad «debatible» de que se les reconozcan los mismos derechos que a un prisionero de guerra. En los Países Bajos, el 13 de mayo de 1945 un tribunal encabezado por magistrados canadienses condenó a muerte a dos marineros alemanes por deserción. Fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento compuesto por prisioneros de guerra alemanes.

¿Es tan sorprendente que la deserción fuera un pecado peor que la ideología del enemigo? La deserción cuestiona la jerarquía y socava la autoridad, que son el fundamento de la disciplina militar. De hecho, no era inusual que los Aliados respetaran las normas del ejército alemán en sus campos de prisioneros de guerra y que, por ejemplo, otorgaran más privilegios a la oficialidad nazi que a la infantería ordinaria.

Es posible que, a ojos de sus captores, Karl hubiera perdido la protección que le confería su rango. Y en el carnaval de muerte que fue el final de la guerra en Francia, no puedo evitar imaginarlo colgado de un árbol en un viñedo mientras se obligaba a Louise a desfilar por las calles.

CRIPTOANÁLISIS

Frau Sommerschuh, del *Sütterlinstube* de Hamburgo, me explica en un correo electrónico que les ha enseñado el diario a los ancianos y que ellos dicen que pueden descifrarlo. El único inconveniente es que hacerlo les llevará mucho tiempo. Los imagino sentados en círculo, leyendo y transcribiendo, y visualizo la cantidad de tazas de café o de té, las galletas y el pastel que semejante maratón requiere. ¿Cuántas de esas personas mayores, pertenecientes a la misma generación de Karl, conectarán con su historia? ¿Se despertarán emocionados y esperarán con ansia el siguiente encuentro para saber qué viene después? Yo no tenía ninguna prueba de que el contenido del diario fuera interesante. Quizá estaba infligiendo a esos jubilados no sé cuántas horas de trabajo arduo y aburrido traduciendo banalidades, una labor que les haría ver con alivio el regreso a sus dolores y achaques cotidianos.

En una ocasión, tuve la oportunidad de examinar el diario de mi tatarabuelo en un archivo. En la década de 1880, se desempeñó como inspector de la Policía de Montaña del Noroeste de Canadá. Más tarde, participó como coronel en la guerra de los bóeres. A él pertenecía el «noble sable» que

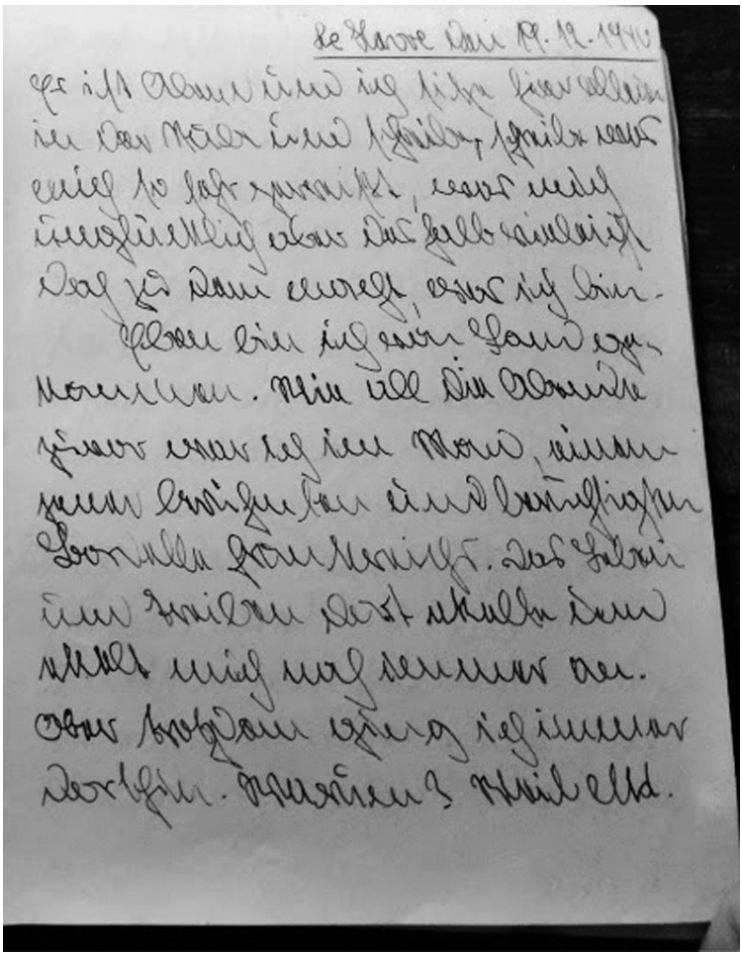
colgaba en la pared del sótano de mi abuelo junto al cuchillo nazi, y yo daba por hecho que un personaje tan eminente sin duda tendría heroicas historias que contar. Mientras el bibliotecario traía la caja que contenía los pensamientos más privados de mi antepasado, estaba nervioso y lleno de expectativa. Sin embargo, las entradas del diario carecían de detalles personales; la del 23 de septiembre de 1886, por ejemplo, decía: «Prácticamente igual que ayer. No hice nada en particular. Instrucción. Deberes oficiales. Me fui a la cama a las ocho de la noche». Cada entrada terminaba con un animado comentario acerca del clima, del tipo: «Bueno y despejado». Cabía la posibilidad de que esos ancianos de Hamburgo terminaran odiándome.

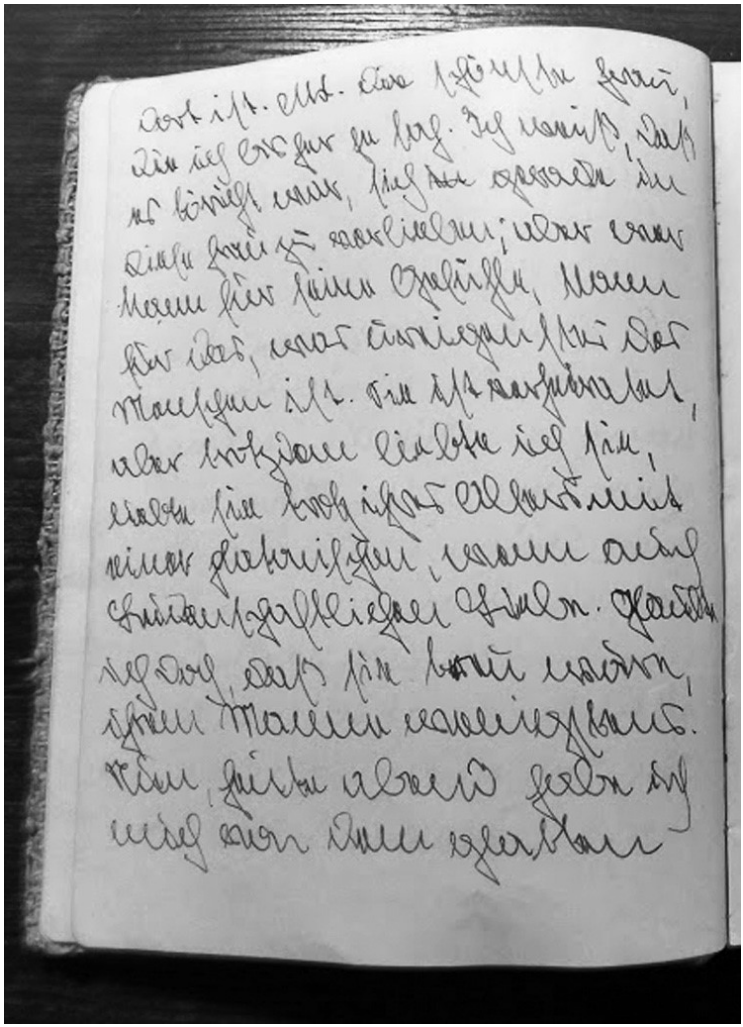
A finales de diciembre, tres meses después de nuestro primer contacto, Frau Sommerschuh me escribe de nuevo. El diario ya ha sido «transliterado». El grupo de ancianos trabajó unas cuarenta horas con el texto a lo largo de esos meses. Calculé que debían de haber trabajado incluso en Navidad, y confié en que, en tal caso, hubieran disfrutado de un buen vino caliente. Recibo la transliteración en un archivo de Word en alemán: un texto que puedo leer, a diferencia del objeto en sí, ese lienzo que alberga tantas proyecciones: las de Flora, las de Madame Thomé, las mías... Procuro no hacerme ilusiones.

Los espacios en blanco de nuestro diario van a verse completados por fin. Sin duda alguna, incluso los lectores sin conocimientos de alemán encontrarán este momento tan emocionante como lo fue para mí. Primero, abro el objeto, el diario en clave de Karl, y contemplo las primeras páginas escritas. La experiencia es táctil, sensorial; el cuaderno conserva las huellas del momento, incluso tal vez, como pensó Flora, las lágrimas del hombre que lo escribió. A continuación, abro en el ordenador la transcripción decodificada. Microsoft Word no

recoge ninguna posible salpicadura de *Glühwein* (vino caliente) o migas de galletas navideñas (*Spekulatius*). Karl comenzó su diario hace ochenta años; desde entonces, probablemente nadie más ha podido entender las palabras que contiene. Siento algo milagroso al ver reaparecer sus pensamientos: la fascinación que embarga a quien inserta las piezas finales de un rompecabezas. Asisto a la transformación del objeto en documento.

El lector también puede comparar las palabras en alemán mecanografiado con la caligrafía Sütterlin de Karl; he subrayado las palabras ya descifradas (y omitido las palabras que leí mal):





El Havre, 19 de diciembre de 1940
Suena la sirena antiaérea, y **me** siento aquí **solo**
en la habitación y escribo, escribo lo que
me desgarra de forma tan terrible, lo que
me hace **infeliz**, **pero,** al final, quizá
me convierte en lo que **soy**.
Acabo de llegar de la costa.
Como todas las **noches**

previas, estuve en el «Moon», uno de
esos famosos **y** cuestionables
prostíbulos de Francia. El ajetreo
y el bullicio de ese lugar me dieron asco y
me siguen dando asco.
Pero, pese a ello, **siempre**
vuelvo allí. ¿Por qué? Por Md.

El Havre den 19. 12. 1940
Es ist Alarm und **ich** sitze hier **allein**
in der Stube und schreibe, schreibe
was mich so sehr zerreißt, was mich
unglücklich aber deshalb viel[l]eicht
doch zu dem macht, was **ich bin**.
Eben **bin ich** von Land ge-
kommen. Wie all **die Abende**
zuvor war **ich** im Mond, einem
jener berühmten **und** berüchtigten
Bordelle Frankreichs. Das Leben
und Treiben dort ekelte und
ekelt mich noch immer an.
Aber trotzdem **ging ich immer**
dorthin. Warum? Weil Md.

[p. 2]
está ahí. Md., la **mujer** más hermosa
que he visto en la vida. **Yo** sé que fue
una tontería **enamorarme**
precisamente de esa mujer, pero quienes
reconocen sus **sentimientos** reconocen
lo que es la esencia misma
del Hombre. Ella está casada,
y aun así yo la **amaba**,
la **amaba** a pesar de su edad con
un amor platónico, aunque también
apasionado. **Yo** creía que

que ella sería fiel,
al menos a su marido.
Bueno, esta noche
he podido convencerme **de**

[S. 2]
dort ist. Md. die schönste **Frau**,
die ich bisher je sah. **Ich** weiß, daß
es töricht war, sich in **gerade in**
diese Frau zu verlieben; **aber** wer
kann für seine **Gefühle**, kann
für das, was ureigenstes des
Menschen ist. Sie ist verheiratet,
aber trotzdem **liebte ich** sie,
liebte sie trotz ihres Alters mit
einer platonischen, wenn auch
Leidenschaftlichen Liebe. Glaubte
ich doch, **daß** sie treu wäre,
ihrem Manne wenigstens.
Nun, heute abend habe **ich**
mich **von** dem glatten

[p. 3]
todo lo contrario.

[S. 3]
Gegenteil überzeugen können.

Como ocurre con las figuras que se forman en las nubes, los datos dispersos que teníamos se integran de repente en un todo y Karl se convierte en un ser humano. Ya no es una caricatura, sino una persona con emociones volubles. Todavía no logro imaginar su rostro, pero me sorprende la sensibilidad efervescente y susceptible del joven que se enamora con facilidad. Es un romántico, y está decidido a enfrentarse a sus

emociones con honestidad, incluso cuando confunde el amor con la lujuria. Su apetito sexual arrolla a su juicio, lo que no resulta en absoluto sorprendente a los dieciocho, diecinueve o veinte años. Mientras tanto, justifica sus propias transgresiones atribuyendo la culpa a la falta de «fidelidad» de una prostituta.

¿Vemos a Karl ahora? ¿Sabemos quién es? Una cosa por lo menos resulta ya clara: la lectura de este diario no se parecerá en nada a la de un árido informe.

Comparo el contenido decodificado con los fragmentos del «papiro». ¿Habían conseguido unas pocas palabras insinuar el todo? Los fragmentos transmitían la soledad y el amor de Karl, pero no su sutil inconstancia. Y cabe preguntarnos cuánto significado habríamos perdido si la palabra «prostíbulo» nos hubiera pasado desapercibida. Por otro lado, no puedo ignorar que mi lectura se vio inducida de algún modo por las circunstancias. Flora, Madame Thomé y yo esperábamos que el diario relatara una historia de amor. Aun así, no estoy seguro de si esto era algo que sugería ya el objeto o si, por el contrario, fueron las palabras legibles las que determinaron nuestro acercamiento a él. Pienso que la segunda alternativa es la correcta.

Sea como sea, ahora nuestras expectativas empiezan a verse satisfechas gracias a la prosa lasciva y desbordante de pasión de nuestro marino, Karl Biedassek. La historia, como esperábamos, está repleta de emociones sin refinar puestas al descubierto. Hago una pausa y niego con la cabeza: he de mantener el sentido crítico y no dejarme arrastrar a conclusiones precipitadas. ¿Era este Karl —el hombre que cuatro años después fue descubierto en una granja francesa sin su uniforme, y cuya captura por parte del bisabuelo de Flora probablemente puso fin a su aventura amorosa— un ocupante brutal? ¿Un desertor? ¿Un criminal? ¿Y qué hay de Louise?

Una cosa sí sé con certeza: esta Md. (¿Madeleine, quizá?) será olvidada.

Señor de los solitarios

«Y así, la desilusión y la decepción me sobrevinieron. Acaso sea mejor de este modo [...]. Nunca he sido capaz de conservar a la chica a la que amaba.» Karl se sienta solo en sus aposentos y enumera sus anteriores aventuras.

Gertrud: una adoración de la infancia que lo dejó sintiéndose gastado. Incluso los amores más intensos morirán sin haber llegado a ser recíprocos. Ushie: una chica de la escuela cuyo rechazo lo indujo a hacerse marinero, «en la inmensidad del mar quería olvidar». Durante su formación naval, conoció a Irma: un episodio, por primera vez, de lujuria pura, no de amor. El encuentro duró «solo unas horas maravillosas». Sin embargo, Karl era demasiado inexperto para obedecer a sus impulsos eróticos. Irma se impacientó con él y se buscó a otro. Hubo luego otra chica, pero Karl tampoco la amaba. Ahora, después de haber recordado a todas esas mujeres, se siente bastante mejor con respecto a Madeleine.

Es el día de Navidad de 1940. Karl evoca con nostalgia las vacaciones en su casa, en la Prusia Oriental, al otro lado de Alemania, en lo que hoy es el este de Polonia. Piensa en el árbol de Navidad, en los villancicos, en la época en que su padre aún vivía. Ahora, su madre yace en el lecho de muerte y él se encuentra muy lejos de casa. Karl la quiere muchísimo y piensa que se lo debe todo. Su muerte va a destrozarlo. Abajo, sus compañeros de armas brindan ruidosamente. En sus canciones, bromas y risas no ve más que frivolidad. Sumarse a sus festejos le haría sentirse más triste que estar solo en sus aposentos. Lo que en verdad ama es «la gran soledad». En ella encuentra la

paz y la fortaleza para soportar los problemas pasados y futuros. Seguirá siendo un solitario, incluso en la Navidad de 1940.

El Havre, marinero alemán, 1940.

Karl está enamorado de la oscuridad. También está enamorado de Alemania. Los motivos que dominan las entradas de los primeros siete meses del diario son la patria (*Heimat*), la victoria (*Sieg*) y el superhombre (*Übermensch*).

Heimat es una expresión alemana que designa la tierra en la que una persona nace o crece, un lugar que sientes como si se hubiera integrado en tus huesos y convertido en parte de ti. *Heimat*, por tanto, es una palabra emotiva para describir el vínculo con un lugar.

Sieg, «victoria», es una noción más obvia; *Sieg* era, por supuesto, parte del *Hitlergruß* o saludo nazi: *Sieg Heil*, «viva la victoria».

Y por último, *Übermensch*: Karl llama a Friedrich Nietzsche, otro amante de la soledad, su «gran modelo». El filósofo instaba a desligarse del gran rebaño de la humanidad como un paso necesario para el advenimiento del superhombre.

Desde un punto de vista ideológico, ni *Heimat*, ni *Sieg*, ni *Übermensch* son conceptos intrínsecamente nazis. Las ideas de Nietzsche, por ejemplo, provienen de una aversión clásica a la multitud profana. Sin embargo, el proyecto nazi había conseguido poner a su servicio esos tres motivos en la educación pública, y se había valido de ellos para justificar la noción de *Lebensraum* (o «espacio vital») y la inevitabilidad de la victoria de los «seres superiores» que formaban la comunidad racial alemana. En el diario se advierte esa educación (así como el sexismo de los nazis). La pregunta es si Karl conseguirá moldear esos motivos por sí mismo o si, por el contrario, serán ellos los que lo moldeen a él.

Es 31 de diciembre de 1940, y Karl espera con ansias la llegado del nuevo año. Su suerte y la de su país están vinculadas: «¿Qué traerá? ¿Para mí, para Alemania?». Sabe que es muy probable que su madre muera y se imagina siendo despojado de su herencia, la granja familiar, y por tanto perdiendo la «victoria» y perdiendo a su «patria». La pérdida de su *Heimat* le resulta tan inconcebible e insoportable como la pérdida de la madre.

Su *Heimat*, la granja familiar en los límites de Prusia, es un bucólico emplazamiento que, en primavera, con la llegada del color verde, resulta espléndido. Altos tilos, en cuyas copas cantan los pájaros, rodean la propiedad como muros; y bajo ellos, en la arboleda, hay una mesa y un banco, en los que Karl ha pasado «largas horas». Detrás, el paisaje es amplio: campos de maíz ondulante, un lago resplandeciente... En este escenario, Karl es un niño de ojos oscuros abierto a la belleza. Recorre caminos silenciosos para ver la puesta del sol: la niebla, un velo blanco sobre los prados; el cielo occidental, un mar en llamas... Luego, en invierno, bajo la acogedora luz de una lámpara de queroseno, pasa las tardes con su madre, a quien puede

contárselo todo. Ella lo entiende tan bien. No hay nada que él desee más que ser granjero y trabajar su tierra: vivir en contacto directo con su *Heimat*.

A finales de enero, se le pide que vuelva a su casa, en Talten, Prusia Oriental. Ha ocurrido lo impensable. Karl no consigue ver a su madre antes de que muera: «Lloré como un niño pequeño [...], ahora somos huérfanos». «¿Por qué no he muerto yo? ¿Por qué tuviste que morir tú?» Sus ruegos lo llevan a invocar a los ángeles: «¡Mamá! ¡No sé cómo aguantaré sin ti! ¡Te rezo y te pido que permanezcas en mi vida como un ángel bueno y protector!». Se le obliga a firmar un contrato para ceder la granja: «Titilaba ante mis ojos cuando, con mano temblorosa, puse mi nombre en el documento. Al hacerlo, renuncié a todo derecho sobre el trozo de tierra que tanto amo. ¡Sin padres, sin parientes, sin *Heimat*! ¿Se puede estar peor?».

Durante meses, la desesperación abruma a Karl, en especial en el silencio de la noche. Lo único que la aplaca es el trabajo. O el anhelo de, quizá, otra mujer, una que tenga algo «maternal». «Todo lo bello me atrae, pero también me entristece, no sé por qué», anota en su diario. Cada vez más desesperado y solo, comprende «cuán duro es no tener a nadie y cuán mala es la gente [...]; no hay nadie que me entienda». Los hombres del buque, escribe, conspiran e intrigan contra él a sus espaldas. Se siente «desgarrado buscando el significado de la existencia», y se pregunta: «¿Para qué vivimos realmente? [...]. Estas horas, carcomen mi vida. Tal vez muera en la batalla. Sería una liberación».

Ese abatimiento total lo empuja a la filosofía: «A partir del dolor y el sufrimiento, he comenzado a buscar el conocimiento y la verdad». Un filósofo «siente de manera más profunda que los demás»; dispuesto a «perecer» en su búsqueda, es siempre «la más infeliz de las personas». La implacable filosofía de Karl,

nacida de la adversidad, es una mezcla del pensamiento nietzscheano, de darwinismo social y de teoría racial nazi. «¡La vida es lucha y sacrificio y acción!» Odia a quienes define como inferiores: «Los burgueses gordos y satisfechos de sí mismos [...]. Desprecio a esa gente mezquina y acomodada». Es una filosofía reservada exclusivamente a una «casta de personas de pensamiento elevado», no para el «hombre del rebaño» con sus «preocupaciones, debilidades y cobardías». El «superhombre» —un «amo» orgulloso e imperturbable— condena la piedad y la debilidad tanto para consigo mismo como para con los demás. «El egoísmo es deseable.» Karl se transformará en un hombre del desierto, un ave de rapiña similar al águila del cuchillo de mi abuelo, ascendiendo hacia el norte, rodeada de «viento tempestuoso», cada vez más solitaria y silenciosa. Una vez alcanzadas tales alturas, alumbrará una filosofía como «el mundo no ha leído ni escuchado hasta el momento. Mi filosofía será una filosofía alemana». Alemania será «su poder, su agudeza, su fuego, su impetuosidad, su rigor», y esa filosofía se forjará a partir de la «violencia del alma alemana». Karl rechaza la religión, todas sus oraciones y ángeles guardianes. Su «raza superior [...] prenderá fuego a todo lo que se le acerque» y se reirá mientras «baila sobre las tumbas de los muertos». Veo a Karl en un alto castillo, envuelto en la «austeridad y dulzura» de la tristeza y el desapego.

El 24 de julio de 1941, todavía en El Havre, escribe:

> ¡Soledad! Siempre fuiste mi compañera, siempre conmigo, en mí, a mi alrededor. Señor de los solitarios. Tú, mi soledad, eres mi vida, eres mi amante, eres mi padre y mi madre, mi amiga, mi hermano y mi hermana. Viviré mi soledad, que me negará el amor y la compañía de las mujeres. No tolerará a nadie más. Alabo mi soledad porque mi vida busca la

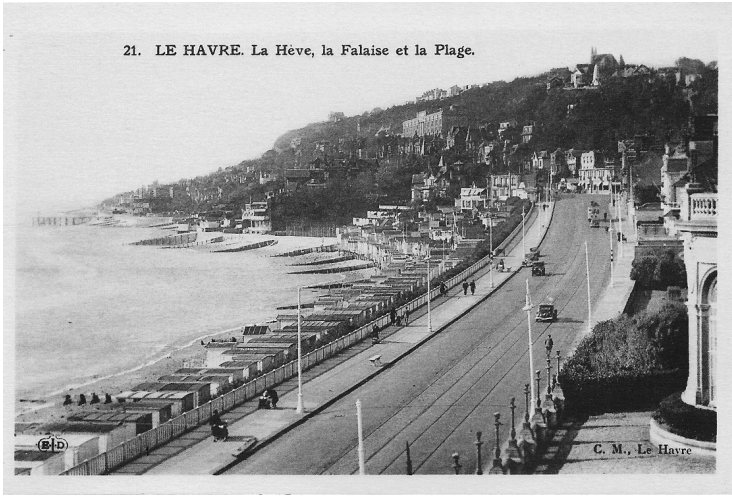
eternidad.

Tres días después, el 27 de julio, Karl conoce a Louise.

LOUISE

Karl la ve tres veces el mismo domingo.

La playa está llena de gente. Un grupo destaca entre los demás: tres soldados alemanes en compañía de unas mujeres francesas. Una en particular es «delicada, suave y sensible como una hermosa mariposa». Él advierte en ella tanto la experiencia de amor de la mujer como la inocencia de la niña. Bajo su sencillez y su alegría, hay otra cualidad perceptible, volátil: algo impetuoso en sus maneras, «revoloteando en sus impulsos y efectos».



Ya por la tarde, Karl pasea por los amplios bulevares de El Havre. La atmósfera de sol, mar y tierra es «divina en su armonía». De repente, la ve de nuevo: un grupo de tres francesas y un marinero. Él escribe que «mi segundo vistazo fue directo al alma de esa chica». Abrumado por su timidez, Karl piensa que su interés ha sido demasiado obvio. De un solo vistazo, ella debe de haber entendido todas sus «horas de soledad».

Karl quizá no espera volver a cruzarse en su camino. Sin embargo, al final de la tarde, tras tomar una callejuela pequeña y solitaria, se encuentra solo con ella. Esa tercera mirada que intercambian «lleva conocimiento».

En este punto, el diario estalla en un furor de emociones turbulentas. Imagino una pala removiendo las brasas que Karl creía por completo apagadas. A partir de esa mirada, lee el alma de Louisette como «un libro abierto». Es una revelación: de la vida, de la belleza, pero también «un abismo de horror». En el alma de la joven, ve el caos, una tormenta de sentimientos debida a ese simple intercambio. Karl no se siente simplemente atraído por su belleza. Louise promete lujuria, tristeza y «renuncia». La combinación resulta fatal para él, que se

enamora de ella en el acto.

El joven soldado lucha por entender cómo puede haberle sucedido esto después de todos sus esfuerzos por parapetarse en una soledad suprema e intocable:

> ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Para qué? Muchas preguntas y una sola respuesta: ¡Porque la amo, amo el alma que vive en ese cuerpo hermoso! [...]. Vi escombros, vi lágrimas y vi risas. Fue, para mí, una jornada de ideas sublimes. Sobre las ruinas de una pasión rota, se levantará algo nuevo. Un nuevo mundo se abrirá ante mí, nuevos conocimientos fluirán a través de mí, nuevos destinos se revelarán. *Wohlan!* ¡Pues bien! Erguido caminaré directamente hacia ella.

Zweisamkeit

Dos semanas después, Karl delira de pasión: «¡El 9 de agosto! ¡Qué noche! Una armonía de nubes, agua y tierra. Louisette, yo y nuestro amor». Karl quiere confesar su amor, que describe como un animal salvaje que ruge y salta contra las rejas de la jaula. El cabello de Louise, oscuro y alborotado, sus ojos pensativos, su rostro «encantador en su irregularidad», todo lo vuelve loco. «¡Tu cuerpo es una revelación, Louisette!» El joven enamorado reconoce también que, cuando la mira a los ojos, «¡me veo a mí mismo! Tristeza, expectativa y felicidad» [...]. Realización y renuncia en tus ojos».

«Renuncia» (*Entsagung*) es una palabra que está siempre en sus labios. Pasa un mes y Karl reflexiona: «Nuestro amor es una singular renuncia que exige realización, como la primavera encuentra su realización en el verano». Rico en deseo, puro en inocencia, un único camino de «sufrimiento y lágrimas [...], oscuro y profundo, es nuestro amor [...]. nuestro amor es

sufrimiento, nuestro sufrimiento es nuestra felicidad».

Entsagung. Busco explicaciones para el uso repetido de esa palabra. ¿Está Karl anticipando el final de algo hermoso? ¿Pende sobre su romance el presagio de tiempos difíciles, de guerra, por el hecho de ser él un soldado? ¿Está renunciando Karl a su soledad y a la violencia de su educación nazi? ¿O lo que ocurre es que Karl, el romántico, es incapaz de imaginar la felicidad sin sufrimiento? Quienes prueban la uva de la alegría, escribe Keats, flotarán para siempre entre los trofeos de la melancolía. Medito sobre estas posibilidades, pero me veo obligado a considerar otra: ¿había acaso un obstáculo muy real que amenazaba con separarlos?

Un mes después, el 9 de septiembre, Karl le dice a Louise que deben terminar. Ha recibido un permiso para regresar a Alemania por un breve período. Es una oportunidad para poner algo de espacio entre ellos. La tarde anterior a su partida es de pasión y «posesión». Después de hacer el amor, en la quietud de la cama, la tristeza los invade a ambos. Ninguno de los dos quiere admitirlo.

Con el sol poniéndose detrás de las casas, caminan juntos por el Quai George V: «Las calles solitarias eran de una tristeza infinita, casas destruidas, ruinas, los testigos de la guerra... Y luego, entre la destrucción y las ruinas, nosotros dos, jóvenes y llenos de vida, haciendo valer nuestros derechos». Karl lucha con el deseo abrumador que siente por Louisette, con la forma en que el deseo y el amor por ella se han fundido en él. Con todo, le dice que, «por su bien», deberían poner fin a la relación.

¿Por qué por el bien de ella? ¿Por qué terminar con algo tan hermoso? Karl parte hacia Marienburg, y no es hasta un mes después, cuando ya está de regreso en El Havre, cuando vuelve a escribir en el diario. El deseo lo consume. Lo imagino echado en su litera, loco de lujuria: «me abraso, estoy ardiendo y en

llamas, la noche no puede llevarme a los brazos» de Louise. El viento canta acerca del «sufrimiento solitario». No lograr encontrar la paz. Karl, por supuesto, convierte su renuncia en un acto estético, y se precipita en una espiral de deseo por Louise de la que no consigue escapar.

Una semana después, en las cinco entradas que abarcan el mes de noviembre de 1941, Karl se entrega a un éxtasis de sufrimiento. Louise quizá sea una mujer «llena de promesas [...] gracia y dulzura», pero Karl se convence de que ella será más feliz sin él: «Louise, nuestro amor nunca hallará su realización. ¡Hoy lo sé!». En estas entradas del diario, Karl escribe acerca de «enterrar su juventud». Opina que, en cuanto ella quede embarazada de otra persona y tenga hijos, se olvidará de él y será feliz. «Louise —se pregunta—, ¿sabes siquiera si me amas? Acaso solo te compadeciste de mi soledad...»

Busca placer en su sufrimiento, en la renuncia anunciada. Escribe que el amor entró en su corazón «con una antorcha» para anunciar: «Ya has sufrido todo lo demás, ¡ahora sufre en el amor!». Promete poner una «corona perenne» en la tumba de su amor. Louise no es más que «un puente» hacia su «compañera fiel», la soledad, a la que invoca así: «Envuélveme en tu manto de olvido. ¡El hombre fugitivo vuelve a ti!». Karl contempla lo eterno, contempla la muerte.

Sin embargo, no puede librarse de otro sentimiento: «Mi amor acudió a ti, deseoso de dar y dar, una y otra vez [...], un amor solitario que quería comunión, *Zweisamkeit*».

Zweisamkeit: esa evocadora palabra alemana designa la soledad que dos personas pueden compartir, una intimidad que desafía al mundo. No soledad (*Einsamkeit*), sino «duoledad».

AMOR, GUERRA

Transcurren a continuación tres meses en los que Karl no escribe en su diario porque no siente «deseo alguno» de poner la pluma sobre el papel. Ese deseo se ha ido a otra parte. Ha pasado un período «rico en luchas mentales y sufrimiento, pero no exento de felicidad. ¡Mi felicidad! ¿En qué podría esta consistir, sino en el hecho de amar y saber que soy amado?».

En febrero de 1942, Karl escribe con asombro acerca de su descubrimiento: tras dedicar muchísimas noches a «luchar» con la pregunta de si el amor puede hacerlo feliz y explorar la cuestión sin cesar hasta sentirse agotado, finalmente ha comprendido que, si bien «el amor y la felicidad no siempre van de la mano», el amor hará todo lo posible por hacerlo feliz. Considera que tiene una obligación con Louise: «Cuando te entregaste a mí y yo te tomé, era un símbolo». Se culpa a sí mismo por «destruir tu vida, pues te entregaste a mí no por lujuria, sino por un gran amor. Oh, nunca olvidaré esas noches frías sintiendo el calor, la deliciosa cercanía de tu cuerpo».

El misterioso obstáculo que se ha interpuesto entre ellos se revela en la siguiente entrada, del 27 de noviembre de 1942. Han pasado nueve meses desde la última vez que escribió. Lo que ha llenado ese tiempo es «nuestro amor, Louise». Sin embargo, Karl se culpa a sí mismo por la mirada que advierte en «los ojos tristes de Louise, y por su rostro cada vez más delgado». Le apena tanto lo que le ocurre a su amada que llega a sentir incluso dolor físico.

A bordo de su barco, echado en la litera, Karl lucha con sus sentimientos evocando las muchas noches oscuras en las que él y Louise pasaron por la rue François Arago solo para mirar las ventanas de la casa en la que vive la familia de ella; la misma casa en la que Louise vivía hasta que la echaron. Son conscientes de que, detrás de esos postigos cerrados, están «la hermana y la madre de Louise». Regresan caminando, él sufre

porque el corazón de Louise está «lleno de tristeza»; le impresionan la «injusticia y el sufrimiento que se nos ha infligido a causa de nuestro amor». Louise se ha convertido en una apestada porque está enamorada de un soldado alemán. Esta es, al menos, una de las razones por las que él estaba seguro de que su amor terminaría con una «renuncia».

A pesar de todo, Karl se consuela a sí mismo, y a ambos, pensando que ahora «nos tenemos el uno al otro. Nos hemos fundido el uno en el otro». Para aliviar su culpa, decide casarse con Louise, pero no consigue la autorización necesaria para ello: «Todos mis esfuerzos fueron en vano». Es en este punto cuando Karl hace otra confesión (que probablemente será una de las claves para el desenlace de esta historia): «Estoy dispuesto a renunciar a todo, incluso a mi futuro, y escabullirme para vivir una vida tranquila con Louise».

¿Fue eso lo que hizo? ¿Cumplir esa promesa? No solo había perdido a su familia, sino también su granja, su *Heimat*. ¿No era libre ya para seguir a la persona que lo salvó de una soledad aplastante, incluso suicida? ¿No era libre para seguir a la persona que lo había rescatado de las gélidas alturas del superhombre? ¿La elegiría a ella por encima de Alemania?

Poco después, se entera de que la familia de Louise se ha mudado a un barrio en el que él nunca ha estado. Vaga solo, «con el cuello de la chaqueta desabrochado», hasta la dirección que ha obtenido. Cuando vuelve a encontrarse con Louise, le describe la zona. Ella «escucha con ansiedad cada palabra», y a él le resulta insoportable comprobar cuánta tristeza le causa la noticia. Está decidido a «llevarla de regreso con su madre».

La familia vive cerca del cementerio donde van a enterrar a uno de sus camaradas. Ese día, después del entierro, Karl se presenta en la casa. Es domingo. «Con el corazón acelerado, abrí la puerta del jardín [...] y pregunté por Madame B.» Karl no

conoce a la madre de Louise, pero da por hecho que tiene que ser una de las dos mujeres mayores que se encuentran allí. Él la sigue al interior de la casa, donde se topa con la hermana de Louise, que lee sentada en un diván. La muchacha lo reconoce de inmediato, se pone de pie de un salto, le lanza los brazos alrededor del cuello y lo cubre de preguntas sobre Louise. Él les dice que lo único que ella necesita para volver a casa es la certeza de que la familia quiere que regrese...

Aun así, no sabemos si Louise llegó a reconciliarse con su familia. El diario solo tiene dos entradas más. La primera es de casi seis meses después: está fechada el 11 de mayo de 1943, en Kristiansand, Noruega. Karl ha sido destinado lejos de Francia y de Louise.

«Louise: nuestro amor siempre ha estado conmigo, ha sido mi sufrimiento y mi felicidad a lo largo todo este tiempo.» Karl la describe «sonriendo y luchando valiente por contener las lágrimas» en el andén de la estación de tren de El Havre, en el que se despidió de ella por última vez, cuando él mismo empezaba ya a «presentir el difícil camino» que los aguardaba. Es muy consciente de su suerte: «uno no sabe y no aprecia lo que tiene cuando lo tiene. ¡Ay, cuánto anhelo estar contigo! ¡Tu suave ternura! Cada día, cada hora, mis pensamientos están contigo [...], deseo volver a verte con todas las fibras de mi corazón».

Su estancia en Noruega, con la 17.ª Jagdflottille, resulta una tortura. A diferencia de El Havre, donde estaba con un superior y unos camaradas a los que conocía y con los que simpatizaba, aquí rechaza la autoridad. Se encierra en sí mismo. Pierde por completo la voluntad de luchar. Desconfía de sus superiores. El oficial al mando, un veinteañero vanidoso, «se complace» repitiendo «fórmulas grandiosas como “guerra total”». Karl se convierte en un hombre «obstinado» y empieza a desobedecer

las órdenes: «Consideré todas las posibilidades que se me ocurrieron para conseguir que volvieran a enviarme a Francia, incluso solicité una certificación de idioma». Finalmente, encuentra una escapatoria. Cae enfermo y, al poco tiempo de recuperarse, vuelve a enfermar; a lo largo del invierno húmedo y neblinoso, sufre sinusitis agudas y recurrentes que lo postran en cama.

La última entrada conservada en el diario es del día de Navidad de 1943, exactamente tres años después de la primera. Karl reflexiona sobre su estancia en Noruega, que describe como «amarga» y «fea»: días lluviosos y sin sol, paisajes oscuros, una pena que solo el tiempo curará... «Me sentí enormemente feliz cuando me permitieron marcharme», escribe. Y lo hace: vuelve a Alemania, primero en barco, a través de Dinamarca (cuya costa plana ve emerger de entre la niebla), y luego en tren, hasta la ciudad de Flensburgo, que todavía no ha sido bombardeada, y después a Berlín.

Cuatro días de permiso en Berlín: el diario termina en la capital donde estoy sentado, intentado resumir en demasiadas pocas palabras todo lo que este joven ha amado y sufrido a lo largo de tres años de guerra. La vida de la gran ciudad envuelve a Karl. Encuentra una habitación en un hotel, no muy lejos de mi antiguo piso en el distrito de Mitte, cerca de la Nordbahnhof, o Stettiner Bahnhof, como se la llamaba entonces. Le escribe a Louise desde su cuarto: ahora que Noruega ha quedado por fin en el pasado, ambos pueden abrigar la esperanza de volver a verse.

Los días en Berlín pasan «muy rápido, y no obstante también muy lentamente [...]. A menudo, uno se siente más abandonado entre la multitud de una metrópoli que en el más solitario de los paisajes». Karl deambula por las calles de la ciudad, donde se siente como «un solitario náufrago en un mar sin fin».

Después de esos cuatro días en la capital de la Alemania nazi, viaja, vía Hamburgo, para enfrentarse a ocho semanas de adiestramiento. ¿En lenguas? ¿En espionaje? No lo sabemos. Ese verano las bombas incendiarias arrasaron Hamburgo. Karl esperaba ver a su hermano allí, pero no puede encontrarlo. El sentimiento de abandono se hace más fuerte. Llega al sitio en que tendrá lugar su adiestramiento: «Nuevas caras, nuevos camaradas...». Esas son las últimas palabras del diario. Las páginas restantes fueron arrancadas.

Bildungsroman

No puedo evitar leer esta historia como un *Bildungsroman*: una novela sobre la educación sentimental de un muchacho. Un joven romántico, impetuoso, incluso un tanto ridículo en sus pretensiones, busca el amor. Pero ha recibido una educación que se inclina con facilidad hacia las ideas defendidas por los nazis acerca de los fuertes y los débiles. La soledad y las desilusiones podrían llevarlo a caer en las fauces de la ideología nacionalsocialista y encarnar en el campo de batalla la cruel indiferencia que esta pregona.

Sin embargo, el joven se salva. ¿Por qué? Tras la disipación, la desesperación y los pensamientos suicidas, llega al amor. Decir que el amor salva a Karl no es una exageración o una proyección romántica. La crueldad y la indiferencia desaparecen de su escritura en el momento en que conoce a Louise. ¿Acaso no pasa meses lidiando con su identidad, en cuanto alemán enamorado de una mujer francesa? ¿No se niega a renunciar al vínculo entre ambos?

En Noruega, un país que sufrió devastadoras penalidades económicas bajo un régimen colaboracionista y donde el 40 % de la población judía fue deportada durante la ocupación, Karl

se retira del servicio. Cuestiona la propaganda de la «guerra total». Desprecia la autoridad. ¿No es en parte el amor por otro individuo el que motiva ese rechazo y su deseo de supervivencia?

Aún no sabemos si, al final, será esto lo que lo impulsará a desertar. Pero Karl tiene muy pocos vínculos que lo retengan: sin familia, sin *Heimat*, solo tiene a Louise. No sabemos qué le lleva a Francia cuando escribe la carta de abril de 1944. O qué sucede entre esa fecha y el mes de agosto del mismo año, cuando el bisabuelo de Flora lo arresta. No sabemos si muere a manos de la Resistencia, para la que Karl, a fin de cuentas, es el enemigo. Y hay otro misterio más: ¿por qué se arrancaron precisamente las páginas posteriores a su estancia en Berlín, desde donde le escribe a Louise con la esperanza de verla por fin de nuevo? Si bien el documento transcrito ha respondido a buena parte de nuestros interrogantes, el objeto (los restos de esas páginas) continúa planteándonos muchas preguntas.

En una de las primeras entradas del diario, Karl se describe como alguien:

> Difícil de entender, en exceso seguro de sí mismo ante los demás, demasiado caballeroso. Y no obstante, por dentro soy suave y sensible. Me encanta la belleza de la naturaleza. Me encantan la poesía y la música. Me gusta recordar esas balsámicas noches de verano, que infundían en mí sentimientos extraños. Me gusta tomar el violín y tocar y tocar melodías inauditas que nadie entendería.

¿Es Karl sencillamente un alemán enemigo? Aún en el año 2021, considerar a un soldado alemán al servicio del régimen nazi como un ser humano vulnerable y complejo, un adolescente en efervescencia que estaba aprendiendo a disfrutar de la vida, continúa siendo tabú. No obstante, lo que encuentro

a lo largo del diario es el tierno interior de una persona que se ha salvado de seguir otro camino, el de la indiferencia más brutal.

KRIEGSVERWENDUNGSFÄHIG

Llamo a Flora emocionado tras recibir un sobre por correo. Es del Archivo Federal. El expediente es un mamotreto. ¿Por qué es tan importante? Porque, después de todo, existe la posibilidad de que Karl fuera un espía. Tiemblo mientras lo abro y busco entre las hojas A3 y A4 plegadas. Su nombre completo es Karl «Biedassek». Con cierto nerviosismo, pienso: ¿y si hubiera más de un Karl Biedassek? Sin embargo, a medida que reviso los papeles confirmo que su letra coincide con la del diario. ¡Lo tenemos!

Hay algo que busco de inmediato: una fotografía. Cuando la encuentro, me llevo una sorpresa. Parece demacrado y puedo advertir los huesos de sus hombros a través del uniforme. ¿Qué nos ofrece una imagen? ¿Lo entendemos mejor ahora? ¿Es este guiñapo de hombre el amante atormentado que habíamos imaginado?

Me encuentro con Flora en el Markthalle IX, un gigantesco mercado en Kreuzberg con un enorme vestíbulo de techos altos en el que se sirven comidas; llevo el expediente militar de Karl bajo el brazo. Nos sentamos a una mesa grande y lo revisamos página por página, procurando no salpicarlo de café y migas de

cruasán. Tenemos una fotocopia de la enorme carpeta del Archivo Federal en la que se guardan los documentos originales. El nombre «Karl Biedassek» aparece escrito en cursiva a lo largo del borde; hay un número de catálogo, la fecha de reclutamiento (14 de agosto de 1940) y la fecha de retirada del servicio, que se ha dejado en blanco. En la parte superior de la página hay un signo «más» (+) escrito con lápiz y, junto a él, un signo de interrogación.

Hojeamos las páginas que contiene, examinamos el certificado de salud y otros documentos relacionados con su llamada a filas, todos estampados con esvásticas coronadas por águilas, y descubrimos que Karl nació el 1 de junio de 1922 en un lugar llamado Ziemianen, en Prusia Oriental. Eso significa que apenas tenía dieciocho años en la Navidad de 1940, cuando, sentado solo en sus aposentos, comenzó a escribir el diario mientras sus compañeros brindaban. Es tan joven como el tono de su escritura nos había hecho esperar.

Peso: 59 kg. Estatura: 165,5 cm. Cuerpo: *schlank*, «delgado». Cabello castaño, ojos verdes... Excelente visión. Tipo de sangre: O. Tiene empastes únicamente en las muelas posteriores y le han extraído las cordales. Una gran «KV» resume el informe médico: *Kriegsverwendungsfähig*. Otro aparatoso sustantivo compuesto alemán que significa «apto para el servicio en el frente». Recuerdo el expediente de mi abuelo y el modo en que a él también se le inventarió con una serie de abreviaturas.

En el formulario de reclutamiento de Karl, figuran los nombres de sus padres, su dirección y su estado civil: soltero. Descubrimos que hablaba inglés y francés, y que podía leer latín. Acto seguido, me sorprende enterarme de que, en la escuela secundaria, u *Oberschule*, solo obtuvo el *Primareife*, un diploma que le permitía estudiar en una escuela de oficios, pero no en una universidad. Su profesión figura como *Landwirt*,

agricultor. Sus superiores indican que, después de la guerra, deseaba cultivar la tierra «en las colonias». En materia de religión era *evangelisch*, protestante. Y su informe policial indicaba que había sido un buen chico.

El personal militar evaluaba a los reclutas: Karl obtuvo calificaciones bajas en matemáticas, pero previsiblemente altas en redacción de ensayos, literatura, geografía e historia. Sin embargo, el conocimiento que más le interesaba a las autoridades militares es de carácter ideológico: conoce el nombre del jefe de la *Kriegsmarine*, puede nombrar dos ciudades en los Sudetes e identificar el lugar de nacimiento de Adolf Hitler. ¡Todo lo que necesita para ir a la guerra! Asimismo, ha realizado un curso sobre cómo guardar secretos militares.

Entonces me topo con una declaración. Con su firma, Karl certifica que no proviene de una familia «no aria» y que ninguno de sus padres o abuelos perteneció en ningún momento a la religión judía. El 7 de julio, vuelve a dar prueba de su «acervo ario» en un documento estampado con un águila y una esvástica.

Luego viene su historial de servicio. Karl no era reacio a ir a la guerra. Tenemos tres cartas escritas en el otoño de 1939, cuando apenas tiene diecisiete años, en las que ruega que se le deje unirse a la marina como recluta voluntario, las tres rubricadas con un «Heil Hitler». Una tiene una anotación hecha por el personal militar: *wieder gerade*, «una vez más» (me imagino al oficial suspirando ante la impaciencia del muchacho). Seis meses más tarde, en marzo de 1940, después de escribir por cuarta vez, se le pide que firme una declaración en la que acepta que deberá esperar hasta otoño para conocer su destino. Así que puedo imaginarme su reacción el 25 de julio de 1940, cuando, bastante antes de lo esperado, recibe la orden de incorporarse a filas. Tiene cuatro días para presentarse. Karl lo

hace ese mismo día.

Se le destina a la *Hafenschutzflottille* (o fuerza de protección portuaria) de El Havre, y se mantiene en ese destino del 10 de octubre de 1940 al 11 de enero de 1943. ¿Qué tipo de soldado era? El expediente contiene las evaluaciones que se hicieron de su servicio. En Francia, su superior lo describe como un «soldado impecable [...], sincero y de carácter decente». Se señala que tiene una «ambición saludable» y que es «absolutamente de fiar». Quizá pueda parecer excesivamente delgado, pero es «ágil y recio». «Siempre entusiasta y listo para trabajar», posee excelentes conocimientos de marinería. Es «popular entre sus camaradas» y «muy pulcro, no solo en términos de higiene, sino con sus cosas».

Karl asciende con rapidez de soldado raso a cabo, u *Obergefreiter*, y en abril de 1942 se le premia con una cruz al mérito de guerra (*Kriegsverdienstkreuz*) de segunda clase «con espadas», una condecoración que se otorgaba por un servicio excepcional a aquellos que aún no habían entrado en combate. Un año después, se le ascendería a sargento (*Fähnrich*). En resumen: Karl era un soldado modélico.

Pero entonces, ¿qué sucede cuando se le destina a la 17.ª Jagdflottille en Noruega, de marzo a septiembre de 1943? Sabemos por su diario que su moral va cuesta abajo. Cuando se entera de que debe abandonar Francia, le escribe a su comandante en El Havre para presentarle una solicitud oficial de capacitación en idiomas que, de haber sido aprobada, le hubiera permitido permanecer en el país. Karl exagera los argumentos con los que justifica su petición. Sostiene que es «huérfano» y que tiene dos hermanos menores por los que velar, pues no tienen otros parientes y requieren su apoyo. La formación que solicita le proporcionaría la carrera que necesita. Como traductor, además, podría ser de utilidad para los

intereses coloniales alemanes.

El oficial al mando no se deja impresionar y subraya la palabra «huérfano». Responde que el único trabajo de Karl es permanecer en la marina, lo que no le deja tiempo para estudiar idiomas, y (en un tono malhumorado, según advierto) le recuerda que, aparte de dos hermanos menores, tiene también una hermana casada y un hermano mayor a los que ha omitido mencionar. Por lo visto, el hombre hizo sus indagaciones. La solicitud de Karl, concluye el oficial, «no está en sintonía con las necesidades de la guerra total, en la que los intereses del Estado tienen prioridad sobre los deseos privados». Karl será enviado a Noruega.

Sin embargo, Karl no se rinde e intenta mover todos los hilos a su alcance. Implora a un antiguo maestro de su tierra natal que le escriba a un amigo —que es *Gauleiter* (oficial de distrito nazi) en Schleswig-Holstein— y le pida que interceda en su favor. Es un esfuerzo desesperado por quedarse en Francia, con Louise. La respuesta es la misma: imposible. La marina tiene incluso planes para él después de Noruega: de diciembre de 1943 a marzo de 1944, se le enviará a una escuela naval y se le destinará a un submarino. La decisión es definitiva: Karl «no será reasignado a la costa francesa».

En Noruega, somos testigos de la transformación radical que experimenta Karl, que de ser un soldado obediente pasa a convertirse en un dolor de cabeza para sus superiores. O, en otras palabras, el expediente nos ofrece el residuo burocrático de la historia de amor de nuestro soldado. La evaluación que se hace de él en Noruega el 1 de octubre de 1943 es de lo más indicativa: su oficial al mando describe «un desinterés inicial» y luego una «serie de importantes fallos militares». Debido a «su arrogancia y falta de responsabilidad», es imposible contar con él si no se le supervisa continuamente, y se «confunde con

facilidad ante información fragmentaria». El 25 de octubre de 1943, Karl recibe el primer castigo oficial que se incluirá de forma permanente en su expediente. Mientras trabajaba en la cantina, se descubre que ha mantenido, a través del cocinero del barco, una «correspondencia ilícita con una mujer francesa». Sus compañeros le delatan.

Gracias a la última entrada conservada en el diario, nos habíamos enterado de que Karl partió de Noruega, vía Berlín y Hamburgo, con destino a una escuela naval. A partir de ese punto, la historia corre a cargo del expediente, que nos informa de que, durante esos meses, recibió adiestramiento en submarinos en un pequeño lago llamado Kulmsee, en lo que en la actualidad es Polonia. No obstante, la meta de Karl sigue siendo regresar a Francia, y el 27 de enero de 1944 escribe a sus superiores para rogarles que lo «envíen al frente de Francia». Tenía que estar muy desesperado para solicitar que lo pusieran en primera línea, una posibilidad que se descarta de plano a principios de febrero.

El 7 de marzo, cuando Karl termina su adiestramiento, en su evaluación se describe que lo ha hecho muy bien: su comportamiento ha sido «impecable» y su desempeño, «bastante bueno». Tiene la formación «adecuada» para incorporarse como oficial a un submarino. Sin embargo, lo que sucede a continuación resulta confuso tanto para el lector de su expediente como, no cabe duda, para las autoridades militares alemanas. Entre marzo y finales de mayo, ocurre algo que en ninguno de los documentos se detalla de forma específica, pero que obliga a suspender su ascenso a teniente y lo convierte en un soldado «inadecuado para prestar servicio en submarinos». Debido a ello, se le reasigna a un antiguo buque de carga, el *Athen*, integrado para labores militares en la 2.ª Sperrbrecher-Flottille, una unidad de dragaminas. En los últimos días de la

guerra, esa embarcación se empleará como campo de concentración flotante.

¿Es esa «suspensión» una señal de que ha desaparecido? El 7 de marzo, cuando finaliza su curso, se conoce su paradero. Pero el 16 de abril de 1944, Karl escribe a Louise la carta que se encontró en su diario, en la que queda muy claro que acaba de verla. De alguna manera, había encontrado el modo de regresar a Francia desde Kulmsee en el mes que siguió al término del adiestramiento. Además, ¿qué pasó con Karl y Louise entre la carta de abril y su arresto en agosto? Un misterio.

En el expediente, no hay nada que indique que el 28 de mayo se presentara, como estaba previsto, en su nuevo destino, el *Athen*. De haberlo hecho, habría pasado los siguientes meses a bordo del buque, patrullando el Báltico a las órdenes del *Marineoberkommando Ost*. La embarcación en ningún momento llegó a estar cercar de Francia, donde Karl fue hecho prisionero en agosto de 1944, y el historial de servicio de Karl no indica ningún destino después de la escuela naval: las siguientes líneas están en blanco.

En medio de la guerra, el expediente militar de Karl tarda un tiempo en ponerse al día con su «desaparición». Alemania está perdiendo la guerra. El Ejército Rojo marcha con éxito a través de Ucrania. En la confusión sobre la suspensión y la degradación de Karl (ambas confirmadas oficialmente en una carta del 6 de junio, el Día D), es posible que su desaparición pasara inadvertida en un primer momento, o incluso que no se le diera importancia.

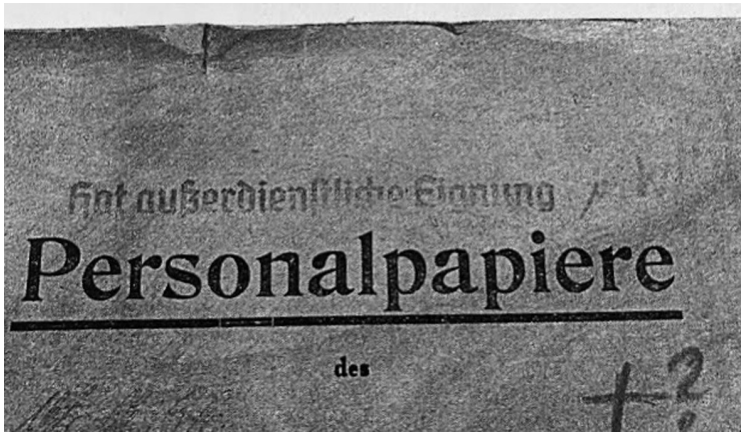
Esa situación, sin embargo, no duraría mucho tiempo. El ascenso de Karl, en suspenso durante tres meses, resurge administrativamente por cuestiones de procedimiento en agosto de 1944, y vuelve a poner al joven en el radar de las autoridades. Se produce entonces un agitado intercambio de

correspondencia entre el *Marineoberkommando Ost* y el servicio de inspección de la Marina. En esas comunicaciones se habla de un soldado «suspendido», no de uno que ha «desertado». No obstante, el servicio de inspección escribe a la escuela naval de Karl para confirmar su paradero entre el 8 y el 26 de marzo de 1944. El 12 de septiembre, el *Marineoberkommando Ost* explica que la asignación de Karl al *Athen* se «canceló» de manera oficial el 15 de mayo. Pero ¿por qué se canceló? En el expediente no figura ningún destino de reemplazo. Es fácil imaginar que nadie quería responsabilizarse de la «pérdida» del soldado. Los funcionarios juegan al pimpón documental con su intercambio de cartas. Se le considerará «suspendido» hasta que se le tenga por «desaparecido», y solo pasará a ser un «desertor» en caso de que se le atrape y juzgue.

El asunto del paradero de Karl terminará siendo elevado a una autoridad superior, la «oficina de liquidación» o *Abwicklungsamt*. Pero eso llevará algún tiempo. La comunicación oficial se desencamina o extravía: según el sello que certifica su llegada, la consulta enviada en agosto solo se recibió el 10 de enero de 1945. Ese mes se desata el último intercambio epistolar entre el *Abwicklungsamt*, el *Marineoberkommando Ost* y el servicio de inspección. El *Marineoberkommando* se escabulle diciendo que no tiene información acerca de Karl porque el buque al que estaba destinado ya no se encuentra en servicio. No obstante, el servicio de inspección insiste en el tema el 31 de enero y pregunta: ¿dónde está exactamente Karl Biedassek?

El 1 de febrero de 1945, el *Marineoberkommando Ost* por fin admite que le han perdido. La situación de Karl es que está «en paradero desconocido». El 15 de febrero de 1945, el servicio de inspección informa de que Karl Biedassek está oficialmente «desaparecido» y de que, por tanto, no es posible tomar medidas adicionales en ese momento. Sin duda tienen mayores

preocupaciones. Dos semanas antes, el 31 de enero, el Ejército Rojo había cruzado el río Óder, lo que lo dejaba a ochenta kilómetros de Berlín.



Flora levanta la vista de los documentos y me mira:

—¡Nadie confirmó la desaparición de Karl durante diez meses! —exclama.

—O pensaron que estaba muerto. Después de todo, era el final de la guerra. Había más probabilidades de que estuviera muerto que de que hubiera desertado...

—¿Y no estaba muerto? La Resistencia lo arrestó en agosto...

El gesto que cruza su rostro me dice que ha tenido una epifanía. Flora vuelve a la primera página del expediente militar, que todavía está sobre la mesa en nuestro mercado berlinés. Señala el signo «más» escrito con lápiz y el signo de interrogación que lo acompaña.

—¡No es un más! ¡Es una cruz! —exclama.

Por supuesto: el símbolo indica si el soldado ha muerto.

—No sabían si estaba muerto —dice. Y me mira con gesto esperanzado—: ¿Tal vez nosotros tampoco?

El foco de nuestra investigación ha cambiado. Veo la reacción en el rostro de Flora mientras mira la cruz con el signo de interrogación al lado. Ahora que sabemos tanto acerca de Karl, la pregunta que nos planteamos es si fue el bisabuelo de Flora quien puso fin a esta historia, la historia de un amor que había hecho todo lo posible por sobrevivir a pesar de tenerlo todo en contra: ¿fue él quien puso término al lazo que unía a los dos amantes, quien precipitó el final de su *Zweisamkeit*? Sé que Flora no es culpable de nada. Pero también me pregunto cómo me sentiría si no estuviéramos hablando de su bisabuelo, sino del mío. Necesitábamos averiguar si Karl sobrevivió a su arresto.

Es en los archivos metropolitanos de la ciudad de Burdeos donde hago un descubrimiento. Encuentro una serie de fotografías de prisioneros alemanes que la Resistencia (o las FFI, las Fuerzas Francesas del Interior) trasladó de Blaye a Burdeos en agosto de 1944. Las fotos fueron tomadas para el periódico *La Nouvelle République*. Blaye es una ciudad diminuta; no podía haber muchos prisioneros allí. Quizá uno de los que se encuentra en la parte trasera de este camión sea nuestro hombre.

Comparo la fotografía del expediente militar con la fotografía de los prisioneros trasladados desde Blaye... Y me detengo en seco. Miro la fotografía del expediente y veo al mismo hombre en la parte trasera del camión: la frente cuadrada, los ojos levemente hundidos, las cejas rectas, el inapreciable arco sobre los ojos, el ángulo de la nariz, los labios finos, el mentón redondeado y prominente, las orejas grandes (suavizadas, en Burdeos, por un pelo más largo)... Es cierto que el hombre sentado en la parte trasera del camión no parece tan delgado —a fin de cuentas, han pasado cinco años—, pero estoy

convencido de que hemos dado con Karl. ¡Y su mirada! Leo en ella el «vete a la mierda» de alguien resentido con el fotógrafo, de alguien que acaba de perder a la mujer que ama y, con ella, la vida.

Un camión lleno de prisioneros procedente de una ciudad pequeña, todos trasladados a la capital regional en el mes en que se produjo el arresto de Karl: no debería sorprenderme que él se encuentre a bordo.

Emocionado, llamo a Flora y le digo que tenemos pruebas de que, por lo menos, llegó con vida a Burdeos.

Cuando le envío las imágenes por correo electrónico, sin embargo, su reacción no es tan categórica como lo fue la mía: «Sí, es muy posible que sea él», opina.

Examinamos otras fotos de *La Nouvelle République* buscando al bisabuelo de Flora. Hay una imagen de un grupo de soldados de

la Resistencia con prisioneros, pero él no figura en ella.

Soy consciente de que necesitaremos más pruebas de que Karl sobrevivió. Flora me cuenta que su abuela ya se había puesto en contacto con los archivos regionales del departamento de Gironda para averiguar si Karl figuraba en las listas de los prisioneros de guerra que tienen allí. Le respondieron que buscaron de forma minuciosa en cuatro listas separadas de prisioneros, y que su nombre no aparecía en ninguna de ellas. Empiezo a preocuparme; me pregunto si es posible que a los prisioneros de guerra los encerraran en campos y que a los desertores los fusilaran.

El segundo descubrimiento nos lo proporciona la Cruz Roja Alemana, cuyo «servicio de búsqueda», con sede en Múnich, responde a mi consulta sobre si Karl figuraba como prisionero de guerra. Después de la contienda, la Cruz Roja ayudó a muchos alemanes a encontrar a sus soldados perdidos.

Y en su respuesta, la Cruz Roja me informa de que Karl Biedassek entró en su oficina el 1 de junio de 1948 y llenó una «tarjeta de búsqueda» con el objetivo de localizar a sus parientes vivos: dos hermanos y dos hermanas. Tal vez regresara al país tras haber sido prisionero de guerra en Francia, pero ellos no tenían modo de saberlo. Su última dirección conocida estaba en el Sarre, una región que por aquel entonces se encontraba bajo ocupación francesa. La Cruz Roja añade con ironía: «Dado que se presentó en nuestras oficinas, es poco probable que haya sido ejecutado en Francia». Adjuntan al mensaje copias de la tarjeta de búsqueda, escrita con la conocida letra de Karl, aunque por suerte ya no emplea la caligrafía Sütterlin, de modo que puedo leerla.

Parece casi un milagro. Es como si el cielo se hubiera despejado de nubes. No hay ninguna razón para que Flora siga cargando con el peso de esta historia.

Ahora tenemos que encontrar a Karl, o por lo menos averiguar qué le sucedió después de la guerra. Buscamos en Internet personas que se apelliden Biedassek. Enviamos decenas de cartas con su foto y datos personales. En ellas, explico que soy historiador, que enseño en una universidad en Berlín y que estoy haciendo una investigación sobre una figura de importancia por su resistencia a los nazis. ¡Es una gran historia! ¡Estaríais orgullosos de él! Pero ¿recibí alguna respuesta? No, ninguna. Recurrimos entonces a Facebook. Enviamos correos electrónicos. Recibo respuestas de varios Biedassek que, si bien no saben nada de Karl, me cuentan sus propias historias familiares de la guerra. Todas son fascinantes, pero, por desgracia, no son la que estamos buscando.

¿La supervivencia de Karl después de su arresto es suficiente como final de esta historia? ¿Nos basta con haber resuelto el interrogante que pendía sobre la cruz en su expediente? ¿El increíble alivio que ahora sienten Flora y su familia no es el final del camino?

—¿O acaso resulta decepcionante? —le pregunto a Flora cuando nos volvemos a ver.

—¿Qué quieres decir?

—Me pregunto si la historia era mejor cuando tenía un final trágico, si con este final desaparece el romance.

Porque, estoy seguro, la historia ya no es el relato barnizado que imaginábamos al principio. Cuando el diario todavía era un objeto, podíamos atribuirle el significado que quisiéramos. Sin embargo, en cuanto se convirtió en un documento nuestras corazonadas dieron paso a todas las complicaciones de un ser humano que vive y respira.

Flora se encoge de hombros:

—No quiero comparar mi situación directamente con la de Karl. Pero, a diferencia de él y Louise, Simon y yo podemos

amarnos con total libertad, y creo que hay mucho romance en ello.

ESPRIT D'ESCALIER

Cuando creo que hemos llegado al final de nuestra investigación, recibo un mensaje de texto de Flora. Ha encontrado el número de teléfono de un tal Karl Biedassek que vive en una pequeña ciudad en las montañas, al sur de Alemania.

—¿Lo llamamos? —me pregunta—. *Allons-y!* ¡Vamos!

Le respondo que, en su momento, le envié a esos Biedassek una de las muchas cartas que no tuvieron respuesta y que, aunque también encontré ese número en Internet, no quise utilizarlo. Llamar en frío a la gente a sus casas me parece una intromisión. Sin embargo, ahora que me he tomado una o dos copas de vino, y con Flora acompañándome a través de una videollamada de WhatsApp, me decido a levantar el auricular…

¿Por qué no? Venga, llamemos.

—¿Y qué voy a decir? —pregunto, temblando.

No voy a preguntarle si fue soldado en la segunda guerra mundial… Existen todavía tantísimos tabúes en torno a ese tema…

—Solo llama —dice Flora.

Lo hago. A fin de cuentas, lo más probable es que se trate de otro Karl: el nuestro tendría hoy cien años. Espero que no haya tono, que la línea esté ocupada… Pero no, no está ocupada. La llamada timbra tres veces y mi corazón late con fuerza. En la pantalla de mi teléfono móvil, veo que Flora también reacciona a los sonidos del altavoz. Cuando se oye una voz al otro lado, mi corazón da un salto.

—Biedassek —responde una mujer. La voz es vieja, pero

clara.

Le explico, en alemán, todo lo que exponía en la carta que he enviado, y le pregunto si algo de eso le resulta familiar.

La mujer no parece sorprendida con la llamada. De su tono infiero que ha recibido la carta.

—Mi esposo murió hace mucho tiempo —dice ella.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Le digo que hemos encontrado su diario. Que lo escribió en Francia durante la guerra. ¿Le suena eso?

—Hay cosas de las que no quiero saber nada —el tono de su voz es gélido, responde con firmeza, buscando terminar para siempre la conversación.

En ese momento, sé que hemos encontrado a la esposa de Karl, que ya no es un hombre casi ficticio, un misterio en clave, sino el marido fallecido de la mujer que tengo al otro lado del teléfono. Pero también sé que ella no es Louise. ¿Dónde estará ella ahora? Esta mujer habla en perfecto alto alemán…

Soy consciente de que es el final de nuestro intercambio. Pretender ir más allá sería una invasión de su intimidad, así que le agradezco el tiempo que me ha dedicado y cuelgo sin más.

Después, no obstante, siento que he colgado demasiado rápido y que he perdido una oportunidad preciosa. ¿Qué podría haberle dicho? Me viene a la mente una expresión francesa: *esprit d'escalier*. Estoy seguro de que Karl la conocía. Los pensamientos que nos asaltan cuando vamos bajando por la escalera: lo que deberíamos haber dicho (y no dijimos). Sin embargo, no se me ocurre ninguna frase mágica que hubiese podido cambiarlo todo.

—¿Podría haber dicho algo más? —le pregunto a Flora—. ¿Podría haberle preguntado otra cosa? Tal vez ella no quiera enterarse de una historia de amor que involucra a otra mujer. Quizá debería haber hecho hincapié en nuestra investigación…

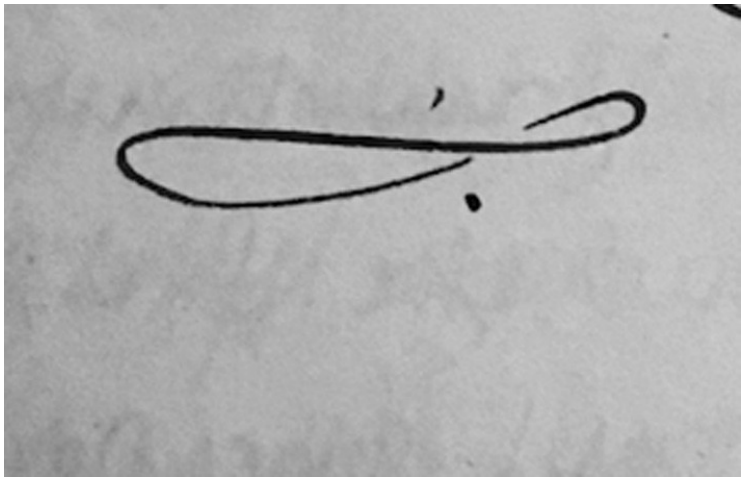
—La mayoría de los hombres ha tenido otra mujer en su vida —replica Flora sin vacilar.

Quiero llamar de nuevo a la mujer. Me inquieta que pueda pensar que el diario de su marido contiene testimonios de atrocidades, y entiendo perfectamente el temor que acaso le inspira lo ocurrido en la era nazi. Pienso que debería decirle que es una historia que tiene cierto interés público, la historia de un hombre que se resistió. Sin embargo, ya le decía todo eso en la carta. ¿Es posible que lo que le preocupa sea el estigma del desertor? Quiero decirle que ella es probablemente la única persona que podría ayudarnos a completar el relato con lo ocurrido en los siguientes cincuenta años. Pero también sé que no puedo volver a llamarla.

—Ella fue tajante, Joseph. Los alemanes tienen problemas con su pasado.

Estoy tan decepcionado que tengo ganas de llorar, pero también estoy un poco enojado, porque pienso que la persona con la que hablé está negando la historia. Y aun así, ¿acaso no está en su derecho? Aquí se nos plantea un dilema: Karl es un sujeto histórico y se nos permite contar su historia. No obstante, también era el marido de la mujer que acaba de manifestarme con claridad sus deseos.

No la conozco, Frau B. Pero no quiero que un día se despierte sintiéndose avergonzada por la historia de amor de su esposo que se cuenta en un libro. Por ese motivo, he cambiado el nombre de nuestro protagonista y lo he llamado Karl. No sé qué sucedió después de 1946, solo que sobrevivió a la guerra y se casó, pero tiene usted derecho a guardarse esa información.



No obstante, siento como si acabáramos de perder algo.
O tal vez fuimos nosotros quienes lo encontramos.

3
Un libro de recetas

—¿Ha hablado antes con un historiador o un periodista? —pregunto.

—Un periodista del *Spiegel* quiso entrevistarme en una ocasión. Pero cuando le dije que no hablaría de política, se levantó y se fue.

—Pues entonces tendremos que hablar de otra cosa, ¿no? —apunto—. Dígame, ¿hay algún objeto cotidiano que pueda contar su vida?

La mujer hace una pausa antes de responder:

—Tal vez un libro de recetas. Sí, tendría que ser un libro de recetas... El problema es que una buena cocinera no escribe sus recetas. Lamento no poder ayudarle.

—Bueno, en lugar de hablar de política, podríamos hablar de comida, ¿no le parece? Y en lo que respecta a sus pertenencias, su libro de recetas, quiero decir, quizá podríamos escribir uno...

UNA HISTORIA MUY INTERESANTE

Un mes antes, Ana me había llamado por teléfono: «Joseph, hay alguien a quien tienes que conocer».

Ana es una amiga que ahora también vive en Berlín. Nos conocemos desde la adolescencia. Me cuenta que ha estado trabajando como voluntaria prestando servicios sociales, cocinando para ancianas locales y visitándolas en sus casas. «Ven la próxima semana y nos ayudas durante la comida, así te lo explico todo», dice. Luego me da una dirección y una hora y cuelga.

Una semana después, me encuentro en los bajos de un edificio en Kreuzberg —en lo que en otro tiempo debió de ser un piso y hoy es un comedor social— preparándome para la llegada de las ancianas: pelo patatas, corto zanahorias, pongo agua a hervir para los cubitos de caldo. Un monovolumen se detiene frente al

local y las mujeres, todas de ochenta y pico o noventa y algo, descienden por la rampa hacia el sótano mientras charlan entre ellas, encantadas de ver gente joven, y buscan su lugar a la mesa de un comedor que ahora huele por completo a sopa.

Permanezco en la puerta de la cocina, observándolas, hasta que uno de los coordinadores me anima a moverme con el codo. Es una persona mayor, y muy estresada, y no para de gritar órdenes que los jóvenes, al parecer acostumbrados a la jerarquía del centro, obedecen sin rechistar. Muchas de las ancianas tienen miradas ausentes y llevan cruces colgando del cuello. En una mesa, hay una pila de folletos en los que se explica cómo dejar la herencia a la organización benéfica en lugar de a la familia.

Ellas, sin embargo, no les prestan atención. Están contentas y me animan a abandonar mi rincón con un «Hola, joven», lo que me resulta divertido porque ya ando por los cuarenta. Luego pienso que tengo la mitad de su edad, o menos, y resuelvo que ese «joven», sin duda, es apropiado.

—Siéntate aquí —me indica Ana, liberándome de mis deberes en la cocina. Tengo una anciana a cada lado y concentro la atención de ambas.

—¡De Canadá!

—¿Estás casado?

—No hagas tantas preguntas, Ingrid.

—Bueno, pero que nos diga...

Los voluntarios sirven la sopa, y la mujer que tengo enfrente suspira moviendo el caldo con su cuchara. Advierto que lleva en el brazo derecho un vendaje de compresión. La luz del techo cae sobre ella iluminando su cabello, corto y gris, que lleva peinado con majestuosidad. Parece un miembro herido de la familia real inglesa. La reina madre recuperándose tras un accidente de equitación.

—Erna —dice para presentarse, y empezamos a charlar.

Cuando le pregunto si es berlinesa, responde entre risas:

—¡Solo desde hace unos ochenta años!

Erna me explica que creció en una granja grande, en un lugar en lo que hoy es Polonia. Su familia poseía allí una taberna. Da un sorbo a su copa de vino y me cuenta que tenían sirvientes y que ella estaba destinada a casarse con un gran terrateniente.

—¡Yo era una princesa! —recuerda, con una mano apoyada en la sien.

Habla con un alemán limpio, de clase alta, anticuado. No es un estilo que uno oiga con mucha frecuencia en la actualidad. ¿Se está dando aires? ¡Quizá sea de verdad una princesa!

Las realidades de la vida en el campo en la región de la Nueva Marca (Brandemburgo Oriental) no eran tan glamurosas. Su madre había dictaminado que ella debía aprender «qué es el trabajo» y ayudar en la finca y en la cocina, «para que supiera cómo manejar a mis propios sirvientes después». Erna vuelve a pasar la cuchara por la sopa, con lo que me parece un gesto crítico.

—Creo que tomaré un poco más de vino —dice.

Ella no es la única que llena su copa, y eso que son apenas las 12.30 del mediodía. Las damas ríen y bromean, y Erna se inclina hacia mí:

—Joven, no debería prestarme tanta atención, las demás van a ponerse celosas… —me advierte con voz furtiva. Y a continuación, convencida de que les lleva ventaja, me susurra en un tono aún más bajo—: Aunque, como usted ya sabe, yo tengo una historia «muy» interesante.

—¿De verdad? —respondo inclinándome todavía más hacia ella, al tiempo que me pregunto qué habrá sido lo que intrigó tanto a Ana.

Erna, cada vez más queda y seria, asiente:

—Una historia «muy» interesante. Durante la guerra yo era... —hace una pausa dramática— la cocinera del *Reichsminister* de Propaganda, el doctor Goebbels.

Es en ese momento cuando tumbo mi copa.

Fue así, casi por accidente, como conocí a la cocinera de Joseph Goebbels durante la segunda guerra mundial.

UNA RECETA SECRETA

—Déjeme contarle una historia —dice, mirando de reojo a las demás mujeres, que ahora tienen las caras largas y nos observan con aire taciturno.

Estamos en ese momento de calma que se produce entre la comida y el café. Ignoro la mirada furiosa del coordinador del comedor benéfico, que, es evidente, preferiría que estuviera ayudando en la cocina. Mi interlocutora acepta un café. Yo no necesito cafeína. Estoy concentrado por completo en lo que Erna quiere contarme.

—Oh, ¿cómo se llama esa calle...? —Erna alarga la mano izquierda para tomar a su vecina por el brazo, como si el apretón fuera necesario para transmitir la información—: ¿La que va desde cerca de la Puerta de Brandemburgo hacia Potsdamer Platz?

—¿Ebertstraße? —sugiero.

—No, ahora les han cambiado el nombre a todas... —dice al tiempo que niega con la cabeza y cierra los ojos.

Bajo el régimen nazi, la Ebertstraße se llamaba Hermann-Göring-Straße... Mientras bebo otro sorbo de vino, una luz se enciende en su cabeza y, segura del recuerdo recobrado, como si se tratara de algo grabado en piedra, declara:

—¡Wilhelmstraße! *Die* Wilhelmstraße. Ahí es donde estaba el Ministerio del Doctor.

No puedo enumerar la cantidad de veces que, en mis entrevistas con miembros de esa generación acerca de sus experiencias durante la guerra, he sido testigo de cómo al evocar un lugar o un objeto que les perteneció consiguen recuperar sus recuerdos. Para el historiador, el recuerdo de los lugares y los objetos es clave: es posible invocar recuerdos enterrados durante mucho tiempo preguntando «¿Ha estado alguna vez "aquí"?» o haciendo peticiones tan sencillas como «Háble me de su vestido favorito». Puede ocurrir que los testigos no guarden en su memoria el nombre de la calle (lo habitual es que no lo hagan), pero el lugar, sin embargo, reaparece ante ellos con facilidad (un palacio, un edificio, un despacho, un dormitorio, una cocina...) y es como si ese lugar contuviera el recuerdo mismo. Como si con solo entrar en esa habitación, o ponerse ese vestido, el recuerdo asociado a ellos se revelara. Otra cuestión que me suscita curiosidad es cómo cambia la habitación (o el tamaño del vestido) a medida que una historia se cuenta y se vuelve a contar. Tengo la impresión de que la que ahora se dispone a contarme Erna es una de sus favoritas.

Es la historia de dos cocineras: Erna y una veterana cocinera que trabajaba en el Ministerio de Propaganda nazi en la Wilhelmstraße. Durante la segunda guerra mundial, en el peor momento de los bombardeos aliados sobre Berlín, Joseph Goebbels se ocupó de un asunto extremadamente delicado y consultó con ambas para mejorar el aderezo de sus ensaladas. La forma en que se preparaban en el Ministerio no acababa de ser de su agrado, y Erna Mußack, la joven que estaba al mando de la cocina en su casa del lago, al norte de la capital, poseía el conocimiento necesario para enmendar la situación. El ministro mandó a la cocinera de mayor edad que contactara de inmediato con la más joven para obtener la receta secreta...

...Y Erna se desplazó hasta el centro de Berlín. Tras bajarse en

Unter den Linden —con la Puerta de Brandemburgo, el símbolo de la ciudad, alzándose ante ella—, se dirigió hacia la ventosa esquina de Wilhelmstraße y puso rumbo al Ministerio de Propaganda. El complejo era el cuartel general de la campaña mediática de censura y antisemitismo dirigida por Goebbels, con la que se promovía el culto a la personalidad de Hitler y se alineaba al *Volk* con su extremista visión del mundo: la guerra por el corazón y la mente de los alemanes. El antiguo Ministerio resultó destruido casi en su totalidad en las últimas semanas de la confrontación, y solo ha sobrevivido la ampliación que hicieron los nazis en la parte posterior. Me pregunto si fue allí donde Erna acudió para encontrarse con la veterana cocinera, y si es allí, en ese lugar, donde «guarda» su receta.

—¿Y qué ocurrió en el Ministerio? —le pregunto.

—Ah —suspira Erna, antes de terminarse su café—. El doctor Goebbels le dijo a la cocinera del Ministerio que quería que preparara la ensalada como se la preparaba Erna Mußack.

—¿Y qué le dijo ella?

—Ella pensaba que yo era demasiado joven para enseñarle nada. Entonces yo solo tenía veinticuatro años, mientras que

ella estaba en la cuarentena.

—¿No llegó a darle la receta?

—Oh, no, claro que se la di. Le dije: coge vinagre, azúcar, aceite, sal y pimienta, y haz con ellos lo que se supone que debes hacer.

—¿Esa es la receta?

—No, *natürlich nicht*. Hay un truco, y la ensalada sabe mucho mejor con él. Pero ¿por qué iba a decírselo? Ningún cocinero regala sus secretos —dice entre risas, recostando la espalda en la silla.

Así que el ministro siguió teniendo que esperar hasta el final de la tarde, cuando llegaba a su casa del lago, para disfrutar de una ensalada a su gusto. Ni siquiera uno de los hombres más poderosos de la Alemania nazi lograba salirse con la suya cuando tenía que lidiar con cocineras obstinadas.

Yo también me río. Sin embargo, ya he empezado a pensar qué otras cosas puede contarme Erna sobre Goebbels y sobre asuntos más importantes que un aderezo para ensaladas, como sus artimañas políticas, su vida familiar, o por qué el ministro y su esposa decidieron matar a sus hijos... No obstante, la advertencia de que «ningún cocinero regala sus secretos» no me parece precisamente un buen augurio.

Es entonces cuando le pregunto si ha hablado antes con un historiador o un periodista. Mientras conversamos acerca de su experiencia con el reportero del *Spiegel*, pienso en por qué hemos recopilado tantas historias de víctimas de este período, pero tan pocas de testigos o perpetradores. Como suele decirse: deja hablar a la víctima, no le proporciones una tribuna al agresor. Por otro lado, muchas personas sienten que la presencia del perpetrador resulta contaminante. ¿No hay algo horrible en hablar con alguien que vivió en la misma casa que la familia Goebbels durante años, y que ahora, tras una vida larga, ha

envejecido, pero sigue cumpliendo con su rutina cotidiana sin que, al parecer, ese pasado espantoso sea una carga?

Yo también me recuesto en la silla y miro a mi interlocutora. Después de haber escuchado su pequeña historia sobre algo en apariencia tan banal como el aderezo para una ensalada, pienso que no hablar con ella sería hacerle un flaco favor al oficio. E incluso se me ocurre que, en caso de que me gustara, no tendría inconveniente en utilizar de vez en cuando el aderezo que tanto le gustaba a Goebbels al preparar mis ensaladas: el hecho de saber que un hombre como Joseph Goebbels también disfrutaba de él no supondría un impedimento para mí. No soy una persona supersticiosa. No pienso ni por un instante que algo así pueda intoxicarme, y estoy dispuesto a escuchar a esta mujer casi centenaria por mucho que haya trabajado para un nazi.

—¿Y «yo»? ¿Puedo pedirle la receta? —digo con un guiño.

—Ah, la receta... —su voz se hace más baja, como si hubiéramos llegado a un momento crucial.

—¿Me dirá el truco?

—Venga a visitarme —dice, consciente de que me tiene en su poder—. Quizá entonces se lo diga.

La paloma

Pasadas algunas semanas, Ana y yo visitamos a Frau Erna Jokisch, de soltera Mußack, en su piso de la Delbrückstraße. La mujer vive en una vivienda de la era nazi en una calle justo al lado de las vías del S-Bahn, en Neukölln, un barrio obrero de Berlín. Tras subir unas escaleras arregladas con pulcritud, llegamos a su hogar, un piso acogedor, lleno de fotografías, con un horno de cerámica en una esquina y muebles que no acaban de combinar del todo, incluido un trono formidable: un sillón La-Z-Boy de color marrón claro provisto de un reposacabezas enorme. Nuestra anfitriona luce una blusa verde lima, con solapas anchas que quedarían bien bajo un chaquetón marinero, y una falda de lana oscura. Continúa llevando el vendaje compresor en el brazo derecho, lo que me hace pensar en cuántos años habrá pasado removiendo ollas en las cocinas en que trabajó.

Una vez más, advierto algo majestuoso en ella; tiene incluso

los mofletes de un soberano. Con todo, la impresión que me produce es la de una reina madre a la que se ha mandado a la trascocina; una reina que ha adquirido la dureza y las dolencias propias del trabajo manual. En su bolso de cuero sintético blanco, uno de esos que parecen no tener fondo, Erna lleva consigo a todas partes una fotografía. Es de los hijos de Goebbels, y es una foto que no he podido encontrar en ningún otro lugar. (Y no, ni siquiera en la búsqueda de imágenes de Google aparece.)

Erna me dice que ella misma la tomó; tiene tanto el original como una ampliación, y me los da para que pueda registrarlos con mi cámara. De cuando en cuando, nos cuenta, saca una de esas imágenes para enseñársela a los curiosos. Sonríe mirando a los seis niños en fila, vestidos de blanco. Los seis se ven muy delgados. Una y otra vez vuelvo a detenerme en esas piernas como lápices y en los blanquísimos calcetines que las cubren. Me pregunto por qué nuestra anfitriona sonríe al ver esa foto, en lugar de llorar. No puedo dejar de pensar en el modo en que Joseph y Magda Goebbels, en el que debe de ser el caso de infanticidio más famoso de la historia moderna, dieron muerte a sus hijos, cuando Berlín estaba cayendo ante el Ejército Rojo.

—¿Le importa si la filmamos? —le pregunto a Erna, y ella responde que no, todo lo contrario, que está encantada.

Solo se queja de no tener ya el aspecto que tuvo en otra época, y señala en la pared una fotografía enmarcada de cuando tenía unos veinticinco años y trabajaba para la familia Goebbels. Veo las mejillas firmes y los rasgos de muñeca de porcelana.

—Mirad qué hermosura —dice, apuntando al retrato—. ¡Mirad! No llevaba pintalabios, todo era natural.

Ana ha traído unas pastas y un brebaje superconcentrado hecho con zumo de plátano y cereza: el azúcar que contiene nos servirá de combustible a lo largo de varias horas de conversación. Erna lo pone todo en una mesa auxiliar, al lado del teléfono, que justo en ese momento empieza a sonar. Con voz pensativa, la vieja cocinera responde: «*Meine liebe* Charlotte, tengo a un joven de visita. Y ya sabes, cuando tengo a un joven aquí, no puedo hablar». Después de lo cual se ríe, guiñándome un ojo, y cuelga.

Entonces sucede algo extraño.

Erna está sentada frente a un ventanal, orientado al sur, que da a un largo balcón. La luz no es particularmente brillante esta

tarde de mediados de abril, así que me pregunto por qué Erna sigue mirando hacia arriba. Parece nerviosa o distraída. Es casi como si hubiera alguien ahí afuera, como si le preocupara que la oyeran. Lo atribuyo a un tic en una mujer que, por lo demás, todavía tiene la agudeza de un látigo. Pero entonces, de repente, hace algo que me coge por sorpresa. Lo que estaba buscando se ha materializado, y es como si una corriente recorriera su cuerpo: de pronto, levanta con rapidez el brazo y lo estira, en lo que parece un saludo nazi.

Tanto Ana como yo nos echamos hacia atrás. Perplejo, vuelvo la cabeza para ver qué hay detrás de mí. Y devolviéndome la mirada a través de la ventana, veo una paloma enorme.

—¡Largo de aquí! —grita Erna.

Tras verla u oírla a través del cristal, la paloma sobrealimentada obedece la orden y, abriendo las alas, se lanza de inmediato desde el balcón.

Nuestra anfitriona, por su parte, niega con la cabeza, baja el brazo y vuelve a su posición. Continúa hablando como si nada extraño hubiera ocurrido.

Y a pesar de todo, me he quedado helado. ¿Hemos asistido a una especie de reencarnación o visitación? ¿Quizá a una advertencia? No estoy seguro; soy una persona lógica y no creo en abracadabras. Sin embargo, me pregunto si ella cree que, a través del cristal, alguien está escuchando por encima de nuestros hombros. Me pregunto quién imagina que es. Me pregunto si nos lo contará.

UN DESAYUNO DEL MINISTRO

Mi sospecha es que la política tuvo que ser un aspecto muy importante del menú cotidiano en la vida de los Goebbels. Si embargo, cuando empiezo a hacer las preguntas políticas que me interesan, advierto que Erna se apresura a cambiar de tema. Eso es un inconveniente, pues había preparado una lista detallada de cuestiones relativas a la cúpula del Partido Nazi: la identidad de los invitados a cenar, las conversaciones que mantenían, las opiniones de la familia Goebbels acerca de Hitler, Alemania y la «solución final», e incluso si alguna vez se le pasó por la cabeza envenenar a su jefe. Pero Erna no quiere saber nada de todo eso, ya nos lo había advertido. Ella estaba en la cocina todo el tiempo:

—¿Qué sabía yo de política? ¡No oía nada de lo que decían!

Los historiadores de la segunda guerra mundial que se dedican a la historia oral están familiarizados con la ignorancia fingida (ensayada, conveniente). Por ejemplo, los testimonios de Leni Riefenstahl son de una notable sofisticación y es imposible oírlos sin sentirse impresionado por la habilidad con la que aprendió a esquivar las preguntas difíciles. Al igual que la famosa cineasta, Erna me dice que nunca fue miembro del

Partido Nazi (algo que luego verifiqué y confirmé). Pero ¿no estoy acaso delante de una mujer que fue, en un nivel muy básico, esencial para el bienestar de Joseph Goebbels? Otra persona podría haberse encargado de su alimentación, no cabe duda. No obstante, al final, quien lo mantuvo con vida gracias a sus platos fue la mujer que tengo enfrente.

Y sé que existe una forma de sortear esa situación.

—¿Qué le gustaba comer? —pregunto.

De repente, la anciana se echa hacia atrás y abre los brazos, como diciendo: «Así me gusta». Y comprendo que, si quiero conocer algo sobre la relación entre la política, Joseph Goebbels y su vida familiar, no voy a conseguir nada haciendo preguntas directas. Lo conseguiré, por extraño que parezca, hablando de comida. Pienso en el adagio clásico: *ex pede Herculem*. Tendrás que reconstruir la estatua de Hércules a partir del pie. Salvo que, en mi caso, la reconstrucción tendrá como punto de partida el estómago.

El método de utilizar objetos para extraer relatos acerca del pasado será, en esta ocasión, bastante distinto del empleado al examinar el cuchillo de mi abuelo o el diario de Karl. Recurriré a una variación del tema. En el caso de la bayoneta-cuchillo, trabajé usando un enfoque arqueológico, a partir de las marcas y símbolos que había en la hoja. Con el diario, el enfoque fue similar hasta que conseguimos descifrarlo para que fuera legible como documento, lo que nos permitió iluminar las diferencias entre la historia material y la historia escrita. Pero ¿cómo obtener historias sobre el pasado a partir de recetas cotidianas con la propietaria de esas recetas sentada justo frente a mí? Del mismo modo en que la memoria de Erna se desbloqueaba al mencionar un lugar o una calle en particular, se me ocurrió que las recetas también podrían desencadenar recuerdos y anécdotas. El cuchillo había sido una clave; las recetas serían una estrategia. Al final, Erna me contaría muchas cosas acerca de ella misma y de la familia Goebbels sin necesidad de hablar todo el tiempo sobre técnicas culinarias. La estrategia solo fue necesaria cuando la conversación, para su gusto, viraba de una manera demasiado obvia hacia la política.

Entonces: «rápido, rápido», ¿qué puedo preguntar acerca de la

comida que contribuya a explicar el fundamentalismo político de esa familia? O bien, por qué Goebbels y su esposa mataron a sus hijos en vísperas de la caída de Berlín... ¿Podría realmente aprender algo acerca de todo eso preguntándole a Erna qué desayunaba el ministro?

Siempre hay que empezar por algún lado, ¿no es así? Entonces ¿por qué no?:

—¿Qué desayunaba? —le pregunto a Erna.

Ella sonríe, se acomoda en su trono-diván (preparándose para lo que promete ser una larga explicación sobre uno de sus temas favoritos) y me dice que, durante la guerra, en el desayuno, «al doctor Goebbels le encantaba tomar un huevo escalfado en un vaso, cocinado durante tres o cuatro minutos; luego pan con mantequilla, o un bollo, dependiendo de lo que tuviera allí. Bebía té. Y todas las mañanas tomaba una pastilla de glucosa, una píldora fortificante. Comía lo que hubiera, pero nunca tomaba queso ni carne en el desayuno. Eso era para la cena». Y continúa explicando que, cuando había problemas para conseguir mantequilla, ella se la suministraba a los Goebbels recurriendo a su propia reserva, pues su familia, que estaba en el campo, podía proporcionársela:

—Cuando el Ministerio no enviaba mantequilla, yo misma me encargaba de conseguir un poco. Es que, sin mantequilla, yo en realidad no podría desayunar.

Y me lanza una mirada que invita a la comprensión y la conmiseración, como si el quid de la cuestión fuera aquí lo terrible que es un desayuno sin mantequilla. Y si bien asiento, para mis adentros pienso: se me ocurren muchas cosas que desearía que le hubieran pasado a Joseph Goebbels en 1943, pero el que se quedara sin su pan con mantequilla por las mañanas no es una de ellas.

¿Qué hacer con la información que nos ha transmitido?

Me recuesto en la silla, sosteniendo en la mano el vaso del zumo que ha traído Ana, demasiado dulce para mi gusto. No estoy seguro de qué debo hacer. ¿Por qué ha de interesarme lo que desayunaba el jerarca nazi? Empiezo a sentir simpatía por el periodista del *Spiegel*. Trato de imaginar a Joseph Goebbels sentado en su estudio: el desayuno en una bandeja, servido junto a una pila de papeles importantes o, quizá, junto al fastidioso diario que llevaba... ¿No hay una razón de peso para que el resto de los historiadores se concentren en esos documentos importantes en lugar de fijarse en la mantequilla que esparce sobre el pan? A fin de cuentas, un huevo escalfado, solo en su vaso, no es más que un combustible banal para el cuerpo, mientras que los pensamientos —y entonces los de Goebbels estaban dedicados de lleno a la guerra propagandística contra los Aliados y a la utilización de la prensa, la radio y las artes para diseminar el odio a través de la sociedad y facilitar la destrucción de millones de personas etiquetadas como enemigos — pueden considerarse separados de las necesidades corporales. ¿No era su cuerpo apenas un vehículo extraño, frío y, en última instancia, irrelevante para esa actividad dedicada por completo a la destrucción? ¿Por qué debería preocuparme por las necesidades corporales de ese ministro patizambo, con ese físico curtido y con aspecto de hiena (que me cuesta mucho creer que pudiera resultar atractivo a las mujeres) por cuya garganta se deslizaba cada mañana un embrión de pollo a medio cocer?

¿O acaso hay algo más que valga la pena saber de un huevo escalfado?

UNA VACANTE PARA UNA COCINERA

Erna Luise Selma Mußack nació el 10 de febrero de 1919 en Nieder-Lübbichow, Neumark (en la actualidad Lubiechów

Dolny, Polonia, un lugar de bosques espesos y granjas de ladrillo rojo). El paso de Erna del campo a la capital está envuelto en un leve velo de secreto. Llegó a Berlín a los diecisiete años, en 1937, y se quedó, a pesar de que su madre estaba «muy en contra» de que lo hiciera. Era el año siguiente a los Juegos Olímpicos, y la capital alemana conmemoraba su séptimo centenario, lo que le permitió ser testigo de «las celebraciones de Adolf Hitler y la SS».

Para permanecer en Berlín, necesitaba un empleo que le permitiera ganar dinero, de modo que se preguntó: «¿Qué quieres hacer? ¿Qué sabes hacer?». Y por accidente, terminó trabajando en una residencia para ancianas aristocráticas, donde, convertida en cocinera, preparaba comida diariamente para unas dieciséis o veinte personas.

—Era mucho trabajo, pero las condiciones eran buenas —me explica Erna.

Cuando la residencia cerró, estuvo trabajando durante seis años para la viuda de un alto funcionario del fisco, una tal Frau Günther, quien, si bien no era de sangre azul, estaba conectada con los círculos de la nobleza alemana, lo que le permitió a Erna conocer la vida de la clase alta berlinesa. Su trabajo consistía en ser doncella de compañía, lo único que tenía que hacer era acompañar a la anciana adondequiera que fuera.

—¿Cómo era el ambiente de Berlín en ese momento? —le pregunto.

—Cuando pienso en eso hoy, creo que fue una buena época, pero entonces no pensaba lo mismo porque tenía que estar en casa todas las noches... ¡antes de las diez! ¡Y eso no me gustaba, puedo asegurárselo!

—¿Y por qué tenía que hacerlo? —pregunta Ana.

—¡Porque podía pasarme algo! —la anciana se vuelve hacia mí y me guiña un ojo.

La vida de Erna y Frau Günther oscilaba entre lo doméstico y lo cortés. Se sentaban juntas a desayunar, leían el *Morgenpost* y el correo, y luego Erna iba al mercado a comprar verduras. La gente de la calle en la que vivía sabía quién era, y ella se tomaba su tiempo y se detenía a conversar con las personas con las que se encontraba. La mañana pasaba y, cuando regresaba de la compra, ya era mediodía. La mesa ya estaba puesta y ambas se sentaban a almorzar.

Durante la comida, la anciana abría de repente la boca y decía: «¡Nos vamos a Berlín!». A lo que Erna respondía: «¡Pero sí ya estamos en Berlín!». Para la anciana, sin embargo, la zona de Schmargendorf en la que vivía no era Berlín; ir a Berlín significaba ponerse elegante e ir al centro de la capital, a la Tauentzienstraße. A Frau Günther le encantaba frecuentar la conocida como «terraza de plata», en los grandes almacenes de lujo Kaufhaus des Westens, o KaDeWe, un lugar en el que las mesas estaban engalanadas con manteles de un blanco inmaculado, las servilletas eran de tela y el personal vestía traje negro, y donde uno podía sentarse en un rincón sin que nadie le molestara, a menos que levantara el dedo, lo que al instante provocaba la aparición de un camarero con un trozo de pastel o una copa de Sekt. Luego iban a un *Tageskino*, o «cine diurno», que había enfrente del KaDeWe, para que la anciana viera películas. Dos veces al mes iban al teatro, pero en ocasiones veían hasta tres proyecciones en un día.

—Yo tenía una buena figura —dice Erna, riéndose— y la lucía en la alta sociedad. A través de Frau Günther conocí a artistas, gente del teatro, gente del cine...

Conoció a la actriz de cine austríaca Hilde Krahl: «Teníamos muchas cosas en común, aunque, por aquel entonces, yo era más atractiva que ella; en esa época ella era realmente fea».

Luego, en 1943, cuando la guerra había estado librándose con furia durante casi un cuatrienio, Erna se quedó sin trabajo. Después de veinte años de matrimonio, la hija de Frau Günther se divorció. «Yo estaba ahí cuando pasó todo», nos confía: «Necesitaría dos días enteros para explicar los pormenores.» En cualquier caso, al final la hija le exigió a la madre que se mudara con ella para tener compañía.

—De modo que necesitaba encontrar un nuevo trabajo, así que me dije: voy a hacer algo totalmente diferente. Voy a

trabajar en un despacho.

Rechazó la oferta de un oficial del *Oberkommando* de la Wehrmacht, que fue demasiado descarado con ella, y terminó acudiendo al *Arbeitsamt*, u oficina de empleo, donde, siguiendo el trámite burocrático habitual, debían sellarle la libreta para recibir la prestación por desempleo. Sin embargo, se topó con una negativa. «¿Qué? ¿Es usted cocinera? Entonces no va a ser posible», le dijeron los burócratas de la oficina de empleo, que consideraron que, teniendo en cuenta su oficio, no podía estar sin trabajo. En este punto, Erna se acelera y nos cuenta lo que le dijeron a continuación: «El doctor Goebbels está buscando una cocinera. Vaya a verlo». El puesto quizá fuera para reemplazar a Ella, la anterior cocinera de los Goebbels, que «realmente la ponía a una de los nervios» con lo olvidadiza que era.

Erna se encoge de hombros y aparta la mirada.

—Yo no quise ir, y ellos no quisieron sellarme la libreta, de modo que cogí una tarjeta del *Arbeitsamt*. Y luego una segunda. Y luego una tercera. Y entonces me dijeron: «Lo sentimos, no tenemos más ofertas para usted».

Erna terminó accediendo.

—Fui a ver a Frau Goebbels, Magda, a su apartamento de Berlín. Se me pidió que esperara en la habitación amarilla; las sillas eran realmente muy pequeñas, divanes diminutos de estilo japonés, y ¿por qué? Porque era elegante, de clase alta. Así es como funciona el mundo: ¡*Vornehm*! La flor y nata —dice gruñendo—. En cualquier caso, no quería sentarme en una silla tan pequeña.

Pero se sentó.

—Estaba sola cuando Magda se presentó en la habitación. Le expliqué lo que me había ocurrido y las razones por las que no quería aceptar el empleo. Y ella respondió: «Es ustad tan dulce; por favor, venga a trabajar con nosotros en cualquier caso». Eso

dijo Magda.

Y así es como, según Erna, entró a trabajar en el hogar de Joseph y Magda Goebbels.

Como historiador, creo que tengo un don para saber cuándo no me están dando la historia completa. No me lo tomo como algo personal. Los testigos, ya sean personas mayores o jóvenes, suelen habitar el pasado como si se tratara de un mundo de fantasía. Por suerte, verificar la historia de la cocinera con la documentación pertinente me deparó una serie de momentos eureka. Casi todo lo que me contó encaja, incluso detalles nimios que solo podría conocer alguien familiarizado de forma minuciosa y especializada con el registro histórico, o bien alguien que vivió el momento mismo. Erna nos explicó con precisión características peculiares del diseño de la casa de los Goebbels en Lanke, como por ejemplo el interior de los aposentos de la cocinera, que permanecen cerrados al público. También conocía los nombres del personal de Goebbels, y dio fe de la presencia, poco conocida, de un prisionero de guerra francés en la propiedad. Otros testigos históricos corroboran sus descripciones de la vida familiar. Y todo indica que la fotografía de los niños, que, según nos dijo, había tomado ella misma, es en verdad única, lo que sin duda da un peso adicional a la veracidad de su historia. No obstante, su versión de cómo conoció a los Goebbels me pareció extraña.

¿Cómo es posible que una mujer joven, conectada con la sociedad aristocrática de Berlín, con generales del ejército, con viudas de altos funcionarios de las finanzas y, después, con el mundo del teatro y el cine —que entonces eran precisamente el dominio del Ministerio de Propaganda—, terminara empleada en la casa de la familia Goebbels casi por accidente? ¿Puede ser cierto que consiguiera el trabajo yendo a la oficina de empleo? ¿O se trata de un episodio más del ensayado «No colaboré de

forma voluntaria»; «No tuve elección»?

Sea como sea, así es como ella dice que llegó a trabajar en la villa de los Goebbels, ubicada en el bosque, a poco más de treinta kilómetros al norte de Berlín.

La casa de Lanke

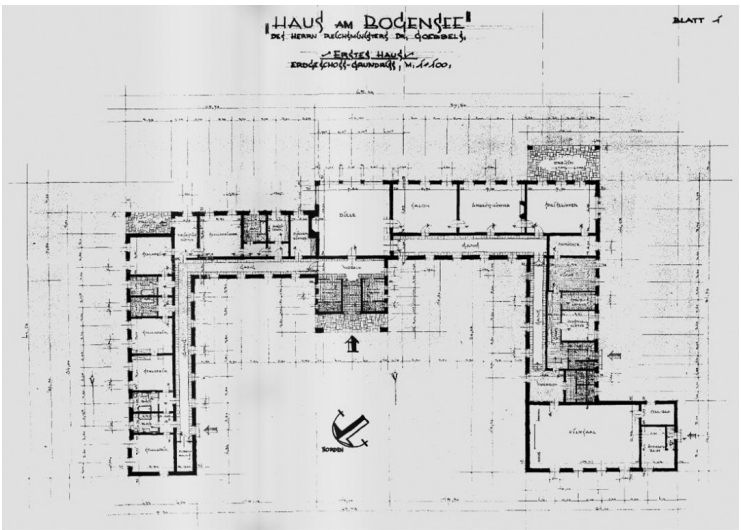
Al salir de la ciudad, los reflejos de la metrópolis se deslizan a toda velocidad sobre las ventanas del sedán. Pronto la quietud se impone, los árboles se convierten en sombras oscuras y el rugido del motor suena con más fuerza ahora que el fragor del tráfico ha desaparecido. La niebla se despliega sobre los lagos y la arena, y las luces del automóvil crean una penumbra. Después de un paso a nivel rural, seguimos adentrándonos en el bosque hasta llegar a un desvío, donde la carretera desciende de forma abrupta y luego asciende de nuevo en dirección a un umbral bañado por la luz. Dentro de la villa del lago, estaba la familia.

En octubre de 1936, después de vivir algunos años entre el apartamento de Berlín, en medio del ajetreo capitalino, y la casa de la isla de Schwanenwerder, junto a los ricos y famosos, los Goebbels recibieron una residencia campestre relativamente aislada en Lanke, a orillas del Bogensee, un lago a unos cuarenta kilómetros al norte de Berlín.

Bogensee fue algo más que un buen trato para los Goebbels. Originalmente, el *Stadtgut* fue un obsequio de cumpleaños de la ciudad para el ministro de Propaganda, que podía disfrutar de él de por vida. Los gastos de la vivienda se facturaban a la UFA (la compañía cinematográfica alemana), para la cual aquella villa se convirtió en un coste de explotación. El traslado a la casa del lago resultó muy oportuno, ya que alejó a Magda y a la familia de los líos amorosos del doctor.

El periódico nazi *Der Angriff* describió Bogensee como una «sencilla cabaña de madera junto a un tranquilo lago cerca de Berlín», lo que encajaba perfectamente con la imagen pública de Goebbels de hombre modesto. En realidad, según su biógrafo Peter Longerich, se trataba de una «casa de madera de cuatro dormitorios con varios anexos, situada en medio de una gran parcela forestal en el Bogensee». Con los años, la residencia se volvería más lujosa: en 1939, se transformó en una mansión de treinta habitaciones (y cuarenta más en el edificio para el personal de servicio), con garaje, sala de cine y sesenta teléfonos. La decoración interior era una especie de fusión entre «Frank Lloyd Wright y el clasicismo fascista»; y el portal de la entrada, que tenía cierto aire a casa de la abuelita, era a la vez silvestre y *völkisch*. En conjunto, el complejo podía describirse, dependiendo del gusto, como ecléctico o como un maremágnum farragoso. «Será maravilloso, pero por desgracia es demasiado caro», escribió Goebbels en su diario el 18 de marzo de 1939. El coste proyectado de la remodelación fue de 2,3 millones de Reichsmarks. La instalación en la pared de un tapiz gobelino valorado en ochocientos mil Reichsmarks coronó la suntuosa

transformación de la antigua cabaña de madera. La cocina de Erna estaba ubicada en el ala oeste de la casa principal; tenía una puerta que conducía, a través de un cuarto de servicio, a un salón comedor pequeño y silencioso que se abría a una terraza que daba al césped.



El paisaje circundante era evocador, y en sus diarios Goebbels se refiere en varias ocasiones a la niebla, como en esta entrada de noviembre de 1936: «En medio del bosque. El silencio desarrolla una voz propia. De vuelta a Berlín en la niebla». Y «trabajo, leo, escribo y soy feliz. A mi alrededor hay bosques, hojas marchitas, niebla, lluvia... Un idilio en la soledad». La familia se mudó allí de forma más permanente después de los bombardeos sobre Hamburgo del verano de 1943. En Bogensee los niños tenían parques, tierras de cultivo, animales para jugar... Iban a la escuela en poni y carreta.

Erna conoce de primera mano el diseño del complejo.

—Era una casa grande construida en forma de herradura —me dice—. Mi apartamento estaba encima de la cocina. Salón, dormitorio y baño. El resto del personal se alojaba en otra casa;

yo era la única que dormía en la casa principal.

Examiné los planos de la casa y, después, visité lo que queda de ella, caminé por el jardín y me asomé a través de las ventanas tapiadas. Y lo cierto es que tiene esa forma. Asimismo, comprobé que, tras las renovaciones de 1939 —y este es un detalle que resulta fácil pasar por alto—, se instaló en el techo de esta parte del edificio un apartamento que puede verse con claridad desde el exterior.

Según los planos, el apartamento tenía un salón, un dormitorio, dos cuartos pequeños y un baño; y las escaleras descienden directamente al área de la cocina. La casa del personal de servicio, de cuarenta habitaciones, se encontraba a unos cien metros del edificio principal.

La vida con la familia Goebbels proporcionó a Erna un contacto cercano tanto con los padres como con los hijos. Me imagino a Erna y Magda conversando mientras dan uno de sus largos paseos por el lago.

Aquí es necesario decir unas cuantas palabras acerca de la

infame pareja: Joseph y Magda.

—¿Qué carácter tenía Magda? —le pregunto a Erna.

Y Erna empieza a describir a la esposa del ministro:

—Era alguien con quien yo podía hablar —dice.

Pero también era una persona indecisa que «nunca sabía qué quería comer ni beber al día siguiente; lo dejaba todo en mis manos». De hecho, al parecer Magda no sabía cocinar, y no hubiera podido hacerlo aunque su vida dependiera de ello. En una ocasión en la que Erna estuvo enferma, fue necesaria la intervención de Auguste, la suegra de Goebbels, que más tarde comentaría: «No fue nada fácil».

Me pregunto si la cercanía entre Erna y Magda se debía al hecho de que las dos tenían más cosas en común de lo que les hubiera gustado admitir. Auguste había trabajado de limpiadora, pero como lugar de nacimiento de su hija Magda dio la dirección de sus adinerados empleadores en la Bülowstraße (su hija nació en realidad en Kreuzberg, un barrio más pobre, el 11 de noviembre de 1901, lo que la hacía casi veinte años mayor que Erna).

Magda cambió de identidad más de una vez a lo largo de su vida: después de estudiar en un convento en Bélgica, regresó a Alemania hablando con acento francés. Sus posiciones políticas cambiaron con el paso del tiempo: haber tenido en su juventud una aventura con un intelectual sionista (que, años después, moriría asesinado en Tel Aviv) no le impidió convertirse en la «primera dama» del Tercer Reich. Su primer matrimonio fue estratégico y transformó su estatus social y su condición económica: Günther Quandt, con quien se casó en 1921, cuando tenía diecinueve años, le doblaba la edad.

—Ella únicamente se casó con Quandt por dinero —me dice Erna—. Oí mucho acerca del tema cuando alternaba con la aristocracia. Los Quandt no pertenecían a esa clase, eran de una

clase inferior. En términos financieros, Günther Quandt estaba muy arriba, porque tenía activos, pero no pertenecía a la nobleza. Eso explica por qué no estaba tan bien considerado en los círculos que frecuentábamos. Magda y su madre habían ido a París para ver si la hija podía encontrar marido, y fue allí donde conoció a Quandt, pero él era veinte años mayor que ella. Así fue como pasó.

El matrimonio no duró mucho. Tuvieron un hijo, Harald, pero se divorciaron de forma amistosa en 1929. Dos años más tarde, en diciembre de 1931, Magda se casó con Joseph Goebbels, a quien conoció, según la historiografía, en un mitin en el Sportspalast de Berlín (Erna, en cambio, suscribe el rumor de que el futuro ministro de Propaganda conoció a su esposa siendo tutor particular de Harald Quandt).

Poco antes del matrimonio, Adolf Hitler se embelesó con Magda. El líder nazi provocaba en Goebbels unos «celos angustiosos», o eso escribió él mismo en su diario el 4 de septiembre de 1931. Longerich especula que, al final, los tres llegaron a un acuerdo: Goebbels se casaría con Magda, pero en la práctica ella se convertiría en la acompañante de Hitler en ocasiones sociales y actos oficiales. El futuro ministro de Propaganda estaba terriblemente enamorado de ella, pero no tanto como para dejar que eso interfiriera en sus aspiraciones políticas. Incluso llegó a dejar por escrito: «Primero está el Partido, luego Magda» (*Erst kommt die Partei, dann Magda*).

Cuando se leen las historias de las vidas privadas de la pareja, los temas dominantes son dos: la infidelidad y los hijos. A Magda se la suele presentar en esos relatos como la víctima, pero ella tampoco era un dechado de lealtad hacia su pareja. Le pregunto a Erna si en la relación entre Magda y Goebbels había problemas.

—Oh, sí, hubo muchas infidelidades. Pero eso a mí no me interesaba. Nosotras teníamos una buena relación —agrega.

Hay cosas que casi con certeza encontrarás siempre en una biografía de Joseph Goebbels, y una de ellas es una foto de la actriz checa Lída Baarová, por lo general vestida de corista, con

sus estilizadas piernas emergiendo desnudas de una jungla de pompones. La actriz era una de las vecinas de Goebbels en Schwanenwerder, algo que no parece una casualidad.

Hay una historia bastante famosa relacionada con Lída Baarová, que tenía una relación con el director de cine Gustav Fröhlich. Erna me cuenta que Fröhlich era muy celoso y, al descubrir la infidelidad de Lída, abofeteó al ministro:

—Eso podría haberle costado muy caro. Si Goebbels hubiera querido perjudicarlo, podría haber terminado en prisión.

El romance con Baarová casi acaba con el matrimonio de los Goebbels. La incursión del jerarca nazi en el poliamor no contaba con el consentimiento de su esposa, que le pidió el divorcio. El 10 de mayo de 1936, Goebbels escribía en su diario que su matrimonio era «vomitivo» (*zum kotzen*), también debido a las infidelidades de Magda. En el verano de 1938, Hitler tuvo que intervenir para mantener unida a la pareja después de que Goebbels amenazara con irse a Japón como embajador, llevándose consigo a Baarová. El dictador, que no quería perder a su ministro, organizó la reconciliación: «ambos», escribe Goebbels, «volvimos a someternos a la voluntad del Führer». A partir de entonces, octubre de 1938, el matrimonio se convirtió en una mera fachada.

Entretanto, en un giro digno de un culebrón televisivo, Magda había estado teniendo una «apasionada aventura amorosa» con uno de los asesores de confianza de su esposo: Karl Hanke, ayudante de Goebbels desde 1932 y más tarde secretario de Estado. Su colaboración en cuestiones prácticas había sido decisiva en el pasado; fue él, por ejemplo, quien encontró la casa del Bogensee para la familia. Durante el romance de su marido con Baarová, Magda acudió a Karl en busca de apoyo, y

él le proporcionó un listado de las aventuras de Goebbels para que, en caso necesario, ella pudiera vengarse, incluso elevando el asunto hasta el mismísimo Führer. En los últimos días de la guerra, Hanke se convertiría muy brevemente en *Reichsführer* de la SS y moriría al poco tiempo a manos de partisanos checos.

Erna sospecha que una de las hijas del matrimonio, la

penúltima, Hedwig (apodada Hedda), una niña rubia nacida el 5 de mayo de 1938, durante la aventura con Baarová, no era en realidad del doctor Goebbels.

—Yo sigo sosteniendo hasta hoy que esa niña no era hija suya. Un alto oficial de la SS venía de visita con frecuencia y se sentaba a una mesa aparte con Magda, no con los niños. Y cuando estaban allí, siempre llamaban a Hedda. Creo que él era el padre.

Apfeleierkuchen (pastelitos de crema)

—¿Cómo eran los niños?

—Eran encantadores —responde Erna.

—¿Cuántos eran?

—Seis.

—¿Recuerda sus nombres?

Erna responde recitando de forma automática los nombres o los hipocorísticos:

—Helga, Hilde, Helmut, Holde, Hedda y Heide.

—¿Todavía tiene la fotografía de los niños?

—Sí, la tengo en el bolso —dice, y empieza a buscarla.

—¿Siempre la lleva encima? ¿Como un recuerdo?

—La gente suele preguntarme por ella... ¿Dónde la puse? —Erna hurga en su bolso y encuentra un sobre, luego otro, que es el que contiene la ampliación—: Aquí están los niños, tenga... —y continúa buscando hasta dar con la otra fotografía—. Aquí está la original. La tomé yo misma. He hecho esa ampliación hace poco.

—¿Dónde la tomó? —pregunto, sosteniendo ambas imágenes en las manos.

—En el exterior... Fue en el *Stadtgut*, en Bogensee. Waldhof am Bogensee.

Están en el jardín. En la esquina de la fotografía reconozco la casa.

—¿Era una ocasión especial?

—Su madre estaba en el hospital, y regresaron vestidos así.

—¿Y por qué estaba en el hospital?

—¡Pregúntele a ella! —exclama riéndose, antes de responder con seriedad—: Era por los nervios. Tenía algo paralizado en la cara que había que operar, pero solo podía hacerse en secreto.

—¿Una enfermedad nerviosa?

—Un nervio se le había paralizado y era necesario operarlo. Un profesor vino a la casa y se quedó unos días...

—¿En qué se diferenciaban? —le pregunto, señalando a los

niños.

—No eran muy parecidos. Pero tampoco tenían personalidades fuertes para su edad.

Todos los hijos de los Goebbels tenían nombres que empezaban por «H», quizá en honor a Hitler. Solían utilizarlos con fines propagandísticos, así que esos niños fueron siempre sujetos políticos y aparecían con frecuencia en las películas del Partido Nazi. Casualmente, incluso el primer hijo de Magda, del matrimonio con Quandt, tenía un nombre que empezaba con «H»: Harald (nacido el 1 de noviembre de 1921). Harald era un «joven alemán»: rubio, atlético, muy diferente de Goebbels, que no obstante firmaba las cartas que le dirigía como «tu padre». Erna cuenta que, en su época en Lanke, «Harald ya no estaba allí. Le habían reclutado. Era piloto, pero lo derribaron y los británicos lo hicieron prisionero». Fue el único de los hijos de Magda que sobrevivió a la guerra; hoy, sus herederos son multimillonarios que poseen grandes participaciones en gigantes de la industria automotriz alemana, como BMW.

Goebbels sentía especial debilidad por la mayor, Helga (nacida el 1 de septiembre de 1932), algo que los historiadores atribuyen a su narcisismo. La cuestión de la fisonomía era muy importante para Goebbels, que escribió que ella se le parecía tanto por el aspecto físico como por la inteligencia. La niña se convirtió en un lazo de unión entre el ministro de Propaganda y Hitler, que le tenía mucho cariño: el Führer «dice que, si Helga fuera veinte años mayor y él veinte años menor, sería una esposa perfecta para él», escribió Goebbels el 2 de febrero de 1937. En esos primeros años, el líder nazi visitó con frecuencia a la familia Goebbels y se involucró de cerca en la crianza de Helga. Señalándola en la foto, Erna cuenta que «recibía clases de piano. Ella no quería aprender a tocar, pero la obligaban. Un día dijo: “¿Por qué tengo que aprender? Me casaré con un granjero

y la vaca aprenderá a tocar el piano por mí”».

Cuando nació Hildegard (Hilde), el 13 de abril de 1934, a Goebbels al principio le decepcionó que fuera una niña, aunque luego dijo estar lleno de «alegría y felicidad». Hitler visitó a Magda y vio a la niña incluso antes que su ministro, quien escribió que «el Führer fue de nuevo el único que acertó: es una niña». Hilde era la favorita de la abuela Auguste porque «se defendía sola» y por la dulzura y cariño que sentía hacia los animales.

El tercer hijo fue el varón, Helmut, nacido el 2 de octubre de 1935. Goebbels estaba encantado de que hubiera sido un niño, y también de que se le pareciera: «Y ahí estaba el pequeño, con la cara Goebbels», escribe (y es casi inevitable preguntarse si acaso temía que el padre pudiera ser otro hombre). Al día siguiente, refiere que «me sentía capaz de romper todo de alegría. ¡Un

niño! ¡Un niño para llevar a casa!». Sin embargo, el ministro se sentiría más tarde decepcionado, pues Helmut se reveló como un niño lento y tuvo problemas en la escuela. Con todo, el padre parece que fue más cariñoso con él de lo que sugieren algunos biógrafos, incluso en aquellas ocasiones en las que lo describe con crueldad, como el 30 de julio de 1938, cuando anota que su hijo es un «cabeza dura bueno para nada, tan dulce y simpático». El 4 de diciembre de 1944, Goebbels se complace en informar de que, cuando Hitler sometió al niño (que para entonces tenía nueve años) a un examen sobre la guerra y sus orígenes, Helmut «superó airoso la prueba [...], en especial tratándose de un chico tan pequeño».

Holdine (Holde) nació el 19 de febrero de 1937. Era una niña débil. De pequeña padeció repetidas infecciones pulmonares, y más tarde sus hermanos se burlarían de ella diciéndole que era *doof und langweilig* (tonta, estúpida, y aburrida). Incluso su abuela llegó a describirla como «la única tonta de la familia». Hedwig (Hedda) —la niña que Erna sospecha que no era hija del doctor Goebbels— nació el 5 de mayo de 1938, y Magda se convirtió en la primera mujer en ser condecorada con la Cruz de Honor de la Madre Alemana, otorgada a las *kinderreiche Mütter*, mujeres que tenían cuatro hijos o más.

Heidrun (Heide) nació el 29 de octubre de 1940, el mismo día que cumplía años Goebbels, y Hitler fue a conocerla el 11 de noviembre. Llamada la «hija de la reconciliación», se esperaba que contribuyera a sanar la brecha abierta entre la pareja, pero era conocida por ser «una auténtica fierecilla» a la que le encantaba hacer rabiar a su niñera. Heide tendría entre tres y cuatros años cuando Erna empezó a trabajar en la cocina de Lanke.

—La más pequeña solía venir y preguntarme: «¿Qué estás haciendo hoy?»; y yo le respondía: «¿Qué quieres comer?»; y

ella decía: *Apfeleierkuchen*, pastelitos de manzana; y yo replicaba: «Imposible. No tengo suficientes huevos. Vosotros sois demasiados». Y como en ocasiones los mayores iban a la ciudad, a hacerse algún examen o para que los viera el dentista, y yo me quedaba sola con los más pequeños, cuando ella veía que sus hermanos no estaban venía y me preguntaba: «¿Hoy sí comeremos *Eierkuchen*?».

Semejante dulzura no pasaba desapercibida para el padre. Longerich comenta que hay «innumerables entradas en el diario en las que [Joseph Goebbels] menciona corretear y jugar con los niños "encantadores", "dulces"», aunque también señala que tales anotaciones destacan por ser «estereotipadas y superficiales. Él, sencillamente, apenas tenía interés en su desarrollo y educación. De vez en cuando, sin embargo, se veía obligado a darles alguna "azotaina" para sacarles la "cabezonería"; ese, desde su punto de vista, era un método educativo de eficacia comprobada».

La felicidad familiar no era para Goebbels más que un aspecto de «su historia personal de éxito». De hecho, cuando escribe sobre sus hijos, la mayoría de las veces es porque están en presencia de Hitler, que es en quien se concentra toda su atención (como en esa entrada del 4 de diciembre de 1944 en la que habla de su hijo); por lo demás, los niños apenas aparecen como notas al margen de sus informes acerca del progreso de la guerra o el trabajo en el Ministerio. Por otro lado, también es cierto que sus diarios contienen muchos comentarios sobre lo plenamente realizado y feliz que se siente cuando pasa tiempo a solas con sus hijos, con los que solía ver películas por la noche.

Le pregunto a Erna si los Goebbels eran unos padres severos.

—No —responde—. Él, sencillamente, no tenía mucho tiempo. Casi siempre estaba en su despacho. Tenía un montón de secretarios y ayudantes, y le quedaba poco tiempo para los

niños [...]. No, nunca fue estricto. Era amable y dulce con ellos. Se comportaba como una persona educada. Nació en Renania y se educó en un *Kloster* [abadía o escuela parroquial]. Pero no era un hombre de fe; ya no pertenecía a la Iglesia. Le habían criado de forma muy estricta, [pero a los niños] no, en absoluto.

La única cosa en la que Goebbels se mostraba estricto era con respecto a la religión. De estudiante se había sentido inclinado hacia el nacionalismo alemán, el idealismo e incluso el comunismo. Al igual que Magda, provenía de una familia católica, pero ambos rechazaron su fe.

Erna describe cómo imponía su postura acerca de la religión a quienes trabajaban para él en la casa de Lanke:

—Su gente no podía tener ninguna relación con la Iglesia. Tampoco el personal. Hubo un problema con uno de sus hombres del *Wachdienst* [servicio de seguridad] [...]. Él y su mujer, una pareja de unos treinta años, estaban muy felices porque iban a tener un bebé; y la señora tuvo una niña, pero era impensable que la bautizaran. Todo lo que tuviera que ver con la fe quedaba descartado.

—¿Y eso por qué? ¿Porque se suponía que eso era contrario a la ideología nazi? —le comento.

—Sí, la esposa de ese hombre quería bautizar a la hija, y no poder hacerlo la hacía sentirse desdichada [...]. Yo hablaba con el marido a menudo, y él trató de explicarle la situación a Goebbels: «Mi esposa es muy infeliz». Pero el doctor se limitó a responder: «Transmita a su esposa los mejores deseos de mi parte». Imagínese, el hombre estaba aquí toda la semana de servicio, ¿qué importancia tenía lo que hiciera en Berlín con su esposa?

Me pregunto si al final el hombre consiguió arreglárselas para bautizar a su hija en contra de los deseos de Goebbels. Ya estoy empezando a comprender hasta qué punto lo personal y lo

político iban de la mano en la mente del ministro.

Erna relata otro episodio relacionado con la religión en el hogar de los Goebbels.

—El primer año que estuve allí —dice—, los niños querían un *Adventskranz*. ¿Sabe lo que es?

Me limito a asentir: los niños querían una corona de Adviento.

—Así que le preguntaron al jardinero, un prisionero de guerra francés, si podía hacerles un *Adventskranz*. Estaban muy emocionados con el tema. Después de comer, les dije: «Vamos al bosque» [...], y fui allí con los mayores.

En el bosque, a escondidas, los niños instalaron su símbolo cristiano. Resulta curioso que incluso Magda se involucrara en

una actividad que, sin duda, hubiera disgustado al doctor. Por otra parte, lo cierto es que ella había insistido en que se casaran en una iglesia, y es sabido que tenía cierto interés en otras religiones, sobre todo en el budismo.

—Lo ataron en lo alto [de un árbol], y Magda me dijo: «¿Hay algo que no pueda hacer?».

Erna reflexiona entonces sobre cómo ser capaz, «poder hacer cosas», ha sido el rasgo que más la ha ayudado en la vida.

Antes de cambiar de tema, había una cuestión en particular que me interesaba aclarar: si Goebbels imponía en la casa sus firmes ideas acerca de la religión, ¿qué pasaba con la política? ¿Les hablaba de ello también a los niños? A fin de cuentas, le exigía a su hijo de nueve años tener opiniones sobre la guerra.

—No, él no tenía tiempo para eso en los pocos minutos que pasaba a solas con los niños —responde Erna.

—¿La gente hablaba de política en la casa?

—Ni siquiera se hacía el saludo hitleriano [vuelve a levantar la mano]. Solo *Guten Tag*, o *Guten Morgen*.

—¿Y los niños hablaban de política?

Ella rechaza de plano mi sugerencia.

—La política no estaba en absoluto en el programa. Ni siquiera en la escuela.

Pues no, no estaba en absoluto en el programa. ¿O acaso sí? Después de todo, los niños asistían con entusiasmo a los masivos mítines del Partido. Aunque, por otro lado, los historiadores sostienen, a propósito de esas visitas, que los niños no «entendían todo» lo que se decía en ellos.

Observo a Erna en su sillón y empieza a dolerme un poco la cabeza. Creo que he tomado demasiado zumo de plátano y cereza. Así que es una suerte que ya cuente con una maniobra para volver a poner la política «en el programa».

Desvío la conversación de las cuestiones políticas, aquellas

que al parecer el padre no abordaba con los niños, y planteo la pregunta de forma estratégica: ¿cómo se las arreglaba para cocinar tan bien para la familia en una época de escasez?

Los ojos de Erna brillan como si tuviera un truco de magia bajo la manga.

—Déjeme contarle...

(Falsa) nata montada

Hay ciertas cosas que las recetas pueden decir por sí solas. La estrecha interrelación entre la política y la comida nos acerca un poco más al fanatismo de los Goebbels y a la tragedia que caería posteriormente sobre la familia. Ese fanatismo se puso de manifiesto en cierta medida con la cuestión del racionamiento. Empiezo a sonsacarle a Erna lo que sabe al respecto al preguntarle sobre su presupuesto y sobre cómo podía cocinar para un gran número de personas en una Alemania en la que, a medida que el Ejército Rojo se acercaba más y más, había una importante escasez de alimentos.

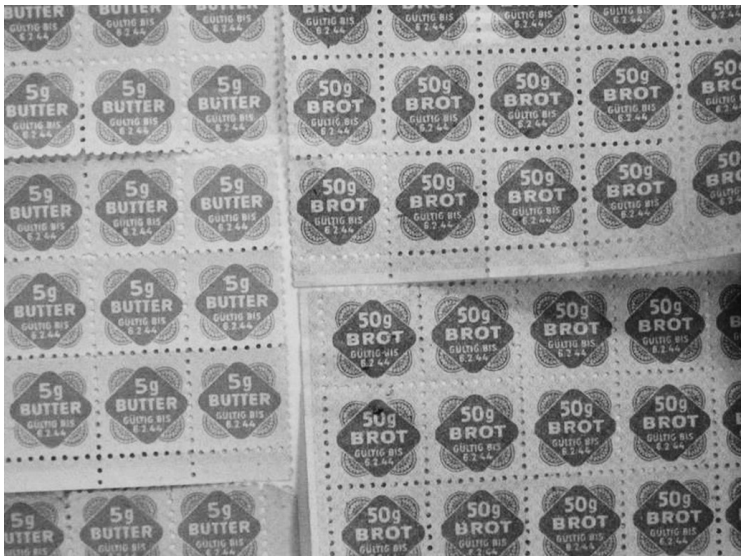
—En lo que respecta a la cocina, Frau Goebbels no sabía nada —responde—. Así que siempre fui yo la encargada de organizarlo todo y hacer los pedidos. Los viernes pedía carne [...]. Nadie me cree, todos están convencidos de que teníamos nuestra propia asignación porque él era el ministro de Propaganda. Pero él vivía tal como predicaba. Y eso era lo increíble. Cómo era o dejaba de ser en cuanto nazi es una historia aparte, pero el hecho es que usábamos nuestras propias cartillas de racionamiento y los niños tenían su mantequilla para el trimestre. Cada uno tenía una pequeña ración de mantequilla, y si le ponía demasiada al pan, luego no le quedaba. Cada trimestre, cuando recibía las entregas, cada uno recibía su porción. Cada uno tenía su propia porción de salchicha, y así en todo. Todas y cada una de las raciones estaban medidas.

La niñera de los Goebbels, Käthe Hübner, comentaría después que era posible apreciar las diferencias de carácter que había entre los niños en el modo en que gestionaban su ración de mantequilla: mientras que algunos la ahorraban, otros se la comían de inmediato.

—Pero ¡como ministro de Propaganda Goebbels seguramente podía conseguir más!

—Pues no era así —insiste Erna—. Yo, por mi parte, tenía un

extra —agrega refiriéndose de nuevo a sus propios suministros.



Goebbels estaba acostumbrado a un estilo de vida suntuoso, y Magda también, por lo menos desde su época con Quandt. En la década de 1930, Magda compraba costosos regalos para el servicio doméstico, obsequios de entre setenta y ochenta marcos, además de darles cuatrocientos marcos en efectivo. La extravagante remodelación de la casa de Lanke preveía elementos para la cocina tan sofisticados como cámaras frigoríficas, una encimera refrigerada para repostería (estoy seguro de que a Erna le hubiera encantado) e, incluso, una habitación especial para enfriar la cerveza; sin embargo, estos elementos acabaron siendo descartados, porque la compañía responsable no estaba en condiciones de entregarlos a tiempo sin retrasar importantes contratos militares. Es posible que, al comienzo de la guerra, Magda usara el transporte público y se las arreglara con cartillas de racionamiento. No obstante, el biógrafo Hans-Otto Meissner sostiene que, seis meses después, había vuelto a sus hábitos de consumo previos. En 1940, cuando

Alemania encadenó las rápidas victorias que definieron la primera fase de la guerra, la población no percibió ninguna merma en el suministro de alimentos y materiales; de hecho, los alemanes pasaron a abastecerse de todo el continente. Goebbels se compró un Mercedes, «un automóvil magnífico» que ni siquiera podía conducir porque, en su opinión, únicamente resultaba «apropiado para tiempos de paz». La familia, por lo demás, estaba «protegida de las peores dificultades cotidianas que conllevaba el conflicto [...]. La guerra no afectó de forma directa [a Magda], al menos no de forma significativa». Las provisiones de reserva en caso de ataque aéreo eran «lujosas», al igual que las comodidades que ofrecía la casa, que incluía una bodega surtida. Meissner menciona además los elaborados arreglos que se efectuaban en la cocina cuando Hitler estaba de visita (para satisfacer su famoso vegetarianismo), y señala que, si bien «durante la guerra en la mesa de Magda se comía con sencillez, ella nunca supo lo que era estar mareado debido al ayuno persistente [...], vivía bajo una campana de cristal indestructible».

Muchos suelen dar por sentado que la familia Goebbels no sufrió la guerra como los alemanes normales y corrientes. Sin embargo, a medida que la suerte de Alemania en la confrontación fue cambiando, también lo hicieron las condiciones en el hogar del ministro. Cuando Erna llegó (e incluso antes, según oyó decir a su predecesora, con quien coincidió durante catorce días en 1943), los Goebbels intentaban vivir como el resto de los alemanes. Durante ese período, Magda planeó trabajar en una planta de Telefunken. Como refiere la madre de Magda, que vivió con ellos en Lanke, las provisiones de la casa eran notablemente exiguas; no se les otorgaba «ni un gramo extra de mantequilla». El mayordomo se encargaba de recoger las cartillas de racionamiento de los

invitados, y cuando el Hotel Adlon obsequió a la familia con un jamón ahumado, «que Magda puso sin hacer comentarios en la mesa de la cena, el doctor llegó, se detuvo en seco, abrió los ojos de par en par y estalló [...]. Estaba fuera de quicio: "Esto es absolutamente inaceptable; no queremos, y no se nos permite, vivir mejor que el común de nuestros compatriotas. ¡Devolveremos el jamón de inmediato!"». Avanzada la guerra, solo he hallado mención de una extravagancia, y ello bastante cerca ya del final, el 10 de enero de 1945, cuando Magda solicitó zapatos hechos a medida y sombreros caros. Me pregunto si, en ese punto, ya era consciente de que ningún racionamiento iba a salvar a la Alemania nazi.

Quizá el mejor ejemplo de la nueva austeridad nos lo proporciona la dieta de los niños.

—Los obligaban a comer lo que se les ponía —me dice Erna —. Tenían que comerse lo que había en la mesa. Había platos que a Frau Goebbels no le gustaban, y a ella a veces se le preparaba algo distinto, pero se le servía en una mesa aparte, no en la que comían los niños.

—¿Y nunca les daban una golosina?

—Bueno, los niños no sabían lo que es comerse un trozo de pastel los domingos. Los habían criado de forma tan espartana que no se lo creería. Hablé de eso con mi predecesora y, Dios mío, un trocito de *Blechkuchen* [bizcocho horneado] con un poco de fruta o *Streusel* [una sencilla cobertura hecha de mantequilla, harina y azúcar] los hacía sentirse como reyes. Hubo un día en que uno de los niños, no recuerdo cuál, celebraba su cumpleaños, y se dejó que cada niño invitara a otro niño. Los seis ya eran bastantes, y ese día tenías a seis más. ¡Doce!

—Uno pensaría que un ministro podría permitirse dar una gran fiesta, ¿no?

—No, no, él no hacía nada en esas ocasiones. Aquel día, se

puso la mesa y la sirvienta estaba allí para atenderlos, pero no el mayordomo, que solo se presentaba cuando Goebbels estaba en la casa: era solo para él. Así que hice pasteles y *Trinkschokolade* [chocolate caliente], y preparé falsa nata montada. La de verdad era imposible de conseguir.

Ese detalle suscita mi curiosidad.

—¿Y cómo se hace esa falsa nata montada? —pregunto.

—Recuerdo cómo se hace, pero he olvidado las cantidades exactas. Tomas leche desnatada y harina, y pones la mezcla a fuego lento. Luego, cuando se enfría, bates y bates y vuelves a batir. Y parece nata de verdad. Porque le entra aire. Ay, mi pobre ayudante; en ese entonces no teníamos aparatos eléctricos, así que tuvo que subir a mi habitación, a mi cuarto de baño, y luego, con el agua fría corriendo, batir y batir. Después se le añade azúcar, y el resultado (siempre que uno no esté demasiado acostumbrado a la nata real, por supuesto) sabe a nata montada. Cuando apareció el cuenco de nata montada, los niños se pusieron muy contentos y nos dieron besos, y el fin de semana, cuando Goebbels llegó de Berlín, le dijeron: «*Pappa*, *pappa*, hemos comido nata montada». Y él respondió: «No, no, no hay nata montada». «*Jawohl*, pero de todas formas nosotros comimos.» Él se enfadó mucho con ellos: «¡No y basta!». Y luego les soltó: «¡Nunca habrá nata montada en esta casa!».

FRICASÉ

Erna me cuenta tres anécdotas divertidas de Bogensee que, a primera vista al menos, tienen poco que ver con la política. ¿O quizá sí? La primera es sobre una «ensalada sucia», la segunda sobre una sopa preparada con maña, y la última sobre cocinar un conejo cazado en los alrededores.

—Yo tenía una ayudante de cocina, una chica bonita,

perfecta, que hacía todo lo que le decía que hiciera. Hay una expresión alemana: *Da fehlte eine Tasse und die andere hatte auch noch einen Sprung* («Faltaba una taza y la otra tenía una grieta»). Es algo que dices de alguien que no hace las cosas del todo bien. Pero —Erna sonríe— era preciosa.

»Cuando le preguntaba: "Otti, ¿está el asado en el horno?", tenía que ir a mirar y asegurarse de que todavía seguía allí. Lo hacía todo, pero tenías que decírselo. Un día, cuando estábamos haciendo la comida, le dije que se encargara de preparar la ensalada. Ella lo hizo, por supuesto, pero no lavó los ingredientes y yo no me di cuenta. En una cocina así es imposible controlarlo absolutamente todo... Yo hice el aderezo y empecé a servir la ensalada en los cuencos, y el mayordomo le llevó los primeros al ministro. Luego hice más aderezo y, mientras estaba sirviendo la siguiente tanda, una hoja cayó fuera del cuenco y yo la recogí y me la comí... y exclamé: "Oh, Dios mío, Otti, ¿por qué no has lavado la ensalada?". Y ella respondió: "¡Solo me dijiste que la preparara!". Y así fue, se la comieron con restos de tierra; ninguno de ellos dijo nada.

—¿Había cosas que no comía? ¿Algo a lo que fuera alérgico?

—No, se comía todo lo que le preparaba —contesta Erna, y pasa a hablarme de las cenas que se hacían en la cocina...

Pero justo en ese momento, la enorme paloma nos interrumpe de nuevo, y Erna se levanta de su asiento para volver a espantarla (o saludarla), alzando el brazo antes de continuar. Ana y yo intercambiamos una mirada; a esas alturas, hemos empezado a acostumbrarnos a aquella aparición.

—Los viernes se pedía la carne y yo, además, conseguía algunos huesos de caldo para hacer la sopa —continúa Erna—. Un día se comía pastel de carne, y al día siguiente sopa. Nunca se servía sopa y pastel de carne el mismo día. Me pasaba hirviendo los huesos toda la semana [...] y un día preparé

Gebrannte Grießsuppe [sopa de sémola]. Se tuesta la sémola, luego se añade el caldo y se deja cocer, y con eso tienes una sopa; es una sopa para beber.

»Fue justo un viernes. A eso de las diez de la mañana sonó el teléfono. Era del Ministerio, y me dicen: "El jefe [Goebbels] va para allí hoy, pero con un grupo grande, funcionarios, secretarios, ayudantes, etc.; llegarán alrededor del mediodía". Me había pasado toda la semana hirviendo huesos y me pregunté: ¿qué voy a poder preparar con eso? Los saqué, miré dentro de la olla. Era todo lo que tenía. Por suerte, mi hermana me había regalado algo de grasa de ganso en un pequeño cuenco, así que lo que hice fue echarle un poco en la taza tanto a él [Goebbels] como a ella [Magda], no a todos [...], y mezclarlo todo bien para que la grasa no se acumulara encima de la sopa.

—¿Se dieron cuenta los demás?

—Eso fue lo gracioso. A ellos dos se les sirvió algo bueno, mientras que al resto se les dio aguachirle. Yo no dejaba de preguntarme si iba a haber algún problema, y de repente, la puerta de la cocina se abre y veo al mayordomo con la taza en alto y pienso: hay un problema. El hombre se detiene delante de mí y me dice: «Por favor, otra taza para el ministro». Y entonces, como se imaginarán, el ministro volvió a tomar sopa mientras que los demás siguieron tomando aguachirle. Él quedó convencido de que a los otros también les había gustado la sopa.

Hay una tercera anécdota culinaria: cuando Erna cocinó fricasé para los Goebbels y resultó que fueron incapaces de distinguir el ingrediente básico. La cocinera gozaba engañando a sus jefes en cuestiones de menor importancia, y es evidente el placer que le proporciona contar estas historias tantos años después.

—¿Cómo se cocina un buen fricasé? —le pregunto.

Su respuesta me hace pensar en las cruentas escenas que suelen verse en una cocina cuando hay carne de por medio, algo que la mayoría de las personas no suele tener muy presente. Desollar un conejo, me explica, no es tan difícil siempre que hagas las incisiones en los lugares correctos. Atas al animal con una cuerda y lo cuelgas con la cabeza hacia abajo. Luego, tras cortar alrededor de cada pata, por encima de la articulación de la rodilla, continúas la incisión hacia la espalda hasta llegar al coxis. Entonces tiras de la piel hacia abajo, con fuerza. Si lo has hecho bien, debería desprenderse del cuerpo con facilidad. Erna prosigue su explicación señalándonos dónde se encuentra la mejor carne:

—El estómago es un trapo. La espalda lo es todo en un conejo. Y las piernas. Pero el estómago no es tan útil —asegura. Luego continúa con la receta—: Primero, hay que cocinar la carne en caldo de verduras.

Llenas una olla de agua con sal y después agregas la carne picada. Las verduras para el caldo se pueden comprar en bandejas preparadas en cualquier mercado de Berlín: apio, nabo, puerros, zanahorias, cebolla tierna... Erna aconseja sacar las verduras «cuando estén cocidas» para que no queden demasiado hechas.

—Luego hago *Mehlschwitze*, ¿sabe lo que es?

—No.

Ella niega con la cabeza ante mi ignorancia. Resulta que se trata de un *roux*, una salsa espesa:

—Pone mantequilla en una olla pequeña, deja que se derrita, añade un poquito de nata y media cucharada de harina, y mezcla ligeramente; luego se va agregando el caldo poco a poco, removiendo para que no se formen grumos. ¿Sabe lo que son los grumos?

Esta vez asiento con firmeza: sí, sé lo que son los grumos.

—Después le pone los condimentos. El caldo ya tiene sal, así que tal vez no se necesite más. Pero luego hay que agregar un poco de limón, un poquito de azúcar, con cuidado, sin exagerar, y para terminar una yema de huevo. La clara no se necesita, así que se quita (luego la puede usar para preparar otra cosa). Después lo remueve todo y ya tiene la salsa. Si lo ha hecho como es debido, debería saber bien.

Por último, se agrega la carne y las verduras con las que se preparó el caldo y ya está: un buen fricasé de conejo para servir con arroz.

Sin embargo, el fricasé no fue del agrado de todos en el hogar de los Goebbels. Erna me cuenta una historia sobre Alfred Rach, el chófer del ministro, al que ciertos alimentos le provocaban reacciones violentas. Rach, un *Hauptsturmführer* de la SS, llevaba con regularidad a Goebbels a Lanke desde Berlín, y estuvo presente en el búnker cuando se produjo el asesinato de los niños (más tarde, consiguió escapar).

—Le cuento: ese conductor, Rach, pasaba a menudo por la cocina. Había un comedor para el personal y se les daba algo de comer, por mucho que no tuviéramos suministros. En una ocasión vino y me dijo: «Hay personas a las que se les levantará un monumento cuando mueran, pero usted ya tiene su monumento porque de alguna manera consigue alimentarnos».

»Un día, estábamos charlando sobre la comida y resultó que este chófer no comía carne de caza. Yo, en cambio, sí lo hago, me gusta. Pasan unas semanas y logro hacerme con unos cuantos conejos [...], y con ellos hice el fricasé. Es una carne oscura, pero cuando se cocina correctamente se vuelve blanca. De modo que hice fricasé solo con esa carne.

La receta de Erna, por lo visto, desencadenó una disputa después de la cena entre Magda y su madre.

—La madre de Frau Goebbels estaba allí, como solía suceder,

pues vivía al otro lado del lago, y el mayordomo viene y me cuenta que las dos se habían peleado. La madre insistía en que era fricasé de ternera, y Magda, en que era fricasé de pollo.

Ambas mujeres por separado visitaron a Erna en la cocina para averiguar cuál de la dos tenía razón. A la madre, le dijo que el fricasé era de ternera, a lo que Auguste respondió: «¡Tenía razón!». Y a Magda, le dijo que era de pollo. Su respuesta fue la misma: «¡Tenía razón!». Luego se presentó Rach, el conductor, que también quería saber de qué era el fricasé. «De ternera», le dijo Erna.

Sin embargo, algunas semanas después, Rach volvió a pasar por la cocina.

—Él solo aparecía por allí cuando llevaba al ministro, y ese día me preguntó: «¿Tienes ternera otra vez? ¿Fricasé? Estaba delicioso». Y yo le dije: «¿Tienes idea de lo que comiste?». Y cuando le conté que era conejo, corrió al baño a vomitar. Durante semanas, ese chófer del Ministerio estuvo vomitando hasta que no le quedaba nada en el estómago.

Escucho a Erna y me pregunto qué puedo sacar de una historia sobre cocinar conejo. ¿Que los sirvientes comían la misma comida que la familia? ¿Que ni siquiera una familia de tan alto rango como los Goebbels podía conseguir pollo o ternera durante la guerra? O más bien que Erna mentía a sus jefes y disfrutaba haciéndolo. Tanto esta historia como la de la vieja cocinera del Ministerio podrían presentarse como ejemplos del solapado *Schnauze*, «morro» o «descaro», que suele atribuirse a los berlineses. Caemos en un estereotipo solo para descartar otro: el de los alemanes como simples seguidores sumisos de las normas. Erna no era ni lo uno ni lo otro. Pero su desobediencia era limitada y además estaba desencaminada: la posibilidad de la resistencia política probablemente nunca le pasó por la cabeza.

Hay sin embargo una historia que no me parece tan inocente como las otras.

ESTOFADO DE PATO Y VERDURAS

A lo largo de todos los acontecimientos de esos años, ¿cuán lejos llegaba la mirada de Erna desde la cocina de los Goebbels? ¿Alcanzaba a ver Stalingrado, la batalla que se libró con furia en el invierno de 1942-1943? ¿Se enteró quizá del discurso de Goebbels sobre la «guerra total» pronunciado en el Sportspalast el 18 de febrero de 1943 (su respuesta a la carnicería en el frente oriental) o siguió de cerca la cambiante suerte bélica de los nazis? (la invasión de Normandía comenzó al año siguiente, el 6 de junio de 1944). ¿Y qué pensó del intento de asesinato de Hitler el 20 de julio de 1944, que minó gravemente la moral de los Goebbels?

Por desgracia, Erna no quiso hablarme de ninguno de esos sucesos. Al parecer, había estado más preocupada por el grave deterioro que sufrió la salud de Magda, que primero estuvo internada en el hospital por una afección cardíaca y luego

padeció parálisis facial (neuralgia del trigémino). Hitler se había dado cuenta de este problema en septiembre de 1943, y le preocupaba que una operación pudiera desfigurarla. No obstante, la operación se llevó a cabo en julio de 1944, en Breslavia, donde estaba destinado Karl Hanke, y fue un éxito. En esa ocasión, Goebbels se reunió con Hanke en Breslavia (el 8 de julio escribió en su diario: «Hanke es extraordinariamente amable conmigo. Me alegro de que esta visita ponga fin a nuestro viejo conflicto»), y en diciembre, Hanke visitó a los Goebbels. En ese período, Auguste, la madre de Magda, se mudó a Lanke para permanecer al lado de su hija día y noche. La mujer estaba convencida de que Magda no padecía una afección física, sino que estaba pasando por una crisis nerviosa.

Y, sin embargo, a pesar del modo en que la familia había conseguido aislarse en los bosques al norte de Berlín, había una conexión entre lo que ocurría en la cocina de Erna y lo que estaba sucediendo en los campos de batalla de Europa.

Erna me cuenta que, algunas veces, muy pocas, recibían raciones extra del Ministerio (un trozo de carne) o de un amigo de Goebbels en Dinamarca (que enviaba con regularidad cajas de huevos ahumados). Pero hubo un suceso que destacó por encima de todos los demás.

—Una vez, gracias a los soldados que estaban en algún lugar de Ucrania, me llegaron veinte patos. Me pasé todo el día intentando sacar los patos de la casa. No pude sentarme en ningún momento.

—¿Y qué pasó con los patos? —pregunto.

—Le cuento: estábamos dichosos de tener algo en la casa. Con los patos más pequeños, hice un estofado, un estofado de pato y verduras del pequeño huerto que teníamos en la casa. Eso era lo que a Goebbels más le gustaba comer, más que cualquier otra cosa: no los platos cocidos o fritos, sino los productos frescos

que cultivábamos en el huerto.

Estofado de pato y verduras... Miro con detenimiento a la anciana y empiezo a hacer una conexión diferente. Mientras que su mente había gravitado hacia el huerto, la mía había ido más hacia el este. ¿No había hecho ella esa conexión? ¿No se había preguntado de dónde venían esos patos? ¿De qué granja? ¿Habían llegado del este, la región que el historiador Timothy Snyder llama «las tierras de sangre», donde los ejércitos soviético y nazi, en sus repetidos avances y retiradas, habían desfigurado el paisaje y sometido a la población civil a un trato brutal? Desposeídos de sus granjas, los ucranianos se morían de hambre mientras gestores alemanes se hacían cargo de sus tierras. ¿Quién había criado esos patos? ¿Venían de una granja a cuyos ocupantes se había trasladado a otro lugar? ¿Podía Erna imaginar la forma en que se reunió a esos patos y se los metió en una jaula que solo volvería a ser abierta en Berlín, en el corazón de la máquina de guerra nazi, en la cocina del principal ministro del régimen?

La última visita de Hitler

El 1 de diciembre de 1944, Hitler visita la casa de Lanke y es recibido «como un miembro de la familia». Pasan la tarde «charlando y recordando», reflexionando sobre temas culturales como el arte y la música «degenerados». Al dictador le impresiona la tranquilidad de la casa, cuán alejada parece de la guerra, y da muestras de un interés acaso repugnante por las hijas mayores, «en especial por Helga y Hilde, que ya se han convertido en señoritas». La cercanía del frente bélico le ha llevado una vez más al redil de los Goebbels. Hitler estaba delicado de salud: era un hombre quejumbroso y roto.

Erna me habla de los días inmediatamente posteriores a

aquella visita de Hitler:

—Trabajé allí desde 1943 hasta 1945. Y entre la Navidad de 1944 y el Año Nuevo de 1945, tuve una crisis nerviosa. Mi corazón no podía soportarlo más. Fui a ver a mi médico, el médico de la anciana [para la que había trabajado en Berlín], y me preguntó: «¿Qué está pasando? Tiene que salir de ahí», dijo. Yo intentaba renunciar todos los meses, pero era imposible. Magda rechazaba mis solicitudes.

—Era un buen empleo, ¿no?

Erna alza los brazos:

—Pero ¡yo no quería trabajar para los nazis! Yo ni siquiera estaba afiliada al Partido. Y tampoco los apoyaba, no pertenecía a ningún *Bund* [asociación], nada. Recuerdo que, en una ocasión, durante la celebración del Año Nuevo, Goebbels me dijo: «Dígame, Fräulein Mußack, ¿por qué no quiere unirse al Partido?». Y yo le respondí: «Herr ministro, estoy dedicada de lleno y por completo a mi trabajo, y por tanto ocupada, y es de esa forma como trato de ser una buena alemana». Y él, un poco

desconcertado, respondió: «Tal vez seas mejor que cualquiera de nosotros». El médico me dijo: «Deme el número privado de Magda. Yo la llamaré». Después volví en taxi a la casa, y en cuanto salí del vehículo me pidieron que fuera a ver a *Mutti* (los llamamos *Mutti* y *Pappa*, por los niños). «*Sagen Sie mir*, dígame, ¿por qué no nos dijo que lo estaba pasando tan mal? ¡Podríamos haber contratado a una ayudante de cocina!», dijo Magda. Y luego agregó: «El médico dice que debo dejarla ir por un trimestre, pero tiene que prometerme que regresará al final de ese período». Yo podía prometerle lo que fuera, por supuesto, y así fue como, el 17 de enero de 1945, me marché a donde mis padres.

Fue también por esa época, con el frente cada vez más cerca, cuando la familia Goebbels dejó Lanke para trasladarse a Schwanenwerder. La casa quedó vacía. Y luego, a mediados de abril, la familia entró en el búnker donde Joseph y Magda Goebbels matarían a sus hijos.

Chocolate caliente

—¿Cuándo supo lo que les había pasado a los niños de los Goebbels? —le pregunto a Erna.

Ella, con rostro circunspecto, contesta:

—*Ja*. Los mataron. Hicieron chocolate caliente para los niños y los padres, y le pusieron cianuro. Un ayudante (un chico estúpido que se casó muy joven, a los veintitrés años) se envenenó con ellos.

Parpadeo. Chocolate caliente... Se me ocurre que la única vez que los padres les permitieron a los niños un lujo como este fue para acompañarlos a la muerte. Después de todo, pienso, lo que los niños comían y bebían contribuye a explicar por qué Joseph y Magda Goebbels los asesinaron. Los detalles cotidianos de su

dieta, incluidos los postres, hablan de cómo la política intransigente del ministro de Propaganda se filtraba en todos los aspectos de su vida. La ideología no era algo que sencillamente se discutiera, era algo que se vivía dando ejemplo.

—¿La sorprendió que acabaran así?

Erna no responde a mi pregunta. En lugar de hacerlo, dice:

—Para entonces estaba lejos. Pero me enteré por un mensajero. Él me explicó cómo sucedió, porque él estuvo allí. Se llamaba Josef Ochs. Y a este Herr Ochs, le dije: «Su nombre pasará a la historia».

Josef Ochs era miembro de la SS y oficial de policía.

¿Podemos imaginar lo que fue para los niños ser conducidos al búnker de Hitler, el *Führerbunker*, después de haber pasado la guerra junto a un lago, aislados de sus horrores? En Berlín, una ciudad llena de gente hambrienta y desesperada, debió de recibirlos el hedor de los cuerpos sepultados bajo los escombros de los edificios bombardeados. Una vez en los terrenos de la Nueva Cancillería, probablemente caminaron hacia una torre cónica cuyas escaleras descendían hasta el subsuelo.

El búnker de Hitler era el lugar más fortificado del Reich, construido en dos fases por la empresa Hochtief, primero en 1936 y, después, en 1944, cuando se necesitaron muros más gruesos para soportar los avances en la tecnología de las bombas. Joseph Goebbels y el dictador ocuparon la sección mejor fortificada, mientras que Magda y los niños dormían en la sección menos fortificada, cerca de la cantina. La pareja no compartía dormitorio. El búnker tenía muchas comodidades de carácter doméstico: cocinas, dormitorios, cuartos de baño, sistemas de ventilación, salas de máquinas... Pero también fue la sala de guerra de un Hitler al borde de la derrota: oficinas en las que el personal tecleaba sin parar; mesas cubiertas de mapas; Goebbels retirado a un mundo de superstición y dedicado a la

consulta de cartas astrales; Hitler, privado de opioides y cocaína, tornándose cada vez más impredecible y furioso... Y todo aquel macabro espectáculo bajo la vigilancia de los guardias de la SS. Me imagino a los niños jugando entre las piernas de las secretarias aterrorizadas, preguntándose qué vendría luego, y después distraídos con el parto de la perra de Hitler. Me imagino la serie de recuerdos asociados con cada habitación de este extenso complejo subterráneo.

En una carta a su hijo Harald, fechada el 28 de abril de 1945, Magda describe las espartanas condiciones del búnker: «Sin ayuda de nadie, [los niños] cuidan de sí mismos en estas condiciones más que primitivas. Ya sea durmiendo en el suelo, teniendo que lavarse solos o comiendo algo, nunca una palabra de queja o una lágrima». Ese relato es falso: Helga, por lo menos, estaba aterrorizada y les dice, suplicante, que quiere irse, que no quiere morir allí.

El 19 de abril de 1945, Goebbels pronuncia su último discurso a través de la radio, y poco después, el 21 de abril de 1945, el Ejército Rojo cruza los límites de la ciudad y entra en Berlín. Muchas personas se ofrecen a salvar a los niños: Quandt, Speer, Hitler... Incluso en el último momento, cuando el chófer de Hitler, Erich Kempa, propone sacar a la familia del búnker en un blindado, los padres se niegan. En la posdata que escribió al testamento de Hitler, Goebbels declara que estaba «actuando de la mejor manera en lo referente al futuro del pueblo alemán, pues en los tiempos difíciles que se acercan, los modelos de conducta serán más importantes que los hombres», y que la decisión de cometer suicidio también se tomó por los niños porque ellos «son demasiado pequeños para poder expresarse por sí mismos, pero si tuvieran la edad suficiente estarían por completo de acuerdo con esta decisión». En la carta ya mencionada, escrita el 28 de abril, Magda le explica a su hijo

Harald: «No vale la pena vivir en el mundo que vendrá después de Hitler y el nacionalsocialismo, y por esa razón he traído a los niños aquí conmigo». Hay también cierto debate sobre si estuvo dispuesta a sacrificar a sus hijos porque creía en las ideas budistas acerca de la reencarnación.

Cuarenta horas después de haberse casado, Hitler y su novia, Eva Braun, se suicidaron juntos. Rochus Misch, guardaespaldas del dictador y radiotelefonista del búnker, testificó que fue al día siguiente, el 1 de mayo de 1945, cuando observó la llegada de un «ordenanza que llevaba una bandeja con seis tazas y una jarra de chocolate. Más tarde, alguien dijo que le habían puesto pastillas para dormir. La vi a ella [Magda] abrazar a unos y acariciar a otros mientras se lo bebían». Esta descripción aclara el testimonio de Erna, que creía que el veneno estaba en el chocolate (y una vez más no puedo evitar pensar en el manjar que debió de haberles parecido a los niños esa taza caliente después de tanto tiempo de racionamiento). La elección de la bebida no fue aleatoria. La madre de Magda cuenta en sus memorias que su hija dijo antes de morir que el chocolate caliente «será nuestra última bebida».

Antes de que se los llevaran a su habitación, se había oído a Heide entonar una rima que jugaba con el nombre del radiotelefonista: «*Misch, Misch, du bist ein Fisch*» (Misch Misch, eres un pececillo). El doctor Stumpfegger fue el encargado de ponerles las pastillas de cianuro en la boca y hacer que se las tragaran. Después, arriba, en el patio —«Así no tendréis que llevarnos», dijo Goebbels—, Magda se tragó una cápsula de cianuro y su marido se pegó un tiro. Se encontró a los seis niños muertos en sus camas, vestidos con camisones blancos, las niñas aún con los lazos en el pelo.

Los cuerpos de los padres se llevaron a la superficie para incinerarlos. La cúpula nazi se había enterado de que el cadáver

de Mussolini había sido colgado como un cerdo en la plaza principal de Milán, y probablemente deseaba evitar que se le diera un trato similar. Sin embargo, los oficiales de la SS a los que se encomendó la tarea no tuvieron tiempo suficiente para concluirla. El Ejército Rojo filmaría los restos medio carbonizados de la pareja, así como los de los niños en ropa de dormir.

Nata y huevos

Mientras los niños esperaban en el búnker, Erna estaba en el este huyendo del avance del Ejército Rojo.

—Mi padre se había incorporado a la *Volkssturm* y ya no estaba —empieza a contarme—. El 3 de abril abandonamos la casa y huimos. Estuvimos de aquí para allá hasta el 21 de mayo, cuando por fin conseguimos volver. Pero ¿qué encontramos? La casa había sido vaciada y saqueada por completo. El día que huimos, yo había dejado un tarro de cerámica grande lleno de nata y, sobre la mesa de la cocina, un tazón de huevos frescos, que sencillamente dejé allí porque teníamos que escapar tan rápido como pudiéramos.

»Estábamos asustados. Los rusos iban por ahí desnudos, por así decirlo, buscando vírgenes jóvenes de toda condición. Fue una época horrible. Lo perdí todo. Perdí mi patria, perdí a mi prometido en la guerra, tres días antes de la boda... Lo único que conseguí preservar fue mi dignidad: nadie mancilló mi cuerpo.

¿Su prometido? Esta es la primera vez que le oigo hablar de él, y me pregunto hasta qué punto reprime su recuerdo. Quizá hablar del tiempo que pasó con los Goebbels le resulta menos doloroso.

—En nuestro periplo terminamos topándonos con los

estadounidenses, que nos dijeron que se nos permitía regresar al lugar de donde veníamos. Yo tenía un hermano que era dieciséis años menor que yo, apenas tenía diez años, y mi madre, obviamente, quería llevarlo de vuelta a casa. Eso nos hacía ir más despacio, pero yo no me sentía capaz de seguir sola, así que regresé con ellos. Volvimos los tres juntos, y lo que vimos y vivimos en el camino de regreso... el horror de todo ello, tantísimos soldados muertos, todas esas cosas que aún hoy no consigo sacarme de la cabeza.

—En aquellos días —le pregunto—, ¿es cierto que algunas mujeres optaron por hacerse amantes de un soldado ruso para así protegerse de los demás?

—Sí —responde Erna—, muchas encontraron un amante a largo plazo, pero eso fue algo que yo conseguí evitar. Los estadounidenses nos enviaron de regreso a los rusos, y recuerdo que había un ruso así de grande —dice haciendo un gesto para indicar cuán grande era— sentado en un asiento, con una mesa ante él, al lado de la carretera. Tuvimos que pasar por delante, y luego llegamos a una plaza enorme (no éramos los únicos que caminábamos de regreso) en la que había un salón de actos en el que se suponía que íbamos a pasar la noche. Había un fuego encendido y todos se acercaban allí para cocinar, y yo también quería ir, pero mi madre me dijo: «No, quédate aquí, junto a la carreta, porque he visto cómo los rusos se están comportando y quieren algo, están buscando algo».

»Nunca olvidaré esa noche, porque una joven, unos diecisiete años debía de tener, se acercó al fuego (ay, cómo gritaba su madre después) y los rusos la destrozaron por completo, se la trabajaron a placer y la dejaron medio muerta... Y así, medio muerta, la arrojaron después al lado de nuestra carreta. Fue una locura. Esa noche, me senté en el carro y me puse un viejo abrigo de mi padre y un pañuelo en la cara, e hice todo lo

posible por tener un aspecto desagradable, y entonces vinieron los rusos con una linterna y me preguntaron: “Oye, tú, ¿cuántos años tienes?”. Y yo dije: “Setenta” (mi madre dijo más tarde: “Podrías haber dicho ochenta: parecía que los tuvieras”). Después nos metimos debajo de la carreta, mi hermano dormía con una mano sobre mi cara, no creo que él se diera cuenta de lo que estaba haciendo, pero de alguna manera quería protegerme. Luego dos mujeres jóvenes vinieron a dormir a nuestro lado. Y cuando los rusos volvieron, las mujeres se levantaron y trataron de huir. Yo me limité a subir de nuevo a la carreta, y he de decir que esa noche debí de tener un ángel de la guarda, yo creo que era mi abuela. Esa noche, encima de aquella carreta, tuve la sensación de que tenía un gran anillo protector a mi alrededor, porque veía a los hombres ir y venir, pero a mí me dejaban en paz. Eso fue lo que me salvó.

»Más adelante vimos a una mujer joven con un cochecito de bebé, y el niño murió, y entonces ella caminó hasta la ladera y arrojó el cochecito allí. Estamos hablando de cosas que normalmente serías incapaz de hacer con la cabeza despejada, pero todos estábamos como hipnotizados. Mi madre tenía algunas cosas viejas que trató de vender a los rusos, pero lo que hicieron fue robarnos y dejarnos sin dinero. Fueron días horribles.

Ana y yo la miramos atónitos: esta mujer casi centenaria acababa de revivir ante nosotros cómo se salvó de una violación masiva. Seguía sentada frente a mí en su sillón, pero yo podía ver en sus ojos que estaba de nuevo allí, encima de aquella carreta en la que pasó la noche. El recuerdo era tan vívido como si hubiera sido ayer.

Pero entonces, una vez más, se produjo una distracción. Erna parece preocupada, parpadea, hace un gesto en dirección a la ventana y luego, sin acabar de ponerse de pie, levanta el brazo.

Millones de alemanes padecieron las consecuencias de la guerra: sus ciudades fueron bombardeadas, doce millones perdieron sus hogares y solo en Berlín los soldados violaron a cien mil mujeres. Como es obvio, cada uno de esos individuos experimentó su sufrimiento, y el de sus seres queridos, con más intensidad que, incluso, el de un millón de personas a las que no conocía. Sin embargo, es necesario diferenciar sus tragedias de las de las víctimas de una política estatal de exterminio racial a las que la Alemania nazi masacró en masa. Mientras Erna removía las ollas en su cocina, Goebbels y otros miembros de su círculo tomaban las decisiones que acabarían con la vida de aproximadamente seis millones de judíos.

El trabajo cotidiano de Erna en la cocina del ministro de Propaganda no estaba por completo aislado de esos crímenes. La anécdota de los patos enviados desde Ucrania, según me parece, explica mejor por qué se produjo el Holocausto que las listas de quienes murieron en los campos o las fotografías de los cuerpos carbonizados. Esa historia, como algunas otras de las que cuenta Erna, nos acerca más a la pregunta esencial de por qué los ciudadanos alemanes aceptaron o hicieron la vista gorda ante el asesinato de tantísimos seres humanos. Del mismo modo que ella vio los patos, pero no Ucrania (de hecho, solo con dificultad consiguió pronunciar la palabra «Ucrania»), muchas personas no podrían hoy ubicar Bosnia, Ruanda o Siria en un mapa. La guerra apenas tenía incidencia en el espacio en que se desarrollaban el trabajo y la vida doméstica de muchos alemanes, que incluso cuando el horror tenía lugar delante de sus puertas únicamente prestaban atención a lo cotidiano: el desayuno, los niños o las reuniones. La perspectiva íntima explica esa inacción. Sin ella, no podemos comprender las

dramáticas imágenes que transmiten el horror de los asesinatos en masa de la segunda guerra mundial ni entender cómo sucedió realmente.

Muchos niveles separaban el trabajo de Erna de los crímenes cometidos por sus empleadores. No obstante, tras pasar unas cuantas horas en su cocina, me enfrento también a la cotidianeidad de su mundo. Las historias que la mayoría de la gente conoce sobre los líderes nazis provienen de las películas de Hollywood, no del realismo social del fregadero. Y cuando se quiere ir más allá del drama político, lo que se hace es buscar el dramatismo en la vida privada —las aventuras licenciosas—, quizá porque la música que acompaña al Tercer Reich es casi siempre wagneriana, no los sonidos de un tranquilo bosque a las afueras de Berlín, un lugar aislado del peligro incluso cuando en otras partes estaban muriendo millones de personas. Sin embargo, esa vida hogareña tan protegida se debía precisamente a la posición del ministro en la jerarquía nazi. Trabajar para los Goebbels a Erna no le pareció extraño o extraordinario en lo más mínimo; su ocupación consistía en atender las necesidades básicas de esas personas que vivían, comían y cagaban. Nunca veía más allá de la cocina. Magda no veía más allá de la clínica. Tampoco los niños, si vamos a ello, veían más allá del lago en Bogensee.

Empecé aquellas conversaciones con Erna pensando que ella escondía algo: que se encontraba en una especie de estado de negación. ¿Qué otra razón podía haber, si no, para no querer hablar de política? Pero la cocinera y los niños no eran figuras políticas en sí mismas. Esto parece una observación banal, pero constituye el meollo de algo importante.

A Erna, sus jefes no le parecían fanáticos. En esto su posición difiere por completo de la de Anja Klabunde, una periodista alemana autora de una biografía de Magda Goebbels: «Decidí

investigar la historia —escribe— porque la vida de Magda Goebbels parecía, en cierto sentido, reflejar la tragedia y la ceguera de Alemania en la primera mitad del siglo XX [...]. ¿Cómo era posible que una mujer tan inteligente y culta pudiera caer en un fanatismo tan extremo?».

El fanático suele desarrollar un celo excesivo e irreflexivo y es propenso a los comportamientos violentos. Lo ocurrido en el búnker, cuando los Goebbels mataron a sus hijos, es la definición misma de fanatismo. Ahora bien, ¿por qué parece tan difícil conciliar esta elección con la vida familiar que Erna conoció y les vio cultivar? Los Goebbels eran personas que organizaban cenas, que permanecían despiertas hasta tarde con sus hijos y a las que les gustaba dar largos paseos. Sin embargo, el fanatismo no solo acecha (como ocurre en el cine) en comunas de sectas trastornadas. Sus peores consecuencias pueden manifestarse en momentos de estrés, pero el fanatismo también es un estado banal y cotidiano, tal como señaló Hannah Arendt. Los Goebbels consideraron que su infanticidio era *konsequent*, es decir, riguroso, coherente, decidido, una expresión de su ideología. Y fueron *konsequent* hasta en la elección del chocolate caliente.

La relación de la familia Goebbels con la comida —las recetas que conforman ese objeto virtual que cuenta la vida de Erna, según ella misma dice— ilustra el vínculo entre ideología y cotidianidad. El racionamiento riguroso y la negación del lujo, cuando había la posibilidad de vivir mejor, nos ayudan a comprender el cambio repentino que se produce entre el aislamiento en Lanke y el envenenamiento en el búnker. La última bebida de los niños fue un símbolo de esa coherencia, en el sentido de que únicamente la muerte podía justificar semejante lujo. A lo largo de nuestras conversaciones, Erna no expresó sorpresa por lo sucedido ni una sola vez. Hay algo, sin

embargo, que me resulta paradójico: es indudable que pocas personas matarían a sus hijos, incluso en tales circunstancias. Pero al mismo tiempo, cuando convertimos la cuestión en un asunto clínico e insistimos en que los fanáticos son casos aparte, atípicos, lo que hacemos es consentirnos una especie de burbuja de seguridad que nos ayuda a sentirnos inmunes frente a la frecuencia cotidiana del odio y el celo de quienes están dispuestos a actuar de acuerdo con él.

¿Qué hizo en última instancia Erna, dada su posición cotidiana en el servicio de una de las figuras más poderosas de la cúpula nazi? Preguntas de este tipo se han formulado miles de veces en la literatura y los estudios que se centran en el Holocausto: ¿por qué alguien que «podía hacer algo» no hizo nada? ¿Por qué ella, como otros alemanes, no buscó derrocar a los tiranos? ¿Por qué la cocinera no envenenó a su jefe? Erna se encontraba en un lugar ideal para derribar a los hombres más importantes de la jerarquía nazi con un poco de cianuro para dar sabor al aguachirle que les servía. Tales preguntas, sin embargo, nunca perturbaron el mundo de Erna. A ella solo le preocupaba la disponibilidad de la carne y cómo hacerla pasar por otra cosa. Era un tanto desobediente y parlanchina, pero su mundo acababa, como el de tantos berlineses, en la puerta de su cocina. Como tantos en esa época (y en la nuestra), vivía en una campana de cristal llena de preocupaciones bastante corrientes.

Recetas inocentes

No dejo de pensar que debería hablar con Erna una vez más. Pero me siento bloqueado y no quiero volver a verla. Si bien la encontré simpática a un nivel personal y no la considero en absoluto una colaboradora seria del régimen, soy incapaz de separar sus historias de esa terrible familia de la política nazi y

su protagonismo en la «solución final». Es algo que me desgasta, me hace sentir mal por dentro y hace que me resulte odioso estar en Alemania, un país en el que normalmente me gusta vivir. Empiezo incluso a preguntarme por la inocencia de los objetos cotidianos, de sus recetas. No puedo sacarme a Erna de la cabeza.

Acaso como una especie de exorcismo, comienzo a escribir sus recetas, tal como le prometí, en un libro. Me encanta cocinar y, cuando estoy de mal humor, puedo resolver mis sentimientos manoseando un poco de masa. Compro un cuaderno con una neutral cubierta negra y empiezo a enumerar ingredientes y a describir métodos de preparación. Descubro que tengo un menú para el día entero: *Frühstück* (un huevo, escalfado, servido en un cuenco, acompañado de pan, mantequilla y té negro), una pastilla de glucosa como estimulante a última hora de la mañana, luego *Mittagstisch* (fricasé de conejo), *Kaffee und Kuchen* (bizcocho horneado con falsa nata batida, que es tan malo como suena), y *Abendessen* (ensalada lavada, sopa de sémola y estofado de pato). Incluso bebo chocolate caliente, pero no antes de irme a la cama, porque me provocaría pesadillas.

Me descubro cambiando ligeramente las recetas y tratando de reescribirlas para «desnazificarlas». Alubias al horno con huevo. Un poco de *curry* de mango para el pato o comino en el fricasé, todo ello para disipar la sensación de que se trata, en realidad, de un fricasé «nazi». Si cocino estos platos para otras personas, no les digo de dónde saqué la receta. Pero ¿no es eso supersticioso? ¿Estoy atribuyendo una especie de culpa a los ingredientes, a la comida en sí? En ocasiones me pregunto si, de forma innecesaria, estoy contaminando mi vida cotidiana en Berlín con su pasado nazi. A fin de cuentas, muy pocos de los alemanes actuales conocieron esos años. No obstante, el

nazismo tiene algo de pegajoso y a veces tengo la sensación de que no logro sacármelo de encima.

¿Podría el libro de recetas ser de alguna utilidad para un historiador? ¿Qué se puede decir a partir de las recetas mismas? ¿Es posible contar una historia a través de ellas? ¿Habla el conejo acerca del hambre? ¿La ausencia de mantequilla explica la guerra? En este caso mi «objeto» difícilmente puede considerarse arqueológico. Es una transcripción, no una reliquia. Y sin Erna de por medio, el objeto ya no es una estrategia.

El objeto debería estar impreso en papel viejo, ser algo que Erna hubiera podido poseer. Por tanto, voy a una librería de segunda mano en Berlín y compro un libro de cocina antiguo: *Neuestes Kochbuch für Haushaltungen aller Stände* («Novísimo libro de cocina para hogares de todas las clases»), de Charlotte Löfflerin. Un volumen marrón con las cubiertas manchadas después de haber pasado demasiado tiempo en la encimera (las páginas se pegan, en especial en la sección de postres). El librero me dice que es una biblia de la cocina teutónica: el frontispicio indica que solo de esta edición de 1920 se imprimieron 229.000 ejemplares. La primera versión apareció por la época de la Revolución francesa. Tengo la impresión de tener en las manos un trozo de historia universal: instrucciones para la vida diaria, ejecutadas en millones de cocinas a lo largo de generaciones. Es similar a muchos de los libros que vi en el pasillo que llevaba a la cocina de Erna.

¿Es la misma Charlotte la que aparece en la portada inclinada sobre la cocina, demasiado arreglada con su vestido de talle ajustado y mangas abullonadas? Probablemente no. Charlotte es un seudónimo. Löfflerin se parece mucho a *Löffelchen*, «cucharita». Acudo a Charlotte cuando las recetas que apunté en mi libreta a partir de las conversaciones con Erna me

confunden.

¿Importa de dónde saqué las recetas? ¿De Erna o Charlotte? ¿Importa dónde están escritas? ¿Es relevante el hecho de que Erna recitara las suyas de memoria y que yo tuviera la oportunidad de hacerle preguntas, o que ella no necesitara consultar a Charlotte Löfflerin, un personaje ficticio que nos dice que «un libro de cocina no hace al cocinero»?

¿Por qué compré entonces el «Novísimo libro de cocina para hogares de todas las clases»? Porque, cuando Erna muera, sus recetas morirán con ella. Todo lo que nos quedará será Charlotte. Y si os sirvo sus recetas siguiendo solo las indicaciones de Charlotte, quizá os limitéis a pensar que se trata de una comida prusiana muy tradicional... Pero si os cocino la misma comida de acuerdo con las instrucciones de Erna, es posible que os sintáis de un modo muy distinto sabiendo que ella la preparaba para los líderes del Partido Nazi.

–

Un día, Ana me cuenta que Erna ha dejado su piso y se ha mudado a una residencia de ancianos justo bajando la calle. Me da el número de teléfono. Respiro hondo y me obligo a llamar. Una enfermera responde con brusquedad y me dice que no vuelva a llamar. Frau Jokisch ya no recibirá visitas salvo de la familia; está demasiado enferma para hablar. Me siento casi aliviado de no volver a entrevistarla. Pero también me inquieta su deterioro y pienso que, teniendo en cuenta mi «objeto» de investigación (los ahora ancianos que vivieron esa época), trabajo con demasiada lentitud.

Y entonces, una mañana, en mi cafetería favorita, leo en el periódico un artículo sobre la casa de Lanke. Debido a su «peso histórico», la propiedad, que está en venta, no ha encontrado

comprador. Deshabitada durante años, la casa lucha con el mal estado del enyesado, la podredumbre y las malas hierbas. Para el Senado de Berlín (que, como en la época de Goebbels, es el dueño del complejo), la casa constituye una carga financiera enorme. El representante estatal del SPD, Sven Heinemann, declara que «Bogensee solo tiene futuro sin la propiedad de los Goebbels». En conclusión: la villa va a ser demolida. Otro escenario de la historia nazi, de los perpetradores nazis, está destinado a desaparecer en beneficio del futuro.

Un truco

En sus diarios, Joseph Goebbels no menciona ni una sola vez la calidad de sus comidas. El único testigo que tengo de que disfrutara de un tipo de comida u otra está delante de mí.

—Quizá ahora pueda contármelo —digo—. ¿Qué había en la ensalada del doctor?

—La ensalada es ensalada [solo hojas]. Podías agregar tomates, rábanos, pero la ensalada sigue siendo ensalada.

—¿Y cómo le gustaba al doctor Goebbels?

—Solo las hojas y el aderezo, que es lo que hacía que supiera un poco diferente de lo que le servían en otras partes.

Por fin estoy acercándome al secreto.

—¿Y qué llevaba el aderezo? —pregunto.

Erna ya me ha dicho que «ningún cocinero regala sus secretos», de modo que es posible que esté cometiendo un pequeño robo.

Pero ella se ríe:

—¡No olvide que hay que lavar la ensalada! Entonces coge aceite... Hoy podría usar limón, pero en aquella época no había, y puede usar un vinagre normalito, o vinagre de manzana, aunque eso no es importante. En aquellos años, solo teníamos

vinagre muy corriente. Y luego añade un poco de sal, un poco de azúcar, un poco de pimienta. Después, en un tazón pequeño, coge un poco [indica la cantidad] de cebolla, la lava, la ralla y luego lo mezcla todo muy bien, para que quede uniforme, y entonces hace la ensalada. Para mezclarla solíamos usar las manos en lugar de la cubertería. Ahora bien, lo de la cebolla no puede hacerse media hora antes, porque después de media hora se vuelve amarga. Esta vieja dama todavía tiene cosas que enseñar.

—¿Eso es todo? —pregunto, procurando no sonar demasiado decepcionado—. ¿Una receta corriente?

Sin embargo, la clave aquí es precisamente eso, la normalidad de la receta.

Erna hace una pausa y luego me pregunta:

—¿Y usted quiere escribir un libro?

No exactamente sobre aderezo para ensaladas, quisiera decirle, pero en lugar de ello respondo:

—Sí, me interesan los recuerdos de las personas.

—¿Saldré en el periódico?

—¿Quién sabe? Espero que sea algo que la gente quiera leer. Es importante que estas cosas no caigan en el olvido.

Ella responde:

—Yo siempre digo: preguntadme hoy, porque mañana tal vez no esté aquí y ¿quién sabrá entonces? Quedan muy pocos que recuerden. Y a los que siguen vivos a menudo no les queda ya nada en la cabeza.

—Usted sigue siendo muy avispada —comento.

Erna se ríe.

—Sí —asiente—, todavía hay un poco ahí. No mucho, pero algo queda. Ahora, sin embargo, debo despedirme.

La seguimos a lo largo del pasillo, intercambiamos adioses y bajamos la escalera, con sus descansillos con puertas de marcos

de madera, hasta salir a la calle llena de árboles.

De alguna manera, sé que no volveré a ese edificio de estuco liso y oscuro de la Delbrückstraße. Mientras camino alejándome de la puerta, con la receta escrita en el bolsillo, me pregunto si Erna, sin saberlo, me estaba regalando algo más.

4
Un instrumento de cuerda

Erich Hartmann (*izquierda*) con unos colegas, abril de 1965.

Es diciembre de 2018, un día frío pero soleado: abrigos oscuros, bufandas brillantes, bicicletas negras moviéndose entre la hojarasca... Frau Annemarie Bastiaan me espera en una parada de autobús en la Kurfürstendamm, una elegante avenida en Berlín Occidental. Llevo las flores para Herr Erich Hartmann que ella sugirió. Amarilis, porque florecen durante mucho tiempo.

Hartmann es un último testigo. No queda ya nadie más que haya tocado en la Filarmónica de Berlín durante el período nazi. Debo la oportunidad del encuentro a una amiga que toca en la orquesta actual. «Si estás escribiendo sobre la guerra, deberías hablar con él sobre su instrumento», me dijo. Un correo electrónico al intendente de la orquesta me conduce a la mujer que ahora veo esperándome en la acera; ella visita con regularidad a Herr Hartmann en la residencia de ancianos en la que vive.

Frau Bastiaan se dirige a mí con el pronombre formal *Sie* (usted) en lugar de hacerlo con el informal *du* (tú). En el nivel superior del autobús de dos pisos, en los solicitadísimos asientos que quedan justo encima del conductor, conversamos de forma educada. Compartimos la incomodidad de dos personas que no se conocen y se dirigen juntas a un tercer lugar, pero la vista de la calle desde arriba es magistral. El elegante bulevar comercial, con sus decoraciones navideñas, da paso a las zonas residenciales al oeste de la capital con los parques y las villas que no fueron bombardeadas durante la guerra. A través de las ramas de un bosque espectral, veo el brillo de un lago. La luz es oblicua y precisa.

Frau Bastiaan me cuenta que su esposo, Johannes, o «Hans», fue primer violín de la Filarmónica de Berlín durante el período nazi. Se unió a la orquesta poco después de que el régimen se

hiciera con el poder y formó parte de ella durante cuarenta y dos años. Se casaron en la década de 1990, ella era mucho más joven que él. Herr Bastiaan, el penúltimo superviviente de la orquesta del período nazi, murió en 2012. Ahora solo queda Herr Hartmann, que tiene noventa y ocho años.

Llegamos a los cuidados espacios de la residencia de ancianos. Es un edificio bajo, modernista, con ciertos toques confortables y bien intencionados que no coinciden del todo con las necesidades institucionales: adornos navideños clavados en las paredes antisépticas y antiadherentes. En la entrada, las atentas enfermeras del mostrador curvo están tan acostumbradas a las visitas de Frau Bastiaan que la saludan sonrientes sin levantar la mirada. Atravesamos una desconcertante serie de escaleras y pasillos, pasando delante de puertas cerradas marcadas con los nombres de los ocupantes —Herr-esto, Frau-aquello—, hasta llegar a la segunda planta.

—Recibe muchas visitas —me explica Frau Bastiaan.

—Espero poder decir lo mismo cuando yo sea mayor —digo.

—Bueno, eso no viene por sí solo —observa ella con astucia.

Llama a la puerta y la abre casi de inmediato. Herr Hartmann se encuentra de pie, en medio de la habitación, con las dos manos apoyadas en el andador, en diagonal a nosotros. Se ha levantado para salir a nuestro encuentro, pero apenas ha conseguido recorrer una corta distancia. Sonríe con un brillo en la mirada y separa la mano agarrotada de su andador para saludarme:

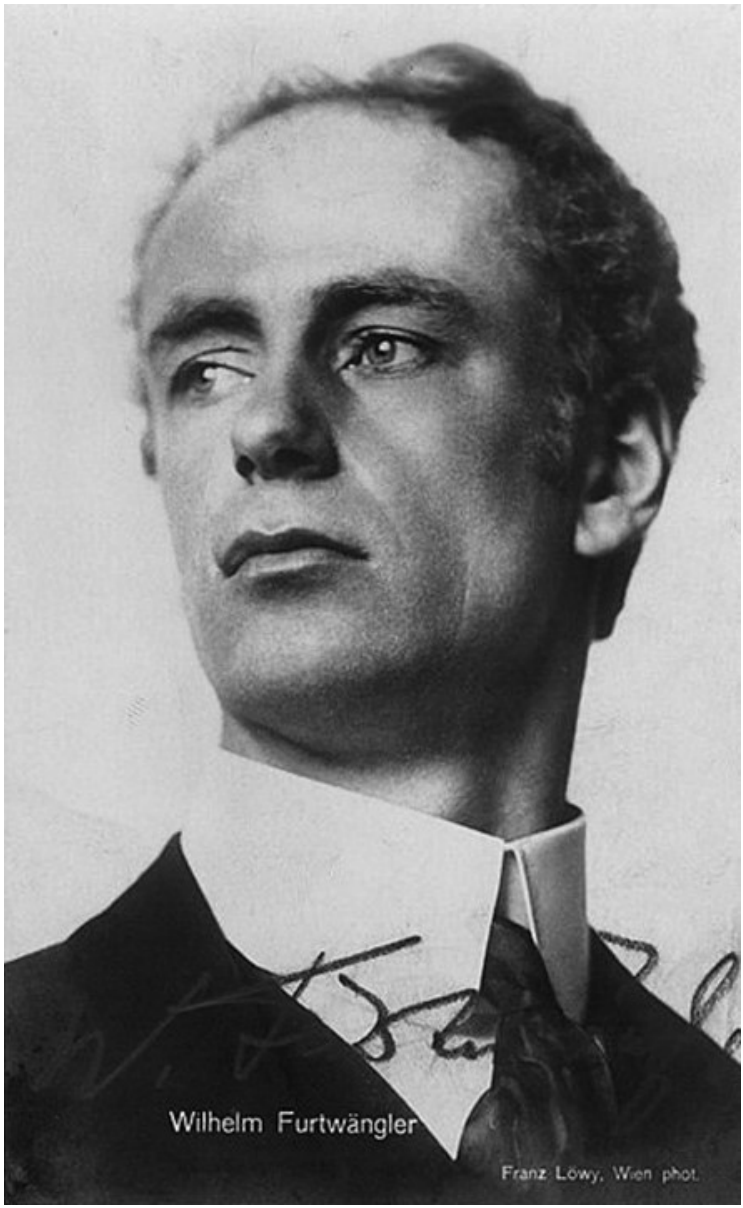
—¡Desde Canadá! —dice—. Creo que nunca he tenido un visitante que viniera desde tan lejos.

Frau Bastiaan niega con la cabeza:

—¡Erich, el señor Pearson vive en Kreuzberg! —dice en alusión a mi barrio en Berlín Occidental.

Si Herr Hartmann fuera un pájaro, podría ser una grulla. Una grulla que te examina con atenta curiosidad: alto, muy delgado, cara larga y ovalada, nariz prominente, ojos pequeños que miran de soslayo. Captar la atención de esos ojos, interesados y diáfanos, resulta fácil. Herr Hartmann lleva una camisa perfectamente planchada.

Miro a mi alrededor: el estuche de libros antiguos encuadernados en piel; la cama, con la colcha de punto y los asideros; las pinturas al óleo de flores; una foto grande de la orquesta tocando en la antigua sala de conciertos de la Filarmónica (cuando todavía no había sido bombardeada); un disco de vinilo de Beethoven chapado en oro; una fotografía de la despedida de Hartmann tras su jubilación en 1985, después de cuarenta y un años en la orquesta (en la imagen recibe la felicitación del entonces director principal, Herbert von Karajan); una fotografía enmarcada de Wilhelm Furtwängler mirando hacia abajo... Desde la ventana, se ve un jardín moribundo.



Busco con la mirada el contrabajo de Hartmann. El objeto más cercano a la historia de un músico es su instrumento —una parte de su cuerpo, una extremidad adicional—, y yo quiero contar la historia del suyo. Sin embargo, debajo del televisor

solo hay un pequeño teclado electrónico desenchufado. Entonces reparo en los tres viejos arcos que cuelgan de la pared. Tienen una relación metonímica con el *Kontrabass* ausente, acaso demasiado voluminoso para tenerlo aquí.

Pregunto por qué razón hay tres.

—Cada uno tiene sus particularidades —responde Herr Hartmann, que acto seguido agrega—: Habría que encordarlos de nuevo con crin de caballo.

Admito que los tres me parecen iguales y le pregunto:

—¿Cuándo fue la última vez que tocó el contrabajo?

—¡Hace tanto tiempo! Cuando aún podía conducir. Hace veinte años. Esa fue la última vez.

Me cuenta que tocó un cuarteto de Dvořák. O quizá de Schubert... No lo recuerda.

—Debe extrañarlo, ¿no?

—Por supuesto. Y también el piano. Aquí puedo practicar un poco, pero es difícil enchufarlo. Y es muy pequeño.

Frau Bastiaan lo ayuda a acomodarse en la mesa, y después saca las galletas de almendras que ha hecho ella misma y las pone en medio de los vasos y los libros. Tiene habilidad y experiencia en el trato con personas mayores, y habla en voz alta. Intento hacer lo mismo. Herr Hartmann se muestra tan simpático en sus respuestas que, oyéndolo, uno tiene la impresión de que envejecer no es un problema. Mientras tomamos asiento cerca de la ventana, vuelve a sorprenderme lo rápido que oscurece a esta hora en Berlín. Frau Bastiaan nos ofrece un punto de partida cuando dice:

—Tu padre era fabricante de pianos en Leipzig...

JUVENTUD

Erich Hartmann creció rodeado de instrumentos.

—Mi padre tenía su propia tienda. Una grande en la que vendía pianos, armonios... —el taller, explica, se encontraba por debajo del nivel de la calle—. ¡El sótano todavía está allí!

Erich y su hermana ayudaban a su padre con las reparaciones. La empresa contrató a un afinador de pianos ciego:

—Era el mejor, tenía un oído insuperable.

Este hombre de noventa y ocho años me describe la delicada atmósfera del taller de su padre a primera hora de la mañana. El chico bajaba al sótano «alrededor de las siete o las siete y media, antes de que empezaran a llegar los clientes, a las nueve o nueve y media», y aprovechaba para practicar con los distintos instrumentos. Era muy joven y el lugar le resultaba «encantador». También es un pianista consumado, lo cual no es de extrañar, ya que se crio con una educación musical basada en el tradicional enfoque sajón. Aprendió a tocar más de un instrumento y también a componer. La máxima era: «¡No solo debes tocar música, debes conocerla!».

—¿Qué edad tenía cuando empezó a tocar el contrabajo? —le pregunto.

—Quince o dieciséis años. Fui con mi padre al conservatorio y me explicaron que necesitaban ciertos instrumentos. Fagot, contrabajo... «No necesitamos flautistas ni violinistas. Así que piensa bien qué instrumento quieres tocar», me dijeron. Fue una elección difícil. Pensé en ello mucho tiempo. ¡Pero sabía que quería un instrumento de cuerda, y yo era alto!

—¿Ya sabía que quería ser músico de orquesta?

—Oí a la Filarmónica de Berlín en la antigua Gewandhaus de Leipzig. Fue la primera vez que vi a Furtwängler y su orquesta. Y me pareció magnífico. Pero nunca podría haber imaginado que un día estaría ahí con ellos, en medio de la acción.

Antes de llegar ahí, sin embargo, aquel joven músico había de conocer la guerra. Después de haber luchado un tiempo en

Francia y Polonia, fue enviado al frente oriental de la guerra de Hitler, justo en el momento en que la suerte de Alemania viraba hacia la derrota. La batalla de Stalingrado se desarrolló entre agosto de 1942 y febrero de 1943. Entretanto, el gran número de bajas soviéticas en las batallas contra los alemanes al sur de Moscú haría que esa parte de la campaña se conociera como la «picadora de carne de Rzhev» (por la ciudad a orillas del Volga). En el frente oriental, acabarían muriendo millones de personas.

La Filarmónica de Berlín con Furtwängler, en los años de la guerra.

—Estuve en Rusia —explica Hartmann—. Nevaba y no había ropa de invierno para los soldados. Hitler dijo que la ropa llegaría y que los soldados tenían que permanecer en sus puestos: ¡la guerra debía continuar! Eso fue lo que dijo Hitler. Sufrimos un bombardeo, y una de las bombas alcanzó a seis o siete personas, entre ellas a mí.

Hartmann sobrevivió por los pelos. Herido de gravedad, se le trasladó (con el brazo derecho destrozado) a Varsovia, donde le dijeron que allí no podían ocuparse de él. Entonces lo enviaron

al suroeste de Alemania, cerca de la ciudad de Ulm.

Frau Bastiaan comenta:

—Tienes la mano fría. ¿Cerramos la ventana?

Ella se pone de pie y Erich Hartmann continúa describiendo los meses que pasó en un hogar de recuperación católico bien abastecido.

—Estuvieron a punto de amputarte el brazo. ¿Por qué no se lo enseñas? —dice Frau Bastiaan, al tiempo que empieza a subirle la manga al anciano.

Sorprendido, me echo hacia atrás. La mitad del antebrazo derecho de Erich presenta unos cortes que llegan hasta el hueso.

Su piel, seca y cubierta de manchas de la edad, es como la del tronco de un viejo árbol al que se le ha hecho un corte oblicuo. Con el tiempo, el árbol ha compensado el tajo con un nudo curtido. Advierto cómo la piel se pliega alrededor de la cicatriz y vuelve a ser suave y lisa cerca del codo. Observo esa distorsión apenas un instante, porque la manga la cubre de nuevo.

Una prueba física del frente oriental en uno de los últimos cuerpos supervivientes. Me siento más cerca de la guerra de lo que lo he estado en mucho tiempo. El testimonio es visual y, en su violencia, incluso sensual; nos cuenta algo que un documento tendría problemas para expresar con claridad. Y esa prueba irrefutable forma parte de este hombre sonriente. Es como si 1943 estuviera justo al otro lado de la ventana. Herr Hartmann extiende el brazo contrario y coge otra galletita de almendra.

—Sin duda eso hizo que te fuera muy difícil tocar el contrabajo —comenta Frau Bastiaan.

—Con la mano derecha no podía tocar —responde él—, pero sí podía sujetar el arco. Tardé nueve meses en recuperarme. Me cuidaron bien; el médico sabía cuál era mi profesión. Pronto pude caminar un poco.

La clínica fue un respiro que lo libró de las batallas más

sangrientas de la guerra. Más tarde, los pacientes que podían caminar fueron de excursión a la enorme catedral de Ulm («Fue hermoso. Realmente nos encantó»), y Hartmann tocó el órgano en la habitación de una monja. Ella le deseó una pronta mejoría y también lo animó a visitarla de nuevo. Una vez recuperado, regresó a casa de sus padres en Leipzig y quedó exento del servicio porque ya no podía manejar un arma.

—En Leipzig, mi maestro me dijo que había una vacante en la Filarmónica de Berlín y que debía ir y hacer una audición. Yo le dije que no tenía sentido hacerlo, porque no estaba lo bastante avanzado en mis estudios. «Eso no es importante», replicó él. «De cada audición aprenderás algo». Y tenía razón.

Hartmann cuenta que tomó la decisión casi sin pensar y describe la ilusión de la familia mientras se preparaba para viajar a la capital. Berlín todavía se consideraba relativamente segura, debido a una pausa de los bombardeos sobre la ciudad entre 1942 y buena parte de 1943, cuando los británicos dieron prioridad a la batalla naval en el Atlántico. Los bombarderos de la RAF no volverían a dirigir su poderío aéreo hacia la capital alemana hasta noviembre de 1943, justo cuando Hartmann se encaminaba a la metrópolis.

—Yo no conocía Berlín. Mi hermana dijo que quería acompañarme. Y mi madre decidió que vendría con nosotros. De modo que, al final, viajamos los tres juntos... Con el contrabajo, por supuesto. Estábamos en 1943.

Me los imagino metidos en un compartimento de tren con el enorme instrumento.

—¿Y qué pasó en la audición?

—Me presenté y pedí disculpas por no haber llevado acompañamiento, y ellos me dijeron que eso no era importante. Tenemos todo lo que puedas necesitar aquí. Así que subí las escaleras y allí estaba un miembro de la orquesta para

acompañarme. Furtwängler no estaba ese día, pero la orquesta al completo me escuchó. Después de tocar, esperaba que dijeran que estaba bien o que estaba mal, o que volviera más tarde. Pero no me dijeron absolutamente nada.

—¿Nada?

—Nada. Se limitaron a darme una hoja de papel en la que estaban anotados los próximos ensayos y los conciertos en los que tendría que participar.

—¡Guau!

El contrabajo

Contratado desde el 1 de noviembre de 1943, Erich Hartmann se encontró tocando con la orquesta sin poder siquiera tomarse un respiro. El contrato de un año constituía una presión adicional: al cabo del año de prueba obligatorio (como ocurre en la actualidad), la orquesta votaría su continuidad en el puesto. Necesitaba convencer a dos tercios de los miembros. Pero era poco probable que pudiera conseguirlo con el contrabajo que entonces tenía.

Hartmann me explica que, si bien el suyo era un buen instrumento para solos, con un sonido nítido, no era apropiado para tocar en una orquesta. Supuso que sería difícil encontrar otro *Kontrabass*, pero sus nuevos colegas le dijeron: «¡Claro que puedes, solo tienes que hacer un esfuerzo!». Berlín, por supuesto, estaba llena de fabricantes de instrumentos. Con un puñado de direcciones, Hartmann comenzó la búsqueda.

—¡Y funcionó! Encontré mi contrabajo justo en el primer lugar al que fui. Les expliqué que quería un contrabajo bonito, antiguo. Y ellos dijeron: «Tienes suerte; nos acaba de llegar uno». Ya, ya, pero ¿cuánto costará? Y ellos respondieron: «Por el momento nada, ya que has sido contratado por la orquesta.

Llévatelo. Lo único que tienes que hacer es tener cuidado y no dañarlo». Les respondí que era una persona cuidadosa, así que me lo llevé y se lo enseñé a mis colegas. Y ellos dijeron de inmediato: «Es perfecto». Les gustó: tenía todo lo necesario, era un instrumento espléndido. Todo había salido bien, salvo que... ¡no tenía ni idea de cuánto costaba! Y ellos dijeron: «No te preocupes por eso. Lo pagaremos nosotros y ya nos lo irás pagando cada mes». Y pensé que no era mala idea. Y así lo hice.

—¿Cuánto tiempo tocó ese instrumento?

—Hasta que me retiré.

—¿Y qué edad tenía usted en noviembre de 1943?

—Yo sé la respuesta —interviene Frau Bastiaan—. ¿Lo digo? Veintitrés años.

—¡Era jovencísimo!

—Mi marido tenía treinta y cuatro en ese momento —dice ella.

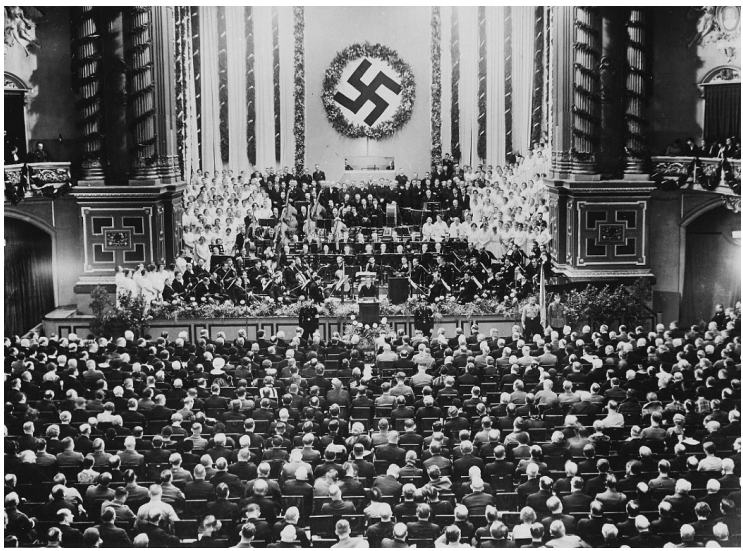
—Con tu marido siempre tuve una buena relación —dice Hartmann—. Nos entendimos de inmediato. Nunca lo olvidaré.

Me imagino a Hartmann yendo a ensayar. Una nueva ciudad, un nuevo instrumento, un nuevo trabajo... Un joven que comienza su vida profesional en el punto álgido de una guerra mundial.

UNA ORQUESTA NAZI

La orquesta a la que se unió Erich Hartmann en 1943 había estado, durante diez años, controlada directamente por el gobierno nazi. Esa situación había empezado en el otoño de 1933 (cuando la intervención del régimen salvó a la Filarmónica de Berlín, que se encontraba al borde de la bancarrota) y se oficializó en enero de 1934. Habiendo cambiado la independencia por la seguridad financiera, la orquesta se

doblegó a la política cultural nazi, y sus miembros se convirtieron en empleados del Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels. De hecho, esta joya de la corona de la escena cultural alemana se convertiría en un componente esencial del arsenal propagandístico del Estado. Después de la guerra, muchos afirmarían que la orquesta «nunca había sido una orquesta nazi», pues solo el 18 % del centenar de músicos que la componían pertenecía al Partido (en comparación con el 44 % de la Filarmónica de Viena). No obstante, ese argumento pasa por alto la titularidad de la orquesta, su misión y los privilegios de los que disfrutó a lo largo de ese período.



Inauguración de la *Reichskulturkammer*, 15 de noviembre de 1933.

La política cultural nazi estaba a cargo de la *Reichskulturkammer*, o Cámara de cultura del Reich, un organismo para la coordinación de las artes. Richard Strauss se convirtió en el primer presidente de la *Reichsmusikkammer*, o Cámara de música del Reich, una institución fundada en la sede de la orquesta, con lo que, además de albergar los conciertos de

la Filarmónica, el recinto se convirtió también en escenario de acontecimientos de carácter propagandístico. El enfoque de los nazis promovía la «autogestión bajo supervisión estatal». En otras palabras, los propios músicos tenían que hacer el trabajo sucio.

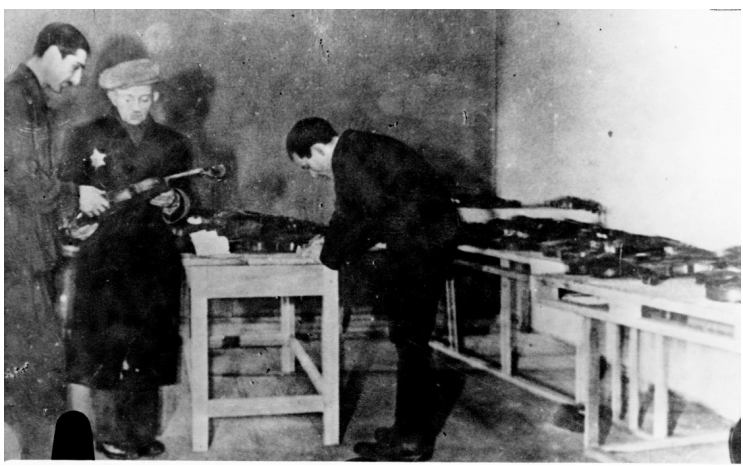
La Filarmónica de Berlín brilló para el Estado nazi y su presencia fue muy apreciada en los eventos oficiales. A partir de 1937, la orquesta dio un concierto con motivo del cumpleaños de Hitler todos los años. Antes de la guerra, interpretó la *Pastoral* de Beethoven y la *Séptima sinfonía* de Bruckner en los mítines del Partido en Núremberg de 1936 y 1938 para celebrar, respectivamente, la remilitarización de Renania y la anexión de Austria. Los conciertos para las Juventudes Hitlerianas entraron a formar parte del programa, al igual que las actuaciones en la Cancillería de Hitler y en el Ministerio de Propaganda de Goebbels. Para llegar a la *Volksgemeinschaft*, la comunidad del pueblo o comunidad nacional, se ofrecieron conciertos a precios asequibles como parte del programa de ocio del Estado, *Kraft durch Freude* («Fuerza a través de la alegría»). Envueltas en esvásticas, eslóganes feroces y demás propaganda, esas funciones eran enormes acontecimientos públicos. Entre octubre de 1944 y abril de 1945, la orquesta también interpretó dieciocho conciertos para la industria armamentística. Se puede argumentar que la orquesta no tuvo más remedio que tocar en tales ocasiones, pero esto no cambia el hecho de que lo hizo. Dado su amor por la música orquestal y, en particular, por Wagner, Hitler obligaba a sus hombres a asistir a conciertos de música clásica, por más reacios que fueran y aunque luego fuera necesario sacudirlos para despertarlos.

La Filarmónica toca en la fábrica de AEG, Berlín, febrero de 1942.

A cambio, los músicos recibieron privilegios reservados a la élite. El Estado se prodigó con el conjunto: basta echar un vistazo al astronómico salario de Furtwängler (184.000 Reichsmarks en 1940, el equivalente a unos 750.000 euros en la actualidad), a las indulgentes cuentas de gastos de los miembros individuales y a la calidad de los instrumentos que tocaban.

A Hitler le molestaba que la Filarmónica de Viena tuviera unos instrumentos tan excelentes y antiguos, cosa que no ocurría con la Filarmónica de Berlín. ¿Por qué? No era por falta de disponibilidad. A lo largo y ancho de la Europa ocupada, los nazis expoliaron miles de instrumentos que pertenecían a los judíos y a otros enemigos del régimen; de hecho, para robar tales tesoros se creó una unidad especial, la *Sonderstab Musik*. El Ministerio de Propaganda inició un programa de adquisiciones con el fin de proporcionar a los músicos de la Filarmónica los mejores instrumentos posibles. Aunque algunos fueron comprados de manera legal durante la guerra, los nazis también recurrieron a intermediarios o agentes a las órdenes de un

intendente del Partido, Heinz Drewes, que había sido director de orquesta y que se convirtió en el asesor musical de Goebbels. En muchos casos, los registros de esos agentes han desaparecido, lo que hace más difícil saber las condiciones en que se adquirió un instrumento dado. Sin embargo, los documentos de los propios nazis arrojan un poco de luz sobre lo ocurrido: un memorando del Ministerio de Propaganda, por citar un ejemplo, rastrea el origen de un instrumento perteneciente a un judío que probablemente huyó de Austria a Italia. Una vez que los instrumentos eran trasladados a la capital alemana, a los músicos se les daba la extravagante oportunidad de elegir por sí mismos cuál querían tocar.



Violines confiscados siendo examinados, gueto de Lodz, 1942.

Con todo, el mayor regalo del régimen a esos músicos fue la concesión de un estatus excepcional que, al eximirlos del servicio militar, sin duda salvó la vida de muchos de ellos: *Unabkömmlichstellung* (*Uk-Stellung*). Considerados esenciales para el esfuerzo bélico, en cuanto desempeñaban una función clave en el aparato de propaganda nazi, los miembros de la orquesta se libraron del reclutamiento universal. Cuando

comenzó la guerra, esto los convirtió en blanco de una envidia comprensible, explica Hartmann en las memorias que escribió en 1996 y que me regaló cuando lo visité. Allí describe lo extraño que le parecía a la gente ver a un hombre de su edad deambulando por las calles de Berlín en los últimos días de la guerra: ¿no debería llevar uniforme? No, la orquesta se consideraba parte del esfuerzo de la «guerra total»: los músicos físicamente aptos eran soldados de infantería que llevaban instrumentos en lugar de armas. Los músicos de la Filarmónica de Berlín, junto con los involucrados en el Festival de Bayreuth, al que Hitler asistía con fervor religioso, fueron los únicos empleados culturales del Estado que conservaron esos privilegios después de septiembre de 1944, cuando se cerraron todos los demás teatros y orquestas sinfónicas y se movilizó a sus miembros.

La Filarmónica también fue cómplice de la «desinfección» del gusto musical alemán y de la expulsión de los artistas judíos y vanguardistas, cuyas obras, doblegándose a las directrices nazis, dejó de interpretar. Una vez más, uno podría tener la tentación de disculpar a una orquesta que bajo un régimen autoritario tenía escasas opciones de intervenir en su programación, pero hacerlo supondría ignorar sus acciones y las consecuencias de estas. Para los nazis, los sonidos disonantes del dodecafonismo de Schoenberg y otros experimentos de la década de 1920 eran mucho más que un asalto metafórico a la armonía de la comunidad racial. La identidad de los compositores también pasó a considerarse primordial. Dada su ascendencia judía, las obras de Felix Mendelssohn eran un ejemplo demasiado obvio, y conmovedor, de la contribución de los judíos a la cultura alemana, y se las condenó con rapidez después de que Furtwängler programara un concierto en 1934 para celebrar el 125.º aniversario del nacimiento del músico. Wolfgang

Stresemann, que más tarde se convertiría en el intendente de la orquesta, se preguntaba si la imagen de Mendelssohn que colgaba en la antigua sala de conciertos de la Filarmónica «apartaba la mirada al ver a Hitler».

Le pregunto a Herr Hartmann qué le habría pasado en esa época si hubiera tocado a Mendelssohn o a Mahler sin darse cuenta de que alguien, a través de una ventana abierta, por ejemplo, escuchaba (y reconocía) la melodía que estaba interpretando.

—Me habría visto obligado a marcharme del país, a Estados Unidos [...]. Tocábamos muchísimo Wagner y Beethoven [...]. tampoco se podía tocar a los rusos. En la guerra, prohibieron a Chaikovski [...]. El programa fue reduciéndose cada vez más.

—¿No era aburrido para los músicos? —le pregunté; había leído que, durante la guerra, la orquesta tocó la *Novena sinfonía* de Beethoven tres veces en un solo mes.

—No, no lo era. Obviamente, habría sido mucho mejor que hubiéramos podido tocar lo que quisiéramos. Después de la guerra, valorábamos y agradecíamos mucho poder hacerlo.

—Una vez terminada la guerra, ¿hubo alguna pieza ante la que dijera: «¡Gracias a Dios puedo tocar esto de nuevo!»?

—En mi caso, Mendelssohn, el *Concierto para violín*. Y su famosa sinfonía. Y, por supuesto, también los rusos, que estuvieron prohibidos durante la guerra. *La suite de El cascanueces* [...]. Es tan cómico que todo eso estuviera prohibido. ¡Los compositores no tenían nada que ver con todo aquello! ¡Llevaban muertos muchísimo tiempo!

Stravinski y Furtwängler, *c.* 1923.

—Sí, pero lo que se consideraba malo era que fuera «música judía» —añade Frau Bastiaan—. Ahora que lo pienso: si naciste en 1920, en 1933 tendrías trece años, lo que significa que no tocaste a Mendelssohn como parte de tu formación musical.

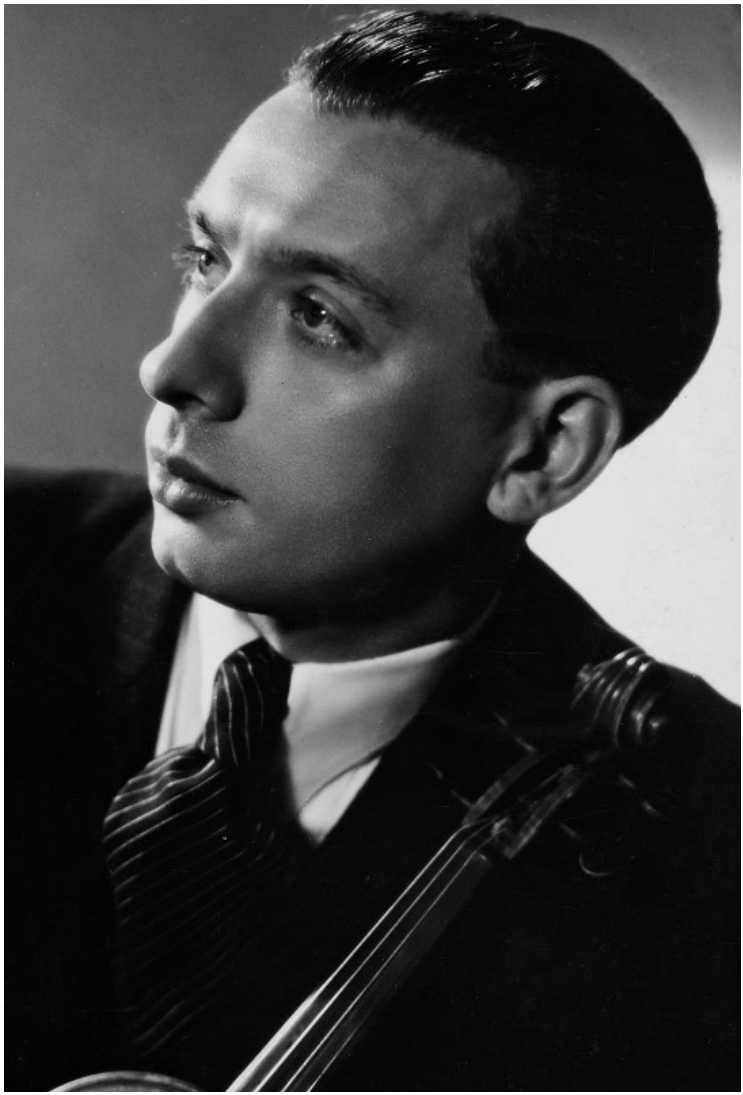
—Así es.

—En el caso de mi esposo fue diferente. Era nueve años mayor que tú y se unió a la orquesta en 1934. Aprendió todo ese repertorio en el conservatorio.

Herr Hartmann suspira:

—Sí, yo era el más joven —dice.

La experiencia de Johannes Hans Bastiaan con la orquesta fue sin duda muy distinta de la de Hartmann; de hecho, Hans fue testigo del ascenso al poder de los nazis. De nuevo siento la pena que supone la desaparición de tantos sujetos de investigación: ¡cuánto me hubiera gustado entrevistarlo! Aunque nació en Núremberg y creció en Berlín, Hans Bastiaan provenía, por parte de padre, de una familia musical neerlandesa, orígenes a los que tuvo que renunciar para permanecer en la orquesta. En el trascendental año político de 1932-1933, tocó en la Orquesta Sinfónica de Radio Berlín, y para la siguiente temporada se incorporó a la Filarmónica, de la que pasó a ser miembro permanente en octubre de 1934. A lo largo de los doce meses siguientes, justo después de que se le diera la oportunidad de unirse a la gran orquesta, los músicos judíos de la institución perderían sus trabajos.



TOCAR PARA FURTWÄNGLER

—Háblale a Joseph de la primera vez que ensayaste en la antigua sala de conciertos de la Filarmónica. Y de cuando tocaste con la orquesta por primera vez... ¿Cómo fue? ¡A él le interesan esas cosas!

—No fue fácil para mí —dice, recordándose plantado con su contrabajo ante el gran director—. Había piezas que nunca había tocado hasta entonces y, además, tenía que tocar coordinado con los demás. ¡Por suerte, me llevé muy bien con ellos!

Había una razón para eso: Herr Hartmann tenía talento, lo que le permitió sortear el problema del nuevo repertorio y conseguir tocarlo de una forma más o menos presentable con la mejor orquesta de Alemania.

Furtwängler saluda a Göring, Hitler y Goebbels, sentados en primera fila, 1935.

—Podía tocar siguiendo la partitura. Eso fue lo que me salvó [...], tocar con soltura sin necesidad de ensayar —dice.

Y por esa razón la orquesta de la Ópera Estatal también quiso contratarlo, pero Hartmann rechazó la oferta y se quedó en la Filarmónica.

Sus primeros meses debieron de resultarle dramáticos. La música no murió en Berlín durante la guerra; de hecho, floreció. En noviembre y diciembre de 1943, poco después de

incorporarse a la institución cultural más célebre de Alemania, Hartmann tocó bajo la dirección de Wilhelm Furtwängler, cuyos programas ese otoño incluyeron la *Sexta sinfonía* de Bruckner, la *Cuarta sinfonía* de Brahms y el *Concierto para violonchelo* de Schumann interpretado por Pierre Fournier. En la función de Año Nuevo, Wilhelm Kempff tocó como solista el *Concierto para piano n.º 2* de Chopin. El 26 de enero de 1944, la orquesta interpretó *Don Juan* y *Una vida de héroe*, de Richard Strauss, con motivo del octogésimo aniversario del compositor. Sin embargo, esos conciertos de renombre tenían lugar en medio de los horrores de la guerra, ya que, por la misma época, la capital alemana volvió a ser blanco de un intenso bombardeo aéreo. El 28 de noviembre de 1943, el que habría sido uno de los primeros conciertos de Hartmann bajo la dirección del maestro Karl Böhm (quien había sido un ferviente defensor del *Anschluß*, la anexión de Austria a la Alemania nazi) tuvo que ser cancelado debido a un ataque aéreo, y, una semana después, la sede de la Filarmónica fue bombardeada.

Richard Strauss, Heinz Drewes y Joseph Goebbels en 1938 (*de izquierda a derecha*).

—¿Tocó para Goebbels en el Ministerio de Propaganda? —le pregunto a Hartmann. Goebbels se refería a la Filarmónica de Berlín como «su» orquesta, y Hitler también estuvo presente en algunos de esos conciertos.

—No recuerdo haberlo hecho. Pero él asistía con frecuencia a nuestros conciertos. Y también Speer; él era, definitivamente, el más inteligente de ellos —responde, refiriéndose al arquitecto

jefe de Hitler.

Le pregunto entonces cómo fue tocar con Wilhelm Furtwängler, el polémico director de la orquesta y, quizás, el más famoso del siglo XX. Había sido nombrado director de la Filarmónica en 1922, y permaneció en el cargo hasta enero de 1945, cuando huyó a Suiza (solo regresó a Alemania tras el fin de la guerra). Aunque tuvo muchas oportunidades de salir de Alemania después de que los nazis llegaran al poder (como en 1935, cuando se le ofreció la dirección de la Filarmónica de Nueva York), decidió quedarse y tuvo una estrecha relación con Joseph Goebbels, con quien solía dar largos paseos.

Por un lado, Furtwängler es conocido por defender a los músicos judíos de la orquesta y por haber sido suspendido por estrenar la sinfonía *Matías el pintor*, de Paul Hindemith, un compositor que Hitler detestaba. En un artículo publicado en la prensa, el director defendió a Hindemith y la libertad artística, lo que le valió ser suspendido de su cargo el 4 de diciembre de 1934. No obstante, el 28 de febrero de 1935 regresó arrepentido al redil de Goebbels. Thomas Mann anotaría en su diario: «A Furtwängler se le hizo someterse para poderlo redimir en la gracia». Hindemith, por su parte, terminaría exiliándose en Suiza en 1938, dos años después de que su música fuera definitivamente prohibida por los nazis. El alcance de la complicidad de Furtwängler con el régimen seguiría siendo objeto de un feroz debate.

—Furtwängler era muy estricto —señala Hartmann—. Era capaz de apreciar lo que hacía cada músico de forma individual. Sabía con exactitud si alguien estaba tocando correctamente y en armonía con los demás. Karajan también tenía esa facultad. La mayoría piensa: «Oh, ni siquiera puede verme». Pero en los ensayos [Furtwängler] incluso advertía cuándo alguien estaba leyendo el periódico [...]. Era bastante alto, de modo que podía

vernos bien. Decía: «Eh, usted, allá: tiene que esforzarse más». Karajan no lo hacía de esa forma; él dejaba que fueran los administradores quienes te lo dijeran. Furtwängler, en cambio, te lo decía directamente. Era mejor así.

—¿Tocar con él era diferente de tocar con otros directores?

—Todo se reducía a una sensación. Te dabas cuenta de que estabas delante de un director realmente grandioso. No solo era alto de estatura, también lo era en un sentido espiritual.

Escucho a Herr Hartmann, que hace una pausa para tomar otra galleta, y reflexiono sobre lo fácil que es confundir al hombre con la música. ¿Se le escapa la metáfora: casi un centenar de hombres, vestidos de la misma manera, mirando en la misma dirección, siguiendo al unísono la dirección de un líder espiritual? ¿No era exactamente eso, orientado aquí a la producción de una música gloriosa, lo que también buscaban los generales? Por un momento, imagino a los músicos empuñando no violas, oboes y trompetas, sino ametralladoras, y apuntando con ellas a un público al que las luces del escenario les impiden ver.

Nazis y judíos

—¿Y cómo era su relación con los demás músicos? —pregunto —. Cuando se unió a la orquesta, era el único miembro que había sido soldado. Los demás no tuvieron esa experiencia. ¿Cómo reaccionaron?

—Quizá fuera el hombre más joven de la orquesta, pero, como había peleado en la guerra, los demás dijeron: «Este se las sabe todas».

Hartmann cuenta que muchos de los músicos le tenían un poco de miedo por esa razón, pero que entre los nazis gozaba de cierta popularidad precisamente por el hecho de haber sido un

combatiente, un héroe de guerra. Un miembro del Partido incluso le ayudó a encontrar un sitio para vivir. En sus memorias, Hartmann es indulgente con ellos: «No quisiera juzgar hoy con demasiada dureza a aquellos que todavía abrigaban algún sentimiento humano a pesar de las convicciones políticas que tenían en ese momento».

En lo que respecta a la política, la Filarmónica era un entorno volátil en el que resultaba difícil moverse. Hartmann me dice que la mayoría de los músicos estaban en contra del régimen, pero que, entre los que se contaban como miembros del Partido (el 18 % ya señalado), había un grupo de nazis acérrimos que mantenía bajo control a todos los demás. Entre los contrabajos, Arno Burkhardt era miembro del Partido, si bien él no era tan radical como, por señalar a alguno, los violinistas Werner Buchholz y Reinhard Wolf, el violonchelista Wolfram Kleber o el trompetista Anton Schuldes.

—¡Había uno que usaba el uniforme de las SA en los ensayos! —exclama Hartmann en referencia al violinista Hans Woywoth.

En 1937 la Filarmónica eligió por mayoría a un pequeño grupo de miembros nazis como representantes de toda la comunidad, y en 1938 la orquesta al completo participó en un juramento al Führer. El contrato de prestación de servicios de 1939 —un documento redactado por los propios músicos, no por el gobierno— dejaba bastante clara la relación de la institución con el Estado nazi, al comprometer a los músicos con la «visión del mundo nacionalsocialista» y «las leyes no escritas de la cultura alemana». Como esperaba el Ministerio de Propaganda, la orquesta autogestionó su lealtad al Estado nazi.

—¿Eran peligrosos esos miembros del Partido?

—Sí, eran peligrosos. Si te ibas de la lengua, podían denunciarte.

—¿Los presionaban para que se unieran al Partido? —

pregunto, consciente de que la afiliación no era un requisito.

—¡Por supuesto! Había presiones, también por parte de la dirección. Hubo muchos que acabaron afiliándose. Pero también hubo muchos que no. Y muchos de los que sí lo hicieron eran personas inofensivas.

—¿Y usted por qué no lo hizo?

—Ellos no se fiaban de mí porque yo, a diferencia de otros, había sido soldado. En cualquier caso, me habría negado. Sin duda alguna, pensaban: «Puede que sea alguien peligroso». Ni ellos me conocían a mí ni yo no los conocía a ellos.

—¿Había en la orquesta miembros de grupos minoritarios: romaníes, homosexuales, discapacitados...?

—Había un músico discapacitado. No sé en qué consistía su discapacidad, pero no afectaba a su desempeño como músico. Participaba en todo, incluso en las giras.

Y en lo que respecta a la homosexualidad en la Filarmónica, Herr Hartmann afirma:

Szymon Goldberg y Gilbert Back durante una gira, 1931.

—No sé nada al respecto.

—¿Y qué pasaba con quienes tenían vínculos judíos? Bruno Stenzel era mitad judío. ¿Lo sabía la gente? —Stenzel eran el segundo violín y se le había permitido permanecer en la orquesta a pesar de ser de «sangre mixta».

—No creo que lo supiera nadie excepto la gerencia.

Frau Bastiaan comenta:

—Sin duda estuvo sometido a una presión enorme.

—La esposa de Herr [Ernst] Fischer, el clarinetista, era judía. No fue fácil para él. Fue horrible lo que hicieron. Quemaron libros. Quemaron partituras...

Muchos solistas judíos habían dejado de tocar en los escenarios alemanes en 1933. Por esa misma época, muchos de los compositores y directores judíos más importantes abandonaron el país: Kurt Weill, Otto Klemperer, Arnold Schoenberg, Bruno Walter... Furtwängler era conocido por criticar a los músicos y compositores judíos; ningún judío se había incorporado a la orquesta desde la temporada 1929-1930. Pero el director también era conocido por protegerlos. En estos años, y debido a la recesión económica, la Filarmónica había empezado a recibir fondos del Estado, y por estas mismas fechas la prensa nazi empezó una dura campaña contra los músicos judíos de la orquesta. Furtwängler, pese a sus antipatías, ignoró la presión. Sin embargo, a partir de 1933, el Partido Nazi se hizo con el control absoluto de la institución, y el 7 de abril de ese año promulgó una ley que purgaba a los judíos de las instituciones culturales del Estado. A partir de ese momento, los músicos judíos quedaron más expuestos.

Las leyes raciales del Estado nazi supusieron una amenaza directa para, aproximadamente, un 10 % de los músicos de la orquesta. Durante la breve ausencia de Furtwängler tras el caso Hindemith, los cuatro músicos judíos de la Filarmónica perdieron sus trabajos. Los dos clasificados como «mestizos» y

los cuatro que tenían esposas judías pudieron quedarse, pero en condiciones precarias y sometidos al acoso de la Gestapo. A las cónyuges judías no se les permitía asistir a las funciones.

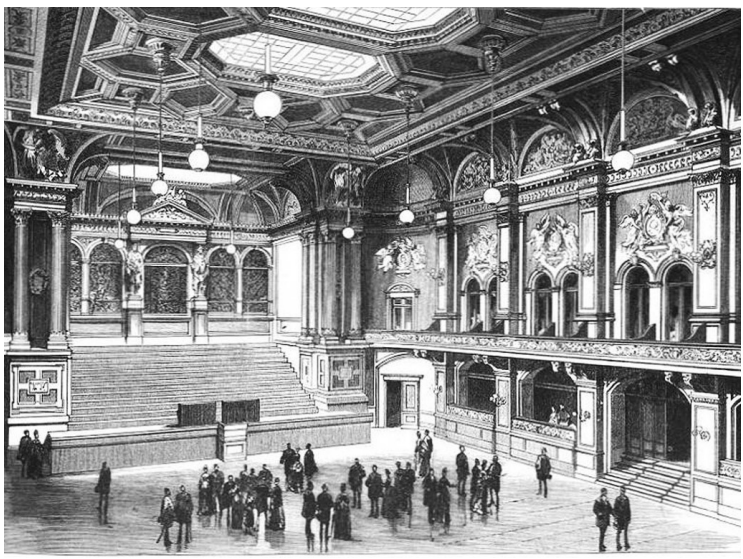
En 1935 los carteles de la sede de la Filarmónica indicaban que se prohibía la entrada de judíos a la sala; los abonos de los patronos judíos fueron cancelados. Para la temporada 1935-1936, ya no había músicos judíos en la orquesta. Todos se habían marchado, en su mayoría a Estados Unidos. Uno de ellos, Szymon Goldberg, que durante una gira en Asia sería detenido por los japoneses e internado junto con su familia en lo que entonces era la Indonesia neerlandesa, nunca volvió a actuar en Alemania; murió en 1993. Me pregunto qué pensaba él de los colegas que se quedaron y continuaron tocando.

Alte Philharmonie

Aunque tocó en muchos espacios con su contrabajo, el que más ha perdurado en la memoria de Herr Hartmann fue la Alte Philharmonie, la antigua sala de conciertos de la Filarmónica en la Bernburger Straße de Berlín. Resulta difícil creer que la Alte Philharmonie fuera originalmente una pista de patinaje. De forma ovalada y techos abovedados, el local sería a partir de 1888 la sede de la que estaba llamada a ser la mejor orquesta de Europa.

Me gusta imaginar la pista convertida en la platea, las gradas en los palcos, todo el espacio cubierto de columnas y adornos... La remodelación neoclásica estilo *Gründerzeit* no era muy popular entre el público de la década de 1920, que, entusiasmado con la Bauhaus, la consideraba de gusto cuestionable; en este sentido, la sala se adaptaba mejor a la estética nazi. Los asientos de madera eran famosos por su incomodidad, y desde muchos de ellos ni siquiera era posible

ver el altísimo escenario. Se habló incluso de demolerla (quienes así lo querían solo tendrían que esperar hasta 1944). Para disfrutar de verdad de su cualidad más famosa, había que cerrar los ojos. Pau Casals, Fritz Kreisler, Serguéi Rajmáninov y Vladimir Horowitz (a los veintidós años) tocaron aquí antes de que los nazis llegaran al poder.



—No llegó a tocar mucho tiempo en la Alte Philharmonie —le comento a Hartmann.

—¡Apenas un trimestre!

—¿Por qué entonces le quedó tan grabada en la memoria?

—Porque la acústica era maravillosa...

Hartmann me explica que, si bien la actual sala de conciertos de la Filarmónica tiene una «acústica grandiosa», la de la Alte Philharmonie era mejor, comparable a la de su recinto preferido: el Carnegie Hall de Nueva York. Incluso cuando era una simple pista de patinaje, los visitantes notaban que tenía un sonido magnífico. Imagino el ruido de las ruedas de los patines arañando el suelo. ¡Una fabulosa discoteca para patinadores! Y

lo cierto es que la Alte Philharmonie se utilizó para bailes de gala y de disfraces, así como para mítines políticos de izquierda y derecha.

Frau Bastiaan dice que la sala permanece en la memoria de Hartmann porque fue el lugar de su primera experiencia con «esa famosa orquesta y ese famoso director». Fue donde se plantó con su instrumento en la última fila por primera vez, quizá junto a un miembro del Partido, con la mirada puesta en Furtwängler.

La Alte Philharmonie en 1939, con Wilhelm Furtwängler en el podio.

En ese espacio con capacidad para 2.500 personas se hizo música grandiosa, y otro tanto puede decirse de la vecina Beethovensaal, construida para conciertos de música de cámara. Sin embargo, el 30 de enero de 1944, fecha del undécimo aniversario de la llegada al poder de Hitler, la Alte Philharmonie fue bombardeada.

DESTRUCCIÓN

Resulta extraordinario pensar que Hartmann se encontrara ese día allí, entre los miembros de la orquesta que cada noche eran elegidos para contribuir a la defensa antiaérea. Por turnos, los músicos traían sus propias almohadas y dormían en el edificio vestidos con uniformes y, en caso de ataque, contaban con máscaras antigás y cascos. No puedo evitar preguntarme qué podían hacer unos cuantos miembros de, digamos, la sección de cuerdas contra un bombardeo aliado.

Animado, Hartmann me cuenta:

—Siempre había seis personas que se quedaban allí para asegurarse de que todo estuviera bien. Ninguno de los demás

sigue vivo. Solo yo. Esa noche, aviones ingleses, o estadounidenses, lanzaron un intenso ataque [...], acudieron los bomberos, pero dijeron: «No podemos apagar esto». No era solo fuego. Eran bombas de fósforo que solo podían apagarse con arena. ¿Qué podíamos hacer?

»Fue difícil entrar en la sala, porque el techo amenazaba con venírsenos encima. Lo único que conseguimos salvar fueron algunas filas de sillas. ¡Me pregunto qué habrá pasado con ellas! Quizá la gente se las llevó o las usaron como leña. No teníamos leña... En la actualidad quedan muy pocas de aquellas sillas.

Y continúa:

—En un momento dado, nos dijeron: «¡No entréis más!». Hasta entonces habíamos estado entrando y saliendo, pero luego no pudimos volver a entrar, porque todo el techo se vino abajo.

Me imagino el caos de la escena, con los enormes candelabros sobrecalentados estrellándose contra el suelo. A continuación, los músicos centraron sus esfuerzos en la Beethovensaal y en los instrumentos guardados en el sótano del edificio.

—Cuando se quemó la Alte Philharmonie, ¿dónde tenías el contrabajo? —pregunta Frau Bastiaan.

De inmediato, me imagino a Hartmann saliendo del edificio en llamas con su instrumento, pero no fue así.

—Lo tenía a salvo —contesta—. No lo guardaba allí [...], estaba en una caseta de almacenamiento debajo de una línea del S-Bahn [...]. Y los solistas siempre se llevaban los instrumentos pequeños a casa: violines, violonchelos... Muchos eran muy valiosos.

Incluso setenta y cinco años después, la tristeza es visible en él:

—No podéis imaginar lo rápido que corrió la voz en Berlín de que la Filarmónica había sido arrasada. Un director, Hermann Abendroth, acudió en cuanto se enteró. Estaba horrorizado.

Todos lo estábamos, en realidad, pero no podíamos hacer mucho más. Era la guerra. Solo podías decir: esperemos que termine pronto. Sí, eso fue lo que ocurrió. Pero nunca olvidas esa atmósfera. La llevas siempre dentro de ti. Me siento feliz de haber conocido esas salas, de haber practicado en ellas.

Después de la guerra, la Alte Philharmonie permaneció en ruinas durante un tiempo. Finalmente, el 18 de septiembre de 1952, el esqueleto, incluida parte de la fachada, se demolió. Los restos, que ocupaban un área de unos trece mil metros cuadrados, se trasladaron poco a poco a una gigantesca colina artificial hecha de escombros, la Teufelsberg, la «montaña del diablo». Diseñada por Hans Scharoun, la nueva Philharmonie (un expresivo y orgánico icono de la arquitectura de la segunda posguerra) se inauguró en 1963, al lado del Muro de Berlín, junto al Tiergarten.

No necesitamos imaginar a Herr Hartmann en el espacio donde en otro tiempo había estado la Alte Philharmonie. Frau Bastiaan me cuenta que hay una escena conmovedora en el documental *Das Reichsorchester* («La orquesta del Reich», 2007), en la que visita el lugar y encuentra, en la Bernburger Straße, una parcela vacía entre dos edificios construidos en la década de 1990, con varias piedras amontonadas alrededor de un sumidero y una placa en el suelo.

—Fue a visitar el lugar donde estaba la Alte Philharmonie —digo—. Cuando vio ese espacio, ¿qué sintió?

Él responde de inmediato:

—Pensé: este lugar ha cambiado tanto que ni siquiera logro imaginar que en otro tiempo hubo aquí una filarmónica. Debería haber un monumento o una placa conmemorativa adecuada, que fuera claramente visible: «Aquí se alzaba la antigua Filarmónica» [...]. Pienso en cómo era el edificio. Y en lo diferente que es ahora... —añade, cada vez más sombrío—.

Los niños, en la escuela, ven el antiguo Berlín en las fotografías y todo es tan magnífico... Y después de la guerra, todo quedó tan destruido...

—Apenas pueden creerlo —agrega Frau Bastiaan.

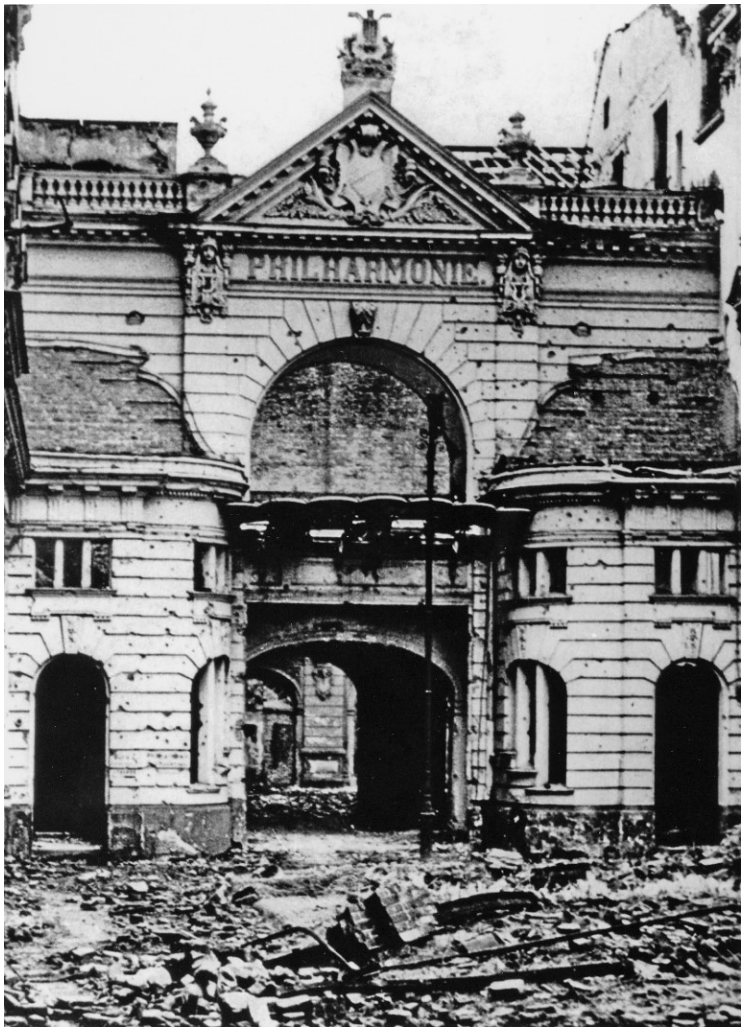
Con la pérdida de la sala, la Filarmónica pasó a tocar de forma itinerante en los escenarios que aún quedaban en Berlín. La Beethovensaal era demasiado pequeña para la orquesta, por lo que dependían de lugares como el Theater des Westens, el Titania Palast y la Opera Estatal de Berlín. Hartmann comenta:

—Dábamos la mayoría de los conciertos por la tarde, porque las bombas rara vez caían durante el día. La gente venía a oírnos. Había alarmas antiaéreas.

Pero incluso un concierto diurno podía verse interrumpido por las bombas. La orquesta entraba en el búnker, esperaba, volvía y luego seguía tocando. Hartmann describe un concierto en el Admiralspalast en el que las luces se apagaron mientras estaban interpretando a Beethoven y, sencillamente, siguieron tocando en la oscuridad.

Los bombardeos no solo afectaron al lugar de trabajo de los músicos, sino también a sus viviendas. Erich Hartmann perdió su apartamento en uno de aquellos ataques aéreos.

—Entonces vivía en la Kirchbachstraße —explica—, en una cuarta planta, y me encontré allí con una mujer y, cuando sonó la alarma antiaérea, ella dijo que prefería no bajar al búnker. «No va a pasar nada...» Pero, al final, bajamos y entramos en el búnker, y cuando volvimos a salir, nos encontramos con que esa pequeña calle había sido destruida por completo. Todo había desaparecido, incluida mi casa. Si hubiera estado arriba... En fin, prefiero no pensar en ello. Fue un golpe de suerte.



—Al rememorar ese momento, ¿le parece como un sueño?

—Cuando pienso en ello, resulta estremecedor. Pensar en el error que habría supuesto no haber bajado a ese búnker... Siempre era mejor ponerse a salvo. Algunos no lo hicieron. Murieron. Mucha gente murió. No solo se destruyeron cosas. Había tantos cadáveres...

A medida que relata estos episodios, soy muy consciente de que, incluso tantos años después, Hartmann revive todo lo

ocurrido como si fuera ayer. A pesar de que los escombros de la Filarmónica hace mucho tiempo que se recogieron, para él aquella tragedia sigue siendo un recuerdo muy nítido, como si todavía estuviera de pie en aquella sala, llena de humo, mirando al techo en llamas. Las sensaciones, como el calor, cauterizan la memoria.

Giras

—Cada instrumento tenía su funda —me dice Hartmann—. En su estuche, el contrabajo encajaba a la perfección. No se movía. Iba asegurado. Todos los demás instrumentos también tenían sus estuches o fundas, los violonchelos, las arpas, los timbales [...]. Para las giras, siempre se enviaban por adelantado protegidos en sus estuches.

A falta de una sede (sin dirección fija), y dado el peligro que seguían suponiendo los bombardeos, la Filarmónica pasó a depender cada vez más de las giras. Hartmann describe la orquesta como un «mascarón de proa de la cultura alemana para la ofensiva propagandística». Lo que resulta increíble es que este monumento de la cultura germana no solo recorrió las fábricas del país, sino también la Europa devastada por la guerra. En septiembre de 1940, los músicos visitaron Róterdam, reducida a cenizas por los bombarderos alemanes. Posteriormente, como si se tratara de un embajador, contribuiría a neutralizar la imagen de poder dictatorial, violencia y racismo homicida con la que se asociaba al régimen, al tiempo que cosechaba excelentes críticas en la prensa extranjera. Según el violista Werner Buchholz, las giras permitían a los músicos «conquistar países», si bien de manera más pacífica que los soldados de la Wehrmacht.

Las giras llevaron a la Filarmónica a Praga en marzo de 1944, a Noruega, entre finales de marzo y comienzos de abril

(Hartmann no participó en esa ocasión), y luego, de abril a junio, a España, Portugal y Francia. Enviados como soldados, en trenes militares, los músicos recibieron instrucciones de permanecer juntos durante las comidas y evitar relacionarse con la población local. Tanto en la prensa nazi como en los juicios de desnazificación llevados a cabo en la posguerra (procesos en los que los acusados fueron interrogados por tribunales oficiales), se planteó la sospecha de que las giras de la Filarmónica eran una tapadera para los agentes de la Gestapo involucrados en labores de espionaje.

Hartmann escribe en sus memorias que, para los músicos de la orquesta, España fue como una «tierra de leche y miel». Tuvieron un gran éxito y recorrieron muchas ciudades, en las que interpretaron un repertorio predecible —Wagner, Beethoven y Brahms— bajo la batuta de Hans Knappertsbusch, un director que dejaba a los miembros de la orquesta mucho tiempo libre, porque no necesitaba ensayar. En Barcelona, una multitud entusiasmada lanzó coronas de flores al escenario. Una película de propaganda, *Philharmoniker* («Filarmónica»), dirigida por Paul Verhoeven, documentó la gira y se estrenó en Berlín el 5 de diciembre de 1944.

Una de las ventajas de estar en un país que no se encontraba en guerra era la disponibilidad de productos que en Alemania resultaban imposibles de conseguir. Los músicos de la Filarmónica se convirtieron en contrabandistas y abarrotaron el tren de regreso con aceite de oliva, productos enlatados y prendas de ropa. Un simple paquete de café tenía mucho valor, pues una vez en Berlín podía cambiarse por todo tipo de

mercancías para mantener alimentada a la familia. Como explicó Herr Bastiaan en una entrevista: «Nunca pensábamos en si estábamos tocando en un país amigo o no [...], lo único que queríamos era comprar café». En la frontera española, eso se reveló problemático: ¿los obligarían a pasar por un control? El *Konzertmeister*, Gerhard Taschner, tuvo una idea brillante para sortear a los guardias sin tener que someterse a la inspección.

—¿Sabe quién era Taschner? —me pregunta Hartmann—. ¿El *Konzertmeister*? ¡Tocó tan bien para los guardias de la aduana en España que nos dejaron seguir! [...]. Esos guardias se limitaron a decirnos: «Todo está correcto, pueden seguir». Taschner era un hombre asombroso.

En el tren, Hartmann coincidió en su compartimento con un percusionista gigantesco, que se sentó encima del sombrero de su colega y destrozó el equipaje de otro con un aceite de oliva que goteaba. En cualquier caso, tales incomodidades eran el menor de los problemas de los músicos viajeros. En Francia, las vías fueron bombardeadas por la aviación de los Aliados. Los pasajeros abandonaron los vagones y se dispersaron aterrorizados, mientras las bombas caían a su alrededor. En cuanto el terror alado desapareció sobre sus cabezas, la orquesta recibió la orden de dirigirse al norte, a París, donde tocó el 9 de junio de 1944. El concierto se celebró en medio del drama de la invasión aliada de Francia, apenas unos días después del Día D.

Recepción después de un concierto en París: el violonchelista principal Arthur Troester (*tercero desde la izquierda*) y el primer violín Gerhard Taschner (*derecha*) con un general alemán y otros invitados.

Al llegar a la Anhalter Bahnhof en Berlín, muchos miembros de la orquesta dejaron sus bienes de contrabando bajo la línea del S-Bahn, en el sótano de la Filarmónica donde solían guardar sus instrumentos. Al día siguiente, sin embargo, cuando los músicos regresaron por ellos, descubrieron que el depósito había sido asaltado y que su botín se había esfumado. Hartmann comenta entre risas que el contrabajo era demasiado difícil de cargar para que se molestaran en robarlo.

Para entonces, Hitler había empezado a temer que su gran director, Furtwängler, fuera víctima de un bombardeo, y dio las órdenes pertinentes para su evacuación. La orquesta tampoco permaneció mucho tiempo en la capital, y pasó todo el mes de agosto y parte de septiembre en un balneario, lejos de la guerra. Se alojaron en un hotel de lujo con sauna y tratamientos a base de hierbas.

—Se despachó a la orquesta entera a Baden-Baden, porque Berlín se había vuelto muy peligrosa y no querían que hubiera más víctimas de la Filarmónica. Para entonces ya habían muerto tres músicos, de modo que nos fuimos a Baden-Baden. Guardo

un grato recuerdo de aquellos días: la guerra no existía allí. Permanecimos ocho semanas en la ciudad. Pero era solo cuestión de tiempo que regresáramos, porque nuestro público en Berlín quería escucharnos.

Tras volver a la capital a mediados de septiembre, Furtwängler dirigió una serie de «conciertos excelentes» desde finales de octubre hasta principios de diciembre en la Staatsoper y en el Admiralspalast; el programa, como era de esperar, incluía más Brahms (la *Tercera sinfonía*, el *Concierto para violín*) y Schubert (la *Sinfonía inconclusa*).

—La orquesta también tocó para las fábricas, para la *Kraft durch Freude*... —comento.

—Sí, también. Nos escuchaban con mucha atención, a pesar de que muchos de esos obreros fabriles nunca habían estado en un concierto. Para ellos era algo especial. La Filarmónica de Berlín era muy famosa, pero ellos nunca habían oído por sí mismos cuán buenos éramos [...]. Y aunque quizá no tuvieran una inclinación especial hacia la música, la apreciaban.

—No acabo de entender por qué la orquesta siguió tocando en las últimas semanas de la guerra. A mediados de abril. Justo hasta el final...

—Tocamos tanto tiempo como nos fue posible. ¿Por qué? Porque la gente quería escucharnos.

Es cierto: la gente acudía masivamente a las presentaciones de la orquesta en busca de consuelo. La Filarmónica tocó, por ejemplo, en el hospital instalado en la Villa Olímpica para atender a los heridos de la Wehrmacht, el 7 de abril de 1945, semanas antes de la capitulación. Sin embargo, esos conciertos también cumplían con un fin propagandístico: la orquesta tocó hasta el final porque, por supuesto, era un símbolo.

Hablo con Hartmann sobre el miedo creciente de la población a medida que se acercaba el ejército soviético. En total, la

Filarmónica sufrió seis bajas durante la guerra, incluidos tres suicidios. Mi interlocutor comenta:

—Herr [Bernhard] Alt se suicidó en Silesia con toda la familia [dos hijas y la esposa]. Estaba aterrorizado. Yo lo conocía bien. Escribió una pieza para cuatro contrabajos. Se mató porque temía por su vida. Eso me afectó mucho. No creo que una guerra así vaya a repetirse nunca.

El programa de los conciertos contenía música dramática acorde con los tiempos, como la escena de la inmolación de Brunilda en *El ocaso de los dioses*, de Wagner, que la orquesta interpretó el 12 de abril de 1945, en plena batalla de Berlín; durante la función, los miembros de las Juventudes Hitlerianas repartieron pastillas de cianuro a los asistentes para incitarlos al suicidio. El repertorio encajaba con la noción de Hitler de que su destino y el de Alemania era terminar juntos. Los últimos conciertos, encargados por Albert Speer, tuvieron lugar los días 15 y 16 de abril. El percusionista de la Filarmónica, Gerassimos Avgerinos, cuestionó el programa en su diario: «¿Una casualidad?», se pregunta, porque la última pieza era *Muerte y transfiguración*, de Strauss. Unos días después, la única parte del complejo de la Alte Philharmonie que aún se mantenía en pie, la Beethovensaal, se desmoronó bajo las llamas.

Stunde Null

Hartmann cuenta en sus memorias que los músicos estaban acostumbrados a una vida laboral extremadamente organizada. A salvo durante mucho tiempo de los estragos de la guerra, la orquesta se dispersó durante la batalla de Berlín, y sus miembros entraron en pánico. En nuestra entrevista, Hartmann dice «no tener palabras» para describir la anarquía y la violencia que reinaron durante la batalla, y habla no solo de los

bombardeos y las explosiones, sino también de las violaciones del Ejército Rojo, de las atrocidades de los nazis y del hedor que se había apoderado de Berlín. Hartmann escapó por los pelos de ser capturado por el Ejército Rojo saltando a través de las vías del S-Bahn con un amigo.

Hartmann, que había obtenido un permiso para moverse por la ciudad, nos ofrece una imagen desoladora. Caminando entre los escombros de Berlín con el cochecito de bebé en el que llevaba su contrabajo, fue testigo directo del caos en que se había sumido la capital: personas sin comida suficiente que bombeaban agua en la calle; un piano de cola que colgaba de una columna en un edificio en ruinas...

La Filarmónica vuelve a reunirse por primera vez el 13 de mayo de 1945. Necesitan determinar quién sobrevivió, quién puede dirigirlos y el destino de las partituras y los instrumentos. Muchos de estos últimos se habían perdido, pero sobrevivían algunos de reemplazo en el sótano, bajo los restos de la Filarmónica. De todas formas, también muchos de estos habían desaparecido, robados por el Ejército Rojo, que envió una gran

cantidad de objetos valiosos a la Unión Soviética. Hartmann me cuenta que, si voy al Museo de los Instrumentos Musicales de Berlín, encontraré algunos de los instrumentos rescatados:

—Gracias a Dios, no se perdió todo. Aunque los rusos se llevaron muchos instrumentos. Podrían haberse llevado también las arpas, los timbales y los contrabajos, pero solo cogieron los que eran livianos y fáciles de cargar.

—¡Quizá también las sillas! —apunta Frau Bastiaan.

—Y poco a poco, muy lentamente, los estamos recuperando de los rusos. También las partituras —añade él.

Los robos del ejército soviético al final de la segunda guerra mundial, cometidos a la sombra del Holocausto, suelen pasarse en gran medida por alto. Sin embargo, no puedo evitar pensar también en la cuestión paralela de los bienes robados por los nazis a los judíos. Las pérdidas judías han sido, justificadamente, el principal tema de conversación en torno a la restitución en Alemania. De hecho, han dominado la conciencia nacional. El Estado alemán, por ejemplo, es signatario de los Principios de la Conferencia de Washington (1998) y de la Declaración de Terezín (2009), que incluyen acuerdos no vinculantes con respecto al arte confiscado y saqueado por los nazis durante el Holocausto. Los firmantes se han comprometido a apoyar y realizar de forma activa investigaciones sobre la procedencia de las obras de arte, y a ponerlas a disposición del público.

Hartmann continúa hablando y me cuenta que, para sorpresa de todos, la orquesta contaba con juegos de partituras de la música que había sido prohibida.

—Teníamos un colega que había escondido la música prohibida [...]. Se dijo que las partituras habían sido destruidas, pero nuestro trombonista, [Friedrich] Quante, se había dicho: «Yo no destruyo nada. Voy a salvarlo todo». Hubiera podido

acabar condenado a muerte. Lo hizo todo en el más estricto secreto. Después de la guerra, de repente, teníamos todas esas partituras que pensábamos que ya no existían [...]. Tenemos mucho que agradecerle.

Friedrich Quante, por cierto, era miembro del Partido, pero no tuvo que hacer frente a un proceso de desnazificación.

El primer concierto de la Filarmónica después de la rendición alemana fue el 26 de mayo, menos de un mes después de su última aparición en público. El programa incluyó piezas prohibidas como *El sueño de una noche de verano* de Mendelssohn y la *Cuarta sinfonía* de Chaikovski. La dirección estuvo a cargo de Leo Borchard.

—Como Furtwängler tenía que ser desnazificado, no teníamos director —dice Hartmann—. Antes de Celibidache, tuvimos a Borchard. Era un buen director. Ya conoce la historia del coche, ¿no?

Se eligió a Borchard precisamente porque los nazis lo tenían en la lista negra y su participación proporcionaba a la orquesta la esperada imagen de distanciamiento del régimen. El director, sin embargo, murió el 23 de agosto de 1945 en un desgraciado incidente, cuando el automóvil en el que se desplazaba no se detuvo en un puesto de control estadounidense y los soldados abrieron fuego contra el vehículo. La Filarmónica se encontraba en una situación de emergencia. En diciembre de 1945, se contrató a Sergiu Celibidache, un director de orquesta rumano que no contó con el favor de los músicos: en los ensayos era despótico, dirigía de memoria (lo que se consideraba anticuado) y le declaró la guerra a la sección de bajos porque no le gustaban las notas graves.

Unos años más tarde, los maestros judíos Bruno Walter y Otto Klemperer volverían a dirigir la Filarmónica. La orquesta disfrutó trabajando con el primero, pero entró en conflicto con

el segundo. Hartmann explica en sus memorias que a Klemperer le molestaba dirigir una orquesta que había gozado de tantos privilegios durante el período nazi.

Entretanto, los estadounidenses mantuvieron a los miembros de la Filarmónica bien aprovisionados. Habiendo sido una máquina de propaganda del régimen nazi, la orquesta se convirtió en un símbolo de esperanza para los berlineses. Aun así, la continuidad de los miembros que habían pertenecido al Partido y estaban siendo investigados era incierta.

Ya en mayo de 1945, la orquesta había despedido a cinco de sus antiguos músicos.

—Nosotros mismos nos limpiamos —asegura Hartmann.

Sin embargo, esta declaración redentora se inscribe en el ámbito del mito, ya que en ninguna parte está documentado que esos despidos hubieran sido forzados por la propia orquesta. Entre 1945 y 1946, de los dieciocho miembros pertenecientes al Partido Nazi que sobrevivieron a la guerra, siete fueron expulsados de forma permanente en un proceso descoordinado y caótico como consecuencia de los procedimientos de desnazificación de los Aliados. A tres más se les permitió regresar después de una suspensión, y el resto fue absuelto. Los expulsados encontraron trabajo en otras orquestas fuera del sector estadounidense de Berlín, que era donde tenía su sede la Filarmónica. Mi investigación en el Archivo Federal de Alemania reveló que, si bien tanto Hartmann como Bastiaan fueron entrevistados por los Aliados, no se les abrió ninguna investigación.

Hartmann lamentó la partida de sus amigos, algunos de los cuales «no habían hecho daño a nadie. Eran grandes artistas y verdaderos colegas». En sus memorias, escribe: «Por desgracia, se expulsó a algunos que solo eran miembros del Partido, y ello a pesar de que contaban con el apoyo de la orquesta».

—He leído —le digo— que algunos miembros de la orquesta testificaron para respaldar a los miembros del Partido durante los juicios de desnazificación.

—Mi Hans —dice Frau Bastiaan a propósito de su marido— apoyó a Hans Gieseler.

—Él era el primer violín. Era una persona del todo inofensiva. No éramos muy amigos, pero nos entendíamos [...]. No todos los miembros del Partido eran peligrosos —asegura Herr Hartmann.

Muchos se habían unido al Partido siendo muy jóvenes o simplemente para favorecer sus perspectivas profesionales, como, al parecer, era el caso de Gieseler.

Pregunto por Herr Woywoth y por Herr Kleber, el violonchelista.

—Siempre me pregunté por qué [Woywoth] llevaba ese uniforme de las SA —comenta Hartmann—. A él lo expulsaron. Y Kleber terminó en la Deutsche Oper.

Frau Bastiaan agrega:

—¡Y Dietrich Gerhardt [un violista de la Filarmónica] decía que eso también era un castigo!

—Después de la guerra —apunto— Herr Kleber volvió a tocar con la orquesta en alguna ocasión, en calidad de invitado.

—A la gente no le importaba —replica Herr Hartmann—. No había problema.

Woywoth, por su parte, encontraría trabajo en Düsseldorf, en la orquesta de la ópera local.

—Y Furtwängler también tuvo que retirarse...

—Tuvo que desnazificarse. Algunos dicen que era un nazi. Pero él nunca tuvo nada que ver con la política. Solo hacía su trabajo, su música, eso era lo más importante para él —explica Hartmann, y enseguida añade—: Goebbels era nuestro jefe. No lo conocí personalmente, pero siempre estaba cerca [...]. Furtwängler, sin embargo, solo estaba allí para dirigir. Se

plantaba encima del podio y el público estaba bastante abajo. Apenas si se podía ver quién estaba sentado allí. Cuando había aplausos, siempre sostenía la batuta con la mano derecha, lo que le impedía hacer el saludo hitleriano. Era algo que hacía a propósito. Casi nadie conoce ese detalle.

—He leído que no piensa en la Filarmónica de Berlín como una orquesta nazi. ¿Qué significa eso?

—Que no lo era. No del modo en que uno se lo imagina cuando se dice eso. No era así.

—Durante el período nazi, ¿la gente de la Filarmónica no expresaba convicciones políticas? ¿Hablaban ustedes de política?

—No, en absoluto. Teníamos que tocar.

—Y cuando piensa en esa época, ¿qué cree que deberíamos aprender de la segunda guerra mundial?

—A no quemar música, a no quemar partituras.

—También tenemos que recordar lo que les pasó a los judíos... —interviene Frau Bastiaan.

—Sí, eso fue horrible —dice él.

Nos vemos interrumpidos cuando un enfermero entra de golpe en la habitación; trae las pastillas para el paciente y quiere hacer la cama. Hartmann es algo brusco con él y comenta que todavía tiene visita.

—¡Ah, este hombre! —dice en cuanto el enfermero sale de la habitación—. Sé que no debo decir nada malo de las personas... Realmente no debería, pero... —vacila un poco más— ¡es que es tan grosero! —exclama finalmente.

Me doy cuenta de lo mucho que le cuesta a este anciano decir algo negativo de alguien.

Hartmann insiste en levantarse para despedirme.

—¡Espero que se sienta satisfecho!

Al igual que cuando llegamos, quiere ser hospitalario y

acompañarnos hasta la puerta, pero no llega muy lejos.

—Muchas gracias, Herr Hartmann —digo.

—¡Gracias a usted por venir desde Canadá!

—En realidad, viene de Kreuzberg —le recuerda Frau Bastiaan.

—¡*Jetzt*! ¡Ahora lo entiendo! —responde él.

De regreso a casa, en el autobús, le digo a la viuda del primer violín que la afirmación de Herr Hartmann de que en la Filarmónica no se hablaba de política me parece cuestionable. Desde el asiento contiguo, Frau Bastiaan me mira con desaprobación y me asegura que esos hombres estaban desvinculados de la política:

—Estaban tan ocupados que ni siquiera se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Como empleados del Estado, se les eximió del servicio militar, pero cada reunión de la orquesta era obligatoria. En realidad, estaban de servicio. Era como estar bajo una campana de cristal, o eso decía mi marido.

En una entrevista, Herr Bastiaan había afirmado que, en cuestión de política, los músicos eran como «niños». Niños ocupados. Antes de la guerra, en un año cualquiera, los músicos tenían unas doscientas funciones y unos cuatrocientos ensayos, era una labor agotadora. En el día a día de la guerra, el trabajo era una distracción, y la vida de la mayoría de las personas se reducía a su experiencia inmediata. La cocinera de Goebbels no podía ver más allá de la cocina. Herr Hartmann, que me pareció el más apacible de los hombres, no podía ver más allá del escenario. Y este era tan alto que apenas si se podía ver al público. Allá arriba, el contrabajista apenas veía más allá de las notas. Quizá no es de extrañar que dijera que la lección de la guerra era que había que salvar las partituras.

Repasemos la historia de Herr Hartmann desde la perspectiva del instrumento: el viaje y la supervivencia de su contrabajo. Hemos podido seguir todo el proceso: la adquisición del instrumento durante la guerra, su uso en las funciones durante los apagones, su supervivencia bajo las bombas, su transporte en las giras de la orquesta por la Europa ocupada y cómo se salvó cuando los soviéticos marcharon sobre Berlín. Siendo un instrumento tan voluminoso y difícil de mover, el desafío de sobrevivir a la guerra era todavía mayor. Tuvo suerte, como la tuvo muchas veces Herr Hartmann, que sobrevivió a pesar de sufrir graves heridas en el frente oriental, vivir de cerca al menos tres ataques aéreos (el que acabó con la Alte Philharmonie, el que destruyó su piso y el que lo sorprendió cuando viajaba por Europa) y ser testigo de los últimos días del conflicto. En última instancia, se salvó gracias al estatus del que disfrutaba como miembro de la Filarmónica, ya que eso evitó que tuviera que volver al frente. El hombre y el instrumento están unidos en su supervivencia; el instrumento magnifica su historia.

Con todo, la historia de este objeto solo se ha contado a medias. Por el momento, el instrumento sigue siendo un observador, un actor secundario arrinconado en el foso de la orquesta, una pertenencia que sigue a su dueño de un lugar a otro. Para que un instrumento musical cuente realmente la historia de la Filarmónica durante la contienda, debe estar implicado en los actos de guerra.

La historia de la colaboración de estos músicos con el régimen nazi confluye precisamente con la historia del objeto cuando se considera la procedencia de los instrumentos que tocaban. Dado que es muy posible que algunos de estos instrumentos hubieran sido robados a las víctimas del régimen, eso vincularía a cada uno de los músicos en cuestión con el aparato de pillaje del Estado.

Hartmann me dijo que había adquirido su contrabajo en 1943

en una tienda de Berlín. También me dijo que era un instrumento antiguo, y de inmediato pensé que cualquier instrumento adquirido durante la guerra corría un alto riesgo de proceder de un decomiso. Estaba decidido a averiguar algo más acerca del origen del contrabajo y de los instrumentos tocados por sus colegas. Aunque sabía que Herr Hartmann no había obtenido su instrumento a través del programa de adquisiciones de Goebbels, tal vez figuraba en una lista de instrumentos robados. ¿Los instrumentos proporcionados por los nazis siguieron en manos de los músicos después de la guerra? ¿Qué había pasado con ellos desde entonces? Si habían sido confiscados, ¿se devolvieron a sus propietarios originales?

Las restricciones implementadas en las residencias de ancianos como consecuencia de la pandemia del coronavirus no me permitieron volver a visitar a nuestro contrabajista, de modo que le encomendé a Frau Bastiaan la tarea de averiguar los detalles de su instrumento. Me había parecido que Frau Bastiaan era decididamente antifascista, y hablaba todas las semanas con Herr Hartmann. Regresó con la información de que el contrabajo había sido comprado en Berlín a un fabricante y vendedor de instrumentos llamado Pilar. Fundada en 1909, la tienda lleva cuatro generaciones en la misma familia y existe aún en Berlín-Schöneberg. Un contrabajista actual de la Filarmónica me dice luego que Hartmann poseía tres instrumentos, y que el que compró en Pilar probablemente había sido fabricado por Kaakstein (un nombre desafortunado, pues en alemán suena como «piedra de mierda»).

Provisto de esa información adicional acerca del instrumento, por fin puedo acudir a los profesionales. Me pongo en contacto con Jason Price, fundador de Tarisio, la casa de subastas especializada en instrumentos de cuerda antiguos, el líder mundial del sector, con sedes en Londres, Nueva York y, ahora,

Berlín. Price mantiene una base de datos de instrumentos robados, pero en ella no figura el de Herr Hartmann. Este «capítulo de la historia musical —me dice—, es tristemente célebre por su opacidad. Hay un vacío documental muy grande en lo relativo a los traficantes alemanes durante la segunda guerra mundial. Pero hay una persona a la que deberías conocer: es como un libro abierto que contiene la respuesta a muchas preguntas». Me pone en contacto con Carla Shapreau, una abogada y profesora de la Universidad de California en Berkeley que se ha especializado en la procedencia de los instrumentos confiscados por los nazis.

Shapreau me explica lo siguiente: «Durante la era nazi, muchísimos instrumentos musicales se obtenían a través de las confiscaciones del Tercer Reich, mientras que otros se compraban directamente. Algunas de esas compras pueden haber sido legítimas, pero otras parecen contaminadas, y la falta de información sobre la procedencia de los instrumentos plantea serias dudas sobre su origen. En algunos casos, la prueba de esas transferencias sobrevive en documentos conservados en archivos dispersos en distintos países y en distintos idiomas: constancias de confiscaciones, expedientes de reclamaciones de las víctimas y registros aliados de la posguerra en los que se refleja el hallazgo de instrumentos musicales saqueados que, durante la confrontación, se evacuaron a minas de sal, monasterios y otros almacenes seguros».

Ya había leído algo sobre lo difícil que era establecer si un instrumento específico había sido robado por los nazis. A medida que se hacían con las colecciones, los nazis empleaban intermediarios, o comerciantes, cuyos registros por lo general no se encuentran disponibles, ya fuera porque se destruían de manera intencionada o porque se descartaban una vez que dejaban de interesar al fisco.

Shapreau comenta que «los registros históricos de los comerciantes desempeñan un papel importante, y a menudo esencial, tanto en la demostración de la autenticidad como en la reconstrucción de la historia de la propiedad de un objeto. En algunos casos, es posible acceder a esos registros, ya sea en archivos públicos o a través de los descendientes de los comerciantes de la época que se muestran abiertos a estas investigaciones. Sin embargo, en otros casos, estos registros han desaparecido o se encuentran en manos privadas, y resultan inaccesibles. Hay destacados comerciantes contemporáneos que, con fines empresariales legítimos, han adquirido algunos registros históricos clave, pero para los estudiosos el acceso a estos registros suele ser limitado».

Cartografiar el pasado de un instrumento es como atravesar un laberinto desatendido, cubierto de maleza en muchos lugares. Me entero de que, incluso en nuestros días, la industria tiene por costumbre proporcionar un «certificado de autenticidad» del instrumento vendido, pero suprimiendo el nombre del anterior propietario, lo que puede servir para ocultar su procedencia. Incluso confirmar que se ha identificado el instrumento correcto es complicado, ya que con frecuencia no existen fotografías de la época de los instrumentos robados y los actuales propietarios no permiten que se realicen inspecciones. E incluso cuando se consigue identificar el instrumento, las diferentes jurisdicciones involucradas en esta historia multinacional hacen que la restitución sea complicada, y los resultados, variables. Los obstáculos son muchísimos y, además, es imposible afirmar, por ejemplo, que todos los instrumentos procedentes del programa de Goebbels fueran robados o vendidos bajo coacción. ¿Y qué hay del instrumento de Herr Hartmann? No tengo indicios de que fuera decomisado; se trata aún de una pregunta sin respuesta.

Recurro a otros instrumentos de la orquesta. Es en el libro de Misha Aster sobre la Filarmónica en los tiempos del nazismo donde tropiezo con una breve mención de los músicos de la orquesta que, en 1942, recibieron instrumentos a través del programa de adquisiciones de Joseph Goebbels. Tenemos noticias de un violín de Pietro Guarneri que fue a parar a Erich Röhn y de un violonchelo Guarneri que fue entregado a Tibor de Machula; sabemos también que a Gerhard Taschner se le prometió un Stradivarius. Además, con gran sorpresa descubro algo perturbador: en 1942, un valioso violín Guadagnini se entregó a un hombre cuyo nombre y apellidos nos resultarán familiares: Hans, el esposo de Frau Bastiaan. La entrega del instrumento está documentada en un programa de la Filarmónica de la temporada 1942-1943.

TAMINO

Me viene a la mente una referencia musical, el argumento de *La flauta mágica*, de Mozart. El príncipe Tamino se propone derrotar a Sarastro, el sumo sacerdote, pero descubre que este es una fuente de conocimiento. Llega a la verdad de forma indirecta. Empecé mi investigación con la idea de contar la historia de la Filarmónica durante la segunda guerra mundial desde la perspectiva de un instrumento. Estaba buscando el contrabajo de Herr Hartmann cuando, en realidad, la historia relevante era la de otro instrumento, el del marido de la mujer que me presentó al contrabajista. El objeto, y el camino correcto, siempre estuvieron ahí, pero en segundo plano. Era fácil confundir al protagonista.

Todavía no tengo pruebas de que el violín de Herr Bastiaan fuera robado. Pero sí sé que provino de un programa nazi de adquisición de instrumentos durante la guerra que estaba ligado

al expolio y a las atrocidades del régimen. Y, además, sé que el músico tocó ese violín hasta que se retiró. El Guadagnini debe de ser increíblemente valioso en la actualidad. Se trata de un instrumento que, por lo general, supera con facilidad el millón de dólares en las subastas. Vale tanto como un apartamento de alta gama. Estoy lleno de preguntas: ¿cómo pudo Herr Bastiaan vivir con la inquietud de desconocer el origen del instrumento? ¿O acaso lo conocía? ¿Pensaba que era mejor no saber nada? ¿Sintió que se estaba beneficiando de la pérdida de otra persona? Estoy decidido a averiguar dónde está ese instrumento ahora, pero hacerlo requiere cierta precaución y destreza.

–

Es lunes y estoy nervioso. El miércoles iré a tomar café a casa de Frau Bastiaan y me estoy preparando. No sé cómo voy a plantearle el tema. Ella quiere mostrarme fotografías de su esposo y de Herr Hartmann. Me sentaré en su salón para tomar café y comer pastel (que mi anfitriona habrá comprado para que el encuentro sea más agradable), y encenderé la grabadora y empezaré a especular: ¿su esposo obtuvo el violín que tocaba a través de Joseph Goebbels? ¿Cómo se siente al poseer un instrumento así? ¿Piensa venderlo? No, eso sería demasiado agresivo... No quiero que me eche de su casa. Debo mostrarme más diplomático. Lo único que quiero es saber la verdad: «Conozco parte de la historia del violín de su marido. Debe de ser difícil heredar un instrumento que provino de ese programa». Sea como sea, haré mi trabajo. «El capítulo trata de cómo algunos instrumentos cuentan la historia de la guerra. Y usted tiene uno que hace precisamente eso...» Si me pone de patitas en la calle, que así sea. Al menos habré intentado averiguar la verdad.

Recojo mis documentos. Da la casualidad de que Frau Bastiaan vive cerca de mi casa, también en Berlín-Kreuzberg, en lo que parece un bloque de pisos de estilo modernista neerlandés con vistas a los cambiantes árboles moteados del otoño. El interior de la vivienda está lleno de libros y muebles antiguos. La decoración incluye, como en la habitación de Herr Hartmann, una imagen de Furtwängler, en este caso un busto. Me siento frente a ella y, como había previsto, tomamos café y pastel. Todo es muy agradable, incluida la conversación sobre la familia y la música. Sigo intentando decidir cómo abordar un tema tan difícil.

Pero resulta que ella misma lo trae a colación.

—Nunca vi el violín —me dice—. Después de que mi esposo se retirara, se lo dieron a otro músico de la orquesta porque solo lo tenía en préstamo. Le encantaba cómo sonaba ese instrumento, y cuando se planteaba su origen, solo pensaba en Italia, el país en el que había sido hecho el Guadagnini. Él nunca se preguntaba: ¿quién lo tocaba antes que yo? Incluso durante el rodaje del documental *Das Reichsorchester*, en 2006, cuando el director le preguntó brevemente acerca de la procedencia del violín, para él fue como si los cielos se abrieran. Hasta entonces nunca se le había ocurrido la posibilidad de que se lo hubieran confiscado a un judío. El hecho de que tardara tanto en darse cuenta habla por sí solo.

Frau Bastiaan no solo no es un testigo cómplice, sino que no es un testigo en absoluto. Que su esposo tuviera el objeto en préstamo marca por completo la diferencia. Y eso me alivia muchísimo, porque ella me parece una persona digna de aprecio. Pero también me siento avergonzado porque, de algún modo, con mis sospechas la estaba subestimando. Liberado de semejante peso, regreso a casa y veo por fin el documental. En un fragmento fugaz, Herr Bastiaan dice: «Nunca se me ocurrió

que el violín pudiera haber pertenecido a un judío o a otra persona [...]. Sencillamente me alegré de que el Estado poseyera algunos violines y de que me pudieran prestar uno».

Frau Bastiaan me cuenta que su marido le entregó el Guadagnini al nuevo primer violín de la Filarmónica, el profesor Kolja Blacher, hijo del compositor Boris Blacher, que era en parte judío. Nacido en una comunidad rusa en Manchuria, Boris terminó estudiando música en Berlín en la década de 1920, y luego los nazis lo etiquetaron como «degenerado». Tuvo una carrera muy exitosa e influyente durante la posguerra. Su hijo Kolja, sin embargo, no permaneció mucho tiempo en la orquesta, por lo que el violín debió de pasar luego a otras manos. ¿A las de quién? Para averiguarlo, lo primero que me dispongo a hacer es hablar con mis amigos músicos. No obstante, pronto me doy cuenta de que los instrumentistas probablemente se pondrán a la defensiva si un historiador empieza a hacer el tipo de preguntas que, llegado el momento, podrían conducir a la confiscación de su Guadagnini de un millón y medio de euros.

Con todo, el hecho de saber que los músicos tienen el instrumento en préstamo lleva la investigación a un nivel completamente nuevo. Antes pensaba que un miembro concreto de la orquesta estaba tocando un instrumento de dudosa procedencia. Pero ahora entiendo que el instrumento probablemente sea propiedad de una institución. Eso me lleva a la pasmosa sospecha de que la Filarmónica de Berlín ha estado utilizando un instrumento robado por el régimen nazi. Y aunque esa corazonada se revelará incorrecta, la verdad resultará mucho más problemática.

En busca de un violín

Reúno a un equipo de personas para que me ayuden a encontrar el violín. La violonchelista británica Natalie Clein me pone en contacto con algunos de sus colegas. Todos entienden la justicia de la investigación, incluso si ello implica que un instrumentista puede acabar descubriendo que, sin saberlo, ha estado tocando un violín robado por el régimen nazi.

Sigo dos líneas de investigación. La primera se centra en cada uno de los músicos. ¿Quiénes han tocado el violín hasta ahora? Necesito averiguar a quiénes se ha confiado el instrumento hasta llegar al músico que hoy lo tiene en su poder. La segunda ruta es institucional. ¿Quién podría ser el propietario: la propia Filarmónica, un museo, una fundación privada o pública, un gobierno...? ¿Esta institución es consciente de los turbios orígenes del instrumento? ¿Estará en condiciones de justificar por qué el violín sigue aún en circulación? ¿Se beneficia de ello de algún modo? Busco el lugar en el que estas dos rutas se cruzan: creo que es allí donde encontraré la conclusión que busco.

Frau Bastiaan ya me había contado que en la Filarmónica existía la tradición de que, cuando un músico se retiraba, entregaba su instrumento a quien iba a reemplazarlo. Acaso por eso el Guadagnini pasó de su marido al solista Kolja Blacher. Kolja estudió música en la Escuela Juilliard, en Nueva York, y fue primer violín de la Filarmónica de Berlín en la década de 1990, bajo la dirección de Claudio Abbado, antes de iniciar una destacada carrera como solista.

El profesor Blacher responde de inmediato a mi correo electrónico: está dispuesto a ayudarnos. Me dice que le dieron el Guadagnini en 1979, pero que no lo recibió de la Filarmónica, sino de la Stiftung Preußischer Kulturbesitz, o Fundación del Patrimonio Cultural Prusiano, el organismo del gobierno federal que supervisa los museos estatales de Berlín. Antes de la

unificación alemana, la fundación proporcionaba instrumentos a músicos prometedores. Pero eso, me corrige, ocurrió mucho antes de que él se convirtiera en primer violín de la Filarmónica. Ahora toca un Stradivarius. Me imagino a un Kolja Blacher adolescente recibiendo el costosísimo Guadagnini y llevándoselo consigo a Nueva York, una ciudad a la que acudieron tantos instrumentistas judíos privados de su ciudadanía y de sus bienes por el régimen nazi.

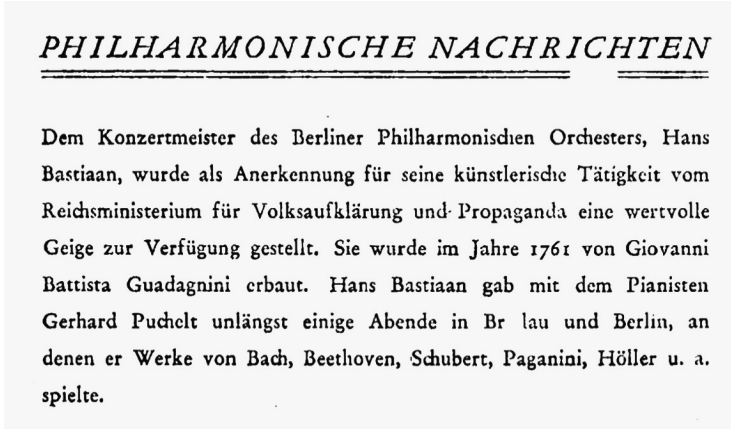
—¿Conocía la historia del instrumento? —le pregunto.

—No sabía nada hasta hace unos años. No habría aceptado ese violín si hubiera sabido su historia. Cuando me enteré, me pareció increíble.

—¿Cómo era el instrumento?

—Lo hizo Giovanni Battista Guadagnini mientras estaba en Parma, no en Milán. Es de un color marrón más bien oscuro, algo inusual en los Guadagnini, que suelen ser rojizos, y es estrecho. Toqué con él hasta 1985, que fue cuando lo entregué. Recuerdo que, después de devolverlo, fui a ver una función del Trío Fontenay. Desde lejos, reconocí el violín porque era inusualmente estrecho. Más tarde hablé con Michael Mücke, un miembro del trío, y resultó que sí, ¡que era el mismo violín! Tocó con él durante mucho tiempo, y ahora toca con la DSO, la Orquesta Sinfónica de Alemania.

Sigo los siguientes eslabones de la cadena. Da la casualidad de que conozco al antiguo director de la Fundación del Patrimonio Cultural Prusiano, de modo que le escribo un mensaje, y, paralelamente, me pongo en contacto con un muy accesible Michael Mücke y con la archivista de la Filarmónica de Berlín. Esta última me dice que, hasta donde sabe, la orquesta no tiene en la actualidad el instrumento. No obstante, localiza para mí el programa en el que se indica que el Guadagnini se puso a disposición de Herr Bastiaan en 1942.



PHILHARMONISCHE NACHRICHTEN

Dem Konzertmeister des Berliner Philharmonischen Orchesters, Hans Bastiaan, wurde als Anerkennung für seine künstlerische Tätigkeit vom Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda eine wertvolle Geige zur Verfügung gestellt. Sie wurde im Jahre 1761 von Giovanni Battista Guadagnini erbaut. Hans Bastiaan gab mit dem Pianisten Gerhard Puchelt unlängst einige Abende in Br lau und Berlin, an denen er Werke von Bach, Beethoven, Schubert, Paganini, Höller u. a. spielte.

La nota confirma que el Ministerio de Propaganda del Reich proporcionó el «valioso violín» y que este fue fabricado en 1761 por Giovanni Battista Guadagnini, y señala que se le entregó al «primer violín de la Orquesta Filarmónica de Berlín, Hans Bastiaan [...], en reconocimiento de sus actividades artísticas». Tengo ante mí un documento esencial, la prueba de que el violín provino del Ministerio de Goebbels. Siento que estoy empezando a unir los puntos.

Mi amigo de la Fundación del Patrimonio Cultural Prusiano me explica que, después de la unificación alemana, se reorganizó la gestión de los instrumentos de propiedad pública; y me pone en contacto con el director de uno de los museos de la fundación, el Museo de los Instrumentos Musicales de Berlín, que presta instrumentos a músicos jóvenes y ocupa parte del complejo donde tiene su sede la nueva Filarmónica, obra del arquitecto Hans Scharoun. El director del museo responde con rapidez para decirme que la institución no tiene el violín que estoy buscando y me sugiere, en cambio, que contacte con una organización en Hamburgo llamada Deutsche Stiftung Musikleben, la Fundación Alemana para la Vida Musical, que lleva un programa de préstamos para proporcionar a jóvenes

promesas instrumentos musicales de un valor incalculable que podrían cambiar sus carreras y que, de otro modo, nunca podrían permitirse. Parece ser, según el museo, que esta fundación tiene dos violines Guadagnini hechos en Parma. ¿Podría uno de ellos ser de 1761? Les escribo, preocupado por la posibilidad de que no me respondan en vista de que estoy cuestionando la procedencia de su valiosa colección.

Me contestan casi de inmediato. Lo tienen.

El propietario

En el marco de un concurso nacional, La Fundación Alemana para la Vida Musical cede en préstamo el Guadagnini de 1761 a jóvenes de gran talento, que solo pueden conservarlo durante un tiempo limitado, como máximo hasta que cumplen los treinta años. Sin embargo, me explican, la institución no es la propietaria del violín, que pertenece en realidad al Estado alemán, lo que añade un nuevo nivel de complejidad a una historia ya bastante intrincada.

Después de Mücke, el Guadagnini pasó a manos de la violinista alemana más famosa de su generación, Isabelle Faust. Después de ella vinieron Tanja Becker-Bender, Korbinian Altenberger y Alexander Gilman. Desde 2013, lo toca la violinista de origen rumano Ioana Cristina Goicea.

He llegado tanto al concertista actual como al propietario institucional: el gobierno alemán está actualmente prestando un bien adquirido por el Tercer Reich que heredó tras la guerra. Y ahora que cuento con el nombre del jefe de la sección de música del gobierno federal, escribo otra misiva. Estoy alejándome de la historia cotidiana del instrumento y adentrándome en la alta política. Mi viaje es, desde un punto de vista administrativo, ascendente: arriba, arriba, arriba.

Esperaba que la pesada puerta del Ministerio estuviera cerrada. Sin embargo, no es así: nada de obstruccionismo kafkiano. Apenas tardan veinticuatro horas en responder. Me sorprende lo atentas y serviciales que son todas las personas con las que voy tratando. A fin de cuentas, les escribo para contarles que voy a publicar una historia sobre la circulación de instrumentos musicales de dudosa procedencia, algo que durante mucho tiempo ha permanecido oculto al público en general.

Herr Martin Eifler, el jefe del departamento de música de la Comisión Federal para la Cultura y los Medios de Comunicación, responde a todas mis preguntas. Sí, el gobierno federal alemán es el propietario de ese instrumento relacionado con el programa de adquisiciones de Goebbels. Y no solo de ese (y aquí llega una información que me lleva un tiempo asimilar), ¡sino de siete! Resulta que un tesoro de instrumentos de cuerda adquiridos por los nazis era un secreto a voces.

Eifler me dice que el Reich originalmente poseía unos cuarenta instrumentos de este tipo y cerró acuerdos de préstamo con otros tantos artistas concretos. Después de la guerra, habiendo sido los instrumentos prestados, no regalados, la República Federal solicitó su devolución. El Ministerio Federal del Interior inició la búsqueda de los cuarenta instrumentos entre 1951 y 1953; se entrevistó a los músicos que los habían recibido y se les pidió que intentaran recordar otros nombres. Únicamente se recuperaron siete instrumentos: quienes los tenían a su cuidado los devolvieron al gobierno sin ningún inconveniente. Los demás siguen circulando. Uno de los siete instrumentos de cuerda devueltos era el que tenía Herr Bastiaan.

En una carta del 8 de diciembre de 1952 dirigida al Ministerio del Interior, Johannes Bastiaan agradece que se le haya permitido conservar el instrumento en préstamo, promete que lo

cuidará bien y escribe que «no posee ningún documento anterior [en relación con la procedencia] del instrumento». El Ministerio me informa de que Herr Bastiaan —con valentía, según pienso— fue la única persona que habló públicamente acerca de la historia de su instrumento. Y yo empiezo a preguntarme por los otros treinta y tres (o más) instrumentos del programa que nunca fueron encontrados, o no se devolvieron, o cuyos propietarios se negaron a responder, como sí lo hizo Herr Bastiaan. Me pregunto cuántos de ellos pueden valer millones de euros en el mercado internacional.

Además del Guadagnini de 1761, los seis instrumentos conocidos, según me informa el Ministerio, son: un violín Camillo Camilli de 1731; un violonchelo Guarneri, sin fecha; un violín Nicolo Gagliano de 1734; un violín Matteo Goffriller de 1698; un violín Pietro Guarneri de 1736 y una viola Giovanni Maria del Busetto del siglo XVII. Los violonchelos Guarneri son bastante raros, por lo que creo que el violonchelo de la lista bien podría haber sido el que tocaba el violonchelista de la Filarmónica Tibor de Machula. El violín Guarneri, me dice Eifler, lo tocaba Erich Röhn.

La división de Alemania determinaría el uso futuro de estos instrumentos. En la Alemania Oriental comunista, el régimen apoyó a instrumentistas jóvenes prestándoles instrumentos de cuerda hermosos y antiguos. Con la unificación del país en 1990, la nueva Alemania decidió que era una idea que merecía continuidad e, inicialmente, los siete instrumentos propiedad de la República Federal de Alemania se sumaron a este programa para jóvenes artistas, cuya gestión recayó en el Consejo Alemán de la Música y en el Ministerio Federal del Interior.

No obstante, en la mente de las autoridades pesaba la cuestión de la restitución, pues eran conscientes de que, como me explicó Carla Shapreau, «la falta de información en

cuestiones de procedencia plantea serias dudas sobre el origen de esos instrumentos». En 1993, el gobierno escudriñó sin éxito el Archivo Federal en un intento de encontrar a los propietarios originales. No se hallaron pruebas de adquisiciones ilegales, pero, como sabemos por otras fuentes y dadas las circunstancias de la Alemania nazi, es posible que las ventas se hubieran producido bajo coacción. O, una vez más, que los vendedores actuaran como intermediarios de bienes robados. Como me escribió el gobierno: «Seguimos sin disponer de ninguna información que aclare cómo fueron adquiridos por los comerciantes de la época, y la cuestión continúa siendo materia de conjetura».

Siendo el origen de los instrumentos incierto, pero sabiendo que provenían de un Ministerio conocido por despojar de sus bienes a las víctimas del Tercer Reich, el gobierno de la Alemania unificada decidió que los instrumentos no debían prestarse por períodos demasiado prolongados. En lugar de ello, con el fin de que fuera posible restituirlos en cualquier momento, los instrumentos se prestaron por un corto período al idealista programa dirigido por la Deutsche Stiftung Musikleben, que yo ya conocía y que había empezado a funcionar en 1993. La fundación gestiona en la actualidad más de doscientos instrumentos de una colección llamada Deutscher Musikinstrumenten Fonds. Seis de los instrumentos de la era nazi se prestan hoy a jóvenes músicos; el séptimo es el violín Goffriller, que resultó dañado y se encuentra ahora en el Museo de los Instrumentos Musicales de Berlín. Todos siguen siendo propiedad del Estado alemán o, mejor, pertenecen a la sociedad alemana.

NUEVOS CONCERTISTAS

¿Puede un valioso instrumento del siglo XVIII —un instrumento por el que cualquier músico daría ambas piernas— volverse, de repente, un objeto intocable porque su relación con los nazis lo ha «contaminado»? ¿Puede un breve lapso de la historia, un período de apenas unos años frente a los siglos que abarca la historia del instrumento, convertirlo en un objeto «nazi» y hacer que el violín deje de ser, sencillamente, un fino artefacto de madera, resina y cuerdas que produce una música preciosa? Vuelvo a pensar en el cuchillo de mi abuelo, una fusión de metales que, debido a la presencia de una esvástica, adquiere a nuestros ojos un aspecto horrendo. ¿Cambia ese pasado nazi la esencia del violín, lo transforma de manera indeleble en un «instrumento nazi», o solo lo vemos así por el efecto de un estigma, por la carga que todos asociamos con ese pasado?

Nuestro relato estaría incompleto sin los músicos que han tocado el violín en las últimas décadas gracias al programa de préstamo de la Alemania unificada. Repaso la lista de esos beneficiarios. Me gustaría saber cuánto conocen de la historia del violín y si ello afecta a su relación con el instrumento.

Me pregunto si esos músicos querrán hablar conmigo. Pero en cuanto les escribo no tardo en empezar a recibir respuestas, algunas apenas unas horas después. Unos prefieren hablar por teléfono, otros quieren que les envíe mis preguntas por correo electrónico. En cuestión de días, habré llegado a los capítulos más recientes de la biografía del violín.

Ioana Cristina Goicea se mudó a Alemania desde Rumanía siendo estudiante y ahora vive y enseña en Austria. Se ha forjado una carrera tocando en escenarios de todo el mundo y ganando varios primeros premios en concursos internacionales de violín. En resumen, es una crack. No es de extrañar que, con tan solo veintisiete años, se convirtiera en profesora en la Universidad de Música y Artes Escénicas de Viena. Hablo con

ella inicialmente por teléfono.

Goicea toca el Guadagnini desde 2013 y muy pronto, tras una década, llegará al final del préstamo y tendrá que devolverlo.

—¿Es un buen violín? —le pregunto.

—No es solo un buen violín. Es uno de los mejores —responde —. Lo adoro. Es potente y a la vez tierno. El sonido que produce tiene tantísimas posibilidades que sigo descubriendo matices incluso cuando lo toco en conciertos de cámara. En especial, las cuerdas sol y mi [los registros más grave y más agudo, respectivamente]. Creo que la oscuridad de la cuerda sol es lo mejor que tiene. Le otorga al violín profundidad. En cualquier caso, por supuesto, todas las cuerdas funcionan de maravilla.

En este punto, me sugiere que cambiemos a videoconferencia de WhatsApp para enseñarme el violín. Para mí se trata de un momento extraordinario, pues nunca antes lo he visto. El instrumento tiene un color caramelo intenso. Es antiguo, pero también vibrante, cálido, vivo. Estoy fascinado. He llegado al final de un camino.

—Mira lo increíblemente hermoso que es —dice Goicea—. Me encanta ese color oscuro. Y en la parte posterior, hay una línea en la madera, un nudo. Pero es la parte delantera la que es realmente hermosa. Tiene grietas que han sido reparadas. Es un violín pequeño, el cuello no es demasiado grueso, se adapta muy bien a mi cuerpo. Es perfecto para mí. Es algo que sentí en cuanto lo tuve por primera vez en mis manos.

Después de todo ese entusiasmo, me resulta doloroso decirle que, aunque no sabemos si el violín fue robado, tenemos la certeza de que fue adquirido por el Ministerio de Propaganda de Goebbels en un momento en que los nazis estaban confiscando instrumentos valiosos a lo largo y ancho de la Europa ocupada.

Se toma unos instantes para considerar esa información, y luego responde con calma:

—Hubiera aceptado el violín incluso conociendo su historia. El instrumento no tiene la culpa de nada. Y un instrumento como este necesita que alguien lo toque. Es algo que tiene que ver con la madera, con mantener su resonancia. De lo contrario, como un árbol viejo, se pondría tieso. Y hay algo en estos instrumentos antiguos que los diferencia de los instrumentos modernos: una profundidad del sonido muy especial, que proviene de su historia, de su edad. No, es imprescindible seguirlo tocando. El instrumento no tiene la culpa.

También hablo con Korbinian Altenberger, que en la actualidad es el primer violín de la Orquesta Sinfónica de la Radio de Baviera y profesor en una universidad de música alemana, en Wurzburgo. Es un hombre reflexivo, alto y delgado, que tocó el Guadagnini una década antes que Ioana Cristina Goicea, desde 2001, a los diecinueve años, hasta 2008.

Le pregunto qué sabe acerca del violín y me dice que, en realidad, solo sabe quién lo tocó inmediatamente antes que él y que es un instrumento italiano del siglo XVIII. Me cuenta que un especialista le dijo en una ocasión que quizá fuera anterior a 1761. A Altenberger le encantaba tocar aquel instrumento: por su sonido, por su peculiar color oscuro... Empezamos a hablar de las particularidades del violín y me dice que cree que hay una quemadura de cigarrillo en la esquina inferior izquierda. ¿Tal vez alguien lo llevó a un bar?, apunta pensativo. Si el violín tuviera personalidad, me dice, sería una persona amable; nada en él es estridente.

Al igual que con Goicea, tengo ahora la tarea de revelarle la historia del período nazi que se oculta detrás de un instrumento con el que tuvo una relación que me ha descrito como un «matrimonio de corta duración». Esa relación empezó a los diecinueve años y abarcó todo su período de formación. Doy clases en un conservatorio superior de música y entiendo el

apego que estos profesionales pueden llegar a sentir hacia sus instrumentos. Pasan con ellos más horas al día que con sus parejas o sus familias. El objeto trabaja sobre el músico del mismo modo que el músico trabaja sobre el objeto, es una especie de síntesis, algo parecido a una relación simbiótica. ¿Qué consecuencias puede tener descubrir un secreto de alguien con el que has estado casado durante casi una década? ¿Qué implica sentirse inscrito en la historia musical de un violín como el Guadagnini?

En lo que parece una «revelación», le enseño, compartiendo mi pantalla a través de Zoom, el extracto de la *Spielzeit* de 1942 en el que se anuncia la concesión del violín del Ministerio de Propaganda a Herr Bastiaan. Altenberger lo lee y yo le pregunto, inquieto, por su reacción: cómo se siente ahora respecto al violín.

Resulta obvio que está atónito. Parpadeando varias veces, me explica que entiende el sufrimiento que hay detrás de la historia, pero, al igual que Ioana Cristina Goicea, considera que esa historia no cambia su relación con el instrumento.

—El violín no elige su papel —dice Altenberger.

El violín es independiente de esas historias, y para él fue un privilegio tocar un instrumento tan hermoso.

—Un violín así cambia la forma en que tocas —concluye.

Sin embargo, la historia de Korbinian Altenberger contiene una faceta que en un primer momento no es capaz de contar y que prácticamente tengo que sonsacarle. Finalmente, me explica que tanto en su familia materna como en la paterna hubo víctimas del Tercer Reich. Su familia paterna, que era de origen checo, entró en conflicto con las autoridades nazis y, como consecuencia de ello, su padre pasó casi cuatro años de su infancia en un campo de concentración alemán. Por su parte, la familia de su madre es judía y tuvo que esconderse durante la

guerra.

El caso de Korbinian no es único. Alexander Gilman, que tocó el violín entre 2008 y 2013 y ahora vive en Londres, donde enseña en la Royal Academy of Music, desciende por ambos lados de judíos ucranianos de Odesa, que sufrieron el avance hacia el este de las tropas alemanas.

—No somos una familia ortodoxa —explica—, pero tenemos fuertes raíces judías y, como otras familias judías, sufrimos mucho. Por el lado de mi abuelo, todos fueron asesinados. Todos: hermanos, hermanas... Este siempre ha sido un tema importante para mí, algo que forma parte de mi identidad.

Viéndose huérfano y solo, su abuelo se unió a las fuerzas soviéticas siendo muy joven y luego crio a sus hijos en el Cáucaso. La familia de Gilman salió de Georgia en 1980 y se dispersó por Israel, Estados Unidos y Alemania, donde nació él.

—Si en 2008 hubiera sabido que estaba demostrado que este violín formaba parte de la trágica historia que padeció mi familia —me cuenta Gilman—, tocarlo me habría resultado emotivo y difícil, por supuesto.

Y luego añade:

—Ojalá todavía estuviera tocando ese violín. Me alegra mucho que esté en manos de la Stiftung Musikleben, que hace un trabajo muy importante. Si no se ha conseguido averiguar a quién pertenecía, ¿qué mejor opción que dárselo a los jóvenes para que lo toquen? Destruir el instrumento o arrojarlo al mar sería impensable. Como músico, no veo más alternativa que tocarlo.

En su momento, Gilman renunció a un Stradivarius para tocar el Guadagnini, que le pareció incluso mejor:

—Estoy más que agradecido por haber podido tocarlo durante tanto tiempo.

Mientras escucho a Altenberger y a Gilman, siento que sería

difícil encontrar biografías de músicos más adecuadas a la biografía del instrumento. Sé que Alexander y Korbinian extrañan el violín. Me gusta imaginar que el violín también se pregunta dónde están ellos ahora.

Procedencia

Erich Hartmann, 1984.

Frau Bastiaan me escribe para contarme que Herr Hartmann falleció a la edad de cien años el 6 de julio de 2020. Fue una víctima indirecta de la pandemia del coronavirus debido a las estrictas reglas que restringieron las visitas a la residencia en la que vivía. A pesar de recibir llamadas telefónicas con frecuencia, perdió las ganas de vivir y, al final, apenas comía o bebía. Con todo, a ella y a otro amigo íntimo les permitieron acompañarlo durante sus últimos días. Exhaló su último aliento mientras escuchaban juntos su *Cuarteto para contrabajos* de 1967. La muerte le llegó con suavidad.

Me entristece enterarme de esa noticia. Pero pienso que el hecho de haber vivido tanto tiempo y de haber sobrevivido a momentos tan terribles también es una victoria. Como él mismo decía, fue un hombre que muy a menudo tuvo a la suerte de su lado.

–

Me cuesta volver al trabajo que tengo entre manos. Inevitablemente, el fallecimiento de Herr Hartmann me deja preguntándome quién podría decirme dónde se encuentra su objeto, el contrabajo.

Desde entonces, he seguido dos de los tres instrumentos que tocó hasta un exalumno en Hamburgo, quien me escribe que el último, el que estoy buscando, tiene que estar en algún lugar de Múnich, pero que él no sabe dónde. El instrumento de Hartmann también tiene una historia que contar anterior a 1943. Sin embargo, suponiendo que consiguiera encontrarlo, ¿podría el contrabajo responder a las preguntas sobre ese pasado? La respuesta a esta pregunta es no, del mismo modo que los instrumentos que sabemos con certeza que formaron parte del turbio programa de adquisiciones nazi no pueden

decirnos a quién pertenecían.

En enero de 2021, la Fundación Franz Hofmann y Sophie Hagemann fue noticia por negarse a indemnizar a los herederos judíos de un violín Guarneri de 1706 que había sido incautado por la Gestapo y luego subastado, y ello a pesar de las recomendaciones del comité asesor para la restitución de bienes culturales del gobierno alemán. En comparación, los instrumentos de los que hemos hablado en este capítulo se encuentran en manos del propio gobierno alemán, que en más de una ocasión ha intentado localizar a sus antiguos propietarios y mantiene las puertas abiertas a los investigadores.

Mientras tanto, los instrumentos se prestan con provecho a jóvenes músicos especialmente dotados. De hecho, como me dijeron varios de ellos, sería una tragedia que un instrumento así no se usara. Las vibraciones mantienen la madera flexible y previenen la carcoma. A diferencia de las pinturas o las esculturas, no deben convertirse en objetos de museo: se deteriorarían poco a poco si, por primera vez en su larga historia, dejasen de producir música. Alexander Gilman me explicó que el Stradivarius que recibió en 2006 había pasado muchos años en la caja fuerte de un banco:

—Lo toqué durante dos años y cada día sonaba mejor. Pero al principio, pensé: «Esto no puede ser un Stradivarius». Estos instrumentos necesitan que alguien los toque. Y no es solo una cuestión de mantenimiento. Son obras maestras creadas para hacer música, y nosotros, los músicos, tenemos esa responsabilidad.

Sea como sea, todavía hay algo inquietante y sin resolver acerca de estos *Reichsinstrumenten*. Me pregunto si la coincidencia de que el Guadagnini llegara a manos de tantos descendientes de la opresión nazi compensa en algo el malestar que suscita su turbia adquisición durante la guerra. Tanja

Becker-Bender, que tocó el violín entre 1996 y 2002, es hoy profesora de música en Hamburgo y una concertista de prestigio internacional. Cuando le enseñé el programa de 1942 y se enteró de la adquisición del instrumento bajo el Tercer Reich, me dijo:

> Esta noticia me deja estupefacta. Ahora bien, ¿por qué no me hice esa pregunta yo misma? Era joven, vi la oportunidad de tocar un valioso instrumento antiguo. Aun así, en Alemania, ¿no estamos todos obligados a preguntarnos qué pasó durante ese período? Creo que es correcto hacerlo ahora. Para recalibrar. Aunque entonces surge la pregunta: ¿qué significa para un músico alemán joven y privilegiado recibir una oportunidad así, desconociendo la suerte que corrieron las personas sobre las que se ha construido esa oportunidad? La sola posibilidad de que detrás de todo esto exista una historia terrible, que alguien haya tenido que renunciar a su instrumento a la fuerza, puede ser devastadora para un músico [...]. Lo que me parece increíble es enterarme de que fue este señor [Bastiaan] quien tocó el mismo violín. Vi el documental sobre la «La orquesta del Reich» hace como un año. Me suscitó muchas reflexiones sobre cuán apolíticos son tantísimos músicos, cuán inocentes parecían estos hombres [Hartmann y Bastiaan] y cuánto entusiasmo sentían por su trabajo, incluso cuando se expulsaba a los judíos de la orquesta y los demás continuaban tocando. No tengo respuestas; no estarían a la altura del tema. Las preguntas sencillamente están ahí.

Su desazón genera un debate. Según comprobé en mis entrevistas, algunos de los músicos que recibieron el violín después de 1993 no tenían ni la menor idea de la historia del instrumento durante la era nazi antes de que yo hablara con

ellos. Hubo quien, como Kolja Blacher, argumentó que, de haber conocido esa historia, no habría querido tocar el violín por mucho que sonara maravillosamente. Sin embargo, también entiendo las voces de quienes sostienen que «el instrumento no tiene la culpa» o «no eligió su papel».

Al comparar a Ioana Cristina Goicea tocando el Adagio de la *Sonata para violín en re menor* de Brahms con la interpretación de Altenberger del *Concierto para violín n.° 1* de Shostakóvich, es posible escuchar el tono suave y particular del instrumento. El Guadagnini tiene una identidad precisa o, como me dijeron muchos de estos músicos, una «personalidad». También tiene una «biografía cultural», como la de quien ha tenido golpes de suerte y sufrido infortunios. Por un momento, se me ocurre que la cuestión tal vez sea que el violín no es de nadie, sino que va pasando de un depositario a otro. Desde esta perspectiva se subraya la autonomía del instrumento respecto de la propiedad o el comercio. Pero, casi al instante, pienso: «Oh, mierda, esta idea mía de pensar en el violín no como una cosa sino como una persona ¿no supone desentenderse del problema de la injusticia?».

El estigma nazi, asociado con crímenes de Estado horrendos, es una caja de Pandora para cualquier institución pública. Basta pensar en las pesadillas a las que se enfrentan, desde la perspectiva de las relaciones públicas, los museos que albergan obras de arte «contaminadas» por su dudosa procedencia. Ahora bien, sé que si yo fuera un músico joven querría conocer el pasado del instrumento y elegir si deseo convertirme o no en parte de su historia musical, de su biografía, incluso si el instrumento en sí es indiferente a ese mismo pasado. Porque el objeto no nos dirá, por sí solo, a quién pertenecía antes de caer en poder de los nazis. El objeto es mudo ante la historia turbulenta que, paradójicamente, ejemplifica y, como me dijo

Becker-Bender, el tono del violín, claro y radiante, no ofrece indicio alguno de la violencia de ese pasado.

Es posible involucrar a los músicos en el proceso de lo que en Alemania se conoce como *Vergangenheitsbewältigung*, o «hacer frente al pasado», mientras continúan escribiendo un capítulo mejor para esos instrumentos. En este sentido, a finales de marzo de 2021, el departamento de música del gobierno alemán me comunicó que «nunca hemos ocultado que los instrumentos fueron originalmente propiedad del Reich, pero también es cierto que rara vez se nos pregunta por su historia». La Stiftung Musikleben (acaso como resultado de nuestras conversaciones) ha decidido crear una ficha informativa para cada uno de los instrumentos con los datos básicos de su historia y entregarla en el futuro a los músicos que los reciban. Con todo, una mayor visibilidad pública de la turbia procedencia de estos instrumentos podría abrir nuevos caminos para hacer justicia. Como señala la Declaración de Terezín, «la restitución no puede conseguirse sin el conocimiento de las obras de arte y bienes culturales potencialmente expoliados».

De hecho, la labor más importante que queda por realizar atañe a la posible restitución de los instrumentos. Después de todo, cabe la posibilidad de que el violín de Herr Bastiaan hubiera sido obtenido de forma legal. Sin embargo, un enorme signo de interrogación pende sobre cualquier instrumento adquirido por el Ministerio de Propaganda nazi durante la guerra, un período de saqueo a gran escala. Es posible que algún lector de este libro recuerde que su familia tuvo en otro tiempo un violín Guadagnini de 1761, con una línea en la parte posterior y algo parecido a una quemadura de cigarrillo en la parte delantera, o un instrumento más antiguo que se ajusta a la misma descripción. O quizá le resulte reconocible algún otro de los instrumentos que he enumerado. Quizá la cazadora de

violines robados por los nazis, Carla Shapreau, en Berkeley, haya ya encontrado la prueba de una venta realizada bajo coacción durante la guerra entre los recibos conservados de un comerciante. Quizá haya en este momento una persona en Argentina, Israel o Canadá que no sabe que es la heredera de un violín que vale más de un millón de euros. La familia que lo perdió a manos de los nazis sería entonces el legítimo prestador del instrumento a un joven prometedor, tal vez incluso a la misma joven que lo toca ahora.

Un soldado estadounidense vigila los bienes expoliados almacenados en una iglesia de Ellingen, Alemania, 1945.

La Alte Philharmonie, otra vez

Camino hacia el lugar en el que se encontraba la antigua sala de conciertos de la Filarmónica. Tres semanas después de la muerte de Herr Hartmann, el distrito ha instalado allí una nueva placa conmemorativa. Llega demasiado tarde para él; lo hubiera hecho muy feliz.

Me detengo en el patio vacío entre los nuevos edificios, un espacio que en otro tiempo estuvo cubierto de escombros, y

pongo música en mis auriculares: la *Séptima sinfonía* de Beethoven dirigida por Furtwängler en noviembre de 1943, grabada por Radio Berlín allí mismo, en la antigua sala de conciertos, con la mejor tecnología de la época.

Para el ingeniero de sonido, usar instrumentos de grabación tan sensibles, situados directamente delante de la orquesta, tiene una desventaja: también captan todo el ruido periférico del auditorio, como el ocasional parloteo y las toses. Sin embargo, para el historiador, esas imperfecciones resultan escalofriantes, un documento de una experiencia pública compartida bajo el fuego. Comparo las fechas de las grabaciones de Furtwängler con las de los grandes bombardeos y la destrucción de la Filarmónica, y trato de imaginar el nerviosismo de la audiencia. ¿Quién estaba escuchando? ¿Cuánto tiempo de vida les quedaba? ¿Qué significó para ellos escuchar esta música con la guerra librándose fuera?

La música transforma de inmediato el actual paisaje urbano, que le es bastante indiferente. Las muchas grabaciones de guerra de Furtwängler tienen una aptitud especial para lanzarse hacia delante. Parecen precipitarse de lleno al olvido. El segundo movimiento de la *Séptima sinfonía* de Beethoven, la «Marcha fúnebre», es particularmente conmovedor. Se estrenó en Viena en 1813, en un concierto por los heridos de las guerras napoleónicas y en celebración de su sacrificio y patriotismo. Hay una razón para que sea la banda sonora favorita de los youtubers que publican y retocan vídeos de los estragos de la segunda guerra mundial. Hubo funciones hermosas bajo un gobierno terrible, y la emotiva banda sonora añade un filtro ineludible a todas las discusiones acerca de la Filarmónica y la guerra. No puedo imaginarme experimentando una reacción semejante ante el trabajo de ningún otro funcionario del Tercer Reich: los que trabajaban para la administración tributaria o

para las obras públicas, por ejemplo. Pero esta música... ¡Qué tremendo director! ¡Qué orquesta tan sublime!

Comienzo a ser susceptible a la idea de que la Filarmónica no era una «orquesta nazi», como sostenía Erich Hartmann y como se repite en el libro de Misha Aster. Quiero que se exonere a Furtwängler, el hombre que, según Hartmann, trató de «proteger a los músicos judíos» y que era «por completo apolítico». En sus memorias, Hartmann dice que «tenemos que agradecerle el hecho de haber permanecido en Alemania durante el período nazi». Quiero que estos músicos talentosos, que produjeron una música tan extraordinaria, no se vean contaminados por los crímenes del Tercer Reich.

Sin embargo, cuando me quito los auriculares, me encuentro ante un patio vacío y feo, en el que lo único que se oye es la sirena de una ambulancia al pasar. Reconozco el efecto halo de la música y pienso en el primer violín de la Filarmónica, que tocó su instrumento para distraer a los guardias de la aduana en la frontera española. Esta música es una distracción, un obstáculo para apreciar todo el daño que se cometió aquí. Y esa es precisamente la razón por la que la Filarmónica fue la hoja de parra ideal para encubrir las atrocidades nazis. Ahora entiendo mejor por qué se concedieron tanta importancia y tantos privilegios estatales a los músicos de la Filarmónica. Eran la infantería de élite del régimen y vivían en un lujo inaudito mientras la mayor parte de Europa ardía.

Dado que hoy en día la Filarmónica de Berlín es, en cuanto sociedad de responsabilidad limitada, una institución autónoma, los críticos contemporáneos hacen hincapié de manera anacrónica en las tendencias políticas de los músicos para determinar si fue o no una «orquesta nazi». Subrayan que «solo» cuatro judíos fueron obligados a marcharse, que a los medio judíos se les permitió quedarse, que «solo» el 18 % de los

músicos eran miembros del Partido Nazi o que la orquesta se purgó de nazis después de la derrota de Alemania. Sin embargo, lo que definió a la orquesta bajo el Tercer Reich no fueron los músicos en sí mismos, con sus diversas creencias políticas (o, mejor, su aparente falta de compromiso político). La Filarmónica de Berlín fue una orquesta nazi precisamente porque estaba gestionada de forma directa por el Ministerio de Propaganda nazi, para el cual esos músicos eran funcionarios que desempeñaban una valiosa función.

Nadie que manejara una institución pública bajo el Tercer Reich podía ser apolítico, y sus funcionarios tampoco. La orquesta fue fundamental en una política cultural que, en palabras de Goebbels, pretendía provocar una «movilización espiritual» en consonancia con otras formas de arte, a saber, los dominios controlados del cine, el teatro, las artes visuales o la literatura: «El despertar espiritual de nuestra propia época emergerá de esta voluntad de cultura». Asimismo, cumplió con una meta de la política exterior: presentar una cara aceptable, cultivada, de un régimen brutal. Mientras tanto, la política artística nazi destruyó las vidas de muchos artistas, que fueron proscritos o asesinados. Robó sus bienes, sus instrumentos y destrozó sus creaciones. Después de Richard Strauss, como suele decirse, no surgieron grandes compositores en este período. La Filarmónica fue la joya de la corona de esta misión cultural.

¿Deberían los músicos haberse ido de Alemania? Como señala el historiador Richard Evans, apenas quedaba un escritor de mérito en la Alemania de finales de 1933. Los siguieron los artistas visuales. Pero los escritores y los pintores pueden escribir y pintar en casi cualquier parte; no es posible decir lo mismo de los artistas que dependen de un escenario o de un estudio de cine. Eso explica por qué tantos representantes de esos campos se quedaron en el país, si bien es cierto que los

músicos tenían más posibilidades de trasladarse que los actores de lengua germana, para los que trabajar en escenarios extranjeros a menudo resultaba sencillamente imposible. Furtwängler, recordemos, rechazó un trabajo en la Filarmónica de Nueva York para permanecer en su *Heimat*; en su caso, se trató de una elección.

Herbert von Karajan, 1941.

¿Se desnazificó por completo la orquesta después de 1945? No a los ojos del público internacional. En 1955, en su primera gira por Estados Unidos, la Filarmónica se convirtió en blanco de vigorosas protestas que la recibían con carteles que decían: «No hay armonía con los nazis». En 1952, Gerhard von Westermann, el antiguo intendente de la orquesta y miembro del Partido Nazi, había regresado a su cargo. Hartmann, en sus memorias, celebra que Herbert von Karajan asumiera el cargo de director en 1954 y asegura que con él se inauguraba una «nueva era». Pero Karajan, como es sabido, se había unido al Partido Nazi nada menos que dos veces para promover su

carrera. Entiendo la incomodidad de Otto Klemperer cuando fue director invitado de la orquesta después de la guerra.

Las componendas que los miembros de la Filarmónica hicieron con el régimen tienen algo en común con quienes hoy tocan instrumentos de procedencia dudosa o desconocida (como los prestados a la treintena de músicos que se negaron a entregarlos al Estado alemán entre 1951 y 1953). Ambas situaciones constituyen una oportunidad para cuestionar, más allá de la campana de cristal, la relación de un individuo con el poder. La violinista Tanja Becker-Bender comentaba que, tras escuchar el testimonio de músicos de la Filarmónica que declaraban haber sido apolíticos durante la guerra, empezó a plantearse preguntas que hoy en día aún siguen vigentes. ¿Por qué tantos músicos de la era nazi permanecieron en sus puestos en el escenario de la Alte Philharmonie sin querer ver más allá de las partituras en sus respectivos atriles? Por las mismas razones que, aún hoy, muchos coleccionistas y músicos prefieren no enfrentarse a los orígenes de sus instrumentos, sobre todo cuando tienen un sonido tan hermoso. El no querer saber cuál es la posición que ocupamos en una cadena de explotación de la que nos beneficiamos es una actitud que se extiende mucho más allá de la era nazi.

Hans Bastiaan tocando el Guadagnini de 1761 en 1970.

5
Una bolsita de algodón

Elecciones apresuradas

A finales de octubre de 1944, Katalin Lőrincz hizo una bolsita de algodón lo bastante grande para guardar en ella un par de

fotografías pequeñas.

—Era solo un pequeño saco —me dice—. Cogí dos trozos de tela y los cosí por todos lados, excepto por el que quedó abierto.

Katalin tenía veinte años, se había formado para ser costurera y se encontraba en una habitación abarrotada en una de las casas asignadas a los judíos de Budapest. Fuera de esa casa marcada con la «estrella amarilla», los miembros del régimen fascista húngaro, la Cruz Flechada, estaban esperando a que los ocupantes salieran y formaran filas. Habían llegado al poder en octubre de 1944, con la ayuda de los nazis, y sabían que iban a perder la guerra. No obstante, antes de que eso ocurriera, estaban tomando medidas para matar a tantos judíos como les fuera posible.

Katalin solo tuvo unos minutos para elegir qué llevarse consigo.

—¿Cómo se sabe qué debe llevarse uno en una situación así? —pregunto.

Ella responde sin vacilar:

—Es fácil. Tienes que coger comida. Y yo cogí además la bolsita para guardar las fotografías.

—¿Qué fotografías elegiste?

—Verás, no había mucho tiempo. En realidad, no pude elegir. Sencillamente rebusqué en una caja en la que había muchas y cogí un par de mi familia.

Tras guardar las fotografías en la bolsita, abrió el forro del abrigo.

—Era el abrigo de invierno de mi tío, que yo había arreglado para ajustarlo a mi talla. Era un buen abrigo de lana, pero el forro era sencillo. Por dentro era gris oscuro, y por fuera a cuadros. No calentaba mucho.

Antes de bajar las escaleras para reunirse con los hombres que esperaban fuera del edificio, Katalin cosió la bolsita con las

fotografías en el interior del abrigo, en una parte accesible a través de un bolsillo.

En la primera mitad del año, alrededor de 440.000 judíos húngaros habían sido deportados a Auschwitz, donde la mayoría de ellos moriría en las cámaras de gas nada más llegar. Sin embargo, con el ejército soviético cada vez más cerca de los campos de exterminio de Polonia, los responsables de la «solución final» pasaron a depender de centros más alejados del frente oriental. Por tanto, a los judíos de Budapest (que fueron de los últimos en ser deportados en las zonas bajo control del Eje) los enviaron en dirección opuesta, al oeste, a Alemania y Austria, a Dachau, Mauthausen y sus subcampos, en lo que sería la fase final del Holocausto.

Los cerca de cincuenta mil judíos que aún quedaban en la capital húngara estaban alojados desde el verano en las casas marcadas con estrellas amarillas. Tras ser empujados a la calle por los hombres de la Cruz Flechada, la gendarmería húngara, siguiendo órdenes de Adolf Eichmann, los lanzó a una gélida marcha de la muerte. Jóvenes y mayores caminaron más de 160 kilómetros desde Budapest hasta Hegyeshalom, en la frontera con Austria. El recorrido se cobró las vidas de una quinta parte de los caminantes, que murieron de agotamiento y frío.

Durante su deportación, Katalin solo llevaba consigo unas pocas pertenencias: algo de comida, su anillo de boda y la ropa que llevaba puesta, incluido el abrigo con la bolsita de algodón y las fotografías. Aunque más adelante podría sustituirlos por otros, al cabo de unos meses de terminada la guerra no tendría ya ninguno de esos objetos.

Esta historia, una nueva variación de nuestro tema, explora cómo es adentrarse en el futuro sin pertenencias de tu vida pasada.

En Edmonton, Canadá, donde crecí, los vecinos de al lado eran húngaros. Marido y mujer trabajaban en la universidad (ambos eran químicos) y estaban a punto de jubilarse. Siendo niño, conocí mejor a la esposa, que pronto se convirtió en una tercera abuela a la que visitaba una vez por semana.

Nuestras casas, con sus techos a dos aguas, estaban ubicadas en lo alto del valle que cruzaba el río Saskatchewan Norte. En invierno había mucha nieve, que yo tenía que sacar con la pala. La entrada de nuestros vecinos siempre estaba limpia, lo cual me parecía extraño porque nunca los veía en el exterior.

Sí solía verlos, en cambio, detrás del ventanal, que, con sus cortinas de encaje, parecía abrirse a una lejana sala de estar de Europa central. A los quince años, yo estaba enamorado de *Mitteleuropa*. Sin embargo, aunque ya había leído a Tadeusz Borowski y a Elie Wiesel, por alguna razón no los asociaba a esa región. En lugar de ello, cuando visitaba a mis vecinos llevaba bajo el brazo partituras para piano de Chopin y Schumann.

Katalin era una persona cortés y meticulosa. A primera vista, esa cortesía la hacía parecer vacilante, aunque hoy reconozco sus modales como una forma de elegante hospitalidad. Y cuando se trataba de personas, rara vez decía algo negativo. Todo lo contrario: prefería señalar lo mejor de cada uno.

La casa estaba repleta de objetos hermosos que evidenciaban los viajes de mi vecina a lugares que yo esperaba conocer algún día. Recuerdo, en particular, una alfombra persa de color azul turquesa. Estaba alineada, sobre la moqueta que iba de pared a pared, con la estantería que contenía el cristal de Murano, una intrincada escultura de marfil china, porcelanas, álbumes de Vladimir Horowitz y libros de química.

En su cocina inmaculada, Katalin me preparaba unas pastas

pequeñas y delicadas: rollos erizados de semillas de amapola y cuadrados de *crumble* con cerezas, ciruelas, albaricoques o queso fresco. Nos comíamos las pastas en el salón, en platos de porcelana floreada, y después nos aventurábamos escaleras abajo en busca del piano eléctrico, que se encontraba en un dormitorio de invitados. Katalin tocaba el piano como yo, pero con auriculares, ya que su esposo solía estar en la habitación de arriba resolviendo ecuaciones.

Para ser alguien que, según creía yo por aquel entonces, nunca había vivido en Alemania, Katalin pronunciaba muy bien los nombres de las piezas de Schumann que yo tocaba, *Von fremden Ländern und Menschen* («De tierras y gentes extrañas»). Yo siempre le pedía que tocara, pero ella decía: «Oh, no, no podría. No lo hago muy bien». Y entonces yo tocaba otra pieza de Chopin, bastante mal, visto en retrospectiva, aunque ella estaba encantada de tener en casa a una persona joven que no solo disfrutaba comiendo sus pastas, sino que era tan aficionada a la música como ella. A fin de cuentas, a los jóvenes les están permitidas las imperfecciones.

Transcurrida una hora, Katalin me tocaba suavemente el brazo (deseándome la compañía del «viejo amor» a modo de despedida) y, una vez arriba, yo le daba las gracias antes de salir de nuevo al frío invernal. De regreso a casa, nunca cortaba camino a través del césped para no manchar la nieve virgen.

Tampoco hacía las preguntas que daban vueltas en mi mente (sobre las cosas que decían mis padres, sobre los campos de concentración y el tifus) porque la jornada iba de cosas hermosas, como postres y música. Y porque Katalin nunca hablaba de su pasado.

La historia siempre estuvo en la puerta de al lado. Crecí junto a una superviviente del Holocausto sin conocer lo que le ocurrió.

Tres décadas después, cuando tenía noventa y seis años, Katalin cambió de opinión y decidió hablar.

Tras la muerte de su esposo, se había mudado de Edmonton, en el oeste del país, a una residencia de ancianos en Toronto, para estar cerca de su hijastra y de sus nietos. Cada pocos meses, yo le grababa algunas piezas de piano tocadas por mí y le enviaba los MP3 por correo electrónico: un torpe vals de Chopin, un impromptu dubitativo de Schubert... A cambio, ella me enviaba las recetas de las pastas que me preparaba de niño.

En enero de 2021, se cayó y se rompió la cadera por casi una docena de sitios diferentes. Me dijo que la música que le había enviado le había sido de ayuda. Después de ese accidente, comencé a comunicarme con ella con más frecuencia. Hablé de su situación con mi madre, que me preguntó: «¿Qué pasará si nadie escribe su historia antes de que muera? Quizá deberías preguntarle. Puede que te la cuente».

Katalin respondió: «Muchos amigos dicen: ¿por qué no escribes sobre tu vida? Nunca quise hacerlo. Pensaba que eran muchos los que habían pasado por lo mismo que yo, así que no me parecía que mi historia valiera gran cosa. Pero he cambiado de opinión: es bueno que otras personas conozcan historias como la mía».

En 2021, Katalin es una de las últimas supervivientes del Holocausto. Una encuesta reciente indica que, en la actualidad, dos terceras partes de los estadounidenses menores de cuarenta años desconocen que seis millones de judíos murieron a manos de los nazis. Katalin está envejeciendo, y su memoria se bate en retirada.

Empecé a llamarla (a medianoche, hora de Berlín; cinco de la tarde en Toronto) para documentar su historia para este libro.

Era duro plantearle ciertas preguntas difíciles a las que ella respondía de forma desapasionada, ateniéndose a los hechos. Me sentía dividido entre actuar como un historiador, manteniendo una actitud científica, y tratarla como un amigo, con el corazón. Esperaba ser capaz de hacer ambas cosas. Me conmovía el hecho de haber crecido justo al lado de alguien que había vivido tantas experiencias y adversidades, y que al mismo tiempo había mostrado tanta resiliencia. Sin embargo, no sé si, en las numerosas ocasiones en las que la entrevisté, supe mantener la actitud adecuada ante todos los sucesos trágicos que marcaron su vida. Tengo la impresión de que, como un caracol, me retiré a mi refugio de historiador cuando tuve que enfrentarme al horror.

La primera pregunta que le hice fue: ¿hay algún objeto que cuente tu historia?

Un campo de trigo

Katalin me habla de las fotografías que guardó en la bolsita de algodón.

—Las perdí.

—Quizá eso no sea lo peor —le sugiero—. ¿No has tenido la experiencia de recordar la fotografía, pero no a la persona?

—Creo que todo el mundo tiene esa experiencia —responde ella.

—¿Te llevaste al campo de concentración una foto de tus padres?

—Sí. Una de mi madre cuando era joven, con mis dos hermanos mayores y mi abuela. Todos iban bien vestidos. Era una fotografía de estudio —me dice Katalin de forma desapasionada—. De mi padre, no me llevé ninguna.

Sus padres, Ödön y Gizella Lőrincz, eran panaderos judíos en

la ciudad de Ózd, al norte de Budapest, en la frontera con Eslovaquia. Seguían una dieta kosher y guardaban las «altas fiestas», pero Katalin me dice que, por lo demás, no eran personas muy religiosas, si bien sus nombres estaban registrados en las listas de la sinagoga ortodoxa cuando se los trasladó al gueto. Lőrincz es un nombre inusual para una familia judía. El tatarabuelo de Katalin había sido capataz de grandes haciendas. Su elegante apellido se correspondía con un estatus elegante.

—Uno podía llegar a hacerse rico en ese puesto —me dice—, pero mi padre no llegó a heredar esa riqueza.

Ödön había servido en el ejército austrohúngaro durante la primera guerra mundial y había regresado con una bala en el hígado que era imposible de operar. Ya no podía trabajar, y la familia se empobreció. No obstante, tenían un hermoso campo de trigo detrás de la casa.

—Es uno de esos paisajes que nunca olvidas —dice Katalin.

—¿Aprendiste a hornear con tu madre?

—En la panadería se hacía pan de varios tipos, pero no tartas y pastas, aunque mi madre hacía unas maravillosas. Si había una boda, ella hacía el pastel. Le gustaba más ayudar a los demás que cocinar y hacer otras cosas en casa. Preparaba todo tipo de tartas y también las decoraba, era algo en lo que se esmeraba mucho. No escatimaba con los ingredientes, a pesar de que no solo era una persona muy prudente con el dinero, sino que estaba obligada a serlo.

Entretanto, los niños iban descalzos por la calle. Los padres no podían permitirse el lujo de cuidar de su hija, Katalin Irma Lőrincz, nacida en 1924 y conocida por sus amigos como Kati o Kató; de modo que, cuando apenas tenía cuatro años, la enviaron a Budapest a vivir con su tía Etel. La tía no sabía nada acerca de la crianza y Katalin creció aislada de otros niños, pues a Etel le aterrorizaba que su pequeña sobrina pudiera contraer

una enfermedad infecciosa. A una edad temprana, Katalin se formó para ser costurera y cuidadora, y realizó algunos trabajos menores.

A medida que me cuenta lo que ocurrió durante los años de la guerra, me impresiona la claridad mental que con noventa y seis años aún conserva. He comparado las fechas que ella me dio con el registro histórico y todas se corresponden. Katalin, además, siempre recuerda de qué hemos hablado en nuestra anterior conversación: se repite menos que yo.

En 1942, Kató, que entonces tenía dieciocho años, vio a sus padres por última vez. Durante la segunda guerra mundial Hungría colaboró con el nazismo e implementó una serie de decretos antisemitas. Aunque muchos judíos tuvieron que prestar servicio en batallones de trabajos forzados, en especial en el frente oriental, no fue hasta marzo de 1944 (en el mes en el que Alemania invadió el país para evitar que cediera a la presión de los Aliados) cuando el gobierno húngaro comenzó a deportarlos a los campos de exterminio.

—Hasta 1944 las cosas eran razonablemente normales en Budapest —me dice Katalin, a propósito de una ciudad en la que entonces vivían doscientos mil judíos—. Nunca se me ocurrió que algo así pudiera suceder. No nos enterábamos de muchas cosas. Había estaciones de radio clandestinas, pero era difícil saber qué era verdad y que no. Y si te sorprendían oyéndolas, podían castigarte.

La familia de Katalin en Ózd se trasladó primero al gueto, desde donde serían enviados a Auschwitz en mayo de 1944.

—¿Tienes alguna fotografía de tu madre? ¿Tu familia guardó algunas copias?

—No, perdí todas mis posesiones. Ya no tengo fotos de mis padres. Tenía una de mi madre, pero era de muy mala calidad y, cuando quise mejorarla, la eché a perder por completo. Y

tampoco tengo ninguna fotografía de mi padre.

—¿Recuerdas a tus padres? —pregunto—. Aunque ya no tengas sus fotografías, quiero decir.

—Por desgracia, solo viví con ellos unos pocos años. Mi madre no iba a Budapest con frecuencia. Lo hacía cada dos años. Mi padre solo la acompañó en una de esas visitas, cuando cumplí catorce. Durante todo ese tiempo, me llevaron a casa dos o tres veces. Estaba a unos doscientos kilómetros de la capital y el viaje era caro, y ni mi tía ni mis padres se lo podían permitir. Mi madre no podía marcharse: tenía que trabajar en la panadería.

Aunque no ha respondido de manera directa, lo que tal vez le habría resultado doloroso, Katalin ha contestado a mis preguntas, y la respuesta ha sido negativa.

VOLOTOVO

—¿Qué otras fotografías llevabas en la bolsita de algodón?

—Una de mi primer marido.

Ignoraba que Katalin se hubiera casado más de una vez. Ella se ríe:

—¡Decía que en esa fotografía parecía una mosca en un vaso de leche!

—¿Por qué?

—Porque en la fotografía (que era una de esas que se usan para el documento de identidad) llevaba un traje blanco, y él estaba bastante bronceado.

Katalin conoció a Artúr Landau (nacido el 14 de julio de 1916) en 1941, cuando ella tenía diecisiete años. Artúr era un hombre guapo, vestía con elegancia y ganaba un buen salario como contable. Además, hablaba un inglés excelente. Vivían en círculos sociales diferentes, y es posible que sus caminos no se

hubieran cruzado de no ser porque él era amigo del esposo de la jefa de Katalin, lo que hacía que visitara con frecuencia la casa donde ella trabajaba.

—¿Cómo supiste que le gustabas? ¿Coqueteaba contigo?

Ella se ríe.

—No, no coqueteaba. ¡Pero empezó a ir de visita más a menudo! La señora, con la que yo tenía una relación amistosa, me dijo: «¡Pronto vamos a tener a Artúr aquí todos los días!». Él me impresionaba mucho porque hablaba muy bien y era un hombre muy interesante. Y entonces, un día, la señora me dijo que Artúr quería llevarnos a cenar a mi jefa, a su esposo y a mí. En un carruaje, con flores y... ¡a Gundel!

Gundel era, y es todavía, toda una institución en Budapest. Localizado en un edificio independiente dentro del parque municipal, y famoso por sus amplísimos interiores, por sus influencias francesas y por el refinamiento de la cocina húngara, el restaurante es uno de los establecimientos más lujosos de la capital húngara, y puedo imaginar el rostro de Katalin iluminándose al enterarse de la invitación.

—¡No tenía nada que ponerme! Pero la señora me dijo: «Tenemos que hacer un vestido». De modo que hicimos un vestido. Y ella dijo: «Tienes que comprarte un par de zapatos». De modo que me compré un buen par de zapatos, a pesar de que mi salario era muy bajo. Por lo menos, cuando salí, tenía un aspecto bastante presentable.

Teniendo en cuenta que Katalin suele ser exageradamente comedida, eso significa que debía de tener un aspecto espectacular.

—¿De qué color era el vestido?

—Rojo, era rojo. Y en la parte inferior tenía un pequeño faldón de color blanco. No era complicado: un vestido bonito y sencillo. Los zapatos eran rojos pero de punta estrecha, con

tacones blancos, como los que entonces estaban de moda. Nunca usé tacones muy altos.

—¿Rojo brillante?

—No, un rojo suave.

—Claro, por supuesto.

—Ah, y la comida fue buena, buenísima. Y había espacio para bailar. Aunque yo prácticamente no había bailado en la vida, pues nunca había conocido a nadie con quien hacerlo. La última vez que había bailado había sido la noche en que Hitler y Stalin cerraron su pacto de no agresión, cuando salimos con mis parientes y había seis chicos. Bueno, en realidad, esa era la única vez que había ido a bailar antes de ese día.

Katalin y Artúr no tardaron en comprometerse. Como era judío y varón, en 1941 Artúr fue reclutado para realizar trabajos forzosos, de modo que solo podía regresar a la ciudad cuando le daban descanso. La pareja aprovechó esas ocasiones para hacerse los exámenes médicos y contraer matrimonio; exámenes que eran obligatorios desde la aprobación, ese mismo año, de un decreto racial. Pasaron la noche de bodas en casa de los padres de él, y al día siguiente Artúr partió hacia el frente oriental,

donde prestaba servicio en un batallón de trabajo compuesto exclusivamente por judíos.

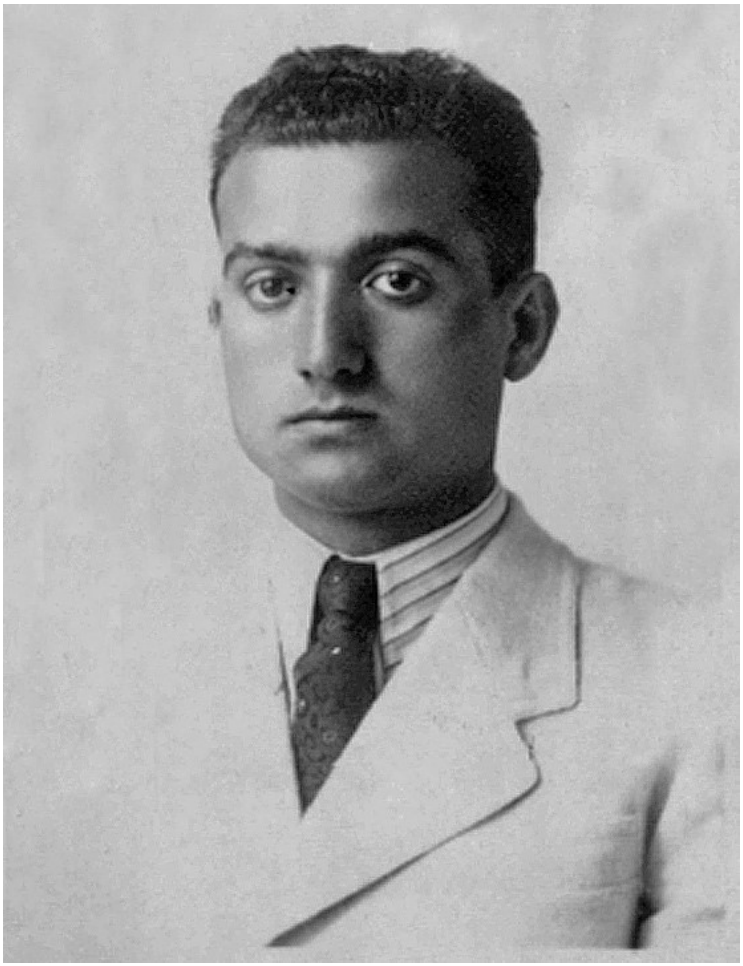
Pensando que su esposo debía de estar pasando frío, Katalin le compró un abrigo y le cosió dinero dentro. Sin embargo, llegado el momento, no sabía a dónde enviarlo. Finalmente, recibió una comunicación oficial en la que se le decía que su marido había desaparecido en Volotovo, cerca de Kursk, en Rusia. Según los archivos del Museo de la Historia del Holocausto Yad Vashem de Jerusalén, murió de frío y de hambre.

—¿Perdiste la única fotografía que tenías de él?

—Sí, pero, por suerte, mi tía, que sobrevivió a la guerra en Budapest, tenía una copia.

Mientras buscaba en los archivos de Yad Vashem, encontré la misma foto de Artúr vestido de blanco. Es apuesto y tiene unos ojos grandes y tristes. Puedo imaginar a Katalin simpatizando con un hombre que sabía reírse de sí mismo.

No parece en absoluto una mosca en un vaso de leche.



HEGYESHALOM

Las casas de la estrella amarilla estaban sometidas a un toque de queda estricto que empezaba a las cinco de la tarde. A pesar de ello, Katalin fue a recuperar las provisiones que había escondido en el ático de su antigua residencia, ocultando la estrella que estaba obligada a llevar sobre su abrigo a cuadros. En el camino de regreso, la bolsa que llevaba se rasgó, y Katalinle pidió ayuda a una mujer que estaba hablando con un policía. La mujer le

proporcionó un cordel para atar el paquete.

—Yo era diferente durante la guerra —me cuenta Katalin, recordando el riesgo que corrió en esa ocasión con aquel agente de policía—. Era capaz de hacer cosas así.

Katalin llevó la comida a la habitación en la que vivía, donde la compartió con una vieja amiga, Anikó Gondos, y sus dos pequeños hijos. Esas provisiones quizá salvaron a las dos mujeres durante la marcha de la muerte. Los dos niños, por su parte, permanecieron con una antigua ama de llaves amiga de Anikó, que logró mantenerlos escondidos.

Noviembre no era precisamente el mes más adecuado para caminar durante una semana a través del campo en lo que el historiador Randolph L. Braham ha llamado una «verdadera carretera de la muerte». El 8 de noviembre, decenas de miles de judíos, incluidas unas treinta mil mujeres, partieron de Budapest para realizar ese viaje. La marcha había sido concebida para acabar con los más débiles. El abrigo a cuadros de Katalin, que contenía las fotografías, era demasiado fino para protegerla adecuadamente del frío, pero la bolsa de comida (chocolate, cecina, alimentos ricos en calorías), que compartió con Anikó, fue de gran ayuda para ambas a lo largo de la ruta (al menos hasta que unos trabajadores forzados polacos, que llevaban mucho tiempo prisioneros de los nazis y estaban famélicos, les robaron lo que les quedaba).

Durante aquel duro trayecto, a Katalin le conmovió la amabilidad de una mujer que les permitió a ella y a su amiga dormir en su casa. Las pescó al azar de entre la larga fila de caminantes y las invitó a pasar. Les dio comida y las dejó quedarse mientras iba a trabajar. Sin embargo, las dos amigas decidieron marcharse después de pasar con ella una sola noche, pues se dieron cuenta de que, si las atrapaban, su benefactora y sus dos hijos serían castigados con severidad.

—Fue lo más grande que alguien hizo por nosotras. Puedes imaginar lo agradecidas que nos sentimos —me dice—. Todavía lamento no haberle preguntado su nombre.

Tras dejar la casa, Katalin y su amiga sencillamente se reincorporaron a la marcha, que era una larga fila continua, hasta la ciudad de Hegyeshalom, en la frontera con Austria, donde durmieron en el frío suelo de una fábrica de ladrillos. Durante unos días, estuvieron cavando trincheras en las afueras de la ciudad, después de lo cual siguieron caminando bajo la lluvia y durmiendo en el barro, a veces también bajo la lluvia. En algún momento, Katalin perdió un zapato en el barro y se vio obligada a continuar con un pie descalzo. Finalmente, ya en diciembre, llegaron a una estación de trenes donde las obligaron a subir a vagones de carga.

Otra testigo de ese momento, Judith Konrad, cuyo testimonio grabado encontré en los archivos del Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos, en Washington, D. C., declaró que se sintió aliviada cuando los subieron a un vagón y los pusieron en manos de los alemanes: «Como éramos optimistas, pensábamos que los alemanes tenían que ser mejores que los húngaros de la Cruz Flechada, lo cual era casi cierto, porque esos jóvenes de la Cruz Flechada eran verdaderamente brutales y crueles y debían de saber que no tenían futuro. Sentían que estaban en su brevísimo apogeo y querían aprovecharlo al máximo. De hecho, nos alegró que nos metieran en esos vagones; nos dolían mucho los pies y eso nos evitaba tener que caminar».

Katalin me dice:

—No sé cuánto tiempo estuvimos en el tren. Me pareció que pasaron semanas. Se movía tan despacio... Yo podría haber caminado más rápido.

El viaje no fue muy largo: unos ochenta kilómetros en línea

recta desde Hegyeshalom. El destino, al otro lado de la frontera con Austria, era un suburbio industrial de la ciudad de Wiener Neustadt llamado Lichtenwörth, en el que funcionaba un subcampo de Mauthausen.

—Seguramente has oído hablar de él —dice Katalin.

Allí, en el frío invierno austríaco, le proporcionaron un par de zuecos de madera con los que podía moverse renqueando.

LICHTENWÖRTH

Un aspecto inquietante de esta historia es que yo no había oído hablar de Lichtenwörth. Aunque había estudiado el campo más infame de Austria, Mauthausen, sus muchos subcampos, dispersos a lo largo y ancho del país, me resultaban en gran medida desconocidos, como le ocurre a la mayoría de los historiadores. Algunos no fueron incorporados a la memoria histórica hasta décadas después de su cierre, y muchos siguen en el olvido. Los archivos de la oficina del comandante de Lichtenwörth, incluidos los expedientes de los prisioneros, fueron destruidos por la SS en 1945. Los pocos documentos que sobrevivieron se encuentran hoy desperdigados, casi en su totalidad en archivos rusos. En 1961, durante el juicio de Adolf Eichmann, se habló de Lichtenwörth como un «campo de inanición» o un «campo de tifus».

Este olvido no es atípico en Austria, un país que después de la guerra se proclamó la «primera víctima» de la anexión nazi, a pesar de las entusiastas multitudes que salieron a las calles de Viena en 1938 para dar la bienvenida al *Anschluß*, del 10 % de afiliación al Partido Nazi y de los distintos austríacos que ocuparon puestos clave en la SS, como Adolf Eichmann, el organizador del Holocausto. En la década de 1970, el relato de la víctima austríaca se reformuló en el de la «resistencia

austríaca» contra los nazis. Esta narrativa absolutamente distorsionada se mantuvo hasta 1986. Ese año, el ex secretario general de la ONU austríaco, Kurt Waldheim, una figura de prestigio indiscutido hasta ese momento, presentó su candidatura a las elecciones presidenciales. Fue entonces cuando se descubrió su turbio historial de guerra, que Waldheim había ocultado durante todo ese tiempo. El descubrimiento atrajo la atención internacional sobre el país, al que la prensa en lengua alemana apodó por entonces «Nazilandia». Tras ello, la corresponsabilidad de Austria en los crímenes del Tercer Reich pasó por fin a formar parte del discurso público. No obstante, la retórica del olvido, que recuerda las actitudes de la década de 1950, ejemplifica la actual cultura de la memoria del Partido de la Libertad, una formación que obtiene con regularidad una quinta parte del voto austríaco.

Hasta 1975 no se erigió una pequeña placa conmemorativa en una intersección de la ciudad de Lichtenwörth, cerca de donde se hallaba el *Lager* hoy desaparecido. En Internet, prácticamente no hay información sobre ese campo. En las elecciones federales de 2019, la extrema derecha obtuvo casi una cuarta parte de los votos en Lichtenwörth. En resumen, a pesar de la existencia de ese pequeño monumento conmemorativo, la memoria colectiva del campo se encuentra amenazada.

En los meses finales de la guerra, unos cuarenta mil judíos húngaros fueron trasladados a Austria para trabajar en la *Südostwall*, o «muro sureste», una serie de posiciones defensivas ordenadas por la Wehrmacht con el propósito de entorpecer el avance del Ejército Rojo desde el sureste. Lichtenwörth era conocido en 1944 (en el lenguaje orwelliano del nazismo) como un *Erholungslager*, o «campo de recreo», porque sus prisioneros, en su mayoría mujeres, no se consideraban aptos para esa ardua labor. Concebido como un centro de tránsito, en diciembre de

1944 había allí 2.500 internas. En las inmediaciones se encontraba otro campo llamado Felixdorf.

En Lichtenwörth, el recinto de la antigua fábrica se había dividido en dos grandes salas en las que estaban encerradas miles de mujeres. Sin embargo, el campo también incluía estancias más reducidas, algunas de las cuales se reservaban para quienes se encontraban muy enfermos. Las letrinas eran apenas unas zanjas abiertas a la intemperie. Katalin vivió en una de las estancias pequeñas durante más de cuatro meses, a lo largo del invierno de 1944-1945, hasta que el Ejército Rojo liberó el campo el 2 de abril de 1945.

—Lichtenwörth era un pueblo —me cuenta—. Yo no tenía ni idea de en qué parte nos encontrábamos. No teníamos ningún contacto con la población local. A lo lejos se veía una montaña que se llamaba el Schneeberg. Eso era todo. El campo no era muy grande. El edificio había formado parte de una antigua fábrica. Nada indicaba para qué se había utilizado. Estaba vacío y sucio. Tenía, tal vez, doscientos metros de largo en ambas direcciones, y se hallaba dividido en tres o cuatro secciones, con techos de vidrio. Cuando había bombardeos, las láminas de vidrio temblaban. Éramos unos cien hombres y unas doscientas mujeres en el pequeño recinto que compartíamos. Pero no puedo decirte cuántos éramos en toda la instalación. En el suelo solo había paja, y el espacio era tan reducido que no podíamos dormir acostados: teníamos que recoger los brazos y levantar las rodillas. Nos sentábamos espalda contra espalda, costado contra costado, y permanecíamos así día y noche durante meses. Teníamos dolores debido a eso. Y, por supuesto, muy pronto todos teníamos piojos.

Cuando hablan de Lichtenwörth, todos los testimonios de la época mencionan la paja: se desintegraba hasta convertirse en polvo, se ensuciaba y era un criadero de alimañas. Los internos

preferían apartarla y dormir en el duro suelo.

—¿Os manteníais en la misma posición a lo largo de todo el invierno?

—Apenas si éramos capaces de ponernos de pie. Sin embargo, mi amiga Anikó se levantaba por la mañana e iba por ahí consolando a la gente, ayudándola psicológicamente. Ella era así. Y luego nos daban de comer. Al principio, recibíamos una rebanada de pan grande y una sopa que tenía algo de sustancia. Pero eso fue solo al principio. El pan fue haciéndose más y más pequeño hasta que desapareció por completo, y la sopa se convirtió en agua con especias.

Leo en otro testimonio que por la mañana recibían lo que llamaban «café salado», un agua negra que, según decían los internos bromeando, era así porque en ella lavaban uniformes negros. El pan sabía a barro, y los prisioneros no sabían si guardar su pequeña porción para comérsela poco a poco o engullirla en el acto.

—¿No te pusieron a trabajar?

—A veces nos sacaban a trabajar. Pero eso fue solo los primeros días. No creo que saliéramos más de cinco veces. Y el trabajo que hicimos ni siquiera era necesario. Nos pusieron a cavar trincheras, pero no creo que esas trincheras llegaran a usarse nunca.

De hecho, más tarde leí que solo se los tuvo cavando y desbrozando hasta el 3 de enero de 1945; después de esa fecha, tenían que llenar el tiempo interminable que pasaban confinados con actividades improvisadas, como juegos de palabras.

—Había guardias alemanes, de la policía. Pero también tenían a judíos encargados de vigilarnos. Los llamábamos *Jupos* o *Juden-Polizei*. Debo decir que algunos de ellos eran peores que los alemanes.

»Desde el lugar en el que cavábamos, volvíamos en filas. Algo que nunca olvidaré fue a un hombre decente, un guardia, que un día se me acercó y me dio una patata cocida. Recuerdo eso. Pensé que tal vez tendría una hija de mi edad. Había mucha gente a la que hubiera podido dársela. Nunca volví a verlo.

—¿Podías lavarte? —le pregunto.

—Sí —responde Katalin—. Una vez a la semana, disponíamos de una pequeña cantidad de agua para lavarnos.

Después leería que el campo disponía de una ducha para ochenta personas que utilizaban miles de prisioneros. Otra testigo, Hedvig Endrei, cuenta que «hacíamos fila allí a las seis de la mañana para entrar; tenías que llegar a tiempo porque a menudo cortaban el agua después de un rato. Allí lavábamos la ropa [...], hombres y mujeres nos bañábamos juntos, no teníamos tiempo para mirarnos o para sentir vergüenza. Estábamos felices de haber entrado. Y después de lavarnos, comenzábamos a despiojarnos».

Katalin continúa:

—El agua estaba helada. Los hombres y las mujeres estábamos obligados a lavarnos en el mismo lugar, mientras el *Lagerführer*, el comandante del campo, nos vigilaba.

—¿Cómo era el comandante?

—Era un joven apuesto. Traía a su novia y juntos miraban cómo nos lavábamos. Quizá pensaba que estaba siendo amable, pero nos llamaba «niños». «¿A que es bueno bañarse, niños? ¿Os gusta, niños?», decía, mientras usábamos un pequeño cuenco para tratar de limpiarnos.

—¿Pasabais frío? —pregunto.

—Fue un invierno frío. Pero dentro del *Lager* nunca pasamos frío, porque estábamos muy cerca los unos de los otros. Siempre tenías a alguien cubriéndote los costados, dándote su calor corporal. Y además yo no me quitaba nunca el abrigo.

—¿No os dieron uniformes? ¿No os quitaron lo que llevabais?

Pienso en las muchas pertenencias que la gente llevó consigo a los campos de exterminio solo para que les fueran confiscadas nada más llegar: los montones de zapatos, maletas y objetos de plata que hoy llenan los espacios de los museos del Holocausto.

—No, no nos tocaron. No intentaron quitarme nada, aunque tampoco es que tuviera mucho. Incluso cuando nos lavábamos y el *Lagerführer* nos miraba, nunca se acercó ni tocó a nadie. Verás, al principio, pensaban que iban a ganar la guerra. Pero para entonces tenían miedo. En Lichtenwörth trataban a las personas de manera diferente. Eran menos severos porque sabían que, tarde o temprano, iban a ser juzgados después de aquello. No había fusilamientos. La gente, en cambio, moría de hambre o a causa del tifus.

Un día, Katalin caminó un poco más lejos de lo habitual en el patio y descubrió lo que originalmente les tenían preparado en aquel campo:

—Había tres crematorios listos, pero nunca los usaron. Era demasiado tarde para eso. Había una pila de cadáveres. Cincuenta muertos. Y vi las puertas de esos crematorios.

Otros testigos recuerdan un discurso del comandante del campo en el que anunció que estaba planeando organizar, en el patio, en una carpa, un enorme baño para los prisioneros. Probablemente se estaba refiriendo (sin que ellos pudieran saberlo en ese momento) a una cámara de gas móvil.

La actitud hacia las pertenencias de los prisioneros había cambiado en diciembre de 1944. Sin recursos, conscientes de que Alemania iba a perder la guerra, la SS optó en Lichtenwörth por la eliminación pasiva de los prisioneros judíos mediante el hacinamiento, el hambre y las enfermedades, de modo que los oficiales pudieran luego eludir las acusaciones más graves en los juicios de la posguerra. La estrategia también se conoce como

«inanición sistemática».

—Yo tenía mi anillo de compromiso, y una de las chicas polacas, una de las trabajadoras que habían sido encerradas en Lichtenwörth antes que nosotras, se acercó y me dijo que ella podía conseguir una hogaza de pan a cambio. Yo, obviamente, no quería renunciar a mi anillo. Ese día había mucha nieve en el patio. Ella empezó a suplicarme con tanta vehemencia que al final me quité el anillo, pero, en medio de la emoción, lo dejé caer. A la muchacha le tomó mucho tiempo recuperarlo entre tanta nieve, pero logró encontrarlo. Luego fue y compró el pan. Ella, por supuesto, quería la mitad, y yo después compartí mi mitad con Anikó. Un cuarto de hogaza de pan fue todo lo que obtuve por mi anillo de compromiso.

—Si en el campo todavía tenías tu abrigo, también tendrías la bolsita de algodón con las fotografías. ¿Las sacabas? ¿Podías mirarlas?

—No las miraba muy a menudo porque no podía moverme. Además, no hubiera podido llegar con facilidad al bolsillo, porque estábamos todos muy apretados, quien se encontrara a mi lado estaría apoyado contra él. Las pocas veces que pudimos salir, las sacaba. Es curioso, pero la verdad es que no recuerdo muchas cosas de mi experiencia en el campo porque siempre era lo mismo. Sin embargo, sí recuerdo que siempre tenía una canción de Schubert en la cabeza [*Frühlingsglaube*, «Fe de primavera»]. Esa letra, «Nun muss sich alles, alles wenden», sigue aún en mi cabeza. Hubiera querido cantarla entonces, pero allí no podía. Aun así, siempre estaba tarareándola mentalmente. La cantaba en mi cabeza y eso me ayudó: «Ahora todo, todo debe cambiar...».

El 24 de enero de 1945, el campo registró el primer caso de tifus petequial.

—Hay muchas formas de tifus —me explica Katalin—. Ninguno de nosotros sabía entonces qué era esa enfermedad. Cuando comienza, no te das cuenta. Luego, tras un par de días, aparecen pequeños puntos rojos en el pecho. Solo en el pecho, en ninguna otra parte del cuerpo. Llevábamos ya un tiempo allí cuando, un día, advertí que tenía esas pequeñas manchas. Estábamos muy juntos, apoyados los unos en los otros permanentemente, y la enfermedad se propagó con rapidez. Y llegó el día en que ya no pude levantarme más. Estaba casi inconsciente, muy enferma. Quería volver a casa a cualquier precio. Todo esto ocurrió justo al final de mi estancia en Lichtenwörth, tal vez tres semanas antes de que todo terminara.

El agente del tifus epidémico, la bacteria *Rickettsia prowazekii*, es transmitido por el piojo humano. El primer síntoma es la fiebre; luego viene la erupción, que aparece aproximadamente cinco días más tarde, y después llegan los dolores musculares intensos y el delirio. Si la enfermedad no se trata, en dos terceras partes de los casos conduce a la muerte. El tifus se propagó debido a las insalubres condiciones en los campos de concentración nazis. Ana Frank y su hermana sucumbieron a la enfermedad. Existía ya una forma de prevenirla, pero, por desgracia, no estaba a su alcance: poco antes de la guerra, se había desarrollado una vacuna eficaz que se administró a las tropas estadounidenses desplegadas en el extranjero.

—De alguna manera, el tifus era más letal para las personas saludables —observa Katalin a partir de su experiencia—. Había una guardia, una *Jupo*. Estaba muy sana y hasta el final estuvo bien alimentada. Pero en un momento dado contrajo el tifus y murió al poco tiempo. Era una mujer bastante cruel. Muy mala. A mí no me hizo nada, pero muchos se quejaban de que no les

permitía hacer las cosas más básicas. Y acabó muriendo porque estaba en mejores condiciones que los demás.

El 5 de mayo de 1946 se exhumaron en una fosa común en Lichtenwörth los restos de 232 prisioneros que habían padecido «condiciones de vida catastróficas», como «falta de espacios higiénicos, hambre y ropa inadecuada». Los cadáveres se trasladaron a Budapest, donde fueron enterrados en un cementerio judío. El número total de víctimas mortales en Lichtenwörth no se conoce con exactitud, pero a partir de los testimonios presentados en el juicio de Eichmann y otros documentos se calcula que solo sobrevivieron 400 de los 2.500 prisioneros.

El 2 de abril de 1945, el campo fue liberado por fuerzas del Ejército Rojo en su avance a través de Wiener Neustadt, como parte de la ofensiva de Viena, cuyo desenlace tendría lugar dos semanas después. Austria estaba en primera línea cuando se abrieron las puertas del campo de Lichtenwörth.

Katalin describe así lo ocurrido:

—Solo recuerdo que vi a un solo soldado ruso de pie en la puerta de nuestra celda. De algún modo, conseguí levantarme

cuando le oí decir que éramos libres. Fui hasta la puerta. Era un soldado muy simpático, y curiosamente, yo no tenía un aspecto tan malo. O al menos no parecía un mero manojo de piel y huesos. Él no era en absoluto como los rusos sobre lo que más tarde oí hablar. Me preguntó qué podía hacer para ayudarnos. «¿Puedo traerte algo?», preguntó. Y yo le dije: «No te acerques a mí. Ten cuidado: ¡estamos todos infestados!».

»Encontramos la cocina de los alemanes, que estaba abandonada. "¿Puedo traerte algo de comer?", preguntó. Le dije: "¿Puedes traerme un pollo?". Pensé que tal vez podría hacer un poco de sopa de pollo. Él me trajo el pollo y también un saco de harina y azúcar. Era una casualidad que los rusos estuvieran tan al oeste. Habían instalado un hospital bien equipado en un castillo cercano (eso no sucedió en ningún otro lugar, que yo sepa), y tal vez yo habría terminado allí, pero en ese momento no lo sabíamos. Lo único que quería era irme del campo con mi amiga Anikó, ahora que por fin podíamos. Probablemente caminamos unos cuantos kilómetros. No tengo ni idea.

Katalin y Anikó caminaron juntas, medio delirantes, a través de la zona de guerra. Muchos otros prisioneros del campo comenzaron a morir; sus cuerpos no soportaron la ingesta repentina de alimentos y fallecieron a causa del denominado «síndrome de realimentación». El almacén del campo fue asaltado y un *Jupo* fue aplastado por los prisioneros, que corrieron para hacerse con algo de azúcar, margarina o mermelada. Katalin se encontraba tan enferma que no podía comer: eso la salvó. No sabe de dónde sacó la energía para caminar al principio, pero, en un momento dado, no pudo continuar.

—La guerra estaba presente en todas partes —me cuenta—. Recuerdo estar de pie frente a un tanque pidiendo que se

detuviera y nos llevara. Al final, vimos una pequeña casa al lado del camino. Anikó y yo fuimos hasta allí. La puerta estaba abierta y la casa estaba vacía y, una vez dentro, caí inconsciente en la cama. No recuerdo mucho más. Solo que me dieron algo de beber, aunque tampoco podía beber mucho. A ratos abría los ojos y permanecía despierta durante un corto período, pero entre un despertar y otro tenía sueños terribles, sueños muy vívidos. Es algo que pasa con el tifus. Todavía los recuerdo.

»Yo nunca fui religiosa; y mi familia tampoco. Muchos de mis hermanos se habían casado con cristianos. Y de hecho, yo misma iba a la iglesia de vez en cuando. Tal vez por eso soñé con Jesús. Nunca se me hubiera pasado por la cabeza pensar en Jesús. Ya a los siete años preguntaba cosas como: ¿quién hizo a Dios? Aunque me decían que no debía hacer semejantes preguntas.

Finalmente, Katalin entró en coma. Cuando despertó, no sabía dónde se encontraba:

—Estaba en una bañera y un hombre me estaba lavando. Era un enfermero. Estaba en un hospital. Luego volví a despertarme y estaba en una cama de hospital. La compartía con mi amiga. Me dolía el costado, pero era solo porque mi amiga dormía apoyada contra mí. Recuerdo después oír a los médicos hablando, diciéndole a Anikó que yo no lograría sobrevivir. Tuve más sueños terribles, y al final, no sé cómo, acabé mejorando. Había allí una enfermera joven y bonita, pero le contagiamos el tifus y falleció. Cuando llegué al hospital, me lo quitaron todo. La ropa, el abrigo, las fotografías... Estábamos llenas de piojos. Me afeitaron la cabeza.

El estado de Katalin mejoró y, después de algunas semanas, ya no quiso quedarse más tiempo en el hospital. Aunque todos le decían que se encontraba demasiado débil para viajar, decidió intentar llegar a su casa de Budapest.

—Me hallaba en un estado mental muy extraño. He leído que, en ocasiones, después de sufrir una enfermedad muy grave, las personas jóvenes se sienten repentinamente embargadas por una felicidad como la que yo sentía. Mis emociones eran muy intensas. Y justo cuando me disponía a dejar el hospital, las enfermeras vinieron y me dieron algo de comida, unas patatas para el viaje...

Y entonces ocurrió algo asombroso.

—No sé quién la había guardado o cómo sucedió, pero el hecho es que me devolvieron la bolsita de algodón con las fotografías. Yo me sentía muy feliz. No podía creer que la bolsita hubiera sobrevivido, no después de todo lo que había pasado.

Katalin y su objeto tenían algo en común: habían sobrevivido. ¿Era una señal de que Katalin podría recuperar su antigua vida?

El robo

Katalin salió del hospital austríaco en unas condiciones lamentables.

—En mi estado, el regreso era imposible —recuerda—. No sé cómo lo logré. Pensé: Tengo que llegar a casa. Pensé en Artúr y en mi tía. Quería llegar a casa por ellos.

Encontró un tren que se dirigía a Budapest y lo abordó. El convoy se detuvo muchas veces a lo largo de la ruta. La guerra había destruido el campo. En un momento, Katalin necesitó bajar en una estación para ir al lavabo, y cuando regresó al andén el tren había partido sin ella. Esperó a que llegara el siguiente, que iba lleno de soldados rusos: «Eran tan fuertes, tan acrobáticos... Era increíble lo que eran capaces de hacer». En ese tren viajaba un húngaro al que Katalin reconoció: era un hombre al que veía con regularidad en el tranvía antes de la

guerra. El hombre no la reconoció, pero le dio un poco de sopa. Tras llegar a la Estación Este de la capital húngara, Katalin, agotada, consiguió acercarse a la Cruz Roja. Su tía, que había sobrevivido escondida en el gueto, la encontró allí.

—¡En cuanto me vio, se echó a llorar! Cuando llegué a Budapest pesaba solo cuarenta kilos. Mi cara era como un huevo. Claro: tenía la cabeza afeitada. Volví a casa con ella. Tardé tres meses en recuperarme…

»Había recibido el aviso de la desaparición de Artúr en Volotovo en 1943, pero confiaba en tener más noticias de él cuando volviera a casa. Sin embargo, nunca obtuve más información. Eso fue todo. Hablé con alguien que había estado en el grupo de Artúr, no un judío, sino un soldado, pero no sabía nada. O no quiso decírmelo. Nunca volví a verlo.

Luego llegaron una hermana y un hermano de Katalin que habían estado en Auschwitz, los únicos supervivientes de los ocho miembros de la familia enviados allí. Por ellos se enteró de que sus padres habían sido gaseados. Como también lo fueron los dos hijos pequeños y la esposa de su hermano. Ellos dos habían logrado sobrevivir porque los pusieron a trabajar.

Katalin explica:

—Mi hermana estaba mejor alimentada, trabajaba produciendo artículos que los alemanes nunca usaron. Mi hermano pelaba patatas en una cocina, lo que le permitía comerse las pieles. Anikó había dejado el hospital antes que yo, y nos volvimos a ver. Fue importante tener a alguien conmigo de principio a fin, pero nunca volvimos a hablar de lo ocurrido.

Tras los tres meses de convalecencia, cuando Katalin se sintió lo bastante fuerte como para salir, metió la bolsita de algodón con las fotografías en el monedero y salió a la calle para tomar el tranvía. Sin embargo, tras haber sobrevivido milagrosamente al campo, la bolsita y las fotografías desaparecieron de

improviso.

Ella explica la tragedia de forma desapasionada:

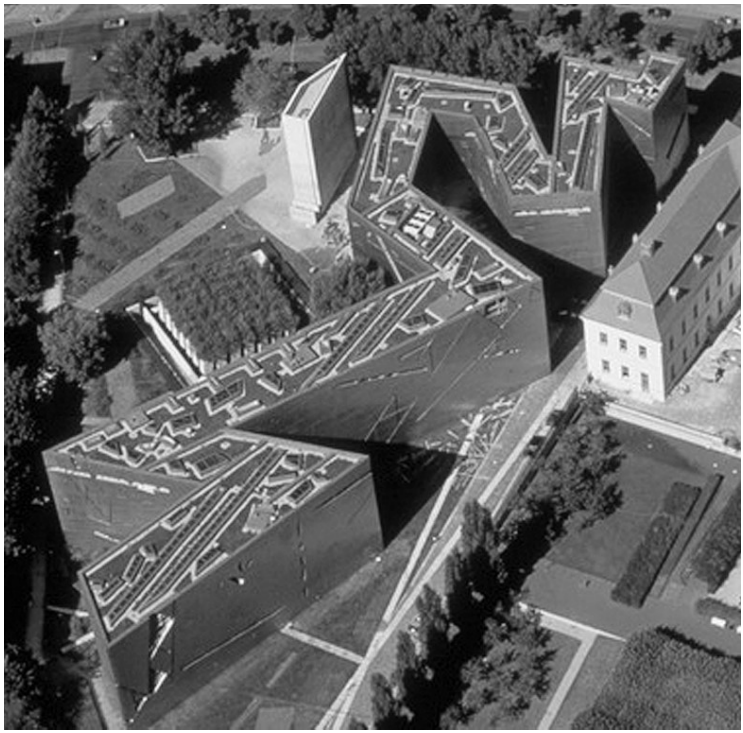
—Alguien debió de pensar que guardaba dinero allí, porque me robó la bolsita de la cartera en el tranvía. Me puse a llorar, por supuesto.

Descubro que me resulta doloroso escuchar a Katalin. Apenas puedo reprimir las lágrimas cuando me dice que perdió las últimas posesiones de su vida anterior. Su tía consiguió reemplazar la fotografía de Artúr. Y también le dio una de la propia Katalin, tomada en julio de 1943. Pero la foto de su familia era irrecuperable.

—Fue una suerte que mi tía tuviera una copia de la foto de Artúr. Gracias a eso todavía conservo esa foto. La mía de 1943 es una foto muy triste. Cuando me la hicieron, todavía no sabía qué le habría pasado a Artúr, pero no me atrevía a abrigar la esperanza de que lo volvería a ver. Ya no tengo ni una sola foto de mis padres. No tengo casi nada de antes de la guerra.

Muletas

La guerra acababa de terminar, las fotografías habrían permitido una continuidad con la vida antes del conflicto, pero justo entonces Katalin se encontró sin ellas. Las escasas y afortunadas copias de su tía solo llenaron parcialmente ese vacío. ¿Qué se siente al verse separado del pasado de esa manera?



En Berlín, la planta del Museo Judío, vista desde arriba, parece una estrella de David hecha pedazos. Está formada por líneas rectas que terminan de forma abrupta (pienso en la familia de Katalin, cuyas vidas se truncaron en Auschwitz). Hay espacios huecos (pienso en la bolsita de algodón vacía). Y también hay continuidades improbables: pasillos que se detienen y luego continúan después de una interrupción (pienso en las copias de las fotografías que Katalin recuperó por casualidad). El edificio de Daniel Libeskind, inaugurado en 2001, es una metáfora de la historia judía en la Europa del siglo XX: pese a la catástrofe, hay continuidades.

¿No es natural que dejemos algunos objetos atrás? ¿Y que luego otros vuelvan a nosotros por casualidad? En su obra *En busca del tiempo perdido*, Proust nos habla del gran poder de los recuerdos que perdemos y después recuperamos por sorpresa.

Imagina que descubres una vieja caja en el sótano y que dentro encuentras un juguete infantil o una carta en la que no habías pensado durante mucho tiempo. Proust dice que ese es el tipo más poderoso de memoria recobrada: «El hábito lo debilita todo; lo que mejor nos recuerda a una persona es precisamente lo que habíamos olvidado...».

Le pregunté a Katalin si puede ocurrir que la fotografía reemplace el recuerdo de la persona. ¿No hay algo de ingrato en el hecho de que el recuerdo habitual de las viejas fotografías a las que nos aferramos reemplace otros recuerdos más complejos? Pienso en la imagen perdida de la madre de Katalin, donde aparecía posando con sus dos hijos mayores y la abuela, tomada en el estudio de un fotógrafo. ¿No era esa foto un pobre recuerdo en comparación con, digamos, los aromas y sabores de la panadería de los padres de Katalin, aromas y sabores que, si volviera a probar, podrían sorprenderla y abrir «el último tesoro del pasado» y «hacerla llorar de nuevo»?

Dado que es posible que nunca dispongas de la técnica o de los ingredientes adecuados para recrearlos por tu cuenta, esos sabores perdidos se convierten en potentes desencadenantes de recuerdos que creíamos olvidados. Desearía volver a probar los rollos de semillas de amapola de Katalin. En Berlín hay pastas similares por todas partes, pero aún no me he topado con las de mi infancia. Acaso el problema es que pongo demasiado empeño en la búsqueda. Quizá un día me tropiece por casualidad con un sabor comparable y experimente esa vivencia poderosa de la memoria proustiana, cuando el sabor de la magdalena devuelve al narrador a la infancia. Y es posible que entonces evoque esa palabra inglesa que conecta la memoria con los sentidos del olfato y del gusto: *redolence*.

El sentido del gusto, al ser una experiencia momentánea, también nos habla de la fragilidad de la memoria. Se podría

decir que es lo contrario de la fotografía, que se diferencia de muchos otros objetos en que, mediante la luz, logra capturar una imagen fija del pasado. El carácter metonímico de las fotografías resulta curioso, en el sentido de que son representaciones de personas y cosas desaparecidas. Guardamos fotos como recuerdos de cosas pasadas. Sin embargo, con su inmovilidad plana, habitual, para nada sorprendente, ¿no son también enemigas de la memoria? Pienso de nuevo en el modo en que las fotos de las vacaciones reemplazan los recuerdos de las vacaciones.

En el *Fedro* de Platón, Sócrates aborda el problema de quienes usan notas preparadas con antelación cuando pronuncian un discurso. El filósofo considera que las notas son una «muleta» que hace que las personas descuiden su capacidad para memorizar y comprender largas piezas de oratoria. La muleta permite que la memoria se torne negligente. ¿La bolsita de algodón y las fotografías que contenían no eran acaso una muleta?

Hay un problema en esta teorización. Por más que me deje llevar por referencias y analogías de este tipo, hay un hecho ineludible: ¿para qué sirve un recuerdo si, al final, no lo podemos recuperar? ¿Qué pasa si el hilo se pierde y no puedes recordar a tus familiares porque ya no tienes ninguna imagen de ellos? ¿No había una razón para que, aparte de la comida, las fotografías fueran lo único que Katalin se llevó consigo cuando fue deportada? ¿Acaso entendía ya entonces la importancia del documento, del testimonio, de las pruebas?

Hoy, no logro encontrar una sola fotografía del campo de prisioneros de Lichtenwörth. Continúo buscando en los archivos sin hallar nada. Las pruebas están desapareciendo y las necesitamos. El recuerdo que Katalin tenía de los rostros de su familia fue desvaneciéndose; ocurre lo mismo con la historia de

Lichtenwörth y, sin duda, con la participación de los colaboradores húngaros que hicieron posibles las deportaciones a ese lugar.

Las personas coleccionan objetos precisamente para evitar que el pasado se convierta en una gran abstracción, para evitar que las autoridades jueguen con la memoria. Algunos objetos son nuestras anclas, no nuestras muletas.

Posguerra

—¿Cómo puedes hablar de forma tan desapasionada de esta historia? —le pregunto a Katalin.

Yo había tenido dificultades para asimilar que la persona que vivía en la casa de al lado cuando era niño, para la que tocaba con torpeza el piano en una pacífica ciudad canadiense, se había visto sometida a una marcha de la muerte y había experimentado las condiciones aplastantes del campo de concentración, la enfermedad, las tribulaciones del regreso a casa y la pérdida de su marido y de su familia. Tantos terribles infortunios de la guerra entrelazados en la biografía de una única persona. ¿Cómo se puede vivir con tales cicatrices?

—Porque tuve muchísimos buenos recuerdos después, setenta y cinco años de buenos recuerdos —responde—. Me volví menos sensible a esas cosas. Lleva su tiempo, pero siempre he tratado de vivir lo mejor que puedo. Sin embargo, a veces me siento abrumada por la emoción. Pinto tres veces por semana y eso me ayuda a centrarme.

—¿Crees que la guerra cambió tu carácter?

—Mi carácter no cambió. Pero la guerra potenció mi ingenio y mi habilidad. Después de Lichtenwörth, empecé a manejar herramientas y a hacer cosas por mí misma. Por ejemplo, si tenía que alcanzar un estante alto, no necesitaba comprar uno

de esos bancos, de repente era capaz de hacerme uno. Creo que este ingenio proviene de haber tenido que arreglármelas para sobrevivir. Eso es todo. Salvo que durante la guerra también fui más valiente. Esa valentía, en cambio, ya no la tengo.

He descubierto que, sesenta y dos años después de la liberación de Lichtenwörth, encontraron un libro de recetas en Budapest. En el campo de concentración, un grupo de mujeres habían escrito lo que solían cocinar todos los días en sus hogares en la capital húngara. Era una técnica de supervivencia, un modo de mantener viva la continuidad con sus vidas pasadas, con una época en la que no tenían que subsistir con raciones de comida miserables. Como acaso era previsible, las recetas incluidas son en su mayoría de dulces y pasteles. Así que le pregunto a Katalin:

—¿El campo cambió tu actitud hacia la comida?

—¡Después de la guerra la gente quería comer más! —dice riéndose—. Pero, pasado un tiempo, ya no. Aunque tal vez sí prestaran más atención a la comida.

—Dime: ¿cómo es que cuando empezó la guerra ibas camino de convertirte en costurera y luego, una vez terminado el conflicto, te convertiste en una científica experta y llegaste a ser analista provincial en Canadá?

—Yo nunca quise ser costurera. Lo que ocurre es que había perdido la esperanza de que cualquier otra opción fuera posible para mí. Eso fue algo bueno que hicieron los comunistas en Hungría. La educación la pagaba el Estado. Sí, es cierto que seguía estando muy restringida y que solo se enseñaba a los simpatizantes del gobierno, pero como superviviente, en 1946 más o menos, fui a una institución donde evaluaron mis capacidades. Y, para mi sorpresa, me dijeron que podía hacer lo que quisiera. Podía elegir una profesión. Previamente, sin embargo, tenía que terminar el *Gimnázium* [la escuela

secundaria que permite acceder a la universidad] y trabajar al mismo tiempo, porque necesitaba comida, que era lo único que en ese momento tenía valor. Trabajaba un día entero por una botella de aceite. Pero luego me formé. Empecé en 1948, con la escuela secundaria, y después, de 1950 a 1954, fui a la universidad y obtuve el equivalente a un título de maestría como ingeniero técnico.

»Hasta finales de 1947, todavía guardaba la esperanza de que Artúr volviera algún día. Pero entonces me rendí y conocí a mi futuro esposo, Ottó, en casa de una amiga. Él también había estado en un campo, en Mauthausen. Antes de eso, lo habían obligado a trabajar en Budapest, limpiando los escombros de los bombardeos; al hacer esa tarea se había encontrado partes de cuerpos humanos, y eso lo traumatizó. Es extraño pensar que siempre recé para que los aviones destruyeran la ciudad. En Hegyeshalom, los Aliados volaron sobre nosotros y no me asusté, porque pensé: ¡son los Aliados! Esperaba que acabaran con la guerra.

»En Mauthausen, Ottó también contrajo el tifus, y cuando estaba al cuidado de los estadounidenses, convaleciente, tenía sueños disparatados y delirios. Terminaba deambulando por el campo junto a otros pacientes en su misma situación, y los estadounidenses iban detrás de ellos, recogiéndolos a todos en un camión. Cuando volvió a Budapest, Ottó se encontraba muy mal. No pudo comenzar a trabajar de inmediato, tuvo que esperar a recuperarse. Él fue muy comprensivo con lo de Artúr, muy comprensivo... Sentía mi pérdida. Empezamos a salir. Y luego nos casamos. Pero, ahora que Ottó se ha ido, mis pensamientos vuelven con frecuencia a Artúr, lo que me hace sentir culpable después de setenta años con mi segundo marido.

Hablamos mucho de los años de la posguerra. Katalin no pudo tener hijos debido a la enfermedad contraída en el campo. En

diciembre de 1956, tras el fracaso de la revolución húngara contra los soviéticos, ella y Ottó dejaron el país. Por extraño que pueda parecer, hicieron la misma ruta que cuando fueron deportados y pasaron a Austria a través de Hegyeshalom. Aunque tenían parientes en Estados Unidos dispuestos a recibirlos, fueron enviados a Canadá. Una vez allí se trasladaron al oeste, a Edmonton, donde empezaron una nueva vida juntos.

—Finalmente entré a trabajar en un laboratorio de Canadá, en la Universidad de Alberta. El Departamento de Agricultura se encargó de construir un laboratorio hermoso, nuevo, con equipos de última generación, en la sexta planta de un gran edificio. Yo misma participé en el diseño del laboratorio, el mejor equipado de la provincia; Ottó me ayudó mucho. Fui nombrada directora del laboratorio provincial, o analista provincial. Hicimos estudios de toxicología, trabajo forense, análisis de agua... Analizábamos la sangre en busca de alcohol, el contenido del estómago en busca de sustancias tóxicas... Con frecuencia iba a los tribunales como testigo. En ocasiones, los abogados me tenían en el estrado durante tres horas. No fue un trabajo fácil siendo mujer, ya que era la única con ese puesto, pero los hombres me respetaban.

La pareja no regresaría a su país de origen hasta 1979.

—Hungría era entonces un lugar extraño —me dice—. Pero recuerdo, y lo recordaré siempre, que detrás de nuestra casa en Ózd había un gran campo en el que crecía el trigo. Por alguna razón, es algo que nunca olvidé. Y en cuanto pude fui hasta allí con Ottó. Quería mostrárselo. Como dije, hay lugares que nunca olvidas. Como ese campo inmenso. Fui tan libre en él... Y, bueno, ¡allí seguía!

Hay algo que quiero saber, pero titubeo al hacer la pregunta:

—¿Qué piensas del hecho de que ahora yo viva en Alemania, Katalin? ¿Te resulta en algún sentido difícil de entender?

—No. Pese a lo ocurrido, nunca odié a los alemanes. Como en todos los pueblos, los había malos y buenos. Hungría también era un país extremadamente antisemita, y ello a pesar de que los judíos húngaros eran muy talentosos e hicieron mucho por Budapest. Mi sobrino se casó con una alemana. Al principio, los padres de ella se opusieron. Pero ella tenía un corazón de oro.

—¿Cambió el Holocausto tu percepción de la Humanidad?

Ella reflexiona antes de responder:

—Me conmovieron las muestras de bondad que, a pesar de los peligros, presencié a menudo durante la deportación. El 80 % de las personas se limitan a seguir la corriente. Yo misma me incluiría entre ellas. Pero algunas personas no lo hacen, y eso hace que mi visión de la Humanidad sea más positiva.

Y su historia ciertamente está marcada por actos de bondad muy básicos, episodios en los que personas excepcionales cuidaron de ella, la acogieron o le dieron comida. Me gusta creer que yo formaría parte de ese 20 %, pero reconozco que es algo que nadie sabe con certeza hasta que se ve presionado por una situación determinada.

—No obstante —agrega—, me preocupa el ascenso de la extrema derecha y la posibilidad de que Europa vuelva a la situación previa a la segunda guerra mundial.

—¿Qué podemos hacer al respecto? —pregunto—. ¿Cómo pueden los jóvenes aprender de lo sucedido en el pasado? ¿A través de historias como la tuya?

—Todo depende de su personalidad. Algunos necesitarán experimentar la guerra por sí mismos para comprender lo ocurrido, otros necesitarán experimentarla solo para creer que algo así puede ocurrir.

Hay un detalle en el testimonio de Katalin que me fastidia especialmente: la descripción del comandante del campo que observaba a los internos mientras se lavaban y los llamaba «niños». Decidido a encontrar más información acerca de este hombre «apuesto», un tal Wilhelm Vrtoch, me propongo viajar a Austria y buscar en los archivos los documentos del juicio al que se lo sometió en la posguerra ante un *Volksgericht* («tribunal popular»). Por desgracia, esto se revela imposible en los meses previos a la entrega del manuscrito de mi libro debido al confinamiento decretado en Austria como consecuencia de la pandemia del coronavirus, que, además de condicionar los viajes al extranjero, impedía el acceso a los archivos.

Después de enviar varios correos electrónicos desesperados al archivo del Centro de Documentación de la Resistencia Austríaca, el lector podrá imaginar lo agradecido que me sentí el día que un santo archivero me envió por sorpresa un correo electrónico con los documentos judiciales escaneados como archivos adjuntos. Las catorce páginas mecanografiadas de 1948 están rasgadas en los márgenes y garabateadas con una caligrafía inclinada e ilegible que atribuyo al juez. Con todo, me permiten corroborar la historia de Katalin y conocer otros aspectos de la brutalidad del campo. Aparte de los testimonios de los supervivientes, son una de las pocas fuentes primarias que se conservan sobre la vida en Lichtenwörth.

Nacido en Viena el 12 de junio de 1920, Wilhelm Vrtoch se había formado para ser fontanero cuando, a los dieciocho años, se unió a la SS como voluntario. Después de que una herida lo dejara incapacitado para el combate, obtuvo un puesto como funcionario en un campo de concentración en Hungría, antes de convertirse, a finales de 1944, en comandante de los campos de Lichtenwörth y Felixdorf. Tenía veinticuatro años. El tribunal declaró que los campos gemelos no eran «campos de recreo»

como se los describía, sino centros de exterminio masivo. Los testigos que participaron en el juicio, y la propia confesión de Vrtoch, evidencian que este individuo cometió actos inhumanos y que sus abusos de poder causaron sufrimientos extremos y decenas de muertes. No obstante, la crueldad inhumana de sus actos se hace más visible en los detalles. Vrtoch solía llevar consigo un atizador con el que golpeaba a los prisioneros «siempre que podía» (cuando no estaba ordenando a sus hombres que lo hicieran). Con frecuencia disparaba al aire como táctica para infundir miedo. Como era de esperar, hubo víctimas. De forma deliberada, tiró un cubo procedente de la letrina del pabellón de los enfermos sobre un grupo de prisioneras. Golpeó a un anciano con tanta fuerza que este cayó sobre una pila de vidrios y se destrozó la cara. También se documentan abusos durante el recuento de los prisioneros. Un testigo intenta explicar esa crueldad declarando que Vrtoch, debido a su juventud, «no era capaz de hacer frente a la tarea que se le había encomendado».

Resulta frustrante que, entre los veinte testigos llamados a declarar, casi todos fueran varones con nombres alemanes. Es poco probable que las mujeres que sobrevivieron a Lichtenwörth hubieran podido viajar a Viena desde una Hungría ocupada por los soviéticos. Sin embargo, de haber estado allí, habrían podido agregar crímenes aún peores al historial de Wilhelm Vrtoch.

Judith Konrad describe así al jefe del *Lager*: «Lo recuerdo muy bien. En aquellos momentos, estábamos ya en muy malas condiciones, bastante sucios y desnutridos. Él lucía radiante, hermoso, era muy muy guapo, alto, un joven con el típico aspecto alemán, rubio y de ojos azules, con una mirada muy cruel, de un azul gélido. Recuerdo sobre todo esos ojos. Siempre iba vestido con su elegante uniforme y con una vara en la mano [...]. Una de las experiencias más terribles fue ver cómo azotaba

con la vara a una mujer embarazada; no volvió a levantarse y murió».

El comandante, al parecer, sentía fascinación por el embarazo. Según el testimonio ofrecido por Aviva Fleischmann en 1961, en el juicio de Eichmann, Vrtoch observó a una mujer dar a luz mientras sostenía una lámpara para alumbrar el parto porque «quería ver cómo llega un ser humano a este mundo». Según la transcripción del juicio, ni la mujer ni el bebé recibieron ninguna clase de atención médica, por lo que ambos fallecieron. Asimismo, Konrad relata que, en la Navidad de 1944, Vrtoch mandó formar a los prisioneros para el recuento en el patio, donde los obligó a permanecer de pie durante dos días mientras lo veían comer los platos que ellos mismos le habían preparado con motivo de las fiestas.

La sentencia del tribunal concluye que Vrtoch era el «arquetipo del hombre de la SS: ciegamente obediente, brutal y temerario»; su conducta había transgredido «los principios naturales de la Humanidad y del derecho internacional». En este sentido, no es de extrañar que el tribunal estuviera dispuesto a imponerle la pena de muerte. En lugar de ello, sin embargo, las circunstancias atenuantes de su juventud y el hecho de tener a cargo a su esposa y a su anciana madre le salvaron la vida. El 13 de enero de 1948, Vrtoch fue condenado a dieciocho años de trabajos forzados. Dada la gravedad de sus crímenes, resulta de nuevo exasperante leer que lo liberaron de forma prematura en 1953. Esa liberación se produjo en un momento en que el gobierno austríaco estaba ansioso por subrayar su condición de «primera víctima» de los nazis: un relato revisionista que perdonaba a muchos criminales de guerra locales como Vrtoch. Murió, acaso después de una cómoda vida de posguerra, en 1993.

Sin embargo, sigo sin tener una fotografía de él. De alguna

manera, una fotografía le daría identidad, lo materializaría. ¿Es por esa misma razón por lo que las fotografías eran tan importantes para Katalin? Por supuesto, también siento curiosidad: me intriga que incluso las prisioneras pensaran que era guapo, una inversión de la idea clásica de que un rostro hermoso es un signo de virtud. ¿Y qué hay del atizador? ¿Es ese el objeto que cuenta su historia?

–

A principios del verano —meses después de escribir la sección anterior— llega un sobre del Archivo Federal de Alemania que contiene el expediente de la SS de Wilhelm («Willy») Vrtoch. Estoy a punto de salir a correr un poco cuando encuentro el grueso paquete en el buzón de la planta baja. De inmediato, subo los ochenta y ocho escalones que hay hasta mi piso para leerlo a la mesa de la cocina con las deportivas aún puestas.

Pronto me doy cuenta (se trata de una de esas coincidencias que te aceleran el corazón) de que los documentos han llegado justo el día que este nazi cumpliría ciento un años. Pienso en la facilidad con la que el comandante del campo y las atrocidades que cometió podrían haber sido olvidados, escabulléndose a través de las redes de la historia.

El expediente corrobora los documentos del tribunal: Vrtoch nació en Viena en una familia obrera y solo fue a la escuela hasta los catorce años, cuando comenzó a formarse como fontanero. Se unió a la SS el 12 de mayo de 1938, apenas tres días después de cumplir los dieciocho años. Luchó en Polonia, Francia y Rusia hasta que, el 10 de septiembre de 1941, recibió un impacto directo en la mano izquierda. Retirado del campo de batalla, trabajó en campos de concentración en Hungría y Austria. En una carta de junio de 1942, también se hace

referencia a sus servicios a las órdenes de la Gestapo. Medía 184 centímetros, tenía los ojos de color gris azulado y el cabello rubio ceniza, tal como lo describió Judith Konrad en su testimonio.

Me pregunto si hay algo en ese expediente que pueda explicar su crueldad. El Archivo Federal me sugirió en su momento que podía reducir la factura de las fotocopias omitiendo las partes del archivo relacionadas con los intentos de Vrtoch por obtener el permiso que necesitaba para casarse con su novia. Pero decidí no hacerlo: los detalles cotidianos que tantas veces se pasan por alto resultan con frecuencia los más reveladores. El proceso de aprobación del matrimonio a través de la Oficina Principal de Raza y Asentamiento de la SS, la entidad responsable de salvaguardar la pureza racial de la organización, ocupaba unas cuarenta páginas de las sesenta que tenía el expediente. La prometida de Vrtoch, tres años menor que él, provenía de una familia con antecedentes de enfermedad mental: su abuelo materno había sido encarcelado por curanderismo (usó hierbas medicinales para tratar a un amputado) y fue ingresado en un hospital psiquiátrico por «psicopatía congénita». Una tía materna también padecía una enfermedad mental no especificada. Un tío materno, además, nació con una discapacidad y había sido esterilizado a la fuerza. La Alemania nazi, por supuesto, «eutanasiaba» (léase: asesinaba) a las personas discapacitadas de forma sistemática. La oficina de la SS comenzó a ocuparse en serio del caso en mayo de 1942; sus indagaciones y averiguaciones se prolongaron durante casi tres meses hasta que, finalmente, aprobó el compromiso el 15 de julio. No puedo evitar preguntarme si esa larga investigación sobre la idoneidad de la persona amada influyó en el trabajo de «Willy» como encargado de supervisar y vigilar a quienes habían sido clasificados como inferiores desde un punto de vista

eugenésico. ¿Era especialmente cruel debido a una inseguridad íntima?

El archivo contiene también lo que antes echaba en falta: fotografías de Vrtoch. Las miro con detenimiento, pensando que tal vez me proporcionarán las explicaciones que busco. De perfil, «Willy» parece un idiota, un bruto. Pero ¿habría pensado lo mismo si desconociera su papel en el destino de miles de seres humanos? De frente, tiene un aspecto más elegante. Podría estar sosteniendo una copa de un vino espumoso y, de no ser por la insignia de la SS en el cuello, incluso aceptaría que me invitara a bailar.

Niego con la cabeza: estoy proyectando, haciendo justo lo que hacían los nazis, atribuyendo fantasías a una fisonomía, tratando a Vrtoch como si fuera... un objeto.

El futuro

Sachsenhausen fue el campo de concentración «modelo» en el que se inspiraron todos los demás campos de trabajo, incluido Lichtenwörth. Más allá de una placa, no queda nada en Austria

del campo en el que estuvo encerrada Katalin; en cambio Sachsenhausen cuenta hoy con un completo centro de documentación y sirvió en su momento como oficina central de inspección del sistema de campos de concentración de Alemania. Lo que le sucedió a Katalin en el campo de Lichtenwörth fue decidido y coordinado en un lugar situado a apenas veinticinco minutos de la actual estación central de Berlín (seguidos de una caminata hasta el campo). El complejo incluye también un importante museo de objetos. Es un lugar espantoso que reúne muchos aspectos de la historia de Katalin.

Para ser franco, había estado evitando el campo y nunca había querido ir a visitarlo a pesar de llevar más de una década viviendo en Berlín. Al principio de mi estancia en Alemania, visité un puñado de campos, entre ellos, Auschwitz-Birkenau y Dachau. Sus horrores me disuadieron de enfrentarme a Sachsenhausen, tan próximo a la ciudad en la que resido. Este campo permaneció fuera del círculo de mi vida. No obstante, después de mi primera entrevista a Katalin, decido que tengo que ir.

Al igual que Lichtenwörth, Sachsenhausen no fue diseñado para ser un campo de exterminio, aunque decenas de miles de personas murieron allí. Se construyó principalmente como un centro de detención para prisioneros de guerra, homosexuales, disidentes políticos, enfermos mentales y judíos. Sachsenhausen experimentó con esos internos, los obligó a trabajar hasta la extenuación, los torturó y los ejecutó. Comparado con Lichtenwörth, era un campo más viejo, enorme y sofisticado. No obstante, también era un lugar en el que se seguían ciertos procedimientos para que pareciera que se estaban cumpliendo las reglas. A las víctimas se les realizaban autopsias, si bien estas eran falsas. El velo de la burocracia cubrió las mentiras.

Siempre me sorprende encontrar casas que colindaban con la

valla perimetral de los campos: árboles frondosos en la vecindad, camas elásticas en los patios, coches bien lavados en los caminos de acceso... Pienso de nuevo en Lichtenwörth y en el hecho de que los lugareños vivían junto a los horrores del campo.

Tras superar la puerta, con sus barras retorcidas y las palabras *Arbeit Macht Frei* («El trabajo libera»), se penetra en un gran espacio abierto, con los barracones que se abren en abanico desde el patio utilizado para el recuento y las ejecuciones en la horca. Detrás de un muro se encontraban las instalaciones de exterminio, conocidas como Estación Z, donde la SS probó (o «experimentó») varias formas de matar: disparos en el cuello por detrás durante un falso examen médico (demasiadas balas, demasiado tiempo), presos amontonados en una zanja y acribillados (demasiadas balas, demasiado pánico), gas venenoso (sin balas, sin pánico). Más de diez mil soldados soviéticos murieron aquí en cuestión de meses. Las puertas de los hornos crematorios aún cuelgan sueltas, provisionales. Hay campos y campos de cenizas y, también, fosas comunes de las marchas forzadas. Al igual que en Lichtenwörth, los judíos se encontraban hacinados, sin apenas espacio para moverse ni aire puro para respirar, en los barracones 37 a 39 del llamado «campo pequeño». En total, más de doscientas mil personas de dieciocho nacionalidades diferentes pasaron por Sachsenhausen.

En el centro de documentación, el museo de objetos se encuentra en la antigua cocina. La exposición, que explica acontecimientos clave en la historia del campo de concentración y la vida cotidiana de los prisioneros, es táctil y didáctica. Hay un dispositivo de madera en el que se azotaba a las víctimas hasta que los riñones les dejaban de funcionar; apenas requiere comentario. Hay una pitillera hecha en secreto por un prisionero en uno de los talleres; está decorada con un

elaborado grabado que incluye las banderas de los Aliados. Hay discos de metal azul que se empleaban para identificar a los soldados soviéticos a los que se iba a fusilar. Un prisionero los contó, lo que nos permite saber cuántos eran. Cada objeto pone de relieve a los individuos, sacándolos de la inmensidad de las estadísticas.

Ni Sachsenhausen ni Lichtenwörth fueron campos de exterminio sistemático como Auschwitz. Nos recuerdan que el «universo de los campos de concentración» del sistema nazi, como lo llamó Primo Levi, abarcó muchas formas de degradación. El visitante que concibe los campos como una especie de atracción espantosa quizá se sienta decepcionado aquí: Auschwitz, pensará, era más aterrador. ¿Cómo es que, de repente, «lo peor» es la medida de todas las cosas? En cuestión de atrocidades, los nazis pusieron el listón lo bastante alto para permitir las comparaciones dentro de su sistema de campos.

Visitar campos que no son como Auschwitz, obliga al visitante a hacer el esfuerzo de comprender el campo en sus propios términos (su función, sus horrores particulares) y prescindir de la versión del Holocausto de la imaginación popular, esa imagen en que los transportes conducen directamente a las cámaras de gas, como les sucedió a los padres de Katalin. En el forcejeo con lo inesperado, se consigue ver el campo con nuevos ojos, desmitificado. Eso es también lo que hacen los objetos del museo de Sachsenhausen. Cada objeto nos ofrece ese retazo de humanidad singular, no habitual, que es el camino para comprender la tragedia. Existe la tentación de descartar campos como Sachsenhausen (o Lichtenwörth) porque no coinciden con la clásica «imagen cinematográfica» de Auschwitz, lo que es un insulto para los millares de personas que sufrieron en esos lugares.

Katalin me dijo que los jóvenes quizá necesitarían

experimentar el horror por sí mismos para comprender lo peor de la historia. Pero con testigos como ella, con estos lugares de la memoria bien documentados, con los objetos que dan cuenta del sufrimiento individual, creo que tenemos una oportunidad de luchar, porque todos contribuyen a contener el avance de ese escenario en el que no hay fotografías, el vacío de la bolsita de algodón.

FRÜHLINGSGLAUBE

Es un día de verano en Berlín. He grabado la parte para piano de la canción de Schubert *Frühlingsglaube*, «Fe de primavera», y se la he enviado por correo electrónico a Katalin. A cambio, ella me envía la receta de su *gyümölcsös kocka*. «A los niños les encantan los sabores afrutados. Hasta el momento esta receta les ha gustado a todos», escribe. Ni la música ni la tarta durarán mucho.

La velada para la que me estoy preparando también pasará con rapidez. Una amiga violonchelista, que es judía y se mudó hace poco a Berlín desde Londres, me ha invitado a cenar. Sus hijos pequeños también tocan instrumentos, y ya hablan alemán mucho mejor que ella y que yo. Juegan en la habitación contigua. Saco las pastas de Katalin, cuadrados de nectarina horneados. En mi siguiente visita, traeré postres del nuevo continente: galletas de avena y cuadritos de Nanaimo. Siento que estoy transmitiendo algo, o al menos eso intento.

Quizá dentro de unas cuantas décadas el olor a horneado sorprenda a alguno de estos niños y le lleve a recuperar un sabor que creía haber olvidado. Pero, por si acaso, tomo fotos de la velada.

6
Un camino sin palabras

EN UNA ÚNICA HABITACIÓN

Me imagino reuniendo a todos mis testigos en una habitación, cada uno con el objeto que cuenta su historia. Poniendo un poco de atención a los detalles, debería ser posible evitar que el encuentro sea un desastre: no servir té, sino algo más fuerte. En lugar de cocinar e invitarlos a casa, reunirlos en un lugar neutral en el que nadie vaya a sentirse atrapado, una cafetería, por ejemplo. Incluso la elección del país está cargada de implicaciones: me cuesta imaginar a Katalin (educada, pero incómoda) en Alemania, o sentada a la misma mesa con Erna. El amor compartido por la cocina difícilmente les permitiría salvar

la brecha que las separa. Y tampoco me entusiasma pensar en la reacción que tendría Katalin al ver el cuchillo de mi abuelo. El soldado canadiense que fue mi abuelo quizá estaría encantado de intercambiar historias de la guerra con Karl. Aunque mi abuelo, que no era de los que confían sus sentimientos al papel, probablemente encontraría el diario del alemán temperamental y complaciente. Erich conversaría por igual con todos los demás, incluida Katalin. Hablarían de música. Él tocaría alguna pieza. Quizá el contrabajista sería el encargado de mantener unido al grupo, siempre y cuando los demás no comenzaran a hacerle demasiadas preguntas acerca del tiempo que pasó luchando en el frente. No, da igual si bebemos manzanilla o whisky, o si nos citamos en Banff, Alberta, o en Banff, Aberdeenshire: la reunión será inevitablemente tensa, aunque cortés, y todos estaremos mirando la puerta con impaciencia.

Este es un experimento mental, pero situaciones similares —en las que se reúnen víctimas de la guerra, perpetradores, «vencedores» y compañeros de viaje— han tenido lugar en innumerables ocasiones en el pasado, aunque, ciertamente, es cada vez menos probable que vuelvan a producirse en el futuro. Semejante reunión ni siquiera es difícil de imaginar, ahora que hemos conocido a cada personaje y contado su historia.

Dando un paso atrás, ¿qué nos queda por considerar?

En este último capítulo, explicaré por qué los objetos nos brindan una oportunidad tan valiosa para desbloquear historias ocultas del pasado, pero también dilucidaré por qué y en qué sentido los objetos de la era nazi en particular pueden ser peligrosos. ¿Cómo reconciliamos la oportunidad y el peligro? Veamos cómo estos elementos en apariencia en conflicto encajan y se conectan con los motivos más amplios de la «historia cotidiana». Una docena de nuevos objetos nos ayudarán a lo largo del camino.

Si te encantan como a mí las historias de los objetos, es posible que hayas leído con entusiasmo *La historia del mundo en 100 objetos* de Neil MacGregor, que propone mirar los objetos de forma creativa, incluso con cierto romanticismo: «Una historia de las cosas es imposible sin poetas», que han de hacer «suyo el objeto en cuestión y, en consecuencia, contar su propia historia». ¿Cuántos de nosotros hemos tenido la experiencia de vagar por un espacio como el Museo Británico, examinando misterios del pasado, con el corazón latiendo con fuerza, imaginando que la historia cobra vida?

Ahora bien, con respecto al doctor MacGregor y a los museos que desean llegar a un público más amplio, invitar al visitante a «hacer suyo el objeto» es un mal consejo cuando se trata de objetos de la era nazi. En 2010, el Museo de Historia Alemana montó una exposición llamada «Hitler y los alemanes: nación y crimen». Era la primera vez desde la guerra que un museo federal organizaba una exposición amplia y completa sobre el dictador, que, como es natural, incluía objetos cotidianos del período nazi. Había juguetes, juegos de mesa, uniformes, armas decoradas con insignias nazis, pancartas... Los juguetes en particular atrajeron el interés de los medios y se convirtieron en una noticia popular precisamente porque vinculaban la vida familiar, íntima, con la cúpula nacionalsocialista (a través de figuritas de Hitler y de sus ministros). Y era inevitable preguntarse si muchas de las personas mayores que recorrían la exposición habían jugado con esas figuritas.

La inclusión de parafernalia fascista, «reliquias nazis», causó tanto pánico que el director del museo realizó una declaración pública: «No nos inquietan los neonazis porque somos un espacio de cultura. Ellos no leen libros y no van a exposiciones».

(Eso implicaba a la vez hacerse ilusiones y subestimar al adversario.) Por fortuna, los neonazis no aparecieron en número suficiente como para ser noticia. No obstante, la cautela del Museo de Historia Alemana resultaba del todo comprensible: a los comisarios de la muestra les aterrorizaba que los visitantes se acercaran a los objetos cotidianos del régimen nazi desde una perspectiva poética, en el mejor de los casos, o, peor aún, que los vieran como fetiches. Su solución fue acompañarlos de una gran cantidad de textos del historiador Ian Kershaw que permitieran contextualizarlos.

Ahora bien, el fetichismo no es monopolio de los neonazis y de otros admiradores de los perpetradores de la era. La fascinación de las víctimas y de sus descendientes por los objetos, símbolos y protagonistas del nazismo es un territorio complejo. Un ejemplo perturbador son los conocidos como cómics Stalag (contracción de *Stammlager*, o «campo principal»), que circularon entre los israelíes, incluidos los hijos de los supervivientes del Holocausto, hasta su prohibición en 1963. Aunque en términos estrictos estas publicaciones son objetos de inspiración nazi, más que objetos propiamente nazis, ilustran bien el problema. Algunas de estas historias incluso presentaban a prisioneros judíos sufriendo abusos sexuales a manos de «mujeres nazis», ataviadas con los símbolos del régimen. Estos relatos recrean una fantasía masculina que invierte los casos documentados de prisioneras obligadas a prostituirse en los burdeles que los nazis instalaron en algunos campos de concentración, los llamados *Lagerbordelle*. La inversión, sin embargo, no se ajusta a la verdad, ya que las judías no fueron utilizadas como trabajadoras sexuales en estos establecimientos debido a las reglas de la «higiene racial».

A pesar de sus inexactitudes históricas y de sus inverosímiles tramas pornográficas, se cree que estas publicaciones

condicionaron las percepciones de una generación acerca de la vida en los campos y los traumas sexuales que se produjeron allí. De hecho, antes de que los tribunales las prohibieran, llegaron a ser las publicaciones más populares en Israel. Un estudio de la Universidad Hebrea de Jerusalén concluyó que eran el material impreso más leído entre los jóvenes de dieciocho años; el título más popular, *Stalag 13*, vendió 25.000 copias (dada la población total del país en ese momento, uno de cada 65 israelíes compró una). La mezcla de maldad nazi y erotismo, un poderoso manjar, aumentaba el atractivo de esos cómics y los hacía más comerciales. Entretanto, el género enturbió el registro documental al reemplazar el sufrimiento de las víctimas por un placer sadomasoquista. La revisión de las invenciones e inexactitudes históricas de estos relatos y su legado no comenzó hasta 2008, cuando el documental *Stalags*, de Ari Libsker, devolvió el tema al debate público.

Ambos ejemplos, los juguetes y los Stalag, condensan el problema: ¿son peligrosos los objetos nazis —y los relatos que se cuentan acerca de ellos— porque resultan pantallas útiles sobre las cuales proyectar suposiciones, falsedades e incluso emociones (incluida la excitación sexual) acerca del pasado nazi? ¿En qué circunstancias podrían ser instructivos y provechosos?

Empiezo a desconfiar más y más de los objetos de este libro. En el mejor de los casos, los objetos son herramientas útiles para

desbloquear el pasado. Tomemos, por ejemplo, el capítulo del libro de recetas, en el que la pertenencia virtual es una estrategia para plantear temas de conversación (la historia de Katalin nos enseña el reverso de la cuestión: la ausencia de fotografías hace que su pasado sea casi inaccesible). Pero en los peores casos, los objetos adquieren con rapidez nuevos significados comunitarios, como ocurre entre quienes glorifican los fetiches nazis. El cuchillo se convierte en una manifestación del mal. Las expectativas que suscita el diario de Karl crean una versión romántica del pasado. Y el contrabajo y su música sirven incluso de escudo a los perpetradores. Los objetos resultan con facilidad engañosos, y en ausencia de un cuidadoso trabajo detectivesco y del testimonio de los propietarios originales es todavía más fácil usarlos de forma inapropiada. No veo cómo sería posible eludir estos inconvenientes celebrando la poetización de los relatos asociados a los objetos.

Ocultar la esvástica

Una de las razones por las que estos objetos resultan tan atractivos es que su solidez les confiere un aura de realidad: son hechos. Como dijo el poeta francés Francis Ponge en 1961: «Los objetos [...] tienen mi confianza... por el mero hecho de que no la necesitan». Nos resulta más fácil creer en lo que vemos. Los objetos nos ofrecen esa certeza, como el arma homicida cuyo descubrimiento es la solución del misterio, la prueba tanto tiempo esperada. Los objetos parecen más fiables que los testigos, que son pasajeros y, como las huellas dactilares, se desvanecen con el tiempo. Ante esa desaparición —en un momento en el que solo quedan cosas duraderas, que actúan como mensajeros del pasado, como prueba de la maldad monumental del régimen nazi y los crímenes del Holocausto—

se intensifica el deseo de que el objeto material cuente, por sí solo, toda la historia. Pero no puede hacerlo.

En el primer capítulo me preguntaba si el cuchillo de mi abuelo podría exhibirse en público. Imaginemos la siguiente escena: un visitante de un museo bélico ve expuesta la bayoneta con la esvástica. Se acerca a ella de forma creativa y trata de «hacer suyo el objeto». Si no sabe nada sobre el Tercer Reich, le resultará difícil. Sin embargo, lo más probable es que haya leído un buen libro sobre el tema o, al menos, visto una de las películas de Indiana Jones. La pequeña etiqueta en la vitrina del museo sugiere que todo lo que se necesita saber son unos cuantos detalles. ¡Y entender «solo un poco» de un tema es suficiente para que algunos se conviertan repentinamente en expertos!

Las suposiciones sobre el pasado se adhieren al objeto, que las atrae como un imán. Cualquier objeto con una esvástica suscita una reacción inmediata; una reacción que no está moldeada solo por los hechos históricos, sino también por el cine, la cultura pop, los estereotipos y las supersticiones. El objeto se considera prohibido, en lugar de cotidiano, y eso solo contribuye a aumentar su atractivo. Predispuesto a leer historias populares sobre objetos nazis, uno sigue a la imaginación por una madriguera del conejo de proyecciones, como ocurrió con la recepción popular de las sexistas «mujeres nazis» de los cómics Stalag. Algunas personas tenderán a moderar tales reacciones, pero podemos estar seguros de que la mayoría seguirá mi camino (aunque sin la investigación posterior) e hilará una leyenda tras otra en torno al espantoso objeto. Cuando se muestra en público, el cuchillo corre el riesgo de convertirse en un punto de partida para el intercambio de historias falsas. Me imagino un miasma de tales relatos flotando en el techo del museo, una neblina de mentiras.

¿Puede el objeto mismo corregir las proyecciones de los visitantes del museo? Por supuesto que no. El cuchillo carece de voz (¡nosotros, las criaturas parlantes, apenas podemos imaginar su mudez!), y por esa razón es tan susceptible a la manipulación. Es el motivo ideal para las proyecciones. ¡El autoproclamado experto nunca temerá que ese cuchillo le contradiga!

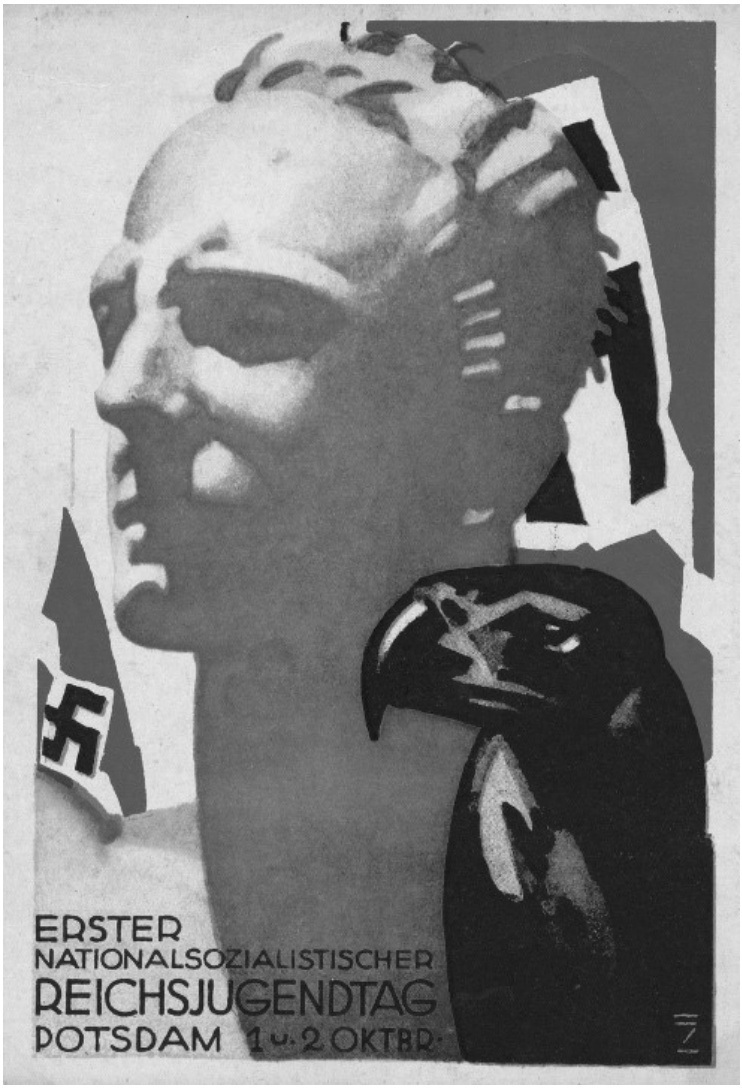
Los riesgos de tales proyecciones fáciles y peligrosas no son abstractos. De hecho, son materia de políticas públicas contemporáneas y urgentes. El problema se percibe con especial intensidad en Alemania, donde los objetos nazis circulan entre la gente, representan poder, crean comunidad y se convierten en artículos devocionales para los grupos de extrema derecha. La respuesta del Estado ha sido la prohibición de la esvástica, junto con otros símbolos de la extrema derecha y del supremacismo blanco, en la Sección 86.ª del Código Penal alemán. Ciertamente, hubo momentos durante la redacción de este libro en los que fui muy consciente de la ley, como cuando de forma involuntaria importé el arma con la esvástica. La solución de Alemania es lanzar el cuchillo nazi fuera de la vista para cortar de raíz cualquier proyección.

Las vacilaciones de los comisarios de la exposición «Hitler y los alemanes» son compartidas por la mayoría de sus colegas en el país. Como comenta la teórica Chloe Paver, «la gravedad del tema tiende a ir en contra de la experimentación». El uso de objetos en las exposiciones entra precisamente en lo que ella entiende por «experimentación», y no cabe duda de que los museos del período nazi en Alemania y Austria se cohíben a la hora de emplearlos. Prefieren, en cambio, las exposiciones planas con paneles escritos y reproducciones de carteles, que en raras ocasiones podrían ser tomadas como reliquias. El Museo de Historia Alemana de Berlín tiene cerca de un millón de

objetos en su colección, pero nunca los veréis si visitáis su exposición permanente sobre el Tercer Reich. Solo muy recientemente, en 2020, el centro educativo de Obersalzberg —el «nido del águila» de Hitler en Berchtesgaden— comenzó a experimentar con exposiciones orientadas a objetos. Las esvásticas, sin embargo, con frecuencia siguen ocultas.

Es improbable que esta estrategia sea eficaz. Los propios nazis a menudo oscurecieron el símbolo. Comprendieron que una visión parcial aumentaba su poder, como en esta postal de propaganda de las Juventudes Hitlerianas de 1932, que obliga a quien la mira a dar un paso adicional para interactuar con el símbolo y combinarlo con la imagen del idealizado joven grecorromano y el ave de presa. Los objetos inaccesibles pueden aumentar la devoción y reforzar las jerarquías de poder. Las joyas de la corona son icónicas precisamente porque no podemos tocarlas.

¿Qué sucede entonces cuando el símbolo está por completo oculto, como exige la actual ley alemana? En cuanto objeto para las proyecciones del espectador, ¿es la esvástica en verdad tan peligrosa? ¿Aumentan su aura esas leyes que la prohíben?

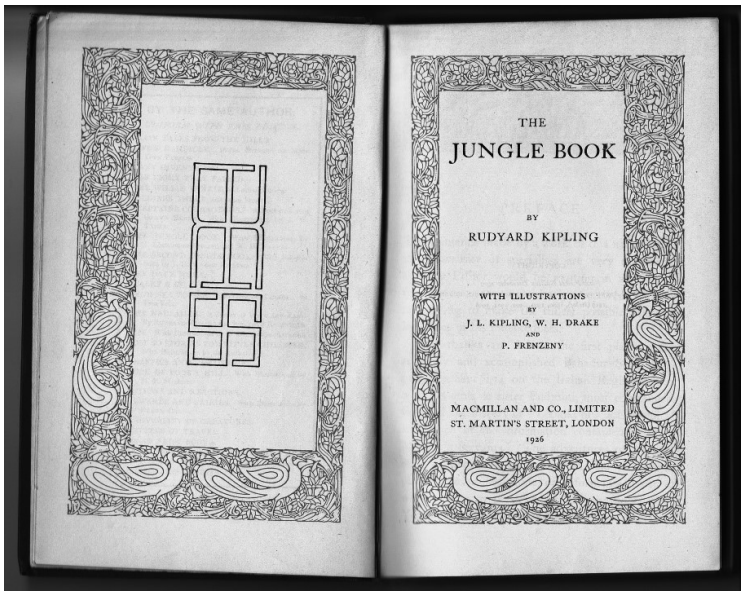


Los grupos neonazis sortean la prohibición —e incluso se benefician de la exclusión del símbolo de la vida pública alemana— mediante la creación de símbolos sucedáneos y la utilización de estrategias de novelas de intriga y misterio para la construcción de sus comunidades. Los neonazis se apropian de marcas de ropa, como Thor Steinar o Lonsdale, para identificarse entre sí en el espacio público. La decodificación

compartida fomenta el prestigio que conlleva la pertenencia a una secta secreta. Por ejemplo, la marca «Consdaple» en una sudadera con capucha comunica en Alemania las letras NSDAP (el acrónimo de *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, o Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes, el Partido Nazi) de manera más eficaz de lo que podría hacerlo un grafiti sin codificar, lo que llevó a un tribunal de distrito a prohibir el uso del logotipo en 2010, cuando llevaba ya siete años en circulación.

En ocasiones especulo sobre lo que se necesitaría para resucitar la esvástica y su larga historia. En casa tengo una colección de libros de Rudyard Kipling publicada en Londres en las décadas de 1920 y 1930; todos los volúmenes impresos antes de 1929 llevan una esvástica grabada en el lomo que evoca su utilización en contextos religiosos de la India. El ejemplar de *El libro de la selva*, publicado en 1926, tiene esvásticas, pero estas desaparecen en el de *Wee Willie Winkie and Other Child Stories*, publicado en 1929. Ya antes de llegar al poder, los nazis habían usurpado el símbolo del uso popular. Me pregunto si se trata de una batalla que seguirán ganando, o si será posible desintoxicar el símbolo de modo que un día pueda volverse a poner en los

libros. (No se me escapa que, hoy en día, muchos encuentran a Kipling ofensivo —a fin de cuentas, Orwell lo tenía por un «patriotero imperialista»—, pero esa es otra cuestión.)



Por el momento, los objetos cotidianos del Tercer Reich y sus

descendientes siguen causando miedo y pánico. Y engendran, además, un debate que enfrenta la libertad de expresión y de investigación con la necesidad de contener el extremismo. Las estrategias de supresión deben sopesar los riesgos de crear una fascinación más potente y morbosa. Esta polémica también enmarca el problema que nos ocupa: ¿nos oponemos nosotros también a la inclusión de objetos nazis en los museos y en la historia material debido a los riesgos de proyección? ¿O existen métodos para hacer que esos objetos iluminen la oscuridad del pasado como pocas cosas pueden hacerlo? ¿Qué significa decir: si se hace historia de los objetos de la era nazi, ha de hacerse con mucho cuidado?

«Tratar con cuidado»

A finales de la década de 1990, cuando realizaba mi doctorado en Cambridge, a los estudiantes de historia moderna no se nos animaba a utilizar objetos como testimonios de una investigación. En lugar de ello, se nos enviaba al archivo para proveer a nuestras tesis de fuentes primarias escritas. Para ser un radical no hacía falta mucho: bastaba con que eligieras recopilar historia oral. Había varias razones por las que la formación histórica tradicional no hacía hincapié en la cultura material, en esos objetos cotidianos que rodeaban a las personas en el pasado. La primera era de carácter disciplinario: no éramos arqueólogos que, según pensábamos con frivolidad, dependieran de los objetos sencillamente porque sus civilizaciones casi perdidas no les habían dejado otras fuentes de información sobre las cuales trabajar. Por otro lado, considerábamos que los testimonios que nos proporcionaban los objetos eran demasiado subjetivos. Los objetos eran más vagos que las fuentes escritas y a menudo no estaban disponibles para

labores de verificación. Era difícil integrarlos en las notas a pie de página. Los métodos que empleábamos estaban en cambio moldeados por la tradición de la historia política, económica y diplomática, por su dependencia de las fuentes gubernamentales y, posiblemente, por su desinterés por todo lo relativo a la vida cotidiana. Ya en la década de 1980, otras disciplinas como la antropología habían experimentado un «giro material». Pero la historia era la última puerta del pasillo de las Humanidades; una puerta a la que solo llamaban las teorías, así que nada de objetos.

Hoy, la historia material es sexi. La mayoría de los historiadores han asimilado el hecho de que, precisamente porque estamos en condiciones de proporcionar más contexto (más que, digamos, muchos arqueólogos), podemos hacer que los objetos «hablen» mejor y conseguir que enriquezcan nuestro trabajo. Soy consciente de que, sin examinar las pertenencias de los protagonistas de estas historias, nunca hubiera llegado a los hallazgos de este libro. Este es, en sí mismo, un argumento a favor de ocuparnos de los objetos.

Es posible incluso que los objetos se hayan vuelto demasiado sexis. Al preguntar a mis testigos: «¿Qué objeto cuenta su historia de la segunda guerra mundial?», no esperaba que sus pertenencias fueran el centro de esas historias. Sin embargo, dada la fascinación del público contemporáneo por la historia centrada en objetos, existía la expectativa de que los objetos tuvieran un lugar central. Al final, resistí la tentación de manipular las herramientas para conseguir que se pusieran en primer plano y, en cambio, me deleitó, e incluso me deslumbró, comprobar cómo los objetos iluminaban lo que cada testigo tenía que contar. Los objetos cambian la forma en que vemos la historia. Nos hacen explorar temas ocultos y formularnos nuevas preguntas.

Permitidme ahora analizar las dos categorías utilizadas por quienes se dedican a la historia material mencionadas brevemente en el prefacio: historias «centradas en objetos» e historias «impulsadas por objetos». La primera categoría hace que la pertenencia sea el centro de la historia del propietario (piénsese en la caja de Pandora de la mitología griega: el personaje es inseparable del objeto). La segunda utiliza los objetos para arrojar luz sobre otros temas, como el contexto y la vida de las personas (la manzana dorada de Paris podría considerarse un elemento periférico, pero en su superficie brillante se reflejan todos los caprichos de las diosas). De las pertenencias examinadas en este libro, ¿qué historias estaban «centradas en objetos» y cuáles fueron «impulsadas por objetos»?

En la primera categoría se encuentra sin duda el cuchillo de mi abuelo. La bayoneta fue la protagonista, e incluso llegamos a preguntarnos si podía contar su propia historia. El capítulo sobre el diario de Karl también está en su mayoría «centrado en el objeto», incluso cuando se transformó de objeto en documento. El libro de recetas, sin embargo, funcionó de manera diferente: impulsaba la historia en lugar de ser el centro de ella. Si bien comenzó como una pertenencia imaginaria (Erna sabía de memoria qué ingredientes emplear, pero nunca puso las recetas por escrito), nos ayudó a revelar aspectos concretos de la historia de los Goebbels que, de otro modo, habrían permanecido ocultos.

Como sucede a menudo con las categorías académicas estrictas, la frontera entre ambos tipos de historias tiende en ocasiones a desdibujarse. Eso no es malo: contar con perspectivas múltiples resulta más útil que depender de un

método único. La historia de los instrumentos de cuerda entra en ambos campos. El contrabajo fue en un primer momento un objeto periférico, una herramienta para plantear las preguntas a Herr Hartmann. Al final, sin embargo, nos condujo a la historia centrada en objetos de los instrumentos robados. Por su parte, la bolsita de algodón fue un medio para hacer preguntas acerca de la identidad, pero eso nos llevó a una interrogación más profunda acerca de qué significa vivir sin pertenencias de nuestro pasado. En el centro de la historia de Katalin está el vacío de la «ausencia de pertenencias».

Ahora bien, independientemente de si una historia estaba «centrada en el objeto», «impulsada por el objeto» o tenía un poco de ambas, los objetos seguían siendo estrategias, o catalizadores, para poner de relieve la experiencia de cada testigo. A algunos historiadores de la cultura material los irrita lo que denominan una adopción parcial del «giro material»: hay, se quejan, un exceso de historias «impulsadas por objetos», en detrimento de las historias «centradas en objetos» («el estudio histórico de la cultura material se ha ocupado más de la cultura que de lo material», refunfuñó un crítico). No obstante, no creo que esa sea una situación lamentable. Por el contrario, me parece inevitable cuando se trata a los objetos como herramientas y no como sujetos.

Entonces ¿qué significa tratar los objetos con cuidado y evitar las trampas de la proyección? Desearía poder proporcionar aquí un método sistemático y consensuado, pero, por desgracia, ese método no existe (y no porque los historiadores no lo hayan intentado). Con todo, creo que he dado una respuesta a esta pregunta en los párrafos anteriores. Tratamos los objetos con cuidado cuando los usamos como herramientas. Cuanto más concentra el objeto la fascinación del investigador, más probable es que le esté confiriendo una importancia fuera de

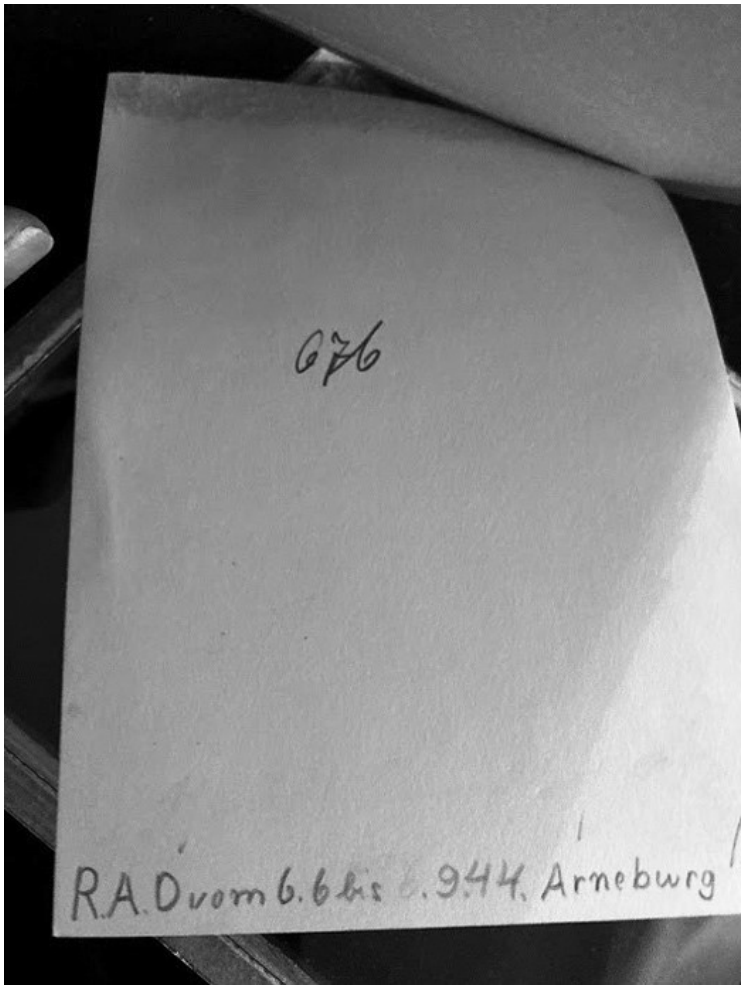
lugar. Cuanto más se lo anclaba en los detalles de su producción y circulación, más iba perdiendo el cuchillo sus cualidades fetichistas. Cuando era niño, el cuchillo me suscitaba un difuso sentimiento negativo. Ahora que soy adulto, sé dónde se hizo y el propósito específico que tenía. Asimismo, el diario dejó de ser un objeto tan maleable en el momento en que conseguimos leerlo. El aura romántica que Flora y yo le atribuimos pronto se disipó para ser reemplazada por la historia y la aflicción de un individuo en particular.

Defiendo encantado las historias «impulsadas por objetos» y lo que podríamos denominar las posibilidades del objeto, es decir, las múltiples formas en que los objetos pueden usarse como herramientas para desbloquear historias ocultas. Tratar los objetos con «cuidado», en cuanto son vulnerables a las proyecciones, significa en última instancia disipar su aura. De lo contrario, en ausencia de un contexto, la historia «centrada en los objetos» corre el riesgo de convertirlos en receptáculos para las fantasías.

Mermelada

A modo de ilustración, dejadme contar una historia. Hace unos años, en Görlitz, una pequeña ciudad en los límites de Sajonia, me topé con una fotografía enmarcada en una tienda de segunda mano. Los amigos alemanes que me acompañaban reaccionaron horrorizados, pues el hombre de la imagen, que supusieron que era un soldado, vestía un uniforme y una gorra con la esvástica. El comerciante había puesto un trozo de cinta aislante sobre el símbolo para poder vender legalmente el objeto. Dado que Görlitz está en manos del partido de extrema derecha Alternativa para Alemania (o AfD, por sus siglas en alemán), mis amigos, berlineses de izquierda, se apresuraron a

confundir la venta de la fotografía con la problemática relación con el pasado que existe allí. Con su aprobación, compré la fotografía para sacarla de circulación e investigarla para este libro. Es uno de los muchos objetos que no llegaron a formar parte del borrador final, en parte porque la fotografía por sí sola no parecía decirme mucho y solo conectaba con las asociaciones políticas contemporáneas que habían insinuado mis amigos.



Pero mientras terminaba el borrador se me ocurrió algo que tendría que haber sido obvio desde el principio: sacar la fotografía del marco para ver si había alguna pista en el reverso. De haberlo hecho antes, me habría encontrado con una sorpresa. Detrás de la foto, había, en el centro, un número escrito a lápiz: «676» (¿quizá un identificador?), y luego, en la parte inferior: «R. A. D vom 6.6. bis [ ] .9.44, Arneburg» («R. A. D. desde 6.6. hasta [ ] .9.44, Arneburg»). Algunas indagaciones me llevaron al *Reichsarbeitsdienst* («R. A. D.»). Creado

originalmente con el objetivo de mantener ocupados a los desempleados, el Servicio de Trabajo del Reich se convirtió durante la guerra en un campo de adiestramiento para los jóvenes que iban a ser enviados al frente. Descubrí que uno de esos campos se había ubicado en una fábrica de mermelada cerca de la ciudad de Arneburg, a orillas del Elba, a poco menos de cien kilómetros al oeste de Berlín. La fotografía demuestra cómo un objeto puede lanzar al investigador en una dirección inesperada, y desatendida, en el ámbito de la historia cotidiana. En mi caso, no me cabe duda de que, en otras circunstancias, nunca me habría visto impulsado a escribir sobre una fábrica de mermelada junto al Elba. Además, en el momento en que el objeto se convierte en una herramienta y se conecta, a través de la escritura, con un contexto más amplio, el aura horripilante que inicialmente tenía se disipa. Da paso a la mermelada, a lo banal, que, como argumentó Hannah Arendt, es el dominio en el que mejor podemos comprender el funcionamiento del mal.

«Cosas en movimiento»

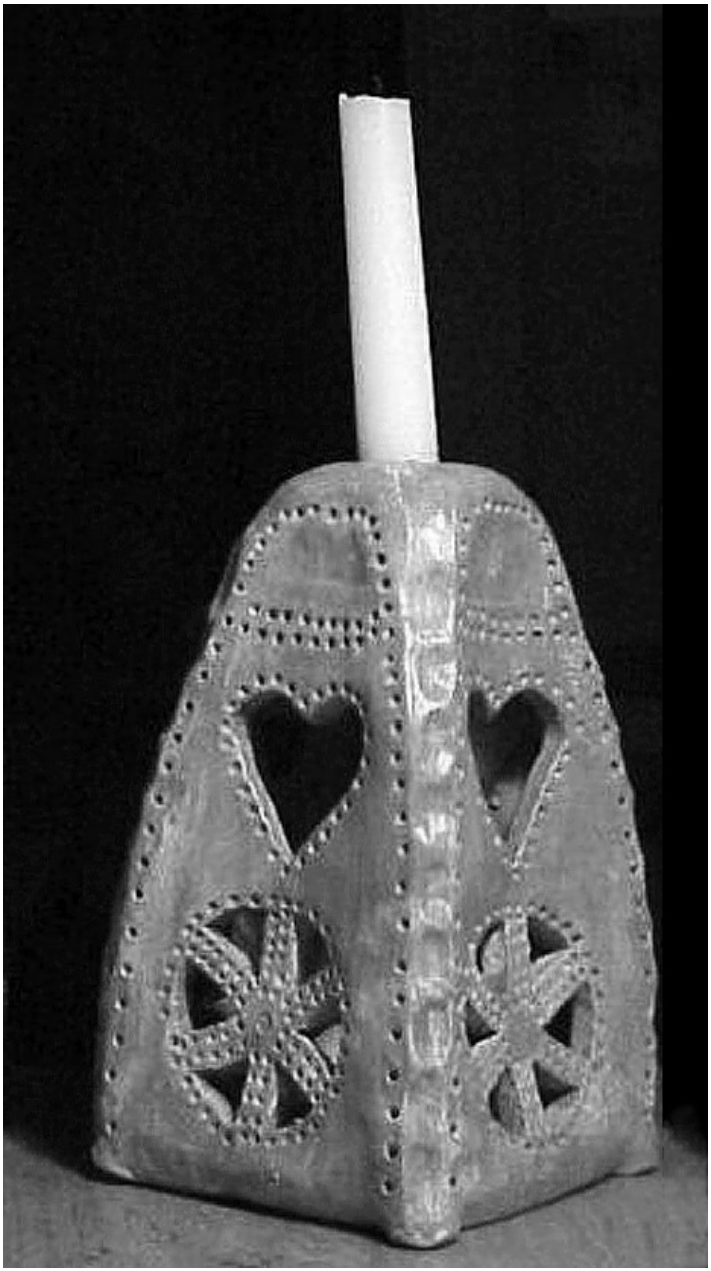
Imaginemos que, durante una investigación sobre la historia del trabajo forzoso en los campos de concentración alemanes, una historiadora encuentra un plato de porcelana. Quizá le parezca una prueba inusual para su proyecto. Al girar el plato, hallará una marca de fábrica, «Allach», y acertará al suponer que el símbolo que la acompaña se corresponde con las iniciales «SS». Decidida a rastrear el objeto, nuestra investigadora se verá obligada a plantearse preguntas sobre la historia de los campos que, de otro modo, tal vez no se habría sentido empujada a formular. ¿Quién hizo este plato? ¿Dónde estaban las fábricas? ¿De dónde procedían los materiales? ¿Quién compró esta porcelana? ¿Quién puede tener todavía platos como este? Son

preguntas similares a las que me hice a propósito del cuchillo, del diario, del violín.

La investigadora pronto descubrirá que Allach era una empresa comercial de la SS. La producción comenzó en 1935 en el campo de concentración de Dachau, y se llevó a cabo con mano de obra esclava; la fábrica de porcelana se cerró con la liberación del *Lager*. Más de treinta mil personas murieron en Dachau. A continuación, la investigadora podría descubrir que el artículo más vendido de Allach era un tipo concreto de candelabro de cerámica adornado con runas germánicas y conocido como *Julleuchter*. Utilizados para celebrar el solsticio de invierno, esos candelabros eran populares entre los oficiales de la SS y sus familias. La ornamentación rúnica está estrechamente vinculada con el misticismo nazi, lo que me hace

recordar el anticristianismo de Goebbels. También me pregunto si Wilhelm Vrtoch, el comandante del campo de Lichtenwörth, poseía uno de esos candelabros.

¿Qué significa encontrar un plato o un candelabro producido por Allach en la alacena de un descendiente en Alemania o Austria? ¿O en la de una familia de inmigrantes alemanes en Melbourne? Un *Julleuchter* bien podría iluminar la historia de una familia, brindando pruebas tangibles de una cadena de complicidad que conduce de forma directa al infame campo. ¿Cómo ha cambiado la percepción de un objeto como ese en la historia de la memoria, desde la perspectiva de un oficial de la SS, para quien tenía un valor simbólico, hasta la de su bisnieta, que lo aborrece? ¿Estaría ella dispuesta a comer en platos de porcelana fabricados por la SS sabiendo su historia? ¿Encendería una vela en un *Julleuchter* de Allach? ¿Cuántas preguntas más quedan por plantear, cuántas que tal vez nunca se le hubieran ocurrido a la investigadora de no haber descubierto el objeto inicial?



La iluminación que proporciona el candelabro a lo largo del tiempo no es solo literal: el objeto lanza sus rayos sobre una festividad casi religiosa de mal gusto adoptada por la SS.

También ilumina los rincones oscuros de una investigación histórica. El antropólogo Arjun Appadurai (en *La vida social de las cosas*, una colección de ensayos editada por él y publicada en 1986) habla de «cosas en movimiento» que «iluminan su contexto social y humano». ¡Qué conveniente para nuestra siguiente metáfora que el objeto en cuestión sea una fuente de luz!

¿Qué ha iluminado el *Julleuchter* a lo largo del tiempo? Pongámonos cómodos e imaginemos el pasado como un túnel largo y sombrío. Más adelante, en la vía, se encuentra el *Julleuchter*, proyectando sus rayos. Para nosotros, el objeto es mucho más útil aquí en la oscuridad, mientras nos abrimos camino, que en una vitrina de un museo. Seguimos la «cosa en movimiento» para descubrir que en las paredes del túnel se alinean testigos del pasado, cada uno con su propio testimonio. La relación entre el candelabro y los testigos es bidireccional. Grácil, en movimiento, siempre cambiante. La luz ilumina los rostros de los miembros de la SS y de las víctimas, pero a su vez los testigos dan sentido al objeto, que vemos de forma diferente según nos detengamos en las personas que mandaron hacerlo o en las personas que murieron haciéndolo.

Es posible que muchos de esos testigos nunca hubieran aparecido en el registro histórico si no hubiéramos seguido el objeto hasta ellos. Seguir a la «cosa en movimiento» implica a menudo un viaje hacia zonas inexploradas de la cueva de la experiencia humana. Dado que los objetos no «hablan» como el registro documental tradicional, es más probable que nos pongan en relación con lo no escrito, lo indocumentado, que con frecuencia es el territorio de los desamparados y los ignorados. Descubrimos a prisioneros que nunca escribieron una palabra sobre sus experiencias porque perecieron. Entramos en contacto con personas normales y corrientes que quizá

desconocían las condiciones en que se producían las mercancías que adquirían. En cierto punto, en lo profundo del túnel, la luz se apagará, y tendremos que desandar el camino trastabillando; el viaje, no obstante, habrá cambiado nuestra forma de ver.

También sería posible contar la historia del *Julleuchter* de otra manera, a saber, preguntándonos si tiene una biografía, como la tendría una persona.

Hagamos un pequeño experimento. Mira a tu alrededor en la habitación donde estás leyendo o escuchando este libro. Elige una de tus pertenencias. Ahora, escribe la biografía de ese objeto, haciéndole exactamente las mismas preguntas que le harías a una persona: ¿de dónde proviene? ¿Quién lo hizo? ¿Cuál ha sido su trayectoria hasta el momento? Y, como sugiere Igor Kopytoff en su contribución al volumen editado por Appadurai: «¿Cuál es, para la gente, la trayectoria ideal de un objeto de ese tipo?». ¿Qué le sucede con el paso del tiempo? ¿Qué ocurre cuando deja de ser útil?

Las preguntas que nos ayudan a escribir la «biografía cultural» del objeto (incluso aquellas que no estás en condiciones de responder) nos abren ya todo un mundo. El cuchillo y su iconografía nazi revelaban en Canadá una biografía diferente de la que el mismo objeto tenía en Alemania, del mismo modo en que la «biografía selectiva» de un violín robado lo hace aceptable para un joven músico, que lo tocará sin conocer la verdad acerca de su circulación. Por su parte, una bolsita de algodón acaso no tenga una «trayectoria ideal», pero adquiere un valor enorme cuando se la sitúa en el contexto de una víctima que no tiene otras posesiones. La biografía de cada objeto nos dice lo que cada comunidad teme o valora, tal como lo hacen los significados cambiantes que adquiere el *Julleuchter* con el paso del tiempo.

Llevemos estas ideas un poco más allá. ¿Recuerdas que, en nuestro túnel del pasado, el intercambio entre el objeto y los testigos se daba en ambas direcciones? Kopytoff escribe que «las sociedades construyen los objetos del mismo modo en que estos construyen a las personas». Esta es una idea curiosa: las pertenencias mismas pueden cambiar a sus propietarios con el paso del tiempo. Tal vez los objetos no sean solo herramientas, sino agentes de cambio.

A fin de cuentas, quizá fuera el diario lo que impulsó el romance de Karl. Tal vez él se viera a sí mismo como un enamorado en la tradición del joven Werther de Goethe. ¿Es posible que sus elecciones románticas estuvieran en parte motivadas por un deseo de generar el material sobre el que luego escribiría? ¿Y el hecho de tener que cargar con un instrumento musical bastante grande no incidió físicamente en la forma en que Erich Hartmann atravesó una ciudad en guerra? ¿Acaso las posibilidades musicales de un instrumento de la excelencia del Guadagnini no moldean a quienes lo tocan?

Los objetos pueden cambiar también al historiador. Consideremos por un momento la etimología de la palabra «objeto». Proviene del latín *objectum*, que sugiere un obstáculo. Un «objeto» es, literalmente, una «cosa arrojada ante», algo lanzado en nuestro camino. Para los historiadores que realizan investigaciones sobre la segunda guerra mundial, no es difícil encontrar ejemplos de objetos como obstáculos. Para un revisionista o negacionista del Holocausto, los montones de zapatos descubiertos en Auschwitz son un obstáculo de ese tipo. Difíciles de sortear, plantean demasiados inconvenientes cuando se intenta presentar argumentos que ignoran o relativizan el pasado. Esos zapatos sencillamente te dejan sin palabras. Y cabe la posibilidad de que empujen al escéptico a un camino por completo diferente, a una visión que reconozca el dolor y el sufrimiento de millones de víctimas. Los objetos, en este sentido, no son solo cosas que usamos: los objetos pueden también moldearnos.

Para cada uno de los testigos que protagonizan los capítulos de este libro, sus objetos personales tienen una relación diferente y cambiante con la memoria, son, para retomar la imagen que mencioné en el prefacio, una especie de atractor que, al ser sumergido en la solución de la historia, forma cristales. Esta es una metáfora con la que me siento especialmente satisfecho, pues esos cristales pueden adoptar formas inesperadas. Descubrí que usar objetos como estrategia para explorar los testimonios de los testigos arrojaba resultados sorprendentes y me obligaba a hacer preguntas que de otro modo nunca hubiera hecho. ¿No es ese el funcionamiento del objeto, su acción sobre el historiador?

Los objetos y los sentidos

El vestido de Lola Rein (nacida en 1934) quizá no proporciona por sí solo gran cantidad de información al historiador; sin embargo, muchos aspectos de ese vestido evocan la vulnerabilidad de la niña y su incomodidad con más potencia que cualquier testimonio escrito. Lo llevó puesto desde mayo de 1943 hasta marzo de 1944, cuando era una niña pequeña oculta en un escondrijo en un granero en Czortków, Polonia (hoy Chortkiv, Ucrania). Las flores rojas y azules que adornan el vestido fueron bordadas en el gueto por la madre, antes de que le dispararan cuando se dirigía al trabajo el 21 de marzo de 1943. Rein conservó el vestido hasta 2002, cuando lo donó al Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos, ofreciendo su testimonio como superviviente.

La historia del vestido resulta especialmente conmovedora,

pues el tacto es un aspecto fundamental de la empatía. Recuerdo lo difícil que fue para Katalin describir con palabras el dolor de estar hacinada con los demás prisioneros en el campo, apretados unos contra otros sin apenas espacio. Esa proximidad le impedía alcanzar las fotografías que llevaba en el bolsillo. Y sin embargo, tal vez porque fue producto de una sensación física, este recuerdo seguía vivo en su memoria incluso setenta y cinco años después. Pienso también en recuerdos más dulces, en la cocina de Erna en Bogensee o en la panadería de la familia Lőrincz en Ózd, y en la evocación de las interacciones sensoriales que tenían lugar en esos espacios. No es en absoluto de extrañar que el motivo de la comida, o su ausencia, se repita con tanta frecuencia en este libro como recuerdo de la experiencia cotidiana de la guerra.

En efecto, mi experiencia entrevistando a los testigos me indica que hay una constante: los acontecimientos se recuperan con mayor precisión después de muchos años si se relacionan con los sentidos. Esto contrasta radicalmente con las muchas historias desprovistas de contenido sensorial, unos relatos gastados y repetitivos (todos hemos oído alguno) que tienden a «mejorarse» cada vez que se vuelven a contar.

No es fácil describir con palabras lo no verbal, pero en el esfuerzo por hacerlo se escarba en profundidad en los recovecos de la memoria. Imagina que te encuentras con Katalin. Podrías preguntarle: «¿Puede hablarme de la panadería de sus padres?». O bien: «¿A qué sabía una hogaza de pan en la panadería de sus padres?». La segunda pregunta, que incluye un objeto, la hogaza de pan, requiere un esfuerzo adicional por parte del testigo para transformar en palabras unos sentimientos que quizá nunca antes haya articulado. De este modo, el historiador no solo elude la forma anquilosada en que se cuentan las historias repetidas, sino que puede despertar recuerdos que el mismo

testigo creía muertos y ahora recupera con renovada riqueza y frescura, acaso porque se evocan por primera vez en muchísimo tiempo. Esto es lo que sucede cuando la entrevista se centra en un objeto (en lugar de centrarse en una pregunta que evita la concreción material).

Aunque no soy un científico cognitivo, estoy convencido de que los objetos nos llevan en nuevas direcciones debido a que lo físico y lo sensorial tienen una relación estrecha con la memoria. Investigadores de la Universidad de Harvard han demostrado, por ejemplo, que los olores llegan de forma directa al sistema límbico, una parte del cerebro asociada a la formación de recuerdos. Los objetos consiguen precisamente evocar olores, sensaciones táctiles, colores, algo que resulta imposible para la mayoría de los textos; y gracias a ese poder desentrañan el mundo de lo no verbal. Hay razones de peso para que los seres humanos nos aferremos emocionalmente a los objetos: nos ayudan a recordar, señalan momentos importantes de la vida (como los regalos de cumpleaños), son un vínculo con seres queridos ausentes o desaparecidos y, por ello mismo, un medio para afrontar el duelo o la separación. Basta pensar en el apego que el niño siente por su mantita, con la que ha forjado una conexión de toda la vida, o en la enamorada que se pone la camisa de su amante cuando este se encuentra lejos. El uso de las joyas de los antepasados marca la continuidad de la familia a lo largo del tiempo.

Con las huellas materiales cediendo el paso a las digitales, el futuro de los objetos sensuales está hoy en duda. ¿Qué habría pasado si Karl hubiera escrito su diario en un teléfono móvil? ¿O si las recetas de Löfflerin fueran un libro electrónico? ¿O el contrabajo, el software de un DJ? ¿Cuántos testimonios de nuestra era serán más efímeros que los de épocas anteriores por el simple hecho de que muchos de nuestros objetos son virtuales

y, en consecuencia, pueden borrarse con facilidad? Encontrar dentro de setenta y cinco años un disquete deteriorado, con archivos de imágenes inaccesibles, será sin duda menos productivo para el historiador que una bolsita de algodón mucho más antigua, pero con fotografías impresas. Durante mi investigación, no pude dejar de advertir con pesar lo bien hechos que estaban muchos de los objetos de los que me ocupaba: habían sido concebidos para durar, no eran objetos con una obsolescencia programada. La preocupación por nuestra huella ambiental es un buen argumento para minimizar la basura que producimos, pero también plantea un problema para los historiadores materiales del futuro, que habrán de lidiar con un mundo de menos cosas o menos duraderas. ¿Y cómo recordarán los testigos en el futuro sus interacciones con las pantallas, las redes sociales o las proyecciones de la realidad virtual, en las que literalmente podemos caminar a través de los obstáculos? ¿Qué pasará cuando dependamos de las memorias de personas con «recuerdos planos» o «recuerdos pantalla» estimulados por menos sentidos? La magdalena de Proust, al menos con la tecnología actual, no resulta tan evocadora en Instagram.

VALOR

En cuanto obstáculos, los objetos también revelan y ponen a prueba lo que hoy valoramos. Pocas batallas en torno a la historia tienen repercusiones tan materiales como los debates sobre la procedencia. El objeto obliga a los actores a tomar partido, en especial cuando están en juego miles o incluso millones de euros: pueden dejar de lado sus principios y actuar buscando el propio beneficio, o bien pueden estar a la altura de lo que creen justo. Es posible que esa toma de partido sea la

mejor forma de comprobar hasta qué punto un país ha resuelto su problemática culpa por sus acciones en la segunda guerra mundial, hasta dónde ha llegado en el proceso de *Vergangenheitsbewältigung* («hacer frente al pasado»).

Dado que, con frecuencia, las obras de arte se exponen en espacios donde pueden ser objeto de escrutinio y sus cualidades únicas son más fáciles de identificar, la intensidad de este debate ha sido mayor en los museos de bellas artes que en las colecciones de instrumentos musicales. Rara vez alguien consigue distinguir un violín desde la platea. Y para verificar quién fue el fabricante suele ser necesaria una inspección en un taller especializado. Con todo, lo que comparten los objetos robados, ya estén expuestos en la galería o produciendo música en el escenario, es su alto valor y el desafío que plantea a las instituciones su turbia procedencia, en particular cuando, como ocurre a menudo, encontrar a los propietarios originales resulta imposible.

No es inusual que los objetos artísticos sean excluidos de las colecciones de los museos cuando se cuestiona de un modo u otro su procedencia. La lucha del Museo de Bellas Artes de Berna con la procedencia de la colección Gurlitt (valorada en decenas de millones de euros y fruto en parte del saqueo nazi a los judíos) llevó a la institución a anunciar en noviembre de 2016 que no aceptarían obras que no tuvieran un procedencia «limpia». Como apuntó con ironía Ronald Lauder, el presidente del Congreso Judío Mundial: «La buena fe no hace que esas pinturas sean limpias». La colección Bührle en Zúrich, una de las colecciones privadas de pintura impresionista y postimpresionista más importantes del mundo, también sigue siendo blanco de frecuentes críticas. Aunque la colección ha sido investigada, con frecuencia se exige a los museos que rechacen exponer sus obras porque Emil Georg Bührle hizo su

fortuna vendiendo armas a los nazis y compró muchas obras expoliadas por estos. El historiador de arte Roger Fayet sostiene que los objetos de la colección expuestos en Zúrich «no son problemáticos desde un punto de vista legal o ético», pero están «contaminados [...] por asociación o contagio en cuanto forman parte del conjunto de la colección». No obstante, incluso esta valoración quizá sea prematura, pues en la actualidad la colección Bührle enfrenta renovadas peticiones por parte de los historiadores para que se realicen investigaciones independientes con el objeto de esclarecer sus orígenes.

Aunque me impresionó la abierta y amable disposición del Estado alemán a reconocer que su colección de instrumentos antiguos no era «limpia», lo cierto es que ha respondido a esa contaminación (y, seamos claros, cualquier objeto que haya sido obtenido por los nazis en plena guerra está contaminado) con una política mucho más blanda que el estándar establecido por las instituciones de bellas artes al permitir que se presten a jóvenes músicos esos instrumentos de cuerda de procedencia problemática. Por otro lado, esa colección no ha sido objeto de un escrutinio público constante como el que enfrenta, por ejemplo, la de E. G. Bührle.

Con todo, los instrumentos musicales no son como las pinturas. Como hemos visto, si no se tocan, se deterioran. Sin embargo, cabe preguntarse si el procedimiento es justo con los jóvenes talentos que, no siendo conscientes de los orígenes de los instrumentos que se les prestan, se convertirán sin saberlo en parte de un historial musical manchado. Cuando la procedencia turbia no se hace pública de una forma sistemática, los instrumentos escapan al escrutinio y las oportunidades de que sean restituidos se reducen, incluso si se han hecho todos los esfuerzos posibles para investigar sus orígenes. Sin embargo, el Estado alemán, todo hay que decirlo, es un socio más estimable

en materia de restitución que algunas fundaciones privadas o comerciantes de instrumentos que no tienen inconveniente en ocultar la procedencia de sus bienes o, en el mejor de los casos, prefieren no cuestionarla.

Los objetos de la era nazi proliferan en Internet, donde tienen valores de mercado inquietantes. Un crudo ejemplo son unas sencillas perchas de madera que supuestamente pertenecían a las Escuelas Adolf Hitler: marcadas con el nombre del líder, pueden comprarse en línea por unos cien euros la unidad. La forma en que un Estado gestiona los bienes robados nos indica, una vez más, qué valora una sociedad, cómo trata su historia y qué está dispuesta a perder. De igual modo, la compraventa de parafernalia nazi por parte de particulares, cuando se hace por motivos ajenos a la investigación histórica, nos dice todo lo que debemos saber sobre esas comunidades comerciales.

Los objetos suelen ser más duraderos que las personas. Cuando se pierden, por lo general asumimos que siguen existiendo y nos preguntamos dónde estarán. La restitución de las obras de arte y otros objetos expoliados es el reconocimiento de la injusticia cometida y, también, la admisión de que el Estado incumplió su deber de proteger a los propietarios originales. La profesora Leora Auslander nos ofrece el ejemplo

de los judíos franceses a los que se les dio la oportunidad, después de la guerra, de reclamar los bienes robados. Para hacerlo, como medida de seguridad, tuvieron previamente que describir con precisión sus pertenencias ante las autoridades. Esto se hizo a través de peticiones de restitución. Se pidió a las víctimas que recrearan en su imaginación sus casas y pisos en el estado en que se encontraban antes de que los ocupantes alemanes confiscaran sus posesiones. Tales peticiones incluían inventarios, dibujos y descripciones escritas de recorridos por los hogares expoliados. Eran palacios de la memoria literales: espacios imaginados para guardar los recuerdos. La operación fue una forma de duelo y ofrece una imagen de pérdida que otros documentos del Holocausto no siempre logran transmitir, una imagen que resulta aún más potente cuando se tiene en cuenta que la mayoría de los objetos enumerados en esas peticiones nunca fueron recuperados. Este ejemplo también es una demostración de cómo los objetos pueden revelar valores que van mucho más allá de lo financiero.

Intersecciones

Juntemos las piezas. Los objetos nazis suponen riesgos que no solo preocupan a los historiadores, sino también a los gobiernos que deben lidiar con el desafío de la extrema derecha. Y sí, tales objetos se prestan con facilidad al abuso, como ha ocurrido con los objetos de los que nos hemos ocupado en este estudio. Sin embargo, un enfoque concentrado en el reverso del tapiz también muestra los beneficios potenciales de la historia impulsada por objetos, pues consigue alejar el foco del objeto espeluznante y lo convierte en un aspecto ordinario de una historia cotidiana. Cuando no vemos solo la imagen en el tapiz, sino también todos los hilos en el reverso de este, superamos la

ilusión. El «descentrado» o banalización del objeto es la condición previa para que esos objetos de la era nazi nos lleven a lugares constructivos, e incluso edificantes. Esta desmitificación se produce precisamente en la intersección de la historia cotidiana y la historia material.

Podríamos detenernos aquí, habiendo contado todas las historias y hablado sobre cómo los objetos engañan o, con ciertas precauciones, iluminan. Pero en estas últimas páginas podemos ir un poco más allá y recordar algunas imágenes que han sido recurrentes. Ahora que tenemos a todos los testigos reunidos en un único recinto, preguntémonos qué iluminan colectivamente sus pertenencias, a medida que se ponen en movimiento.

A los académicos les gusta la regla de tres (*omne trium perfectum*), pero creo que estaremos de acuerdo en que lo que sigue está lejos de ser completo: el individualismo de mis testigos en una guerra de naciones, la despolitización de la vida cotidiana en la Alemania nazi y el problema apremiante del cambio generacional.

PATRIOTAS

En la Biblioteca y Archivos de Canadá, me topé por casualidad con una fotografía de un grupo de prisioneros de guerra alemanes jugando al hockey en un campo de Canadá. La comparé con otra imagen, esta vez de prisioneros de guerra de Canadá y de otros países aliados jugando al curling en un campo de Alemania. El primer grupo está jugando con palos y discos; el segundo, con escobas y piedras. Los objetos orientan nuestra mirada hacia los hombres individuales, los vemos con el frío equipo en las manos, con los pies sobre el hielo de un país extranjero. Cada uno de esos hombres está fuera de contexto,

involucrado en una guerra que tal vez no comprende, o a la que se alistó con más o menos entusiasmo. Sin duda hay villanos entre ellos. Muchos transigieron con el proyecto nazi. Otros se ennoblecieron en la batalla contra el totalitarismo. Pero al mismo tiempo son unos jóvenes jugando en el hielo. Son los objetos ordinarios los que ponen de relieve que estos hombres comparten algo a pesar de encontrarse en bandos opuestos de una guerra terrible, y sospecho que habrían preferido hacer deporte juntos que dispararse unos a otros.

La segunda guerra mundial suele contarse como una historia de naciones, un conflicto que enfrentó a categorías muy amplias de personas: los alemanes contra los británicos, los estadounidenses, los canadienses. En ese relato, individuos diversos se convierten en miembros de los distintos grupos en conflicto. Algunos de mis testigos parecían tener una relación con su nacionalidad libre de complicaciones, como Erna, la cocinera. Sin embargo, mi abuelo peleó contra el ejército de un hombre emparentado por matrimonio con una familia inglesa. Karl luchó por redefinirse a sí mismo como individuo, en lugar de como miembro de la Armada alemana. Con Erich Hartmann no llegué a hablar de identificación nacional, pero no me sorprendería que se hubiera definido como artista más que a través de cualquier etiqueta nacional. Katalin tenía una identidad impuesta por sus verdugos pese ser una persona sin afiliación religiosa; su internacionalismo quedó claro cuando rehízo su vida en otro continente.

El riesgo de desvincular a los individuos de su cuerpo político es exonerarlos de la parte de culpa que les corresponde, en especial a los militares que cometieron crímenes de guerra, o a los ciudadanos que se concentraron en su vida privada sin prestar atención a la persecución que sufrían otros. Sin embargo, es más coherente conceder una mayor importancia a la responsabilidad humana y cívica que a la racial y nacional, que eran los criterios sobre los cuales los nazis erigieron su

sistema.

Si nos atuviéramos a categorías morales absolutas fundadas en la nacionalidad, correríamos el riesgo de presentar a los soldados canadienses como los agentes irreprochables de la «buena guerra», y de considerar necesariamente contaminados a todos los soldados alemanes, más parecidos a Wilhelm Vrtoch que a Karl. Para mí fue bastante aleccionador revisitar el servicio de mi abuelo en la segunda guerra mundial como una letanía de horror y cuerpos en llamas.

Los Aliados libraron en Europa una guerra defensiva contra un régimen asesino, empeñado en exterminar a grupos enteros de personas en función de su identidad. Siendo tantas las víctimas del régimen nazi, quizá parezca inapropiado, o incluso irrespetuoso con los asesinados, hablar a renglón seguido de las víctimas alemanas, de los bombardeos de Hamburgo, Dresde o Solingen, o de las violaciones masivas. Por no mencionara las numerosas víctimas de otras nacionalidades que se encontraron entre las fuerzas del Eje y las aliadas mientras las líneas del frente avanzaban y retrocedían.

Mi abuelo y su abuelo en 1940.

Pero es una injusticia que los Aliados celebren los valientes actos de sus soldados en el extranjero sin lamentar el horror de la guerra que libraron. Y es una injusticia en especial para aquellos soldados aliados que regresaron a casa para ser tratados como héroes, pero a los que el elogio privó del reconocimiento de su sufrimiento y angustia. El patriotismo suele ser ciego a la debilidad y al dolor.

Hay algo que los Aliados, en cuanto vencedores, pueden aprender de los derrotados. El proceso de hacer frente al pasado de forma crítica, o *Vergangenheitsbewältigung*, aún no está completo en Alemania (si hubiera tenido más éxito, hoy no estaría tan cuestionado por los movimientos de extrema derecha), pero al menos ha habido un esfuerzo institucional concertado para reconocer que la historia de la guerra es una advertencia, en lugar de un relato patriótico o edificante.

Ciertamente, todavía hay muchas piedras debajo de las cuales mirar en la larga historia de, digamos, las desventuras militares británicas y canadienses en el extranjero. Mi abuelo no solo poseía un cuchillo nazi, sino también un elegante sable de la guerra de los bóeres que había pertenecido a su abuelo. De niño, yo solía atribuir nobleza a ese sable pese a que había sido usado en un conflicto espantoso en África. Hay espacio para una historia diferente, poscolonial, del papel de los canadienses (o los británicos, los australianos, los neozelandeses) en la guerra, si bien su servicio sigue considerándose con frecuencia demasiado sagrado para cuestionarlo.

Cotidianidad

Saltar de estas historias particulares al cuadro general acaso parezca una maniobra difícil. La mayoría de los historiadores, cuando utilizan memorias para escribir sobre la segunda guerra mundial, recurren a los recuerdos de primeros ministros, generales o espías, desde la convicción de que los asuntos de Estado son el motor que impulsa la historia. ¿Qué hacer entonces con los hallazgos de este libro, basados en los testimonios de, por decirlo de algún modo, los vecinos de al lado y provenientes de contextos tan diversos como Berlín, Francia, Budapest y Edmonton, Canadá? Si los juntamos,

¿pueden decirnos algo sobre el panorama completo?

Un siglo después de su muerte, Antón Chéjov sigue siendo uno de los dramaturgos más representados del mundo. La explicación de esa popularidad quizá resida en un rasgo inusual de su teatro: la plétora de detalles cotidianos que puebla sus obras. Pese a estar enraizadas en momentos específicos de la historia rusa, todavía tienen eco en el público contemporáneo, e incluso en diferentes culturas. No es necesario aludir a los temas universales para explicar por qué los espectadores experimentan una sensación de reconocimiento o verosimilitud en, digamos, las dinámicas familiares, las preocupaciones cotidianas, la persecución y la pena. Al concentrarse en los detalles cotidianos de la vida, Chéjov ilustra algo más grande. Todos tenemos un huerto de cerezos a punto de ser talado.

Muchos de mis testigos vivían en un rincón particularmente aislado del bosque. No obstante, tras pasar un tiempo allí con ellos, prestando atención a la cotidianidad de los lugareños, uno empieza a hacerse una imagen de la vida bajo el régimen nazi. Es un poco como ensamblar los detalles dispersos que reunimos durante una visita a un país extranjero, que, por supuesto, es lo que es el pasado.

En la sección anterior, celebré la individualidad de cada testigo y su separación de las características nacionales. Permitidme ahora plantear un contraargumento, pues sí que observo una variación nacional en este estudio, a saber, en la *Weltanschauung*, o visión del mundo, de mis tres testigos alemanes. Lo que tienen en común sus historias es consecuencia de la educación y la organización del trabajo en el Tercer Reich.

La campana de cristal de las preocupaciones cotidianas es el aspecto prominente. Albert Speer, en sus *Memorias*, dedica un tiempo a describirlo. Vale la pena citar por extenso lo que el principal arquitecto de Hitler tiene que decir acerca de cómo se

animó a los alemanes a ser apolíticos bajo el régimen:

> Yo sentía que era el arquitecto de Hitler. Los acontecimientos políticos no eran de mi incumbencia ... Además, la educación nacionalsocialista pretendía la compartimentación del pensamiento; se esperaba de mí que me limitara a la arquitectura. Es verdad que yo, en mi calidad de protegido y, más tarde, influyente ministro de Hitler, me hallaba aislado; es verdad que el atenerse exclusivamente a sus asuntos dio grandes posibilidades de evasión tanto al arquitecto como después al ministro de Armamento; es verdad que no sabía lo que comenzó en aquella noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 y culminó en Auschwitz y Maidanek. Pero la dimensión de mi aislamiento, la intensidad de mi evasión y mi grado de ignorancia eran cosas que, en definitiva, determinaba yo mismo ... no tengo ninguna excusa...
>
> Toda la estructura del sistema se dirigía a evitar los conflictos de conciencia. Eso hacía absolutamente estéril cualquier conversación y discusión entre personas de la misma ideología. Después de todo, confirmarse mutuamente unas opiniones uniformizadas no tenía ningún interés. La exigencia expresa de limitar la responsabilidad de cada cual a su terreno era aún más peligrosa. Cada cual se movía en su propio círculo: arquitectos, médicos, juristas, técnicos, soldados o campesinos. Las asociaciones profesionales, a las que había que pertenecer obligatoriamente, recibían el nombre de cámaras (Cámara de Medicina, Cámara de Artistas), y esta denominación definía con acierto el aislamiento de la gente en esferas individuales, separadas unas de otras como por medio de muros. A medida que el sistema de Hitler se prolongaba en el tiempo, el aislamiento ideológico en aquellas cámaras estancas crecía [...]. En última instancia, se trataba

de una comunidad de seres aislados.*

En estas dos citas, Speer muestra que la experiencia de los alemanes normales y corrientes, en la especialización de sus profesiones, y la suya propia, en la cúspide de la jerarquía nazi, tenían un rasgo en común. Reúne partes y totalidades para pintar un retrato general de los alemanes bajo los nazis como una sociedad despolitizada, algo que está en consonancia con los testimonios de este libro: el marinero que tenía como centro de sus preocupaciones sus tareas cotidianas y su aventura amorosa; la cocinera que permanecía en la cocina y nunca hablaba de política, o el músico de orquesta que era incapaz de asomarse más allá de las notas de la partitura para ver a la audiencia. En un comienzo, tuve la impresión de que mis testigos alemanes sencillamente no eran comunicativos o de que sus testimonios obedecían a una estrategia evasiva. Sin embargo, emerjo de mi investigación pensando que en realidad se les había formado para ser apolíticos, para estar por completo absortos en sus trabajos particulares. (Y he de decir que observo la impronta de esta cultura de la especialización en la vida laboral de la Alemania actual —en detalles tan banales como la desconfianza hacia los freelance, por ejemplo—, aunque, por supuesto, no la despolitización.)

Como argumenta Speer, es cierto que tuvieron una educación que los condicionó, pero eso no los exonera de su deber como ciudadanos activos ante los asesinatos en masa llevados a cabo por el Estado. A pesar de su convicción de que no eran sujetos políticos, cada uno de estos testigos lo fue. Basta con apreciar la forma en que instituciones muy específicas aparecen en sus historias para mostrar el modo en que la política conectaba su cotidianidad con los niveles más altos de la jefatura nazi. El Ministerio de Propaganda de Goebbels, por ejemplo, aparece no

solo en el testimonio de su cocinera, sino también en la gestión y propósito de la Filarmónica de Berlín. Está asimismo presente en la historia del cuchillo (en la medida en que el Ministerio tenía sus garras en la imagen obrera de Solingen). La huella del Ministerio también es visible en la educación de Karl y en el destino de personas como Katalin. Resulta patente que la presunción de una cotidianidad despolitizada era un autoengaño. Los nazis lograron una proeza: politizar todos los niveles de una sociedad que no se reconocía como política.

Para que cada uno de esos individuos moldeados por el sistema nazi consiguiera apartarse de él se requería una proeza opuesta: experimentar una ruptura capaz de desnacionalizarlos y empujarlos a la acción individual. En el caso de Karl, esa ruptura fue enamorarse.

La guerra en nuestro tiempo

Pienso en el propósito de mi abuelo al llevarse el cuchillo a Canadá. ¿Por qué lo puso en la pared del sótano? ¿Se trataba sencillamente de una curiosidad? ¿Un recuerdo macabro? ¿Por qué quiso enseñármelo? ¿Por qué me legó algo tan horripilante? Creo que fue por las mismas razones por las que decidió grabar en privado los horrores que vivió con su regimiento. La guerra fue el acontecimiento central de su vida y quería transmitir sus recuerdos al futuro. Eligió un objeto para hacerlo.

Con la desaparición de su generación desaparece también la comprensión directa de los costes de la guerra. Esa pérdida es incalculable. Es posible que muchos alemanes de aquel entonces se consideraran apolíticos, pero también entendieron de una forma visceral lo que significa perder sus hogares y a sus seres queridos. Los soldados aliados, ya desmovilizados, se despertaban durante la noche reviviendo los horrores del frente.

Muy pronto, ya no podremos preguntarles por lo que los asustaba y por lo que nunca contaron a nadie. Pronto no podremos mirar a la cara a las víctimas, que fueron quienes más sufrieron durante el conflicto.

Esos recuerdos individuales se conectan con la memoria colectiva, una telaraña que en su despliegue nos toca a todos, el tejido que nos vincula con nuestros vecinos y familiares. Ese tejido es un escudo que nos protege, pero lo trágico es que puede llegar a desgastarse sin que nos demos ni cuenta.

Le pregunté a Katalin cómo podían los jóvenes aprender de lo que le ocurrió a ella. Respondió que algunos necesitarían experimentar la guerra por sí mismos para comprender su crueldad y que otros necesitarían experimentarla solo para creer lo que sucedió entonces. Aquellos cuya seguridad se hizo añicos con la llegada de la guerra, a quienes les estalló la cúpula de la paz sobre las cabezas, quienes vieron sus casas destruidas o a sus padres asesinados, no tienen ningún deseo de volver a un conflicto semejante y harán cualquier cosa para mantenerse a sí mismos y a sus familias a salvo.

Sin embargo, aquellos que nunca han sufrido la guerra por sí mismos pueden sentir curiosidad acerca de sus peligros, deseos de experimentarlos de forma vicaria o incluso desdeñarlos con arrogancia. Es difícil inculcar en nuestros cerebros la realidad de que la guerra no es algo abstracto que se ve acompañado de bandas sonoras épicas, materia de películas o videojuegos: vestida de azul talco y cubierta de niebla en pueblos franceses abandonados, salpicada de novios separándose en estaciones de tren, con soldados alemanes monocordes que solo sonríen con malicia y aliados que escancian whisky escocés junto al fuego, en medio de las ruinas, segundos antes de que aparezca un francotirador. La guerra no es el chocolate regalado a los niños del enemigo. Es más bien una grieta alrededor de la cual

debemos caminar con delicadeza a menos que deseemos precipitarnos a los cimientos de la historia europea. Es posible que hayan muerto más estadounidenses por la covid-19 que en toda la segunda guerra mundial. Pero el horror del virus, cuyas víctimas han sufrido, a menudo en silencio, tras las puertas de los hospitales, ha sido mucho menos visible para la mayoría de la población de lo que en su momento lo fueron las agonías de la guerra aérea y el exterminio masivo. Con todo, consideremos lo increíbles que nos hubieran parecido los confinamientos de 2020 apenas unos meses antes de que el coronavirus se extendiera por todo el mundo. Eso quizá nos permita hacernos una idea de lo que fueron los veranos de 1914 o 1939 para millones de seres humanos que tampoco podían prever lo que les reservaba el futuro.

En el momento de escribir estas páginas, en la tercera década del siglo XXI, la pérdida de la memoria del momento más violento de la historia mundial, una confrontación que se cobró la vida de 85 millones de personas, es un hecho real. Como hemos mencionado, dos tercios de los estadounidenses menores de cuarenta años ignoran que seis millones de judíos fueron asesinados en el Holocausto. Europa y Norteamérica han sido testigos en años recientes del espectacular ascenso del populismo de extrema derecha —algo que habría sido impensable apenas una generación atrás— en formas tan diversas como la del orbanismo, el trumpismo de los Proud-Boys o el zemmourismo, que ejercen el poder, han tenido el poder o podrían llegar al poder. No es casualidad que precisamente en este momento de cambio generacional estemos viendo ganar fuerza al nacionalismo virulento y antidemocrático, el aislacionismo y la política de matones a ambos lados del Atlántico, por no hablar de las antípodas. Las fórmulas fáciles que nos hacen temer y culpar a los países vecinos y a los

inmigrantes son más atractivas para las generaciones que no han tenido que soportar las guerras desencadenadas por ideologías tan odiosas. Las noticias, entretanto, informan, a menudo con excesiva despreocupación, de potenciales enfrentamientos entre superpotencias en el mar de la China Meridional, el sur de Asia, Irán, Corea del Norte, los países bálticos o Ucrania.

Hemos vivido en Europa el período más largo de paz desde la *Pax Romana*, que finalizó en el siglo II. A lo largo de la historia, en cambio, la constante ha sido la guerra. ¿Es inevitable la «guerra en nuestro tiempo»? O, mejor, ¿qué debemos recordar para que no lo sea? ¿Cómo generar una mayor conciencia de los riesgos de la violencia en la cotidianidad de la era atómica?

La narrativa podría proporcionar algunos hilos adicionales para mantener intacta la instructiva telaraña de la memoria colectiva, una barrera entre nosotros y los sedientos de poder, los racistas, los extremistas. Las historias reales contribuyen a desacelerar ese desmoronamiento. La mayoría de los jóvenes nunca tendrán la oportunidad de visitar en su casa a una superviviente del Holocausto y hablar con ella mientras se encuentra rodeada de las pertenencias que anclan su historia. No obstante, las historias normales y corrientes, incluso banales, evidencian que las atrocidades pueden tener lugar en la tranquilidad de una cocina, en el trabajo o en un barrio residencial, que la guerra es cotidiana. A medida que perdemos los testigos de este período y nuestras defensas se agotan, ¿qué otra cosa nos queda salvo el poder de la verosimilitud y la invitación a empatizar con aquellos que ya no están con nosotros?

En el Museo del Holocausto de Montreal hay una cuchara. Al mirarla, se podría pensar que es un poco tosca. Dado que se encuentra en un museo sobre la Shoah (el Holocausto), el visitante da por hecho que fue utilizada por un prisionero, una

suposición correcta. Sin embargo, se trata de una cuchara que además fue «hecha» por un prisionero, un hombre llamado Jacob Chaim, como respuesta a los guardias que, para deshumanizarlo, resolvieron no proporcionarle una.

Sin su propietario, la cuchara no tiene una historia, del mismo modo que la bolsita de algodón no es más que un trozo de tela que defraudó a quien la robó; el libro de recetas, un catálogo de ingredientes y procedimientos para mezclarlos; los instrumentos de cuerda, estructuras de madera, acero, barniz y cola, y el cuchillo, una amalgama de metales. Y el diario de Karl, a medio camino entre el objeto y el documento, está escrito en una caligrafía olvidada que solo un puñado de personas pueden leer aún. A menos que hablemos por ellos, los objetos son mudos.

Referencias

El cuchillo de mi abuelo

El cuchillo

La exposición en el Museo de Historia Alemana de Berlín se tituló «Hitler y los alemanes: nación y crimen» (del 15 de octubre de 2010 al 27 de febrero de 2011). Los comisarios fueron: el profesor doctor Hans-Ulrich Thamer, la doctora Simone Erpel y Klaus-Jürgen Sembach. Sobre la cultura de la memoria en Berlín y la obsesión y el pánico alrededor del fascismo, resulta particularmente útil la lectura de, entre otros, Brian Ladd, *Ghosts of Berlin: Confronting German History in the Urban Landscape* (University of Chicago Press, Chicago, 1997 y 2018), pp. 127 y ss.; James E. Young, *At Memory's Edge: After-Images of the Holocaust in Contemporary Art and Architecture* (Yale University Press, New Haven, 2002). Por ejemplo: Brian Ladd (pp. 132-133) critica que, en 1990, en un ataque de pánico, el gobierno municipal de la capital alemana arrasara un búnker de la SS y, con él, lo que quedaba de la historia de la vida cotidiana bajo el Tercer Reich que pudiera contener. Por su parte, James E. Young (pp. 4-5) cita a Saul Friedlander, que se pregunta si la obsesión por el nazismo se debe a «un ensueño gratuito, a la atracción del espectáculo, a un exorcismo o a la necesitad de entender; o si, de nuevo y aún, es la expresión de temores profundos y, por parte de algunos, también de anhelos

silenciados» (Friedlander, *Reflections of Nazism: An Essay on Kitsch and Death*, Harper and Row, Nueva York, 1984, p. 19).

Los fabricantes

Entre las fuentes sobre la historia de la fabricación de espadas y hojas en Solingen véase Jochem Putsch, *Solingen: Industriekultur, 1880-1960* (Sutton Verlag, Érfurt, 2016), p. 9. Véase también Stefan Gorißen *et al.*, eds., *Geschichte des Bergischen Landes: Band 2: Das 19. und 20. Jahrhundert (Bergische Forschungen / Quellen und Forschungen zur bergischen Geschichte, Kunst und Literatur)* (Verlag für Regionalgeschichte, Bielefeld, 2016).

Para una exposición sobre los *Stolperstein*, los obstáculos en forma de adoquín de bronce que recuerdan a las víctimas del Holocausto con los que «tropiezan» los transeúntes, véase Joseph Pearson, *Berlin* (Reaktion, Londres, 2017), pp. 173-174.

Tanto la carta de Coppel como el testimonio de otro prisionero, Emil Kronenberg, sobre su muerte provienen de una web conmemorativa realizada por el archivo municipal de la ciudad de Solingen («Stolperstein Dr. Alexander Coppel», www.solingen.de). Sobre la historia de la familia Coppel, véanse Klaus-Dieter Alicke, *Lexikon der jüdischen Gemeinden im deutschen Sprachraum* (Gütersloher Verlagshaus, Gütersloh, 2008); Kay Ganahl, *Der 9. November 1938 –Pogrom in Solingen*, tesina presentada en enero de 1989, Universität-Gesamthochschule Duisburg. De particular interés resulta el capítulo titulado «Arisierung im Reich und der Coppel-Unternehmung in Solingen» («La arianización del Reich y la empresa Coppel en Solingen»). Véase también la entrada «Coppel» en la base central de datos de nombres de víctimas de la Shoah del Centro Mundial de Conmemoración de la Shoah Yad Vashem (yvng.yadvashem.org). Otro texto útil es Wilhelm

Bramann, «Geschichte der jüdischen Familie in Solingen 1770-1942», en *Anker und Schwert*, vol. 13, Solingen, 1994. Visítese también la web de la actual ALCOSO (Alexander Coppel, Solingen), que incluye una página sobre la historia de la compañía: www.alcoso.com. Sobre la tragedia que siguió a la aculturación judía en la sociedad alemana, véase Amos Elon, *The Pity of It All* (Allen Lane, Londres, 2013), pp. 9-10.

Sobre el ataque con bombas incendiarias que arrasó la ciudad de Solingen, véase Jörg Friedrich, *The Fire: The Bombing of Germany 1940-1945* (trad. inglesa de Allison Brown, Columbia University Press, Nueva York, 2008), pp. 8, 262-263 [hay traducción castellana: *El incendio: Alemania bajo el bombardeo*, Taurus, Madrid, 2003].

La iconografía

Entre las fuentes sobre las armas zoomorfas en la Antigüedad, véase Frans Theuws y Janet L. Nelson, *Rituals of Power: From Late Antiquity to the Early Middle Ages* (Brill, Leiden, 2000), pp. 44 y ss. Para una exposición más amplia sobre el «estilo animal», véase también Emma C. Bunker *et al.*, *«Animal Style»: Art from East to West* (Asia Society, Nueva York, 1970), catálogo de una exposición sobre el tema. Sobre el águila en las monedas romanas, véase Donald T. Ariel, «The Iconography», en Donald T. Ariel *et al.*, eds., *The Coins of Herod* (Brill, Leiden, 2011), p. 118.

La iconografía de la estatua de *Harmodio y Aristogitón* es muy similar a la del totalitarismo del siglo XX. En 1937, en la Exposición Internacional de París, el pabellón soviético exhibió la gigantesca escultura de Vera Mújina, *Obrero y campesina*, que imitaba el grupo de Antenor, pero reemplazando las armas por el martillo y la hoz. Carlo Ginzburg, «The Sword and the

Lightbulb», en Michael S. Roth *et al.*, eds., *Disturbing Remains: Memory, History and Crisis in the Twentieth Century* (The Getty Research Institute, Los Ángeles, 2001), p. 115 [hay traducción castellana: «La espada y la bombilla. Una nueva lectura del *Guernica*», en Svetlana Alpers *et al.*, *Historias inmortales*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

Sobre las dagas romanas, véase M. C. Bishop, *The Spatha: The Roman Long Sword* (Osprey, Oxford, 2020), p. 21. La colección «Animales Series» de Reaktion Books ha publicado un útil estudio de la iconografía del águila: Janine Rogers, *Eagle*, (Reaktion, Londres, 2015).

Cito a Friedrich Nietzsche, *Zur Genealogie der Moral: Eine Streitschrift* (1887) [hay traducción castellana: *La genealogía de la moral: un escrito polémico*, Alianza, Madrid, 2019]; y Primo Levi, *Se questo è un uomo* (De Silva, Turín, 1947) [hay traducción castellana: *Si esto es un hombre*, El Aleph, Barcelona, 2012].

Las fuentes

Sobre la movilización de los Calgary Highlanders en la segunda guerra mundial, véase la sección correspondiente en la web del regimiento: «Mobilisation 1939», www.calgaryhighlanders.com. Véase también Bercuson, *Battalion of Heroes: The Calgary Highlanders in World War Two* (The Calgary Highlanders Regimental Funds Foundation, Calgary, 1994), pp. 13 y ss. Bercuson indica las bajas sufridas en Normandía en la p. 85. Véase Canadá, Departamento de Defensa Nacional, fondo Calgary Highlanders, Museo Glenbow, Calgary; para las listas de bajas: archivos de inventario M-1961-12 y ss.

Familia alemana

El material para el relato sobre el avance de los Calgary

Highlanders desde Francia hasta los Países Bajos (en esta sección y las siguientes) proviene de la fuente oficial, el *War Diary of the Calgary Highlanders*, publicado por la Canadian Public Records Office, y la cinta grabada por mi abuelo. Las fechas específicas deberían ser evidentes a partir del contexto proporcionado, y se señalan cuando no es así.

Carta de Charles Oakley Sanders a su hijo Edward Howard Sanders (el padre del coronel Gilbert Sanders). Ingrams, Thirsk, 23 de noviembre de 1866. Y carta de Howard Oakley Sanders a su hermano Edward Howard Sanders. Darmstadt, 14 de noviembre de 1892.

El 89.º Cuerpo del ejército alemán (LXXXIX. Armeekorps), al mando del general Von Gilsa entre el 11 de junio de 1943 y el 23 de noviembre de 1944, tuvo su cuartel general en Amberes y sus divisiones de infantería estuvieron en el estuario del Escalda, incluida la 165.ª División de Infantería que se desplegó en Midelburgo, en la isla de Walcheren. Esta última (que curiosamente estaba formada por soldados con problemas estomacales) pasó a llamarse 70.ª División de Infantería en 1944 (al mando de Wilhelm Daser) y participó en enfrentamientos directos con los canadienses en Walcheren. Para un mapa de las posiciones de estas fuerzas alemanas y canadienses, así como para la cadena de mando, véase C. P. Stacey, *The Victory Campaign* (Roger Duhamel, Ottawa, 1966), p. 396. Otra fuente para las posiciones de batalla de los alemanes es el útil mapa de Horst Boog *et al.*, *The Strategic Air War in Europe and the War in the West and East Asia 1943-1944/5* (Clarendon Press, Oxford, 2006), p. 501. Para los órdenes de batalla completos, véase Richard Brooks, *Walcheren 1944: Storming Hitler's Island* (Osprey, Oxford, 2011), pp. 21-22. En este libro, Brooks explica la importancia de las fortificaciones y la posición estratégica de Walcheren, p. 5.

La esvástica

Una provechosa historia de la esvástica es Malcolm Quinn, *The Swastika: Constructing the Symbol* (Routledge, Milton Park, 1994). Véase también Andreas Stegbauer, «The Ban of Right-Wing Extremist Symbols According to Section 86a of the German Criminal Code», en *German Law Journal*, vol. 13, n.º 2, 2007, pp. 173-184. Para más información sobre c-Base, véase la web de la asociación: c-base.org.

Las marcas

He utilizado las siguientes fuentes sobre armas cortas alemanas: J. Goertz y D. Bryans, *German Small Arms Markings from Authentic Sources* (Walsworth, Marceline, Misuri, 1997); L. Don Maus, *History Writ in Steel, Police Markings 1900-1936* (Brad Simpson, Galesburg, Illinois, 2009), pp. 27-28; y George T. Wheeler, *Seitengewehr: History of the German Bayonet 1919-1945* (J. Bender, San José, California, 1999).

Para las fuentes sobre la función de la *Ordnungspolizei* en el este, véanse Christopher Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland* (Penguin, Londres, 1992) [hay traducción castellana: *Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la solución final en Polonia*, Edhasa, Barcelona, 2002]; Edward D. Westermann, *Hitler's Police Battalions: Enforcing Racial War in the East* (University of Kansas Press, Kansas, 2005) en la colección «Modern War Studies». Para las fuentes sobre la *Ordnungspolizei* en el oeste, véase Wolfgang Curilla, *Die deutsche Ordnungspolizei im westlichen Europa 1940-1945* (Verlag Ferdinand Schöningh, Paderborn, 2020).

Sobre el papel desempeñado por los nazis neerlandeses, véanse Richard Evans, *The Third Reich at War: How the Nazis Led Germany from Conquest to Disaster* (Penguin, Londres, 2012), pp.

384 y ss. [hay traducción castellana: *El Tercer Reich en Guerra*, Península, Barcelona, 2017]; Michael R. Marrus, *The Holocaust in History* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1988), p. 105. Sobre lo ocurrido en Woeste Hoeve, véase Geraldien von Frijtag Drabbe Künzel, «Resistance, Reprisals, Reactions», en Robert Gildea *et al.*, eds., *Surviving Hitler and Mussolini: Daily Life in Occupied Europe* (Berg, Oxford, 2006), p. 192; Antony Beevor, *Arnhem, Battle of the Bridges, 1944* (Viking Penguin, Londres, 2018), pp. 20 y ss., 375 y ss. [hay traducción castellana: *La batalla por los puentes: Arnhem 1944. La última victoria alemana en la segunda guerra mundial*, Crítica, Barcelona, 2018].

Una campaña en claroscuro

La pintura de la batalla de la calzada de Walcheren se titula *Hallowe'en Night 1944* y es obra de Robert Johnson, que combatió en ella.

La entrevista de W. D. Whitaker con Ross Ellis, 21 de agosto de 1982, se cita en Bercuson, *Battalion of Heroes*, p. 189. Véase Bercuson (pp. 182-189) para una descripción detallada de la batalla; y también Terry Copp, *Cinderella Army: The Canadians in Northwest Europe 1944-1945* (University of Toronto Press, Toronto, 2006), pp. 166-170.

Para las bajas y el número de soldados que padecieron fatiga de combate, véase Bercuson, *Battalion of Heroes*, p. 193.

Para la descripción del recibimiento de las tropas aliadas en los Países Bajos me he basado en Peter Schrijvers, *Liberators: The Allies and Belgian Society, 1944-1945* (Cambridge University Press, Cambridge, 2009), pp. 50-59. Sobre las tasas de nacimiento, véase H. F. Heijmans y C. J. B. J. Trimbos, *De niet-gehuwde moeder en haar kind* (Paul Brand, Hilversum y Amberes, 1964), pp. 26 y 55, citado en doctora Nelleke Bakker, «Mother

and Baby Homes in the Netherlands in the 20th century. Report for the Irish Commission of Investigation: Mother and Baby Homes and Certain Related Matters (Order 2015)» (Rijskuniversiteit, Groninga, 2015), p. 5. Sobre los neerlandeses que buscaban a sus padres canadienses, véase Machiel Horn, «The Canadian Army and the Liberated Netherlands», en *Pro Rege* (Dordt University, Iowa), vol. 19, n.º 4, junio de 1991, pp. 19, 24.

La batalla de Groninga

Para descripciones de la batalla, véase Mark Zuehlke, *On to Victory: The Canadian Liberation of the Netherlands, March 23-May 5, 1945* (Douglas and McIntyre, Vancouver, 2010), p. 323; Bercuson, *Battalion of Heroes*, p. 232; Stacey, *The Victory Campaign*, p. 131.

La anécdota del café y la ametralladora se refiere en Zuehlke, *On to Victory*, p. 333; Frank Holm, *A Backward Glance* (Sault Ste. Marie, 1989), pp. 110-111.

Las descripciones de las multitudes de neerlandeses se encuentran en Zuehlke, *On to Victory*, p. 334, que cita a G. B. Buchanan, *The March of the Prairie Men: A Story of the South Saskatchewan Regiment* (Midwest Litho, Weyburn y Estevan, 1957), p. 260; y Stacey, *The Victory Campaign*, p. 131.

Lo ocurrido en la oficina de correos se relata en Bercuson, *Battalion of Heroes*, p. 237.

Sobre el uso de los lanzallamas, véase Bercuson, *Battalion of Heroes*, p. 194. Véase también comandante Jeffrey D. Noll, *Restraint in Urban Warfare: The Canadian Attack on Groningen, Netherlands, 13-16 April 1945* (Lucknow Books, Auckland, 2014); Ralf Teters, entrevista del 2 de abril de 1992, citado en Bercuson, *Battalion of Heroes*, p. 235. A mi abuelo se le

entrevista sobre los lanzallamas, *ibid*. Véase también Zuehlke, *On to Victory*, p. 333.

Para una exposición completa sobre el desafío que supuso el regreso a casa, véase Alan Allport, *Demobbed: Coming Home After World War Two* (Yale University Press, New Haven, 2010).

Esclavos de los objetos

Sobre el espectador cinematográfico y las atrocidades, véase Sophia Wood, «Film and Atrocity: The Holocaust as Spectacle», en Kristi M. Wilson y Tomás F. Crowder-Taraborrelli, eds., *Film and Genocide* (University of Wisconsin Press, Madison, 2012), pp. 21-44. Para un comentario más favorable sobre *La lista de Schindler*, véase el capítulo «The Holocaust at the Movies», en Alan Mintz, *Popular Culture and the Shaping of Holocaust Memory in America* (University of Washington Press, Seattle, 2001), pp. 85 y ss. Véase también el capítulo «The Hollywood Version of the Holocaust», en Annette Insdorf, *Indelible Shadows: Film and the Holocaust* (Cambridge University Press, Cambridge, 2006), pp. 3-26.

Para la reflexión de Epicteto sobre los objetos, véase, por ejemplo, *Discourses*, 2.5 [hay traducción castellana: *Disertaciones*, Gredos, Madrid, 1993].

UN DIARIO EN CLAVE

La Generación Z

La mayor parte de este capítulo utiliza fuentes primarias, que son obvias por el contexto. El nombre del autor del diario se omite como una muestra de cortesía, algo que se explica en la última sección del capítulo. Los demás nombres, fechas, lugares

y otros detalles históricos no se han modificado. Los manuscritos inéditos se citan y resumen dentro de los límites del «uso justo», salvo cuando se ha otorgado la autorización pertinente.

La «clave»

Sobre la introducción de la caligrafía Sütterlin en las escuelas alemanas en el período nazi, véase Margarete Götz, *Die Grundschule in der Zeit des Nationalsozialismus* (Klinkhardt, Bad Heilbrunn, 1997), pp. 75 y ss.

Para información adicional sobre el *Sütterlinstube* de Hamburgo, formado por residentes del Altenzentrum (Centro para personas mayores) Ansgar, visítese su página web: suetterlinstube.de.

Papiro

El Parlamento alemán proporciona información completa sobre el valor histórico de las monedas alemanas: «Kaufkraftvergleiche historischer Geldbeträge», www.bundestag.de/resource. Sobre Safo, véase la introducción de Anne Carson, *If Not, Winter. Fragments of Sappho* (Vintage, Nueva York, 2002).

El Havre

Para testimonios sobre la vida cotidiana en El Havre bajo la ocupación alemana, véase la exposición *Revival 1940-1945: des Havrais sous l'occupation*, Association des mutilés et anciens combattants, del 19 al 25 junio de 2017. Véase también Clesius Néofolk, Clothilde Thioux y Simon Quignard, «Vie au Havre sous l'occupation» (un vídeo con testimonios vinculado a la exposición antes mencionada) en la web

compagnonshavrais.jimdofree.com. Consulté asimismo una historia comercial de la ciudad durante la ocupación: Claude Malon, *Occupation, épuration, reconstruction: Le monde de l'entreprise au Havre (1940-1950)* (Presses universitaires de Rouen et du Havre, Mont-Saint-Aignan, 2013).

Para un estudio sobre las deportaciones de judíos, incluido Léon Meyer, desde El Havre, véase Yves Lecouturier, *Shoah en Normandie: 1940-1944* (Cheminements, Anjou, 2004), pp. 14, 218, 240.

Para un estudio sobre la prostitución en la Francia ocupada, incluidos detalles sobre El Havre, véase Insa Meinen, *Wehrmacht und Prostitution im besetzten Frankreich* (Temmen, Bremen, 2002), p. 222.

Es posible encontrar una investigación detallada sobre el bombardeo de El Havre en Corinne Bouillot, John Barzman y Andrew Knapp, *Bombardements 1944: El Havre, Normandie, France, Europe* (Presses universitaires de Rouen et du Havre, Mont-Saint-Aignan, 2016).

La historia de la abuela

El expediente militar de Karl, conservado en el Bundesarchiv, el Archivo Federal de Alemania, se consulta al amparo del Artículo 11, Sección 4 de la Ley de los archivos alemanes, que permite el estudio de individuos en investigaciones históricas.

Sobre las mujeres y la colaboración con los alemanes, véanse Hanna Diamond, *Women and the Second World War in France, 1939-1948: Choices and Constraints* (Routledge, Milton Park, 1999), pp. 136 y ss.; Peter Caddick-Adams, *Sand and Steel: The D-Day Invasions and the Liberation of France* (Oxford University Press, Oxford, 2019), pp. 41 y ss.

Para más información sobre la lucha de los desertores

alemanes para que se les concediera la amnistía, véase Marco Dräger, «Monuments for Deserters? The Changing Image of Wehrmacht Deserters in Germany and their Gradual Entry into Germany's Memory Culture», en Gelinada Grinchenko y Eleonora Narvselius, eds., *Traitors, Collaborators and Deserters in Contemporary European Politics of Memory* (Palgrave Macmillan, Londres, 2018), pp. 31-57.

Sobre la ejecución de los desertores alemanes por orden de un tribunal canadiense en los Países Bajos, véase Chris Madsen, «Victims of Circumstance: The Execution of German Deserters by Surrendered German Troops Under Canadian Control in Amsterdam, May 1945», en *Canadian Military History*, vol. 2, n.º 1, 2012.

Criptoanálisis

Los diarios de mi tatarabuelo se conservan en el Museo Glenbow, Calgary, Alberta, Canadá (papeles de Gilbert E. Sanders).

Señor de los solitarios

Dado que diario es un manuscrito inédito y la fecha de la muerte del autor se desconoce, el «uso justo» permite ofrecer solo un resumen limitado; por esta razón no se proporcionan un mayor número de citas directas del texto. Todas las traducciones del alemán al inglés son mías.

UN LIBRO DE RECETAS

Una historia muy interesante

Entrevisté a Erna en dos ocasiones en abril de 2014, y todas las

citas son traducciones del alemán al inglés, que son mías. En nuestra segunda entrevista, repitió cierto material (con coherencia), en ocasiones palabra por palabra, un claro indicio de que está acostumbrada a contar algunas de estas historias.

Una vacante para una cocinera

La cita acerca de las celebraciones de Hitler y la SS proviene de las declaraciones de Erna en la publicación de su residencia: *Kleeblatt*, n.º 61, 2016, p. 7.

La historia de la madre de Magda Goebbels se publicó por entregas en un tabloide entre el 5 de enero de 1952 y el 31 de mayo de ese mismo año. Ella está de acuerdo en que Joseph Goebbels era repulsivo, pero especula acerca de por qué muchas mujeres jóvenes lo encontraban «cautivador». Auguste Behrend, «Meine Tochter Magda Goebbels: Ein ungewöhnlicher Lebensweg», en *Schwäbische Illustrierte*, 8 de marzo de 1952. La información sobre la anterior cocinera se refiere en la entrega del 24 de abril de 1952.

Con respecto a la fotografía de Erna: los niños iban a menudo vestidos de blanco de pies a cabeza. Behrend, 1 de mayo de 1952, explica que los vestidos de los niños para las fotos que se tomaron en la Navidad de 1944 se hicieron ahorrativamente a partir de cortinas viejas: «A los niños no se les mimaba en ningún sentido». No me sorprende que usaran los mismos atuendos con frecuencia. Otra imagen famosa (reproducida en este mismo capítulo) es la del 45.º cumpleaños de Goebbels, en octubre de 1942, donde la familia posa formando una pirámide y los niños están vestidos con ropa similar. Una fotografía diferente, en la que Helga sostiene una caja en la que está escrito «Sommer 1942», los muestra con los mismos uniformes. En estas dos últimas fotografías, los niños parecen tener unos

dos años menos que en la fotografía de Erna, lo que coincidiría con su declaración de que su fotografía se tomó en 1944.

La casa de Lanke

Para la información sobre cómo el ministro obtuvo la casa, véase Joseph Goebbels, *Tagebücher 1924-1945* (edición a cargo de R. G. Reuth, Piper, Múnich, 2008), entradas del 17 y el 18 de septiembre de 1936 (citadas también en Peter Longerich, *Goebbels*, trad. inglesa de Alan Bance *et al.*, Vintage, Londres, 2015, p. 324). *Der Angriff*, en su edición vespertina del 30 de octubre de 1936, habla de un regalo de cumpleaños, como también lo hacen los funcionarios berlineses citados en Stefan Berkholz, *Goebbels' Waldhof am Bogensee* (Ch. Links, Berlín, 2004), pp. 11-12.

La información sobre los gastos y estructura de la casa proviene de Longerich, *Goebbels*, pp. 406 y 324. Los informes acerca de la casa en la prensa están en *Der Angriff*, 31 de octubre de 1936. Para los costes de la reforma, véase Berkholz, *Goebbels' Waldhof am Bogensee*, p. 43. El valor del tapiz aparece en Longerich, *Goebbels*, p. 405, que cita R 55/421, Notiz betr. Neubau Dienstwohngebäude für den Reichsminister (28 de febrero de 1939). Las fotografías del interior de la casa, pertenecientes al archivo privado de Claudia Schweitzer, se reproducen en Berkholz, *Goebbels' Waldhof am Bogensee*, p. 51. Esas imágenes no se reproducen en este libro.

El traslado de la familia a la casa de forma más permanente se describe en Anja Klabunde, *Magda Goebbels* (traducción inglesa de Shaun Whiteside, Sphere, Londres, 2001), p. 302; Longerich, *Goebbels*, p. 598; y Goebbels, *Tagebücher*, 2 de agosto de 1943. Klabunde describe cómo iban los niños a la escuela, p. 302. El poni y la carreta suponían un ahorro de combustible en una

época de racionamiento, explica Behrend, 1 mayo de 1952.

Para más información sobre los alojamientos del personal de servicio, véase Berkholz, *Goebbels' Waldhof am Bogensee*, p. 52. Berkholz indica que el mayordomo vivía arriba, pero según los planos el mayordomo tenía su propia habitación en la planta baja, cerca de la entrada.

Sobre la indecisión de Magda, véase Behrend, 15 de marzo de 1952. Sobre los orígenes humildes: Klabunde, *Magda Goebbels*, p. 6. Sobre su cambio de acento: Behrend, 1 de marzo de 1952. Sobre su amorío con el sionista: Longerich, *Goebbels*, p. 701.

La «primera dama del Reich nazi» es prácticamente el título elegido para la traducción inglesa de la biografía de Hans-Otto Meissner, *Magda Goebbels. Ein Lebensbild* (Múnich, 1978; publicado en inglés como *Magda Goebbels, First Lady of the Third Reich*, trad. de Gwendolen Mary Keeble, Nelson, Scarborough, 1981). Meissner se movía en círculos próximos a la familia Quandt, y aunque su libro contiene una crítica feroz de Joseph Goebbels, es en esencia una hagiografía de Magda. En este capítulo cito las ediciones en ambos idiomas, señalando por separado títulos y números de página.

Erna exagera solo un poco cuando describe el modo en que Magda conoció a Quandt: nacido el 28 de julio de 1881, Quandt era veinte años mayor que ella. En Behrend, 8 de marzo de 1952, la madre de Magda asegura que conoció al empresario en un tren entre Berlín y Goslar. Sobre el acuerdo a tres bandas al que habrían llegado Hitler, Goebbels y Magda, véase Longerich, *Goebbels*, pp. 159-160.

La bofetada del celoso Fröhlich habría tenido lugar en Schwanenwerder, antes de que Erna se convirtiera en empleada de la familia. Sin embargo, tanto Baarová como Fröhlich declaran en sus memorias que la historia no era más que un rumor: Baarová, *Die süße Bitterkeit meines Lebens* (Kettermann u.

Schmidt, Coblenza, 2001), pp. 112 y ss., y Gustav Fröhlich, *Waren das Zeiten. Mein Film-Heldenleben* (Ullstein, Frankfurt, 1989; publicación original: F. A. Herbig, Múnich, 1983). Para la descripción del romance, véanse pp. 352 y ss. de este último.

Sobre el deseo de divorciarse de Magda, véase Meissner, *Magda Goebbels. Ein Lebensbild*, pp. 210 y ss. Sobre el acuerdo de Magda con Goebbels y Hitler para un matrimonio de conveniencia, véase Longerich, *Goebbels*, p. 524; Meissner, *Magda Goebbels. Ein Lebensbild*, pp. 236 y ss. Lída Baarová huyó ese invierno a Praga.

La «apasionada aventura amorosa» con Hanke se relata según la versión de Annemarie Kempf, en Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth* (MacMillan, Londres, 1995), pp. 133 y 192 [hay traducción castellana: *Albert Speer, su batalla con la verdad*, Ediciones B, Barcelona, 2006]. Klabunde señala el papel que desempeñó en la consecución de la casa: Klabunde, *Magda Goebbels*, p. 250. Para más detalles acerca de la lista en la que enumeraba las aventuras extramatrimoniales de Goebbels, véase Meissner, *First Lady of the Third Reich*, p. 187. Ello Quandt le dice a Magda hasta qué punto está Hanke enamorado de ella en Meissner, *First Lady of the Third Reich*, p. 194.

¿Era Hedda hija de Hanke? Solo por un momento, tomémonos en serio este cotilleo de escalera: el parecido entre el padre potencial y la hija es asombroso. El conjunto de la frente y el entrecejo de Hedda coinciden perfectamente con los rasgos de Hanke. Aunque, como es obvio, no estamos en condiciones de hacerle una prueba de paternidad, Hanke fue la persona con la que Magda Goebbels tuvo el amorío más conocido por la época de la concepción de Hedda en agosto de 1937. Su romance con Kurt Ludecke se remontaba a 1933. La aventura con Hanke quizá solo ganara visibilidad en octubre de 1938 (Longerich, *Goebbels*, pp. 394 y 420), pero no cabe duda de que ya existía

antes del verano de 1938 (Meissner, *First Lady of the Third Reich*, p. 201). Albert Speer, que describe a Hanke como un «viejo amigo», cuenta que ambos, «para horror de todos los que estábamos en el ajo, querían casarse», y que llegaron a plantearle la idea a Hitler, que se negó aprobar la unión (Albert Speer, *Inside the Third Reich*, MacMillan, Londres, 1970, p. 149) [hay traducción castellana: *Memorias*, El Acantilado, Barcelona, 2002]. La aventura terminó en el verano de 1939, después de que Magda le confesara a Goebbels lo que estaba pasando (en la entrada de su diario del 23 de julio, él llama a Hanke «un granuja de primera clase»). El Ministerio de Propaganda prescindió de Hanke, que más tarde, en 1941, se convertiría en *Gauleiter* de la Baja Silesia (lo que no le habría impedido visitar a Magda en Lanke cada vez que regresaba a Berlín para rendir cuentas). Finalmente contraería matrimonio a comienzos de 1945, el mismo año en que Magda se encaprichó con su reemplazo, el doctor Werner Naumann (Meissner, *First Lady of the Third Reich*, p. 236). Magda y Goebbels solo se reconciliaron en el invierno de 1944-1945. No puedo probar que Hanke era el padre de Hedda, pero sí sospecho que la cocinera sabía algo más que los ingredientes de la sopa.

Apfeleierkuchen (pastelitos de crema)

Meissner menciona el nervio paralizado de Magda —el «dolor en el lado derecho de la cara, en el nervio trigémino»— cuando refiere su reacción al atentado contra la vida de Hitler del 20 de julio (Meissner, *First Lady of the Third Reich*, p. 228), y dice que la operación pasó a ser necesaria en agosto de 1944 (*ibid.*, p. 234, también en Petra Fohrmann, *Die Kinder des Reichsministers*, Fohrman Verlag, Swisttal, 2005, p. 47). Eso le afectaba las glándulas salivares, lo que acaso explique el testimonio de Erna

de que a Magda se le preparaban platos aparte, especiales.

Se describe a Harald en Paul Gathmann, *Narziss Goebbels: Eine Biografie* (Böhlau, Viena, 2009), p. 162. Soy reacio a citar esta obra, pues en cuestión de fuentes deja mucho que desear.

Sobre la importancia de la fisionomía para Goebbels: Gathmann, *Narziss Goebbels*, p. 165.

Para una descripción de Hilde, véase Goebbels, *Tagebücher*, 14 de abril de 1934. Behrend también menciona la decepción que causó a Goebbels el que fuera una niña, 24 de abril de 1952.

¿Fue Goebbels un padre afectuoso? A propósito, véase Sereny, *Albert Speer*, p. 509.

Para una descripción de Holde, véase Meissner, *First Lady of the Third Reich*, pp. 143-144; Behrend, 5 de enero de 1952.

Para la descripción de Heide como la «hija de la reconciliación», véase Meissner, *First Lady of the Third Reich*, p. 209. Behrend la describe como una «fierecilla», 5 de enero de 1952.

Longerich duda de que Goebbels fuera afectuoso como padre (*Goebbels*, p. 362) y cita, a propósito, numerosas entradas entre abril y octubre de 1937.

También hay descripciones que muestran a Goebbels como un padre cariñoso: Goebbels, *Tagebücher*, 4 de diciembre de 1944; 3 de agosto de 1935 («Jugué con ambas niñas, me parecieron más dulces y buenas que nunca»); 15 de febrero de 1937 («Soy tan feliz cuando tengo a estas personitas a mi alrededor»); 24 de octubre de 1938 («Los niños estuvieron particularmente divertidos y monos. Helga y Hilde me dieron besos sin interrupción y estaban dichosas de ver a su padre de nuevo»). Meissner entrevista a la institutriz de los niños, Frau K., que también cuenta que en las comidas imperaba en la casa un «ambiente espontáneo», «a los niños se les permitía decir lo que pensaban con sinceridad», y que el ministro era «muy querido

por el personal doméstico», tenía «excelentes modales a la mesa» y «daba lo mejor de sí en las comidas», *First Lady of the Third Reich*, p. 245.

Sobre Goebbels y la religión, véase Longerich, *Goebbels*, p. 26. Cita «Erinnerungsblaetter» en *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente*, edición a cargo de E. Fröhlich, p. 27; Meissner, *First Lady of the Third Reich*, p. 147.

La madre de Magda también menciona brevemente al prisionero de guerra francés: «Jean-Marie, que se encargaba de cuidar del jardín en Lanke». Behrend, 31 de mayo de 1952.

Joseph Goebbels escribió acerca de la asistencia de los niños a los mítines masivos en sus diarios: 14 de febrero de 1943, 3 de febrero de 1943, 21 de marzo de 1943, citados en Longerich, *Goebbels*, p. 561.

(Falsa) nata montada

Acerca de las raciones de mantequilla de los niños, véase Fohrmann, *Die Kinder des Reichsministers*, p. 23.

Sobre los extravagantes regalos que Magda hacía a su personal: Behrend, 26 de abril de 1952. Sobre la extravagante remodelación: Berkholz, *Goebbels' Waldhof am Bogensee*, p. 52, que cita documentos del arquitecto al frente de las reformas. Sobre Magda volviendo a sus hábitos de consumo previos tras un período de contención: Meissner, *Magda Goebbels. Ein Lebensbild*, p. 252. Sobre la extravagante compra del Mercedes: Longerich, *Goebbels*, p. 525; Goebbels, *Tagebücher*, 23 de octubre de 1940; y Klabunde, *Magda Goebbels*, pp. 300-301. La información sobre la bodega de vinos bien surtida y la cita acerca de la «campana de cristal» en la que vivía Magda provienen de Meissner, *Magda Goebbels. Ein Lebensbild*, pp. 275-276.

La devolución del costoso jamón se relata en Behrend, 8 de mayo de 1952. El pedido de los zapatos y los sombreros se encuentra en un documento oficial citado en Klabunde, *Magda Goebbels*: Zentrales Staatsarchiv Merseburg, Rep 90, Go2, vol. 2, incorporado desde 1993 a los Geheimes Staatsarchiv Preußischer Kulturbesitz.

Estofado de pato y verduras

La visita de Hanke en el mes de diciembre se refiere en Goebbels, *Tagebücher*, 31 de diciembre de 1944, citado en Longerich, *Goebbels*, p. 664.

Los comentarios de la niñera sobre la tensa relación entre Auguste y el ministro provienen de Fohrmann, *Die Kinder des Reichsministers*, p. 26; mientras que la crisis nerviosa de Magda, en opinión de su madre, aparece en Meissner, *Magda Goebbels. Ein Lebensbild*, p. 304.

Sobre las «tierras de sangre», véase Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin* (Basic Books, Nueva York, 2012) [hay traducción castellana: *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017].

La última visita de Hitler

Joseph Goebbels recoge esta visita: *Tagebücher*, 4 de diciembre de 1944. El mal estado de salud del dictador se menciona en Klabunde, *Magda Goebbels*, p. 306, citando a Behrend, 1 de marzo de 1952.

El personal de la casa de Lanke solo permaneció hasta finales de enero. Me pregunto si Erna no quiso contarme que perdió el empleo.

Chocolate caliente

La empresa que construyó el búnker, Hochtief, todavía existe y tiene un valor de 14.000.000.000 de euros.

El uso de drogas dentro del búnker se encuentra documentado en Norman Ohler, *Der totale Rausch: Drogen im Dritten Reich* (Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 2015), pp. 292-293.

La carta de Magda del 28 de abril de 1945 a su hijo Harald se reproduce en muchas colecciones; se cita aquí, según Meissner, *Magda Goebbels. Ein Lebensbild*, pp. 337-338. Los ruegos de Helga, que tiene miedo de morir, se refieren en Meissner, *Magda Goebbels. Ein Lebensbild*, p. 324.

Para las versiones y testimonios de quienes quisieron salvar a los niños, véanse Sereny, *Albert Speer*, p. 531, y Klabunde, *Magda Goebbels*, pp. 314 y 317; Meissner, *Magda Goebbels. Ein Lebensbild*, pp. 314 y ss.; Erich Kempka, *Die Letzten Tage mit Adolf Hitler* (K. W. Schütz, Preußisch Oldendorf, 1975), pp. 100-101.

La posdata de Goebbels se cita en Anton Joachimsthaler, *Hitlers Ende: Legenden und Dokumente* (F. A. Herbig, Múnich, 2004), p. 185. Certificado de la Oficina de Registro publicado en *Domarus II*, pp. 2234-2241.

La madre de Magda cuenta que su hija le dijo al *Hausintendant* Rohrßen que el chocolate caliente «será nuestra última bebida», en Behrend, 31 de mayo de 1952.

Kempka atestigua el papel desempeñado por el médico (*Die Letzten Tage mit Adolf Hitler*, p. 104); esto lo corroboró el doctor Helmut Kunz en la década de 1950 en un testimonio ante un tribunal (fuente: Allan Hall, «Court papers shed light on killing of Goebbels children», en *The Telegraph*, 8 de octubre de 2009).

Sobre la muerte de los niños, véase Sereny, *Albert Speer*, que cita el testimonio de Rochus Misch en pp. 540-541. El testimonio de Kempka coincide con este, *Die Letzten Tage mit Adolf Hitler*, p. 106.

Sopa de cianuro

El número de violaciones, extrapolado a partir de los registros médicos, se da en Barbara Johr, «Die Ereignisse in Zahlen», en Helke Sander y Barbara Johr, eds., *BeFreier und Befreite: Krieg, Vergewaltigung, Kinder* (Kunstmann, Múnich, 1992), p. 59. Véase también Antony Beevor, *Berlin: The Downfall* (Penguin, Londres, 2007), p. 410 [hay traducción castellana: *Berlín: la caída, 1945*, Crítica, Barcelona, 2005]. La reedición de Marta Hillers, *Anonyma – Eine Frau in Berlin* (btb Verlag, Múnich, 2003), volvió a encender el debate en la prensa [hay traducción castellana: *Una mujer en Berlín: anotaciones de diario escritas entre el 20 de abril y el 22 de junio de 1945*, Anagrama, Barcelona, 2017].

Recetas inocentes

La posibilidad de que la casa sea demolida puede encontrarse en «Bogensee bei Wandlitz. Berlin prueft abriss von ehemaliger Goebbels Villa» (*Berliner Zeitung*, 10 de septiembre de 2018).

Un truco

El hecho de que Goebbels no se refiera a la calidad de sus comidas se comenta en Longerich, *Goebbels*, p. 291, citando a Semmler, *Goebbels*, p. 77; Wilfred von Oven, *Mit Goebbels bis zum Ende*, vol. I (Dürer, Buenos Aires, 1949), pp. 56, 277 y ss. Véase también Goebbels, *Tagebücher*, 16 de agosto de 1926, 4 de enero de 1926, 1 de diciembre de 1926; Oven, *Mit Goebbels*, pp. 277 y ss.; Goebbels, *Tagebücher*, 6 de junio de 1944.

UN INSTRUMENTO DE CUERDA

Flores

El violinista Hans Bastiaan aparece, junto con el contrabajista Erich Hartmann, en la película documental de Enrique Sánchez Lansch *Das Reichsorchester* (2007), acerca de la Filarmónica de Berlín durante el período nazi. El documental se realizó entre 2004 y 2006. La historia de Hartmann apenas recibe un puñado de menciones en el libro de Misha Aster *Das Reichsorchester* (Siedler, Múnich, 2007) [hay traducción castellana: *La orquesta del Reich: la Filarmónica de Berlín y el nacionalsocialismo*, Edhasa, Barcelona, 2012], que cito siguiendo la edición inglesa: *The Reich's Orchestra* (Souvenir Press, Londres, 2011), pp. 66-67, 74, 217-218, 226. En este capítulo es la primera vez que la historia de Hartmann se cuenta con cierto detalle.

Juventud

Agradezco a Ulrich Wolff, contrabajista de la Filarmónica de Berlín, sus explicaciones acerca de la educación musical sajona. Hartmann también describe su experiencia en la audición en el documental *Das Reichsorchester*.

El contrabajo

Hartmann describe muchas de sus experiencias (y confirma gran parte de lo que me contó cuando lo entrevisté) en sus memorias: *Die Berliner Philharmoniker in der Stunde Null: Erinnerungen an die Zeit des Untergangs der alten Philharmonie vor 50 Jahren* (Werner Feja, Berlín, 1996). Los detalles de su biografía pueden consultarse también en la obra de Gerassimos Avgerinos sobre los músicos de la Filarmónica: *Künstler Biographien: die Mitglieder im Berliner Philharmonischen Orchester von 1882-1972* (autoedición, Berlín, 1972).

Peter Muck, *Einhundert Jahre Berliner Philharmonisches Orchester,* Band I (Schneider, Tutzing, 1982), proporciona una cronología muy útil y documentada. También resulta de provecho un texto escrito por un percusionista de la Filarmónica en ese período: Gerassimos Avgerinos, *Das Berliner Philharmoniker Orchester, 70 Jahre Schicksal einer GmbH* (autoedición, Berlín, 1973).

Sobre la fundación de la *Reichsmusikkammer* en la Filarmónica, véase el catálogo de la exposición *Die Alte Philharmonie, ein Berliner Mythos - Katalog zur Ausstellung* (Stiftung Berliner Philharmoniker, Berlín, 2016), p. 7. Para los documentos de la *Reichsmusikkammer*, véase Joseph Wulf, *Kultur im Dritten Reich* (Ullstein, Frankfurt, 1989), pp. 119 y ss. El libro de documentos de Wulf también es útil para rastrear la implicación de Richard Strauss en el proyecto nazi (pp. 194 y ss.) y la prohibición de Felix Mendelssohn (en apéndice, pp. 447 y ss.).

Para un listado de los conciertos para la *Kraft durch Freude* y la industria armamentística, véase Stiftung Berliner Philharmoniker, *Variationen mit Orchestra, 125 Jahre Berliner Philharmoniker*, Band 2 (Henschel, Berlín, 2007), pp. 310 y ss.

Véase Alex Ross, *The Rest is Noise* (Picador, Londres, 2008), p. 314, para un elocuente repaso de la orquesta y sus gustos bajo el Tercer Reich [hay traducción castellana: *El ruido eterno*, Seix Barral, Barcelona, 2009]. También he utilizado los trabajos de Fred K. Prieberg, *Musik im NS-Staat* (Fischer, Frankfurt, 1982), y Pamela Potter, «The Nazi “Seizure” of the Berlin Philharmonic, or the Decline of a Bourgeois Musical Institution», en Glenn R. Cuomo, ed., *National Socialist Cultural Policy* (St Martin’s Press, Nueva York, 1995), especialmente pp. 53 y ss.

Sobre la aparición de la Filarmónica en eventos nazis, véase

Aster, *The Reich's Orchestra*, pp. 117-122 y 135. La petición de Hitler de que sus hombres asistieran a la ópera se comenta en Speer, *Inside the Third Reich*, p. 103. Véase también Richard J. Evans, *The Third Reich in Power* (Penguin, Londres, 2005), pp. 187 y ss., un trabajo de un valor incalculable [hay traducción castellana: *El Tercer Reich en el poder*, Península, Barcelona, 2013]. También utilizo el primer volumen de su trilogía sobre el nazismo: Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich* (Penguin, Londres, 2003), pp. 399-402 [hay traducción castellana: *La llegada del Tercer Reich*, Península, Barcelona, 2012].

Los beneficios financieros de la orquesta bajo el Tercer Reich se resumen en Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 110. El salario de Furtwängler se refiere en la p. 97. Sobre los programas nazis de adquisiciones, véase Willem de Vries, *Sonderstab Musik* (Amsterdam University Press, Ámsterdam, 1996); y Aster, *The Reich's Orchestra*, pp. 68-69. Agradezco a Aster haber hallado cierto número de documentos pertinentes, como los relativos a la contratación de agentes por parte del doctor Drewe y la nota del RMVP (*Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda*) en la que se declara que un instrumento provenía de un tal Graf Hartig, que era judío (ambos en Bundesarchiv, R 55/853).

El documento del RMVP se cita en Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 69, n. 141. Véase también Carla Shapreau, «A Violin Once Owned by Goebbels Keeps Its Secrets», en *The New York Times*, 21 de septiembre de 2012. Erich Hartmann explica las reacciones a la concesión del *Uk-Stellung* en sus memorias, p. 7. En el documental *Das Reichsorchester*, Herr Bastiaan comenta la relación de ese estatus con la propaganda como un servicio esencial cuando examina un documento relacionado con el tema.

Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 191 y ss., explica la relación entre el gusto musical y la política racial nazi. La observación de Stresemann sobre la imagen de Mendelssohn proviene de *The New Yorker*, 24 de junio de 1945, citado en *Die Alte Philharmonie*, p. 10. En el documental *Das Reichsorchester*, Herr Bastiaan declara que la imagen de Mendelssohn se retiró de la Alte Philharmonie. Sobre la regularidad con la que la orquesta tocó la *Novena sinfonía* de Beethoven en 1942, véase Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 141.

Tocar para Furtwängler

Lo primeros conciertos de Hartmann con la Filarmónica se describen en sus memorias, p. 13. Muck, *Einhundert Jahre Berliner Philharmonisches Orchester*, pp. 308 y ss., ofrece un listado de los conciertos en esos primeros meses. Speer dice que Hitler no solía asistir a los conciertos, pero esto no coincide con lo que dicen otras fuentes; sobre la asistencia a los conciertos de las autoridades nazis, véase también Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 116. Los bombardeos sufridos en aquella época aparecen en *ibid.*, p. 149.

He utilizado la biografía de Herbert Haffner, *Wilhelm Furtwängler* (Parthas, Berlín, 2003) y Fred K. Prieberg, *Kraftprobe, Wilhelm Furtwängler im Dritten Reich* (Brockhaus, Múnich, 1986). Esta última obra, sin embargo, resulta muy problemática; en el primer capítulo, Prieberg invierte la utilización de los judíos como chivos expiatorios para presentar a los emigrantes judíos usando como chivo expiatorio a Furtwängler. Asimismo, describe los campos en los que se recluyó a los alemanes judíos en los países aliados como «apenas diferentes de los campos de concentración alemanes» (p. 11: «"feindlichen Ausländer" [wurden] oft Seite an Seite mit den

Parteigenossen der deutschen Botschaften, Konsulate, oder Handelsvertretungen in Lagern, die sich kaum von den Konzentrationslagern der Deutschen unterschieden»). El tono del autor transmite la ferocidad del debate que rodea la figura de Furtwängler. La relación del director con los nazis también se repasa en Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 195 y ss.; Michael Meyer, *The Politics of Music in the Third Reich* (Lang, Nueva York, 1991), pp. 329 y ss.; Sam H. Shirakawa, *The Devil's Music Master* (Oxford University Press, Oxford, 1992), y Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 10. La cita de Thomas Mann proviene de *Tagebücher* (S. Fischer, Frankfurt, 1993[3]; edición original 1977), vol. 3, p. 47.

Para los documentos de la polémica alrededor de Hindemith, véase Wulf, *Kultur im Dritten Reich*, pp. 371 y ss.

Nazis y judíos

La cita de Hartmann sobre los «sentimientos humanos» de los miembros de la orquesta afiliados al Partido Nazi proviene de sus memorias (p. 9).

Aster, *The Reich's Orchestra*, pp. 57 y ss., describe las simpatías nazis de varios miembros y cómo terminaron convirtiéndose en los representantes de la comunidad de músicos a través del «consejo de confianza» y controlando el área de servicios de la orquesta.

Sobre el modo en que se purgó a los judíos de los escenarios y las instituciones culturales de Alemania, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 394 y ss., y Ross, *The Rest is Noise*, p. 314. El antisemitismo de Furtwängler se documenta en Evans, *The Coming of the Third Reich* (p. 400), así como la suerte que corrieron los músicos judíos después del ascenso al poder de los nazis (p. 402). Sobre los músicos judíos que perdieron su

empleo, véase Ross, *The Rest is Noise*, p. 314, y Evans, *The Third Reich in Power*, p. 196. Las experiencias de las esposas judías de algunos músicos y de los abonados judíos se describen en Aster, *The Reich's Orchestra*, pp. 51-54.

Alte Philharmonie

Para la historia de la Alte Philharmonie, véase *Die Alte Philharmonie*, pp. 13-18. La vida musical en los años de la guerra se describe en las memorias de Hartmann, p. 13.

Destrucción

El bombardeo de la Alte Philharmonie se describe en Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 72, y Avgerinos, *Das Berliner Philharmoniker Orchester, 70 Jahre Schicksal einer GmbH*, p. 65; y se documenta en Muck, *Einhundert Jahre Berliner Philharmonisches Orchester*, pp. 174 y ss.

Sobre la demolición de los restos de la Alte Philharmonie, véase *Die Alte Philharmonie*, pp. 7-8, 18.

Herr Hartmann cuenta la historia de la orquesta tocando en la oscuridad en el documental *Das Reichsorchester*.

Giras

Hartmann describe la función propagandística de la orquesta en sus memorias (pp. 7 y 15). La cita de Buchholz sobre la orquesta «conquistando países» proviene del documental *Das Reichsorchester*. Para las reseñas en la prensa extranjera, véase Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 187. Véase también Potter, «The Nazi "Seizure" of the Berlin Philharmonic», pp. 57-58, que argumenta que la Filarmónica bajo el régimen nazi quedó reducida a un «instrumento de relaciones públicas fuera del

Reich», que dentro de Alemania se dedicaba a la promoción de «la música creada por y para el *Volk*».

Sobre el uso de trenes militares y las interacciones con los locales durante las giras en el extranjero, véase Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 203. Para las acusaciones de espionaje, *ibid.*, p. 213. El contrabando y lo ocurrido en el viaje de regreso a Alemania desde España a través de Francia se relata en las memorias de Hartmann, pp. 19 y ss., al igual que la estancia de la orquesta en Baden-Baden, p. 27. Otros detalles, como las fechas de las giras, los conciertos y el estreno de la película *Philharmoniker* provienen de Muck, *Einhundert Jahre Berliner Philharmonisches Orchester*, pp. 176 y ss. El comentario de Herr Bastiaan acerca del café proviene del documental *Das Reichsorchester*.

El propósito propagandístico de tocar hasta el final y en un hospital de la Wehrmacht se dilucida en una entrevista con Herr Bastiaan en el documental *Das Reichsorchester*. Sobre las píldoras para suicidarse, véase Ross, *The Rest is Noise*, p. 338. Véase también *Variationen mit Orchestra, 125 Jahre Berliner Philharmoniker*, Band 2, p. 313.

Avgerinos cita su diario del 16 de abril de 1945 en *Das Berliner Philharmoniker Orchester, 70 Jahre Schicksal einer GmbH*, p. 68.

Stunde Null

Véase la sección «Stunde Null» en las memorias de Hartmann, en especial las pp. 31 y ss., para sus descripciones de la batalla de Berlín y lo que ocurrió con los músicos inmediatamente después. La imagen del contrabajo en el cochecito de bebé se encuentra en la p. 36. En las pp. 34 y ss., refiere el primer encuentro de la orquesta tras la guerra. La reunión se relata

también en Avgerinos, *Das Berliner Philharmoniker Orchester, 70 Jahre Schicksal einer GmbH*, p. 70.

Sobre Borchard, véase Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 222; y las memorias de Hartmann, p. 41. Sobre Celibidache, véanse las memorias de Hartmann, pp. 43-45. Sobre Klemperer, *ibid.*, p. 49.

Para el número de músicos obligados a dejar la orquesta y someterse a procesos de desnazificación, véase Aster, *The Reich's Orchestra*, pp. 224 y ss., y Abby Anderton, *Rubble Music: Occupying the Ruins of Postwar Berlin 1945-1950* (Indiana University Press, Bloomington, 2019), pp. 47 y ss. Las cifras de Anderton, en la p. 47, difieren ligeramente de las de Aster: ella cuenta diecisiete antiguos miembros del Partido de los que nueve fueron despedidos. Ni Avgerinos, en *Das Berliner Philharmoniker Orchester, 70 Jahre Schicksal einer GmbH*, p. 70, ni Muck, en *Einhundert Jahre Berliner Philharmonisches Orchester*, mencionan que la orquesta se «limpiara» a sí misma; Avgerinos solo menciona la cuestión de buscar las partituras y los instrumentos; Aster refiere que se desconoce qué ocurrió durante la reunión, *The Reich's Orchestra*, p. 223.

Para los documentos sobre las entrevistas realizadas por los Aliados tanto a Hartmann como a Bastiaan, véase Bundesarchiv, R 9361-V 139087 y R 9361-V 143318. No he hallado transcripciones de las entrevistas durante esas investigaciones. Un estudio adicional sobre los esfuerzos de desnazificación llevados a cabo por los Aliados y la remodelación de la orquesta es el de Abby Anderton, «"It was Never a Nazi Orchestra": The American Re-Education of the Berlin Philharmonic», en *Music and Politics*, vol. 7, n.º 1, 2013.

Hartmann recoge en sus memorias, p. 9, lo que pensaba de sus colegas nazis. El comentario de Herr Bastiaan según el cual los músicos eran como «niños» en términos políticos aparece en

el documental *Das Reichsorchester*.

Sobre el horario laboral de la Filarmónica, véase Aster, *The Reich's Orchestra*, pp. 112-114.

El instrumento

El violín de Herr Bastiaan aparece mencionado, como parte del programa de adquisiciones del Ministerio de Propaganda, en la programación de la Filarmónica de Berlín de 1942; la imagen del *Spielzeit* se reproduce en este capítulo. Aster también señala el préstamo: *The Reich's Orchestra*, p. 69. La información incluida en estas secciones sobre lo que sabe la Comisión Federal para la Cultura y los Medios de Comunicación acerca del origen de los instrumentos, su historial como propiedad del Estado después de 1945 y los actuales programas de préstamo provienen de los correos electrónicos que intercambié con el gobierno federal, el Museo de los Instrumentos Musicales de Berlín y la Deutsche Stiftung Musikleben.

En busca de un violín

Los detalles biográficos de Kolja Blacher provienen de Avgerinos, *Künstler Biographien*, p. 15.

El propietario

He peinado la página web de la Deutsche Stiftung Musikleben en marzo de 2021 y la cuestión de la dudosa procedencia de los instrumentos no figura por ninguna parte. Por ejemplo, en la entrada en que se refiere la concesión del Guadagnini de 1761 a Ioana Cristina Goicea, la historia salta del siglo XVIII a 1994, cuando Isabelle Faust empezó a tocar el instrumento. Fuente: www.deutsche-stiftung-musikleben.de/projekte/

instrumente.html. Confío en que en el período entre la entrega de este manuscrito (1 de abril de 2021) y la publicación del libro la Stiftung Musikleben hará públicas más historias de sus instrumentos.

Procedencia

La cita sobre el hecho de que la restitución requiere el conocimiento de los bienes expoliados proviene directamente de la Declaración de Terezín (2009). El texto completo está disponible en Internet: www.state.gov/prague-holocaust-era-assets-conference-terezin-declaration.

La Alte Philharmonie, otra vez

Para más información sobre la grabación de la *Séptima sinfonía* de Beethoven del 31 de octubre al 3 de noviembre de 1943 en la Alte Philharmonie, véanse las notas del productor, Andrew Rose, sobre la remasterización de las grabaciones originales: www.pristineclassical.com.

Para los argumentos según los cuales la Filarmónica de Berlín no era una «orquesta nazi», véanse las memorias de Hartmann, pp. 50 y ss., y Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 220.

Sobre el despertar espiritual como meta de Goebbels, véase Evans, *The Third Reich in Power*, p. 211; en la nota 241 se recoge el texto del ministro, que habla con ocasión de la inauguración de la Semana del Teatro del Reich en Hamburgo el 17 de marzo de 1935.

Sobre los artistas que abandonaron la Alemania nazi, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 412 y ss.

Sobre el regreso de Westermann como intendente, véase Aster, *The Reich's Orchestra*, p. 233.

Cambio de opinión

Para la encuesta sobre el Holocausto a adultos estadounidenses, véase «Holocaust Knowledge and Awareness Study». Estudio realizado por la Conferencia de reclamaciones materiales judías contra Alemania (Conferencia de reclamaciones). Fuente en línea: «Holocaust Knowledge Awareness Study Executive Summary, 2018», www.claimscon.org. También informó de los resultados Harriet Sherwood en «Nearly two-thirds of US young adults unaware 6m Jews killed in the Holocaust», *The Guardian*, 16 de septiembre de 2020.

Un campo de trigo

Para información específica sobre los deportados para realizar trabajos forzados, véase Eleonore Lappin-Eppel, «Der Zwangsarbeiteinsatz und die Todesmärsche ungarischer Jüdinnen und Juden in Österreich 1944/1945», en el catálogo de la exposición *Mobiles Erinnern- Gedenken: Todesmarsch ungarisch-jüdischer Zwangsarbeiter 1944-1945* (Krems/Donau, 2005), p. 19.

Volotovo

Más tarde veré que la información sobre Volotovo relacionada con Artúr en yvng.yadvashem.org fue proporcionada por la misma Katalin. Desearía tener más información acerca de él, y lamento que la que tenemos dependa de un único testigo.

Hegyeshalom

Para las cifras de los obligados a marchar, he recurrido a Eleonore Lappin-Eppel, «Der Zwangsarbeiteinsatz und die Todesmärsche ungarischer Jüdinnen und Juden in Österreich 1944/1945», pp. 8 y 32; Randolph L. Braham, *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary* (Wayne State University Press, Detroit, 2000), pp. 187 y ss.

Para la comparación entre los miembros de la Cruz Flechada y los alemanes, utilizo el testimonio de Judith Konrad, Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos, Historia Oral | Número de adquisición: 1995.A. 1285.25 | Número RG: RG-50.149.0025, parte II (34:00).

Lichtenwörth

La escasez de documentación sobre Lichtenwörth resulta patente en el archivo del Monumento Conmemorativo y Museo de Sachsenhausen: no hay información sobre Lichtenwörth en la base de datos del archivo.

Sobre la falta de conmemoración de las atrocidades nazis en Austria y las políticas de la memoria del país, véase Heidemarie Uhl, «From Victim Myth to Co-Responsibility Thesis: Nazi-Rule, World War II, and the Holocaust in Austrian Memory», en Richard Ned Lebow, Wulf Kansteiner y Claudio Fogu, eds., *The Politics of Memory in Postwar Europe* (Duke University Press, Durham y Londres, 2006), pp. 40-72. Desde el escándalo Waldheim, el topónimo «Nazilandia» se ha evocado una y otra vez en Austria, tanto por la izquierda como por la derecha, en publicaciones como *Der Standard* o *Die Presse*. Véanse, por ejemplo: Paul Lendvai, «Kontraproduktive Attacken Haider und das Ausland: Lehren aus der “Waldheim-Krise”», en *Der Standard*, 8 de octubre de 1999; o Martina Salomon, «Das Klischee ist zurück: Österreich als Naziland», en *Die Presse*, 28

de septiembre de 2009, entre muchos otros ejemplos.

La mención de Lichtenwörth durante el juicio de Eichmann tuvo lugar en las sesiones 61 y 62, el 1 de junio de 1961, Filmación | Número de adquisición: 1999.A.0087 | Número RG: RG-60.2100.074 | Filmación ID: 2073.

Para el historial del campo de Lichtenwörth recurrí a Eleonore Lappin-Eppel, «Erinnerungszeichen an die Opfer des Zwangsarbeitseinsatzes ungarischer Juden und Jüdinnen in Niederösterreich 1944/1945», en Heinz Arnberger y Claudia Kuretsidis-Haider, eds., *Gedenken und Mahnen in Niederösterreich* (Mandelbaum, Viena, 2001), pp. 60 y ss. Véase también Vera Broser, *Der Weg ungarischer Juden nach Niederösterreich 1944-1945* (Verein Kultur im Alltag, Viena, 1990). Un resumen puede encontrarse en Werner Sulzgruber, *Die jüdische Gemeinde Wiener Neustadt* (Mandelbaum, Viena, 2005), pp. 361 y ss.

He cotejado el relato de Katalin con el testimonio de Konrad; el testimonio de Aviva Fleischmann de las sesiones 61 y 62 del juicio de Eichmann (1 de junio de 1961), Filmación | Número de adquisición: 1999.A.0087 | Número RG: RG-60.2100.074 | Filmación ID: 2073; y el testimonio de Hedvig Endrei en Szilvia Czingel, «Recipes for Survival: Survival Strategies in the Lichtenwörth Concentration Camp», en *SIMON (Shoah: Intervention, Methods, Documentation)*, vol. 6, n.º 1, 2019, pp. 123-132. Todas proporcionan información que confirman la disposición del campo, la falta de comida, cómo se mataba el tiempo, el horror del tifus, etc. La expresión «café salado» es de Hedvig Endrei. La cámara de gas móvil aparece en el testimonio de Konrad y también en el testimonio (en húngaro) de Helen Lowinger, Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos, Historia oral | Número de adquisición: 2006.70.92 | Número RG: RG-50.583.0092.

La información acerca de la placa conmemorativa en

Lichtenwörth procede de Claudia Kuretsidis-Haider y Heinz Arnberger, «Gedächtniskulturen und Erinnergungslandschaften in Niederösterreich», en Arnberger y Kuretsidis-Haider, eds., *Gedenken und Mahnen in Niederösterreich*, p. 34, y del apéndice de esta obra, pp. 527 y ss. Ese apéndice menciona la llegada de 2.500 judíos en un transporte en diciembre de 1944.

Sobre las condiciones en las que dormían los internos, una fuente secundaria indica que lo hacían sobre un «simple suelo de ladrillo y recibían raciones de hambre». Eleonore Lappin-Eppel, «Der Zwangsarbeiteinsatz und die Todesmärsche ungarischer Jüdinnen und Juden in Österreich 1944/1945», p. 19.

La constatación de que las labores fuera del campo cesaron en enero se recoge en Eleonore Lappin-Eppel, «Erinnerungszeichen an die Opfer des Zwangsarbeitseinsatzes ungarischer Juden und Jüdinnen in Niederösterreich 1944/1945», p. 73.

Testimonios adicionales acerca de lugareños que daban algo de comer a las mujeres de Lichtenwörth pueden leerse en Szabolcs Szita, *Verschleppt, verhungert, vernichtet: die Deportation von ungarischen Juden auf das Gebiet des annektierten Österreich 1944-1945* (Eichbauer Verlag, Viena, 1999), p. 180. Konrad también afirma que los guardias alemanes de mayor edad eran más amables que los oficiales de la SS o los efectivos de la *Jupo*.

Sobre las recetas escritas por las judías en el campo de Lichtenwörth y el fenómeno de la «inanición sistemática», véase Czingel, «Recipes for Survival», pp. 123-132. El testimonio de Endrei acerca del baño, *ibid*., p. 126.

Epidemia

La información sobre la fosa común, con los nombres de quienes fueron exhumados, figura en el apéndice de Amberger y

Kuretsidis-Haider, eds., *Gedenken und Mahnen in Niederösterreich*, pp. 527 y ss. Lappin-Eppel habla de aproximadamente trescientos muertos en el campo, pero creo que esa cifra se refiere a la fosa común, no tanto al número total de fallecidos allí: Fleischmann dice que solo 400 de los 2.500 sobrevivieron, y Konrad fue testigo de 50 muertes al día debido a la desnutrición y la enfermedad. Esas cifras son más coherentes con un brote de tifus y coinciden con muchos otros testimonios de supervivientes. Los documentos del juicio de Vrtoch también corroboran estas cifras.

El asalto de la despensa del campo de Lichtenwörth también se relata en Czingel, «Recipes for Survival», p. 127.

Muletas

Las citas provienen de Marcel Proust, «Place-Names: The Place» en *Within a Budding Grove* (trad. inglesa de C. K. Scott Moncrieff y Terence Kilmartin, Modern Library, Nueva York, 1998), p. 300 [hay traducción castellana: *A la sombra de las muchachas en flor*, Alianza, Madrid, 2009]; Platón, *Fedro*: 275a-b: «Porque es olvido lo que producirán [las letras] en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos» [Platón, *Diálogos III: Fedón, Banquete, Fedro*, Gredos, Madrid, 1988, p. 403].

Posguerra

Sobre las recetas escritas por las judías en el campo de Lichtenwörth y el fenómeno de la «inanición sistemática», véase Czingel, «Recipes for Survival», p. 124.

Vrtoch

Los documentos del *Volksgericht* (tribunal popular) que juzgó a Wilhelm Vrtoch los obtuve a través del Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes (Centro de Documentación de la Resistencia Austríaca), que conserva el archivo, cuyo número de catalogación es: LG Wien Vg 12 Vr 7552/46. El juicio de Vrtoch se menciona brevemente en Fritz Plasser, *New Perspectives on Austrians and World War II* (Routledge, Milton Park, 2017), p. 291. El expediente de servicio en la SS de Vrtoch se encuentra en el Archivo Federal de Alemania, que me lo proporcionó; el número de catalogación es R 9361-III/215429, «Rasse und Siedlungshauptamt SS» (Berlin Document Center/ BDC).

Un camino sin palabras

«Mujeres nazis»

Al discutir la idea de «hacer tuyo el objeto», cito el prefacio y la introducción de Neil MacGregor, *A History of the World in 100 Objects* (Penguin, Londres, 2010) [hay traducción castellana: *La historia del mundo en 100 objetos*, Debate, Barcelona, 2012].

Es posible visitar virtualmente algunas partes de la exposición «Hitler y los alemanes: nación y crimen» del Museo de Historia Alemana: www.dhm.de/archiv/ausstellungen/hitler-und-die-deutschen/en. También hago referencia a las reacciones en la prensa en ese momento: Frank Hornig y Michael Sontheimer, «A Visit to Germany's First-Ever Hitler Exhibition», en *Spiegel*, 13 de octubre de 2010; Stephen Evans, «Hitler's Relationship with Germany Explored», en *BBC News Online*, 15 de octubre de 2010.

Una historia de los prostíbulos en los campos de concentración alemanes que documenta la exclusión de las mujeres judías es de Robert Sommer, *Das KZ-Bordell: sexuelle Zwangsarbeit in nationalsozialistischen Konzentrationslagern* (Verlag Ferdinand Schoning, Paderborn, 2018).

La investigación dirigida por Universidad Hebrea de Jerusalén sobre los «cómics Stalag» se publicó en Amit Pinchevski y Roy Brand, «Holocaust Perversions: The Stalags Pulp Fiction and the Eichmann Trial», en *Critical Studies in Media Communication*, vol. 24, n.º 5, diciembre de 2007, pp. 387-407. Para una perspectiva contemporánea sobre la regulación de la pornografía a través de Internet en Israel, véase Matt Lebovic, «When Israel banned Nazi-inspired "Stalag" porn», en *The Times of Israel*, 17 de noviembre de 2016. Véase también el documental de Ari Libsker *Stalags* (2008).

Ocultar la esvástica

Francis Ponge, «My Creative Method», *Méthodes* (Gallimard, París, 1961), pp. 12-13 [hay traducción castellana: *Métodos*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2000]. Traducción inglesa de Robert Melançon, «My Creative Method», en *Maisonneuve*, 18 de noviembre de 2002. Véase también el comentario de B. Brown, «Thing Theory», en *Critical Enquiry*, vol. 28, n.º 1, 2001, p. 2. El texto de Ponge responde a las preocupaciones de la teoría literaria del siglo XX, que no coinciden exactamente con las nuestras (la relación mallarmeana entre el lenguaje poético y la referencia), pero su observación también puede ser provechosa para esta reflexión.

Sobre la museología de los objetos nazis, véase Chloe Paver, *Exhibiting the Nazi Past* (Springer, Nueva York, 2018), pp. 2 y ss. Las observaciones acerca del oscurecimiento de la esvástica se

encuentran en la p. 100.

George Orwell escribe en un ensayo que «Kipling es un patriotero imperialista, es insensible desde un punto de vista moral y asqueroso desde un punto de vista estético», «Rudyard Kipling», *Horizon*, septiembre de 1941.

«Tratar con cuidado»

La historia llegó tarde al «giro material» a pesar de la influencia de corrientes de la historia cultural como la escuela de los *Annales*, que animaba a los historiadores a prestar atención a la vida cotidiana. En la década de 1980, eran en su mayor parte los antropólogos los que exploraban lo que la circulación de las mercancías revelaba de las culturas. Estoy pensando aquí en la publicación del volumen compilado por Arjun Appadurai, *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective* (Cambridge University Press, Cambridge, 1986) [hay traducción castellana: *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, Grijalbo, México, D. F., 1991]. Para una perspectiva contemporánea sobre los objetos desde los estudios culturales y de medios de comunicación, la colección de ensayos y libros «Object Lessons» (editada por *The Atlantic* y Bloomsbury) publica estudios dedicados a diferentes tipos de objetos, desde los mandos a distancia hasta las neveras y el polvo.

Mis definiciones se basan en Bernard Herman, que escribe acerca de la investigación «centrada en objetos» frente a la «impulsada por objetos» en *The Stolen House* (University of Virginia Press, Charlottesville, 1992). Véase también la discusión en Karen Harvey, *History and Material Culture* (Routledge, Milton Park, 2013), pp. 2-3. También utilizo ideas de Leora Auslander, «Beyond Words», *American Historical Review*, vol. 110, n.º 4, 2005, p. 1025.

A propósito de las historias «centradas en objetos» frente a las «impulsadas por objetos», Jules D. Prown establece una curiosa oposición entre «el granjero y el vaquero». Véase Jules D. Prown, «Material/Cultural: Can the Farmer and the Cowman Still be Friends?», en W. David Kinger, ed., *Learning from Things* (Smithsonian, Washington, D.C., 1996), pp. 19-30; citado también en Auslander, «Beyond Words», p. 1025. El granjero es un realista que ve la cosa que tiene delante de él, mientras que el vaquero es un soñador que recurre a metáforas y explora el contexto. Al vaquero en ocasiones se le denigra por considerar que habla acerca de «objetos con historias» en lugar de «historias desde los objetos». Ambos, sin embargo, resultan necesarios, como ya observó en 1985 Thomas J. Schlereth: «Pocos académicos discutirían la afirmación de que las pruebas de la cultura material del pasado deberían usarse en la investigación histórica cuando son el único testimonio disponible [...]. Debemos recordar que siempre es la cultura, más que lo material, lo que ha de interesar al historiador de la cultura material». Los objetos están necesariamente insertos en esos contextos culturales y temporales (incluso si ninguno de nosotros puede pretender un conocimiento pleno de ellos). T. J. Schlereth, «Material Cultural Research», en *The Public Historian*, vol. 7, n.º 4, 1985, pp. 23 y 32.

Para la observación (y cita) de Frank Trentmann acerca de la «adopción parcial» de la cultura material, véase «Materiality in the Future of History», en *Journal of British Studies*, vol. 28, n.º 2, 2009.

Jules D. Prown intentó crear un método para trabajar en el ámbito de la cultura material en «Mind in Matter», en *The Winterthur Portfolio*, vol. 17, n.º 1, 1982. Su valiente intento de sintetizar un diseño experimental para los historiadores materiales (pasos sistemáticos de descripción, deducción,

aprehensión intelectual, especulación, etc., que llevan al programa de investigación) no estuvo exento de críticas. No soy el único que considera que el método de Prown es una camisa de fuerza: un enfoque prescriptivo sencillamente no es adaptable, no proporciona la flexibilidad que el tema requiere. Cuando se lo sitúa en el centro del diseño de un estudio, con demasiada facilidad el objeto material deja de ser una herramienta para convertirse en el objeto de la investigación. A fin de cuentas, lo que define la «cultura material» no son solo las cosas en sí, sino todos los significados asociados a ellas. Para una crítica de Prown y otras perspectivas sobre el método, véase Anne Gerritsen y Giorgio Riello, eds., *Writing Material Culture History* (Bloomsbury, Londres, 2015), pp. 2-5. Estos autores se ocupan de las múltiples formas en que los objetos pueden enriquecer el trabajo histórico: para complementar otras fuentes, para forzar a los historiadores a hacerse nuevas preguntas y explorar temas ocultos. En cada caso, el objeto es una forma de desbloquear el contexto.

«Cosas en movimiento»

Sobre los *Julleuchter*, véase la documentación sobre su producción en Wolfgang Benz, *KZ-Aussenlager: Geschichte und Erinnerung* (Verlag Dachauer Hefte, Dachau, 1999), pp. 122 y 132. Véase también Derek Niemann, *A Nazi in the Family: The Hidden Story of an SS Family in Wartime Germany* (Short Books, Londres, 2018), cap. 5.

Appadurai explora la idea de «cosas en movimiento» en la introducción a su *The Social Life of Things*, pp. 3-5. El autor nos invita a pensar en los objetos como reveladores de un sistema más amplio de significado cultural: «las mercancías, como las personas, tienen una vida social [...], debemos seguir a las cosas

mismas, ya que sus significados están inscritos en sus formas, usos y trayectorias. Es solo mediante el análisis de estas trayectorias que podemos interpretar las transacciones y los cálculos humanos que animan a las cosas. Así, aunque desde un punto de vista teórico los actores codifican la significación de las cosas, desde una perspectiva metodológica son las cosas-en-movimiento las que iluminan su contexto social y humano» [Appadurai, ed., *La vida social de las cosas*, Grijalbo, México, 1991, pp. 17-19]. Véase también el razonamiento en Samuel J. M. M. Alberti, «Objects and the Museum», en *Isis*, vol. 96, n.º 4, 2005, pp. 560-561. Sobre la relación con la circulación global de las mercancías, véase Anne Gerritsen y Giorgio Riello, eds., *The Global Lives of Things* (Routledge, Milton Park, 2015).

Hago referencia a Igor Kopytoff, «The Cultural Biography of Things», en Arjun Appadurai, ed., *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, especialmente pp. 67, 90. Al discutir la idea de una «biografía cultural» de las cosas, Kopytoff utiliza el ejemplo de un automóvil estadounidense que termina en África, lo que «revela una abundante información cultural» desde el modo en que se adquirió, los viajes que realizó, el estatus que conlleva, las personas que lo usan a lo largo de los años, hasta, finalmente, cómo se desguaza. «Todos estos detalles habrán de mostrar una biografía completamente distinta de aquella del automóvil empleado por la clase media estadounidense, los navajo o los franceses» [«La biografía cultural de las cosas», en Appadurai, ed., *La vida social de las cosas*, *op. cit.*, p. 93].

Objetos que nos cambian

Sobre los objetos y la acción, véanse Kopytoff, «The Cultural Biography of Things», p. 90. Véanse también Martin Heidegger,

Being and Time (Blackwell, Hoboken, 1962) [hay traducción castellana: *Ser y tiempo*, Trotta, Madrid, 2018]; Pierre Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice* (Cambridge University Press, Cambridge, 1977) [hay traducción castellana: *Bosquejo de una teoría de la práctica*, Prometeo, Buenos Aires, 2012], y Bourdieu, *Distinction: A Social Critique of the Judgment of Taste* (Routledge, Milton Park, 2010) [hay traducción castellana: *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 2012]. Véase también Leonie Hannan y Sarah Longair, *History Through Material Culture* (Manchester University Press, Mánchester, 2017), pp. 19-20.

Los objetos y los sentidos

El vestido de Lola Rein pertenece a la colección del Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos (Número de adquisición: 2002.54.2) y fue el tema de una exposición en línea organizada por el museo titulada «Testigo silencioso».

Sobre el sentido del olfato y la memoria, véase el trabajo de Venkatesh Murthy, de la Universidad de Harvard, citado en Colleen Walsh, «What the Nose Knows», *Harvard Gazette*, 27 de febrero de 2021.

Para la discusión acerca de los objetos y los sentidos, véase Schlereth, «Material Cultural Research», p. 25 (muchos objetos implican «modos de conocer que entrañan una comprensión no verbal de la importancia de lo tridimensional a lo largo de la historia humana»), o véase también Brooke Hindle, «Technology Through the Three-D Time Warp», en *Technology and Culture*, vol. 24, n.º 3, 1983, p. 456, citada también en Schlereth, «Material Cultural Research», p. 26 (Hindle habla de «familiaridad en la punta de los dedos y conocimiento en la punta de los dedos». La importancia de los objetos para sus

propietarios, como las mantitas en el caso de los niños, se explora en Auslander, «Beyond Words», pp. 1019 y ss.

El párrafo acerca del desafío que supone para los historiadores la creciente virtualización de los objetos es resultado de un productivo intercambio con Neta Alexander, profesora adjunta de Cine y Medios de Comunicación en la Universidad Colgate, Nueva York, y coautora con Arjun Appadurai de *Failure* (Polity, Cambridge, 2019). Alexander tiene un trabajo de próxima publicación sobre la realidad virtual y la memoria del Holocausto.

Valor

Sobre las colecciones de museos «limpias» y las políticas de los museos suizos, véase Roger Fayet, «"Clean" Collections: On the Idea of Contamination in the Provenance Discussion», *CrossCurrents*, septiembre de 2019, pp. 278 y 286.

Sobre la restitución de los bienes de los judíos franceses, véase Auslander, «Beyond Words», pp. 1036 y ss. Compárese con los alemanes que vivieron entre posesiones robadas en pisos confiscados a los judíos en Carolin Dorothée Lange, «After They Left: Looted Jewish Apartments and the Private Perception of the Holocaust», en *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 34, n.º 2 (invierno de 2020), pp. 431-449. Sobre la idea del palacio de la memoria, véase Cicerón, *De oratore*, II, lxxxvi [hay traducción castellana: *Sobre el orador*, Gredos, Madrid, 2016].

Patriotas

Para la referencia al *curling*, véase «The Prisoners of War who Curled in Oflag IX A/H», curlinghistory.blogspot.com. Es probable que, entre los hombres que aparecen en la fotografía, se encontrara el comandante canadiense Painchaud; tengo esta

información gracias a una fotografía similar hallada por Ian Seath. Véase también Peter Green, *The March East, 1945: The Final Days of Oflag IX A/H and A/Z* (Spellmount, Cheltenham, 2012), p. 28.

Cotidianidad

La cita de Albert Speer proviene de *Inside the Third Reich*, pp. 170 y ss. y 67 y ss. [Las citas usadas en esta traducción provienen de Albert Speer, *Memorias*, El Acantilado, Barcelona, 2002, pp. 211-213 y pp. 62-63.]

La guerra en nuestro tiempo

Para la encuesta sobre el Holocausto a adultos estadounidenses, véase «Holocaust Knowledge and Awareness Study», realizado por la Conferencia de reclamaciones materiales judías contra Alemania (Conferencia de reclamaciones). Fuente en línea: «Holocaust Knowledge Awareness Study Executive Summary, 2018», www.claimscon.org.

La cuchara de Jacob Chaim puede verse en el Museo del Holocausto de Montreal: museeholocauste.ca.

Créditos de las imágenes

El autor y la editorial desean agradecerles a las fuentes de las ilustraciones citadas a continuación la autorización para reproducir las imágenes. Los derechos de las imágenes que no figuran en este listado corresponden a Joseph Pearson o bien son de dominio público, entran dentro del uso justo o se reproducen de forma legal bajo otras licencias.

EL CUCHILLO DE MI ABUELO

Solingen Stadtarchiv: Ministerio de Propaganda nazi (RMVP), fotografía de 1937 de un trabajador de Solingen (p. 20); fotografía de Alexander Coppel (1865-1942) (p. 22).

Franz Xavier Bartle: *Harmodius and Aristogeiton* (D-DAI-ROM-58.1789), cortesía del Museo Archeologico Nazionale di Napoli/Deutsches Archäologisches Institut (p. 26).

Archives and Libraries Canada: fotografía de Hugh John Sanders Pearson de su expediente personal, 6 de junio de 1944 (p. 33), e imagen de su formulario de servicio y baja (p. 34).

US Army: Mapa del ejército de Estados Unidos de la batalla del estuario del Escalda, octubre-noviembre de 1944 (p. 41).

Wehrmacht: postal del general Freiherr Werner von und zu Gilsa (p. 42).

Jorge Láscar: Templo de Goa Lawah («cueva de los murciélagos»), en Bali, Indonesia, CC-BY-2.0 (p. 43).

The Bancroft Library, UC Berkeley: Cartel de «Tag der

Deutschen Polizei», 1941 (p. 51).

The Calgary Highlanders Museum and Archive: vista aérea de la calzada de Walcheren (p. 53); *La calzada de Walcheren*, octubre de 1944, pintura de Robert Johnson (p. 54).

Bert Kaufmann: vista de los canales de Groninga, Países Bajos, CC-BY-SA 3.0 (p. 58).

Un diario en clave

Jeannette Thomé: carta manuscrita (p. 70).

Ejemplos de caligrafía Sütterlin en Ludwig Sütterlin, *Neuer Leitfaden für den Schreibunterricht*, Albrecht-Dürer-Haus, Berlín, 1917, p. 54 (p. 75).

Ludwig Richter, ilustración de *Der alte Turmhahn*, de Eduard Mörike, 1855 (p. 77).

Archives municipales du Havre: Vista de la Place Gambetta, la Bassin du Commerce y la Bassin du Roi en la década de 1930, El Havre. 4Fi85, ELD (editor: Ernest Le Deley) (p. 83); destrucción de El Havre, fotografía del 4-6 de septiembre de 1944. 71Fi1398 (p. 84); El Havre, postal de una vista panorámica. 4Fi352, ELD (editor: Ernest Le Deley) (p. 93); La playa de El Havre en la década de 1930. 4Fi27, ELD (editor: Ernest Le Deley) (p. 103).

The National Archives, War Department: colaboradoras francesas siendo rapadas, 29 de agosto de 1944, Montélimar (p. 92).

Erich Andres: Marinero alemán en la playa de El Havre, 1940. © United Archives GmbH/Alamy (p. 100).

Bundesarchiv (BArch): detalles del expediente de la *Kriegsmarine* de «Karl Biedassek», Deutsche Dienststelle (WASt) für die Benachrichtigung der nächsten Angehörigen von Gefallenen der ehemaligen deutschen Wehrmacht, B563 V/SPO (se omite el número del archivo para proteger la privacidad)

(pp. 113, 120 y 123).

Archives Bordeaux Métropole: fotografías tomadas por Lacarin para *La Nouvelle République*, agosto de 1944 (21 Fi 178) (pp. 122 y 123).

Un libro de recetas

Erna Mußack: fotografía de ella misma (alrededor de 1944) (p. 129); fotografía de los niños Goebbels (1944) (p. 138).

Bundesarchiv (BArch): Ministerio de Propaganda nazi (RMVP), Berlín, Bild 183-H13457, CC-BY-SA 3.0 (p. 134); Magda Goebbels en 1933, Bild 183-R22014, CC-BY-SA 3.0 (p. 152); Joseph Goebbels, Bild 102-01888A, CC-BY-SA 3.0 (p. 153); Karl Hanke, Bild 183-1989-1120-502, CC-BY-SA 3.0 (p. 155); retrato de la familia Goebbels, 1 de enero de 1944, Bild 146-1978-086-03, CC-BY-SA 3.0 (pp. 155 y 157); la familia Goebbels y Hitler en Obersalzberg, Bild 183-1987-0724-502, por Heinrich Hoffmann, CC-BY-SA 3.0 (p. 158); los niños Goebbels haciendo el saludo hitleriano, Bild 183-C17887, por Wagner, CC-BY-SA 3.0 (p. 163); soldados alemanes prendiendo fuego a una granja en Járkov, Ucrania, Bild 101III-Zschaeckel-186-36, por Friedrich Zschäckel, CC-BY-SA 3.0 (p. 173).

Tim Adams: pie del Coloso de Constantino en el patio de los Musei Capitolini en Roma, Italia, CC-BY-3.0 (p. 140).

Hic et nunc: Hilde Krahl (p. 144).

Haus am Bogensee (plano): Brandenburgisches Landeshauptarchiv, Rep. 2A I Hb 1553, CCO 1.0 licencia (p. 144).

Martin Wolf: Lída Baarová. © Mary Evans/SZ Photo/Knorr + Hirth (p. 154).

Dalibri: Adventskranz, CC-BY-SA 4.0 (p. 162).

Craig Franklin: sellos de racionamiento alemanes, CC-BY-SA

3.0 (p. 165).

UN INSTRUMENTO DE CUERDA

Archiv der Berliner Philharmoniker: Erich Hartmann en la década de 1960 (izquierda) (p. 191); Furtwängler dirigiendo durante la guerra (p. 196); inauguración de la *Reichskulturkammer*, 15 de noviembre de 1933 (p. 201); Hans Bastiaan en 1940, fotografía de Alexander Schmoll (p. 207); Furtwängler con Hermann Göring, Adolf Hitler y Joseph Goebbels en primera fila en 1935 (p. 208); Szymon Goldberg y Gilbert Back durante una gira en 1931 (p. 213); Berlín, 1939, la Alte Philharmonie con Wilhelm Furtwängler en el podio y filas de sillas vacías en primer plano (p. 217); la Alte Philharmonie destruida, 1944 (múltiples imágenes) (p. 221); recepción después de un concierto en París: el violonchelista principal Arthur Troester (tercero por la izquierda) y el concertino Gerhard Taschner (derecha) con un general alemán y otros invitados (p. 225); Erich Hartmann en 1984 (p. 253); Hans Bastiaan, 1970, fotografía de R. Friedrich (p. 263).

Franz Löwy: Wilhelm Furtwängler, 1912 (p. 194).

Bundesarchiv (BArch): la Filarmónica de Berlín tocando en la AEG Werke en Berlín, febrero de 1943, Bild 183-L0607-504, CC-BY-SA 3.0 (p. 202); *Staatskapellmeister* Herbert von Karajan, 1941, Bild 183-R92264, CC-BY-SA 3.0 (p. 261).

YIVO Archives: violines confiscados siendo examinados en el gueto de Lodz, 1942 (p. 204).

Library of Congress: Stravinsky y Furtwängler, entre 1920 y 1923, George Grantham Bain Collection (digital ID: ggbain.32393) (p. 206).

Haendelfan: Alte Philharmonie en 1888, Gottlob Theuerkauf, *Illustrirte Zeitung*, n.º 91, p. 605 (p. 216).

Museuminsulaner: silla de la Alte Philharmonie (p. 218).

Imperial War Museum: una fotografía aérea (oblicua) tomada desde un de Havilland Mosquito de la unidad de cine y fotografía de la RAF que muestra los graves daños causados a los edificios en una zona entre Friedrich Hain [*sic*] y Lichtenberg, Berlín, 1945-1947, C5284 (p. 228).

Židovské muzeum v Praze (Museo Judío de Praga): violines saqueados durante la guerra en un almacén de la Treuhandstelle (órgano fiduciario) de Praga (p. 241).

The National Archives: un soldado estadounidense vigila los bienes saqueados en 1945 en Ellingen, Alemania (p. 257).

Una bolsita de algodón

Katalin Lőrincz: fotografía de ella misma, julio de 1943 (p. 265); fotografía de Artúr Landau (p. 276).

Jesús Hernández: *Rickettsia prowazekii*, piojo del cuerpo con dos larvas (p. 286).

IM Thayer and Günter Schneider Photography: Museo Judío, Berlín, vista aérea, CC-BY-3.0 (p. 291).

Bundesarchiv (BArch): fotografías de Wilhelm Vrtoch en su expediente de la SS, R 9361- III/215429, «Rasse und Siedlungshauptamt SS» (Berlin Document Center/BDC) (p. 303).

Un camino sin palabras

Peter Merholz: juguetes nazis (p. 309).

Ludwig Hohlwein: postal de la Juventudes Hitlerianas, 1932, Múnich, CC-BY-SA 4.0 (p. 317).

Nicholas Weed: marca del fabricante de porcelana Allach; candelero de estilo Allach (reproducción) (pp. 325 y 326).

Bibi595: zapatos hallados en el campo de Auschwitz-Birkenau

camp, CC-BY-SA 3.0 (p. 328).

United States Holocaust Memorial Museum, Lola and Walter Kaufman Collection: vestido bordado usado por una niña judía polaca mientras estuvo escondida, Objeto | Número de adquisición: 2002.54.2 (p. 330).

Curling Association of Scotland: prisioneros de guerra canadienses jugando al *curling* en el campo Oflag IX, A/H, Castillo Spangenberg, Hesse, Alemania, reproducida a partir del anuario del Royal Caledonian Curling Club de 1944-1945 (p. 339).

Library and Archives Canada: equipo de hockey de prisioneros alemanes, Dirección de Operaciones de Internamiento, Campo 132, Medicine Hat, Alberta, 25 de febrero de 1946, Ítem número: 3403292 (p. 339).

Musée Holocaust Montréal: cuchara de Jacob Chaim, hecha en el campo de trabajos forzados de Dora-Mittelbau, 1945. © Montreal Holocaust Museum Collection, fotografía de Peter Berra, 2011X.94.05 (p. 349).

Agradecimientos

Muchas personas contribuyeron a este proyecto, pero con quienes tengo una mayor deuda es con los testigos que accedieron a compartir conmigo sus historias: Erna Jokisch y Katalin Lőrincz, y «Karl Biedassek», Erich Hartmann y Hugh John Sanders Pearson *in memoriam*. También quiero mostrar mi agradecimiento a Flora Giuliani y a su abuela, madame Jeannette Thomé, ya fallecida, por confiarme la historia del diario. Gracias también a los muchos individuos apellidados «Biedassek», que respondieron a nuestras cartas y compartieron sus historias familiares.

Son muchas las personas que han acompañado la investigación como interlocutores e intermediarios. Ana Senčić me presentó a Frau Jokisch. Annemarie Bastiaan, Marie-Pierre Langlamet y Klaus Wallendorf, de la Filarmónica de Berlín, me presentaron a Herr Hartmann. Gracias a Jason Price por compartir sus conocimientos sobre el violín. Por otro lado, la pericia de Carla Shapreau sobre la procedencia de los violines tiene un valor incalculable; le estoy particularmente agradecido por su generosidad acerca de un tema en que nuestros intereses se solapaban. Tienen también mi gratitud Hartmut Dorgerloh y Thomas Köstlin, que me orientaron en la dirección correcta. Gracias a los músicos Korbinian Altenberger, Tanja Becker-Bender, Kolja Blacher, Alexander Gilman, Ioana Cristina Goicea, Michael Mücke y Ulrich Wolff. Por su parte, Bob Cowan, Bruce Crawford e Ian Seath tuvieron la amabilidad de compartir

conmigo su investigación sobre el *curling* en los campos de prisioneros de guerra.

Por su transcripción del diario de Karl, quiero mostrarle mi agradecimiento al *Sütterlinstube* de Hamburgo, en especial a Barbara Sommerschuh. Por su pericia, doy las gracias a Melanie Amman, Gabriella Etmektsoglou, Marjorie Lamberti, Avi Lifschitz, William Mulligan, Brendan Simms y Emery Snyder. Gracias también a L. Don Maus y George T. Wheeler.

La contribución de un buen número de instituciones y archivos a esta investigación ha sido de un valor incalculable: el Archivo Federal de Alemania (Bundesarchiv), en particular por la ayuda del archivista Michael Schelter; las bibliotecas y colecciones de la Universidad Libre de Berlín y el Jacob-und-Wilhelm-Grimm-Zentrum de la Universidad Humboldt; la Biblioteca Estatal de Berlín (Staatsbibliothek zu Berlin); el archivo del Monumento Conmemorativo y Museo de Sachsenhausen; el archivo de la Filarmónica de Berlín y su extraordinaria bibliotecaria Katja Vobiller; Anett Sawall en la Deutsche Kinemathek y su Museo del Cine y la Televisión; el Museo de los Instrumentos Musicales de Berlín y su directora, la profesora doctora Conny Restle; la Deutsche Stiftung Musikleben y su jefe de programación, Saskia Egger; la Comisión Federal para la Cultura y los Medios de Comunicación de la República Federal de Alemania y, en especial, Martin Eifler, del Departamento de Música; la secretaría general del servicio de búsqueda de la Cruz Roja alemana; los archivos municipales de la ciudad de Solingen (Stadtarchiv Solingen); los Archives municipales du Havre, en especial Sebastien Juteau y Thierry Vincent; los Archives Bordeaux Métropole; la Stichting Museum Canadian Allied Forces de Groninga; la Biblioteca y Archivos de Canadá; el Museo y Archivo de los Calgary Highlanders. Un agradecimiento especial a Siegfried Sanwald,

del Centro de Documentación de la Resistencia Austríaca (Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes), por haber tenido la amabilidad de copiar y enviarme los documentos del tribunal cuando el confinamiento causado por el coronavirus me hizo imposible viajar a Viena.

Asimismo, quiero dar las gracias a mis estudiantes y al cuerpo docente de la Barenboim-Said Akademie, y a mis colegas de la Graduate Research Initiative de la Universidad de Nueva York.

Por sus consejos generales o específicos sobre el manuscrito (todos los errores son míos), deseo dar las gracias a: Neta Alexander, Vivian Constantinopoulos, Matthew Gaskins, Markus Hoffmann, Olivier Jacquemond, Emily Mitchell, Ian Pearson, Kit Pearson y Josh Tyree. Un agradecimiento adicional para Katherine Farris, Susan Grimbly, Anne Pearson, Will Pearson y Eszter Sarkozi. Tienen mi gratitud también mis amigos de Berlín por su apoyo y perspicacia, incluidos Julie Cartier, Guy Chazan, Leda Mureda, Aki Naito, Joe Pace, Miriam Philippe, Marc Schroeder y Sven Taddicken. Gracias también a Robert Rinder por su entusiasmo hacia el proyecto, y a Thomas Ostermeier y Gabino Rodríguez por las provechosas conversaciones que tuvimos y sus ideas acerca de la presentación del material documental al público. Gracias a Natalie Clein por su respaldo y consejos en muchas etapas del proyecto, y en particular en el capítulo acerca de los instrumentos musicales. Pido disculpas por cualquier omisión.

Estoy especialmente agradecido a mi agente, Annabel Merullo, de Peters Fraser and Dunlop Agency en Londres, y a mis editores Simon Wright, en The History Press, y Jim Gifford, en HarperCollins. Gracias también a todo el equipo de PFD y a mis casas editoriales, incluido mi coordinador editorial, Alex Boulton.

Por último, un agradecimiento especial para mis padres, mi

familia y a James Helgeson por todo.

Nota

* Albert Speer, *Memorias*, traducción de Ángel Sabrido, El Acantilado, Barcelona, 2002, pp. 211-213 y pp. 62-63. (*N. del t.*)

El cuchillo de mi abuelo. Historias ocultas de la segunda guerra mundial
Joseph Pearson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *My Grandfather's Knife. And Other Stories of War and Belongings*

© Joseph Pearson, 2022

© de la traducción, Luis Noriega, 2022

© del diseño de la cubierta, Greg Tabor
© de la fotografía de la cubierta, United Archives GmbH / Alamy / ACI

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

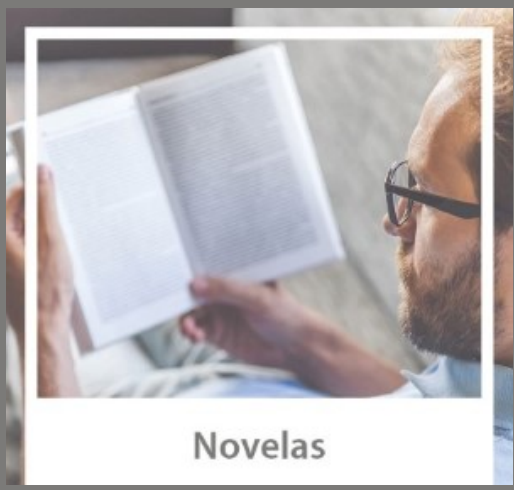
Diseño, maquetación y edición gráfica: Alfonso Meléndez y Andrés Trapiello
Imagen de cubierta y de contracubierta: Barcas voladoras, Otto Wunderlich, 1940
Guardas: Guillermo Trapiello | Iconografía: Grupo Planeta

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-9199-470-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Pablo Barrio

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!